Corazón de tormenta
Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

8 de febrero de 1870, Denver, Colorado

Samantha dejó de pasearse por la habitación al divisar su imagen en el espejo oval que estaba sobre el hogar. Estaba a suficiente distancia de él para verse de cuerpo entero. Sus ojos brillaban. La muchacha no se percató de lo provocativa que lucía con su elegante traje de tafetán verde oscuro con adornos de terciopelo negro. Lo único que podía ver era su cabello: había pasado una hora arreglándolo y, debido a la furia con que se había paseado por el cuarto, se veía ahora totalmente desaliñado. Dos de sus sedosos mechones castaño-rojizos caían hasta su delgada cintura.

Samantha apretó los dientes y continuó dando pasos airados por la gran suite de hotel que compartía con su amiga, Jeannette Allston. Jeannette no estaba allí pero, aunque así fuera, Samantha no habría intentado disimular su enojo. En general, mantenía su temperamento a raya delante de su menuda y rubia amiga, pero en ese momento estaba demasiado furiosa.

Se detuvo justo frente al espejo oval, con las manos en las caderas, mirándose con ira. Desde el espejo, sus grandes ojos de esmeralda le devolvieron la mirada.

-¿Ves lo que has hecho, Samantha Blackstone Kingsley? -dijo a su imagen, con desprecio-. Has vuelto a permitir que él te hiciera enfadar. ¡Mírate! ¡Estúpida!

Con rebeldía, volvió a colocar los rizos sueltos en su lugar, sin que en realidad le importara su aspecto. De todos modos, su sombrero de terciopelo verde ocultaría el peinado. Se lo pondría antes de salir. Si es que salía. Si Adrien alguna vez llegaba para acompañarla al restaurante.

Una hora tarde. ¡Una hora! Su estómago gruñó de hambre, y eso aumentó la furia de la joven. ¿Por qué había dicho a Jeannette que esperaría allí a su hermano?

Habría sido mejor salir junto con su amiga. Pero no, Samantha quería una oportunidad de estar a solas con Adrien. Según parecía, nunca podía estarlo.

Amaba a Adrien, lo adoraba, pero ¿cómo podía hacérselo saber si nunca podía hallarlo solo siquiera un momento? Pero Adrien se había retrasado. Siempre llegaba tarde, y esta vez Samantha estaba furiosa por ello.

Había tenido una oportunidad de tener a Adrien para ella sola, pero él la había arruinado con su retraso, lo cual había enardecido el temperamento de la muchacha. Cuando viniera, si es que lo hacía, diría a Adrien Allston lo que pensaba de él. ¡Qué descaro!

¿Por qué lo había escogido a él para enamorarse? El sofisticado Adrien. Era apuesto. . . no, hermoso. Era simplemente hermoso. No demasiado alto, pero tan musculoso, de aspecto tan viril. . .

Él sería su esposo. Claro que Adrien aún no lo sabía. Pero Samantha había estado segura de ello desde el momento en que lo había conocido, dos años antes. Era el hombre que ella necesitaba. Y Samantha siempre conseguía lo que quería. Desde que había.ido a vivir con su padre diez años atrás, cuando contaba apenas nueve, siempre se había salido con la suya. Estaba acostumbrada a obtener lo que deseaba.

Y Samantha deseaba a Adrien, de modo que lo conseguiría, de una u otra manera. . . si ese día no acababa de enemistarse con él.

Realmente tenía que calmarse, porque no podía permitirse el lujo de descargar su furia sobre Adrien. El no lo esperaría en absoluto. Samantha siempre se las había ingeniado para comportarse como la dama dulce y gentil que él creía que era. Desde el momento en que Jeannette había confesado que su hermano no toleraba ningún tipo de alboroto emocional, la

joven jamás había levantado la voz en su presencia. Siempre se mostraba serena, aun recatada ¡Qué esfuerzo! Ella, que siempre tenía tanta facilidad para perder los estribos, que era tan temperamental. . .

Malcriada, la había llamado su preceptor; malcriada, egoísta y obstinada. Pero él no comprendía lo que ella había sufrido durante sus primeros nueve años, viviendo con su abuela en Inglaterra. Por eso él no sabía que, una vez que saboreó la libertad, no logró saciarse con ella. Estaba decidida a olvidar la rigidez de esos primeros nueve años y hacer lo que quisiese. Además, si a veces tenía que mostrar un poco de mal genio para salirse con la suya, y si era malcriada, ¿qué tenía eso de malo? Siempre se salía con la suya. Siempre.

María, el ama de llaves de los Kingsley, que era lo más parecido a una madre que Samantha hubiese tenido jamás, era más comprensiva que el preceptor. María la llamaba "pequeña zorra". "Eres ladina como la zorra, niña," la reprendía cada vez que veía aquel brillo decidido en los ojos de Samantha. Un día había agregado: "Eres sagaz para manejar a tu padre, pero algún día encontrarás un hombre a quien no podrás manejar. ¿Qué harás entonces, niña?

Sin embargo, Samantha se había burlado y había respondido con confianza: "No tendré nada que ver con un hombre a quien no pueda manejar. ¿Por qué habría de hacerlo? No pienso renunciar a mi libertad."

Eso había sido... ¿cuánto tiempo atrás? Casi diez años. Justo antes de que ella partiera hacia el este para terminar la escuela. Pero no había cambiado de opinión. Y estaba segura de que podría manejar a Adrien, segura de que se casaría con él.

Sin embargo, él no conocía sus planes. Lo que era más, Adrien ni siquiera parecía saber que ella existía. Eso hería su vanidad pues, más que nada, Samantha era hermosa. Esa era su mejor fortuna y, no obstante ella lo daba por sentado y nunca había pensado mucho en ello. . . hasta hacía poco. A pesar de todos sus esfuerzos, de todos sus intentos de mejorar lo que el buen Señor le había dado, Adrien seguía sin prestarle atención.

Tenía una belleza casi clásica: tez de color vívido, cabello que, según la luz, brillaba con un tono casi carmesí y ojos como las esmeraldas más brillantes. Una figura delgada y esbelta y rasgos que exigían más de una mirada de cualquiera. Pero ¿la miraba Adrien? Él parecía mirar a través de ella; mirar y, al mismo tiempo, no verla. Era desesperante.

El estómago de Samantha gruñó de manera embarazosa y la despertó de su ensoñación. Volvió a mirarse con furia en el espejo y luego, de pronto, en un acceso de ira, se arrancó las horquillas con que tanto se había esmerado y dejó que los mechones rojizos cayeran sobre sus hombros y su espalda en una abundancia de rizos y ondas rebeldes.

-Ya está -dijo, con petulancia y desprecio de sí misma y de su creciente apetito-. Ahora, aunque aparezcas, no puedo ir, Adrien.

Demasiado tarde, comprendió que de esa manera no hacía daño a nadie más que a sí misma. A Adrien no le importaría. Con su típica impasibilidad, ignoraría la posibilidad de que ella pudiera estar enfadada por su retraso. Por otra parte, era probable que él no apareciera por allí. La hora del almuerzo había pasado hacía ya mucho tiempo.

¿Acaso Jeannette seguiría esperándolos en el restaurante con la viuda parlanchina que habían conocido en el incómodo viaje en diligencia de Cheyenne a Denver? La señora Bane había asumido el papel de chaperona no oficial de las muchachas. ¿Habría ido Adrien directamente al restaurante porque era tarde? ¿O simplemente habría olvidado su cita para el almuerzo?

-Maldito sea -dijo Samantha en voz baja. Estaba sola, de modo que nadie oiría su terrible violación de la etiqueta. -Si no lo amara, lo mataría.

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta. Entrecerró los ojos con furia y luego los abrió con consternación al recordar lo que había hecho con su cabello. ¿Por qué él no podía haber llegado cinco minutos antes de que ella se rindiera a su temperamento?

-Vete, Adrien -dijo Samantha, de mala gana- He decidido no almorzar hoy.

¿Se sentiría decepcionado?

Volvieron a llamar y la muchacha frunció el ceño mientras se dirigía a la puerta.

-¿No me oíste?

-Sí, la oí, señorita Kingsley, pero ¿por qué no me abre de todos modos?

Samantha se detuvo. No era Adrien. Pero habría conocido esa voz en cualquier parte. Tom. . . Tom. . .No lograba recordar su apellido, pero el hombre había estado en la estación de la diligencia cuando ellos llegaron, la semana anterior. Ella le había gustado de inmediato, lo cual resultaba desagradable a la joven. El hombre era sumamente grosero. También era ignorante, pues la había seguido toda la semana, le había hablado cuantas veces había podido hacerlo y se rehusaba a aceptar las indirectas que le dirigía la muchacha para demostrarle que no estaba interesada en él.

Era apuesto, aunque de una manera tosca. Un hombre joven. Estaba prosperando en Denver, intentando hallar plata, como tantos otros. El oro había menguado en la región Pikes Peak, pero la plata había sido descubierta apenas el año anterior.

Sin embargo, Tom no le interesaba en absoluto. De hecho, había comenzado a asustarla con el tono íntimo con que le hablaba cuando nadie más podía oírlo y la manera en que sus ojos la recorrían, como si intentara imaginar que había bajo su ropa y su imaginación estuviese haciendo un buen trabajo. Sin embargo, lo que más le molestaba era que el hombre realmente creía que ella se sentía atraída por él, a pesar de haberse esforzado en demostrarle lo contrario. La última vez que se había cruzado con él en el vestíbulo del hotel, se había rehusado siquiera a mirar hacia donde estaba él. ¡El hombre la había apartado de su camino y le había advertido que dejara de hacerse rogar! Le había dicho que se le estaba acabando la paciencia. La muchacha se había sorprendido tanto que no supo qué decir cuando Jeannette le preguntó si le ocurría algo.

Ahora ese hombre llamaba a su puerta. ¿Por qué?

Tuvo la audacia de golpear con más fuerza e insistencia.

-Vamos, señorita Kingsley, ábrame la puerta.

-Apártese de mi puerta, ¿me oye? -le ordenó, furiosa-. No pienso abrirla, así que márchese.

Se produjo un silencio momentáneo, suficiente para que se oyera girar la perilla de la puerta. Samantha quedó boquiabierta. ¡Qué descaro! Lo peor era que la puerta no estaba cerrada con llave. Se abrió lentamente y el joven alto entró a la habitación. Sonrió y cerró rápidamente la puerta tras sí. Samantha quedó sin palabras. . . pero sólo un instante.

-¿Está loco? -dijo, levantando la voz con cada palabra-. ¡Salga de mi habitación!

El hombre simplemente meneó la cabeza, divertido.

-Pienso quedarme, señorita; al menos, hasta que hayamos tenido una pequeña charla.

La muchacha levantó las manos, exasperada.

-Dios mío, sí que está loco. -Luego se irguió con dignidad e intentó un enfoque sereno. -Mire, señor. . . como se llame. . .

El hombre la interrumpió con aire suspicaz y dijo:

-No finja. -Usted sabe mi nombre. Tom Peesley.

Samantha se encogió de hombros. Jamás había oído el nombre, pero pareció recordar todo cuanto aquel sujeto le había dicho. Debido a él y a su manera de perseguirla, la muchacha nunca quería salir sola del hotel. Siempre estaba en el vehículo, como si la esperara.

-No me importa. ¿No lo entiende? ¿Por qué no me deja en paz?

-Oigo lo que dice, señorita. Kingsley, pero sé que miente. ¿Cuándo dejará de fingir?

-¿Qué se supone que quiere decir con eso? .

-Usted sabe muy bien lo que quiero decir -gruñó-. Yo le agrado, pero tiene que seguir fingiendo.

Samantha se contuvo. ¿Estaba enfadado? Hasta entonces, había sido un hombre muy exasperante: obstinado, persistente, pero nunca amenazador. Sin embargo era altísimo, corpulento, con enormes brazos y hombros, musculoso por el trabajo en las minas de otros cuando no buscaba su propia veta. Recordó que él le había hablado de eso y de la razón por la cual se quedaba en Denver. Le gustaba la vida de una gran ciudad, y Denver era grande, parecía a las del este por su prosperidad. A diferencia de la mayoría de las ciudades que se habían iniciado con la fiebre del oro, Denver había sobrevivido y la ciudad continuaba creciendo.

¿Y bien, señorita?

¿Qué?

-No me respondió. -Se paso una enorme mano por el cabello dorado-rojizo en señal de impaciencia y luego clavó en ella sus claros ojos castaños -¿Cuándo va a dejar de fingir para que podamos empezar un noviazgo formal? Ya es hora de que hablemos con sinceridad.

¿Usted y yo? -dijo, irritada-. No hay nada entre nosotros. ¿Por qué no puede meterse eso en la cabeza?

-Basta, mujer, -gritó-. Esta mañana le advertí que se me estaba acabando la paciencia. O empieza a mostrarse más amigable o no me hago responsable de mis actos.

Samantha lo miró, estupefacta, pero se contuvo. El acceso de enojo del hombre la hizo actuar con cautela. Era demasiado corpulento. La hacía sentir más pequeña de lo que era en realidad: medía un metro sesenta y tres. Además, lo creía muy capaz de usar la violencia. ¿Qué chance tendría de defenderse de él? Además, ¿qué diablos había hecho para que ese hombre creyera que quería ser su novia?

Tom Peesley la miraba furioso, esperando una respuesta. La muchacha frunció el ceño. ¿Cómo podría librarse de él? ¡Oh, Dios! ¿Por qué no venla Adrien? Él podría detenerlo.

-Señor Peesley... Tom... ¿por qué no discutimos esto mientras bajamos al vestíbulo? -sugirió Samantha con una cálida sonrisa, esperando que él no sospechara de su repentino cambio de actitud-. Puede acompañarme hasta el restaurante donde me espera mi amiga, la señorita Allston.

Sin embargo, el hombre meneó la cabeza con obstinación.

-Nos quedaremos aquí hasta que todo quede arreglado.

Su testarudez la exasperaba, y olvidó la cautela.

-¿Cómo podemos arreglar algo si usted no quiere escucharme? -preguntó, acalorada-. La pura verdad es que usted no me agrada. De hecho, me ha fastidiado tanto que comienza a disgustarme en extremo. ¿Eso le parece suficientemente claro, señor Peesley?

En dos zancadas, el hombre estuvo junto a ella. Samantha ahogó una exclamación cuando la tomó de los hombros y la sacudió. La obligó a echar la cabeza hacia atrás, y la muchacha se halló mirando aquellos ojos llenos de ira.

-Miente -gruñó Peesley en tono ominoso y volviendo a sacudirla-. Sé que está mintiendo. ¿Por qué?

Las lágrimas comenzaron a afluir a los ojos de Samantha.

-Por favor. Me hace daño.

El hombre no redujo la fuerza con que la sostenía

-La culpa es suya.

Acercó su rostro al de la joven y ésta pensó que la besaría. Sin embargo, sólo la miró a los ojos, que brillaban por las lágrimas. Parecía querer ordenarle decir lo que quería oír.

En tono menos áspero, dijo:

-¿Por qué no puede admitir que siente lo mismo que yo? En cuanto la vi, supe que usted era para mí. He tenido otras mujeres y las he abandonado. Jamás quise casarme hasta que la vi a usted. ¿Es eso lo que quería oír? ¿Qué quiero casarme con usted?

-Yo.. .

Samantha comenzó a negarlo, pero reconsideró su propio temperamento. . . y el de él. Lo empujó, tratando de soltarse, pero fue inútil.

-¡Suélteme! -exigió.

-No hasta que me responda.

Samantha quiso gritar, maldecir, pero las damas no lo hacían. Eso le había sido inculcado en los últimos años. Las damas podían maldecir mentalmente o bien, si estaban solas y era absolutamente necesario, podían emitir una leve maldición. Pero nunca, jamás en público. Era una pena, pues Samantha tenía algunas palabras para alicar a aquel papanatas. Conocía algunas palabras realmente chocantes que había oído decir a los vaqueros de su padre en la hacienda. Ellos habían hablado con libertad, sin advertir que la señorita inglesa aprendía español con rapidez.

A su corta edad, la mayoría de esas palabras no habían tenido significado alguno. Una vez había preguntado a María qué era una puta, y la mujer la había abofeteado. Después de eso, no había hablado con María durante una semana, y jamás volvió a preguntarle el significado de una palabra.

Más tarde fue a la escuela en el este, donde las muchachas hablaban abiertamente y en forma descriptiva sobre el sexo y los hombres, siempre que no hubiese ningún adulto cerca. Ellas respondieron a sus preguntas con rapidez y ninguna se escandalizó (bueno, tal vez un poco) por el conocimiento que tenía Samantha de las palabras prohibidas a las damas.

Este hombre le hacía muy difícil recordar que era una dama. Daría cualquier cosa por una pistola, se dijo. Pero su derringer, que estaba en su bolso, sobre el escritorio, no le serviría. Con una sola bala, era adecuada para moverse por la ciudad, donde un solo disparo traería ayuda. No, necesitaba la pistola que tenía en el dormitorio, la de seis disparos.

-Estoy esperando, señorita, y ya me estoy cansando de esperar -gruñó Tom.

Samantha tomó aliento para evitar gritar.

-Usted quiere respuestas. Entonces, deme una primero. ¿Qué le hizo dar por sentado que usted me agrada?

Preesley frunció el ceño.

-Es una pregunta tonta.

-Deme el gusto.

-¿Qué? '

-¡Que me lo diga! -exclamó Samantha, exasperada.

-Bueno. . . usted sabe. Cuando usted me miró era toda sonrisas, haciéndome caídas de esos bonitos ojos verdes. Era la muchacha más hermosa que hubiese visto. Entonces supe que era para mí.

Samantha suspiró. Dios, jamás volvería a sonreír a ningún hombre por cortesía.

-Señor Peesley, una sonrisa no indica necesariamente advertir afecto -dio-. Ese día yo le sonreía a todo el mundo simplemente porque estaba llena de alegría por no tener que ver otra diligencia durante varias semanas. Estaba encantada porque el viaje había terminado. ¿Comprende?

-Pero la sonrisa que me dedicó fue especial -protestó, con terquedad-. Yo me di cuenta.

Maldición. Tendría que ser más directa.

-Lo siento -dijo-. Pero se equivocó, señor Peesley.

-Llámeme Tom.

-No lo haré. ¿Cómo puedo hacerlo entender? No tengo deseos de conocerlo. Estoy enamorada de otra persona, del hombre con quien vine aquí. El señor Allston. Con él me voy a casar. Ahora, ¿quiere soltarme y marcharse?

En lugar de enfurecerse, Tom Peesley se echó a reír.

-Ahora sé que miente. Le he visto con él. Presta más atención a su hermana que a usted.

Eso la lastimó, porque era absolutamente cierto.

-Eso no le importa. Él es el hombre que amo.

La insistencia de la muchacha comenzaba a enfadar a Peesley.

-Si realmente creyera eso, lo mataría.

Entonces, finalmente, llegó el beso. Samantha no estaba reparada para el brutal asalto. Apretada en brazos de Tom Peesley, Samantha probó su propia sangre cuando él lastimó sus labios contra sus dientes. El grito de furia que luchaba por salir quedó atrapado en su garganta.

Luego, de pronto, la soltó, pero por un momento la joven quedó demasiado aturdida para advertirlo. Peesley habló fríamente.

-Puedo ser un amante tierno o puedo hacerla sufrir. Una vez casi maté a una chica que me hizo enfadar mucho. Y eso es lo que usted está haciendo, señorita. Me está irritando con sus bromas.

Samantha debía de estar asustada, pero no era así. Jamás la habían tratado así, y ya no lo toleraría. Lo abofeteó con suficiente fuerza para enviar a una persona má liviana al otro lado de la habitación. No logró mover a Tom Peesley, pero sí lo dejó aturdido. Era lo último que había esperado, y quedó allí de pie, boquiabierto, mientras la muchacha daba media vuelta y corría a su dormitorio. Samantha cerró la puerta de un golpe. Sin embargo, no había: cerradura y no sabía si Tom Peesley se daría por vencido o la seguiría. Se lanzó hacia la cómoda y buscó el revólver en el primer cajón. En un instante, aferrando en su mano derecha el arma de culata perlada, finalmente se sintió en control de la situación.

Sabía usar el arma. Oh, sí que sabía. Manuel Ramírez se había encargado de ello. El mayor de los vaqueros de su padre y esposo de María. Manuel era muy terco; a menudo como Samantha misma. Cuando, a los doce años la muchacha había insistido en que ya no necesitaba acompañantes, que podía salir a cabalgar sola, nadie había logrado disuadir1a. . . excepto Manuel. Había amenazado con matar al hermoso potro de la joven si ella se atrevía a salir sola sin antes aprender a disparar. Por eso, Samantha había aprendido a disparar, no sólo pistolas sino también rifles. Llegó a ser experta en ambos. Después de eso, nadie se preocupaba si ella pasaba todo un día afuera o incluso si pasaba la noche en los campos. Sabían que tenía toda la protección que necesitaba con su caballo veloz y el Co1t que llevaba sujeto a la cadera.

Por desgracia para Tom Pees1ey, había decidido seguir a Samantha. Abrió la puerta del dormitorio y sus ojos se dilataron al ver el Co1t apuntando a su pecho.

-¿Qué diablos piensa hacer con eso, señorita?

-Obligarlo a marcharse.

-¿Eso cree?

-Estoy segura, señor Peesley -respondió, con mucha calma-. De hecho, puedo jurárselo.

Samantha sonrió por primera vez. Nuevamente estaba al mando, y era una sensación maravillosa. Sólo que Tom Preesley aún no lo sabía.

-Se lo diré una sola vez, muchacha. Baje ese revólver.

Samantha rió y movió el arma en actitud juguetona flexionando su muñeca de modo que el cañón trazó varios semicírculos y delineó un amplio blanco que iba desde el hombro izquierdo de Pees1ey, pasaba por su vientre y llegaba hasta su hombro derecho, una y otra vez. Su risa resonó en la gran habitación.

-Sé disparar muy bien. -Los ojos de Samantha brillaban con diversión. – Después de lo que me ha hecho pasar, realmente me gustaría demostrárselo.

-No lo haría -dijo Peesley con total confianza.

La expresión divertida de la muchacha se desvaneció

-¿Por qué no? Debería matarlo por haberme maltratado. O por estar en mi cuarto sin invitación. Pero no lo haré. Le aconsejaré de buena manera que se marche. Claro está que si usted no sigue mis consejos, entonces le arrancaré un trozo de piel de la cara interna de su muslo derecho.

El tono seguro de la joven enfureció a Tom Peesley que dio un paso hacia ella. No pudo seguir avanzando, porque estalló un disparo. El hombre se inclinó y aferró su muslo derecho, a sólo unos centímetros de la ingle. La sangre se deslizó por entre sus dedos. La bala le había dado en el punto exacto en que había dicho Samantha; lo había rasgado y luego se había incrustado en la puerta. Peesley la miró, incrédulo, y luego levantó la mano y miró la sangre.

-¿Necesita otra demostración antes de marcharse? -preguntó Samantha en voz suave.

E] humo acre le hacía arder los ojos, pero mantuvo el revólver firme, apuntando a Peesley. El hombre no había cambiado su postura agresiva.

-Tal vez ahora sea en su muslo izquierdo, sólo que un poco más arriba. . . -prosiguió.

-Maldita. . .

El arma volvió a estallar y Tom aulló de dolor cuando la bala desgarró la tierna carne de su muslo izquierdo.

-¿No entiende que hablo muy en serio, señor Peesley?

Quiero que salga de mi habitación y de mi vida. ¿O tal vez desee usted sangrar más antes? Quizá quiera conservar una de mis balas como recuerdo. Digamos. . . ¿en su hombro derecho?

Peesley la miró con furia mientras l sangre corría por sus piernas, se extendía, oscura, por sus pantalones grises y entraba en sus botas. La muchacha sabía que él anhelaba ponerle las manos encima y que, si lo hacía, era probable que la matara.

-Se me está acabando la paciencia, señor Peesley –dijo fríamente.

-Me voy -respondió en tono áspero y dio media vuelta. Salió del dormitorio y se detuvo en la puerta que daba al corredor. Samantha lo siguió a cierta distancia, apuntando el arma a aquella figura que cojeaba. Al ver que continuaba de pie en la puerta, dijo:

-¿Acaso tengo que acompañarlo hasta la salida?

El hombre se irguió con obstinación al oírla, y se volvió para enfrentarla. La bala número tres le dio en el hombro derecho y lo envió contra la puerta.

-¡Ahora! -gritó Samantha por encima del eco. Sus ojos lagrimeaban por el humo y estaba furiosa porque el hombre la había hecho ir tan lejos. -¡Márchese!

Finalmente aceptó retirarse. Samantha lo siguió por el pasillo, sin prestar atención a la conmoción que allí había. Los huéspedes se habían congregado allí al oír los disparos. La muchacha siguió caminando detrás de Peesley hacia la parte trasera del hotel. La escalera trasera estaba en el exterior. Esperó con impaciencia que el hombre abriera la puerta y, mientras él intentaba hacerlo se acercó demasiado a él. Cuando Peesley comenzó a bajar la escalera, echó hacia atrás el brazo izquierdo e intentó derribar a Samantha. Sin embargo, antes de que su puño pudiera alcanzarla, la muchacha colocó la cuarta bala en los gruesos músculos del brazo de Peesley.

Aunque el resto de su cara estaba contorsionado por el dolor, sus ojos reflejaban infinita furia. Extendió la mano hacia la joven, mientras la sangre goteaba sobre el descanso de madera. El brazo herido ya no tenía fuerza, pero sus dedos aún intentaban alcanzarla.

Samantha hizo una mueca y dio un paso atrás.

-¡Está loco! -exclamó.

Sintió asco al ver toda la sangre que manaba del brazo, el hombro y las piernas del hombre. Sin embargo, él seguía allí: un enorme buey que carecía del sentido común de darse por vencido.

-No quería lastimarlo -susurró la muchacha-Lo único que quería era que me dejara en paz. ¡Maldito sea ¡ ¿Por qué no se marcha? ¡Váyase! -rogó.

Pero el tonto obstinado dio otro paso hacia ella y sus dedos extendidos tocaron la chaqueta de tafetán de la joven. El revólver estalló una vez más y Samantha ahogó un sollozo. La quinta bala le dio en la canilla. No sabía si había logrado evitar el hueso, pues sus manos temblaban mucho a esa altura.. El hombre trastabilló hacia atrás, perdió el equilibrio al borde de la escalera y cayó por ella. Samantha quedó de pie y miró cómo Tom Peesley caía en el polvo. Contuvo el aliento y esperó. ¿Se movería? Quería matarlo. Jamás había matado a nadie y la idea la aterraba.

Se movió. Incluso logró ponerse de pie con cierta vacilación y mirarla. Sabía tan bien como ella que sólo quedaba una bala. ¿Acaso se preguntaba si podría soportar otra bala? ¿La seguiría al interior del hotel e intentaría matarla? Samantha adivinó los pensamientos del hombre.

-¡Imbécil! -le gritó-. ¿No se da cuenta de podría dría haberlo matado en cualquier momento? Con una bala, me veré forzada a hacerlo. Esta última bala es para corazón. ¡No me obligue a usarla!

Peesley estuvo allí de pie por una eternidad, meditando. Finalmente, dio media vuelta y se alejó cojeando.

Samantha no supo cuánto tiempo permaneció esperando a que Tom Peesley desapareciera de su vista. Aunque no hacía frío, comenzó a temblar. Al fin, regresó al corredor y se ruborizó al ver toda la gente que la miraba desde el final del pasillo. Con un leve grito de vergüenza corrió hacia su suite y dio un portazo contra la curiosidad de los demás. Se lanzó hacia su dormitorio y se echó sobre la cama a llorar su frustración.

¡Maldito seas, Tom Peesley! ¡Ojalá mueras desangrado! -exclamó, olvidando por completo que en realidad no quería que el hombre muriese.

Pero Samantha se habría sentido más mortificada si hubiera sabido que un extraño alto y moreno había presenciado la escena de la escalera.

CAPITULO 2

El hotel donde Samantha Kingsley tenía su suite estaba ubicado en una parte nueva de Denver, al borde de la ciudad, donde la regla era la expansión constante. Al frente del hotel había una calle poblada de tiendas, varias tabernas, dos restaurantes, dos hoteles más pequeños, una carnicería, un banco e incluso uno de los nuevos teatros. Pero a los fondos del hotel no había más que campo abierto, tierras que aún esperaban que Denver las reclamara.

Hank Chávez cabalgaba lentamente desde el sur hacia el hotel, con la esperanza de que el tamaño del edificio no implicara que las habitaciones eran costosas. Prefería hospedarse allí antes que seguir buscando alojamiento. Había detenido su caballo bajo un álamo cuando vio que un hombre y una muchacha salían a la escalera trasera del hotel. A la brillante luz de la tarde, vio que el hombre sangraba. ¿Herido por la mujer que sostenía el revólver? . Resultaba difícil creerlo y. sin embargo, Hank hizo una mueca cuando el hombre extendió la mano hacia ella y estalló un disparo.

Hank continuó mirándolos fascinado. La mujer... no, no podía ser más que una niña de diecisiete o dieciocho años, era muy bonita. Era una muchachita, pero tenía cuerpo de mujer. Su hermoso cabello caía sobre su espalda y sus hombros: cabello oscuro que emitía destellos rojizos a la luz del sol.

Hank se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en la perilla de la montura para observar la escena. Habría dado cualquier cosa por saber qué decían, pero estaba demasiado lejos para oírlos. Enseguida, el hombre cayó por la escalera y luego se alejó, cojeando. Los ojos grises de Hank volvieron a la muchacha y la miraron con atención, como para ordenarle que mirase en su dirección de modo que él pudiera ver todo su rostro. ¿Sería tan bonita como parecía?

Sin embargo, la joven no se volvió hacia él. Después de un momento, volvió a entrar al hotel. Con la misma rapidez con que había llegado, su deseo de conocerla se desvaneció. La dama del revólver. No, no quería conocerla. Tenía cosas importantes que hacer allí, y carecía de tiempo para mezclarse con arpías.

Había tardado meses en llegar de Dallas a Denver: meses de esfuerzo, de extraviarse, de volver a encontrar el camino, siempre evitando las ciudades donde podría sentir la tentación de descansar. Podría haber alcanzado a Pat McClure, que había abandonado Dallas pocos días antes de que Hank se enterara de ello. Sin embargo, después de leer la nota de Pat, se había puesto tan furioso que había destrozado su habitación del hotel j luego se había dirigido a la taberna más cercana y también la había destrozado.

Como no podía pagar los daños, había pasado un mes en la cárcel. Podría haber conseguido el dinero de Bradford Maitland. Después de todo, Hank le había salvado la vida una vez y Maitland era rico. Pero Hank era demasiado orgulloso para pedírselo. Maitland había ganado la mujer que Hank deseaba y, aunque lo había admitido con dignidad, aún había resentimiento en su interior. Después de todo, era la única mujer a quien Hank había pedido que compartiera su vida. No obstante, nunca había tenido ninguna posibilidad de ganar a Ángela. Cuando la conoció, ella ya pertenecía a Maitland en cuerpo y alma. Claro que Bradford había sido demasiado terco para comprenderlo. Si tan sólo hubiese conservado esa obstinación. . . pensó Hank.

No, jamás pediría ayuda a Maitland: ni a Ángela, que también tenía fortuna propia. Ya le había quitado dinero al asaltar la diligencia en que ella viajaba.

Así había conocido a Ángela Sherrington. Hank no había podido olvidarla y había regresado a devolverle la mitad de lo que le había robado. Claro está, la muchacha estaba furiosa (¡Y cómo!) hasta que vio las joyas que él había devuelto. Más tarde, Hank había utilizado el pretexto de devolverle el dinero para volver a buscarla. Pero, para entonces, Maitland había llegado. La había perdido para siempre.

Su socio, Pat McClure, se había reunido con él en Dallas con la intención de acompañarlo a México para ayudarlo a recuperar los bienes de su familia: Sin embargo, Pat había encontrado a una bonita joven y se había mudado a la casa de adobe que ella tenía en las afueras de la ciudad, mientras que Hank se hospedó en el hotel. Por eso, Hank no se enteró de que Pat había partido hacia Denver hasta que fue a buscarlo. La muchacha le entregó la enigmática nota de Pat; la nota que no decía nada y, sin embargo, lo decía todo. Hank podría haber matado a Pat McClure en ese instante, a pesar de que habían sido muy buenos amigos. Pat se había llevado no sólo su propio dinero, sino también el que guardaba para Hank, con el que éste volvería a comprar la hacienda de su familia en México.

Ese era el sueño por el que Hank Chávez había vivido todos esos años. Desde aquel día en el 59 cuando una banda de tropas irregulares de Juárez había llegado a la hacienda y masacrado a su familia, Hank había soñado con la venganza. Esos hombres eran bandidos que se dedicaban a matar y a saquear para obtener beneficios personales, utilizando la revolución como pretexto.

El jefe de la banda había afirmado que las tierras de los Chávez eran propiedad de la iglesia, lo cual como todos sabían, no era verdad. Pero eso no les había importado. Como Juárez había declarado que debía despojarse a la iglesia de sus propiedades debido al apoyo de los conservadores, "propiedad de la iglesia" había sido una fácil excusa para cometer pillajes en México.

Hank jamás podría olvidar cómo los vaqueros con quienes había crecido eran asesinados por resistirse a incorporarse al ejército. Sus esposas e hijas habían sido violadas. Su abuela había muerto de un ataque cardíaco después de presenciar la muerte de su hijo, el padre de Hank, al intentar impedir la entrada de la banda a su hogar.

Había habido supervivientes. A pesar de que algunas mujeres habían muerto al resistirse a la violación, la mayoría de ellas había sobrevivido, como también sus hijos y los ancianos que no eran útiles para el ejército. Hank, que entonces contaba diecisiete años, había sobrevivido, aunque más tarde deseó que no hubiese sido así.

Después de haber visto tantos horrores, lo habían golpeado desde atrás y, al volver en sí, se halló en el ejército, obligado a servir o morir. Le dijeron que sus tierras ya no le pertenecían, que serían vendidas para contribuir con la revolución.

Todo se hacía en nombre de la revolución pero, ¡qué diablos!., Sólo había sido para obtener beneficios personales. No había nada que Hank pudiera hacer al respecto. Ni siquiera, podía culpar a Juárez ni a la revolución; no podía culpar a un pueblo oprimido que sólo intentaba superarse. Lo único que podía hacer era intentar recuperar lo que le pertenecía.

Durante un año y medio, luchó con los liberales. Luchó con amargura, incapaz de llegar hasta Juárez para exigir justicia e incapaz de escapar. Fueron tiempos amargos y mortificantes, y lo obsesionó la idea de recuperar sus tierras.

Dos miembros más de su familia habían sobrevivido, pero sólo por encontrarse lejos de casa en el momento del ataque. Su abuelo, don Victoriano, había llevado a la hermana de Hank, Dorotea, a España para que conociera a la parte de la familia de apellido Vega. Se habían quedado allí pues don Victoriano cayó enfermo. Hank se enteró de que-su abuelo estaba moribundo y se rebeló cuando le impidieron ir a verlo. Debido a esa rebelión, pasó casi dos años en prisión. Mientras estaba allí, su abuelo murió y se vendió su casa. Hank no tenía esperanzas de volver a comprarla, ni siquiera cuando escapara de la prisión. Era pobre.

Nadie sabía que su verdadero nombre era Enrique Antonio de Vega y Chávez. Los numerosos gringos de la prisión lo llamaban Hank.

Después de su fuga, abandonó México. Siempre cabía la posibilidad de que volvieran a incorporarlo al ejército por la fuerza. Trabajó en Texas hasta que reunió suficiente dinero para ir a España a ver a su hermana. Sin embargo, ésta ya no estaba allí. Se había casado con un inglés y vivía en Inglaterra. Entonces Hank fue a ese país. Pero Dorotea, que ahora tenía su propia familia, ya no lo necesitaba. Hank se sentía inútil. Además, tenía el poderoso deseo de reclamar las tierras de la familia. Para eso, necesitaba dinero, mucho dinero, y no lo tenía.

Regresó a Norteamérica a fines de 18ó4. Había sido muy bien educado en su juventud y sabía hacer muchas cosas, pero ninguna de ellas le proporcionaría la suma de dinero que necesitaba. Entonces conoció a Patrick McClure y a algunos hombres más que hacían dinero con facilidad. Lo robaban.

El hecho de convertirse en forajido iba en contra de todas sus creencias, y se comprometió a robar sólo a aquellas personas que podían darse el lujo de perder un poco. No robaría a los mineros del medio oeste, como hacían Patrick y su banda, pues esos hombres trabajaban duro para obtener su oro y, en general, lo que llevaban encima era todo cuanto tenían. Tampoco asaltaría bancos, pues eso significaba robar los ahorros de personas inocentes. Sin embargo, sí asaltaba las diligencias que atravesaban Texas. Los pasajeros de las diligencias no llevaban todo su dinero consigo. A Hank le importaba mucho no dejar a nadie en la indigencia. Algunas veces incluso había llegado a devolver dinero, cuando alguien lo convencía de que estaba robando todo cuanto poseía.

Su nueva profesión había resultado lucrativa, aunque no agradable. Le llevó mucho tiempo reunir dinero, pues una sola diligencia no les proporcionaba mucho y todo debía repartirse en el grupo. Sin embargo, después de cinco años, muchísimo antes de lo que habría tardado de otra manera, Hank tuvo suficiente dinero para regresar a México y comprar sus tierras.

Pensó, con amargura, que ya debía estar allí, con su sueño cumplido. En cambio, había tenido que cabalgar cientos de millas para ubicar a su socio. Sólo le restaba rezar para que no fuese demasiado tarde y Pat no hubiese gastado todo el dinero. Si lo había hecho, lo mataría.

Luego de unas pocas palabras con el conserje en el inmenso vestíbulo, Hank supo que tendría que buscar otro alojamiento. Apenas le quedaban diez dólares, yeso no le alcanzaría para pagar siquiera una noche en ese hotel lujoso. Buscó un establo para su caballo y luego comenzó a recorrer la calle en busca de un hotel más barato o una pensión. También anhelaba darse un baño. Su ropa ya no era negra sino marrón, tan cubierta estaba por el polvo del camino. Además, necesitaba visitar una barbería. En los últimos meses le había crecido una espesa barba negra y su cabello color carbón ya le pasaba los hombros por varios centímetros, lo cual le daba aspecto de vagabundo.

Hank pasó por una barbería, observó su ubicación y luego pasó por un restaurante y una heladería. Entonces vio un cartel que decía: PENSION DE LA SEÑORA HAUGE. Debajo de él, escritas en un papel blanco, estaban las palabras: HAY LUGAR. Alquiló un cuarto por un dólar al día o cinco por semana. No pensaba quedarse mucho tiempo. Con las alforjas al hombro, rechazó el ofrecimiento de la señora Hauge de acompañarlo a su habitación; simplemente le pidió que le indicara su ubicación.

Era una casa nueva, de dos pisos. Su cuarto estaba arriba, al final de un largo corredor, sobre la derecha. Al atravesar el corredor, Hank descubrió un rastro de sangre aún líquida y comenzó a seguirlo. Oyó voces que provenían de una habitación que tenía la puerta abierta. El rastro de sangre terminaba en esa puerta. Al acercarse, las voces se hicieron más claras.

-Me alegro de que su nueva casa aún no esté terminada, doctor, y de que esté usted aquí. No creo que hubiese podido llegar más lejos.

-Tonterías -respondió una voz cascada-. Has perdido mucha sangre, Tom, pero no estás tan mal. Ahora quédate quieto.

-¿Cómo diablos puede decir eso? Me estoy muriendo.

-No te estás muriendo -fue la firme respuesta.

-Pues así me siento -gruñó la voz más profunda-. Me duele todo el cuerpo.

-Eso no lo dudo.

Hank se acercó a la puerta abierta y espió hacia el interior. Tom estaba estirado sobre una mesa larga y angosta. Un sujeto bajo y de más edad estaba a sus pies; sostenía un cuchillo. Ninguno de los dos hombres advirtió la presencia de Hank, que olvidó su fatiga y observó cómo el médico cortaba la pierna del pantalón de Tom y comenzaba a examinar una de las heridas.

-Jamás había visto algo así, Tom. ¿Cómo fue que te dispararon tanto?

-Y a se lo dije. Ese tipo me atacó cerca de Cherry Creek -respondió Tom, irritado-. Y no vuelva a preguntarme por qué, porque no lo sé. No hacía más que dispararme y no alcancé a hacerme a un lado. Estaba loco.

El médico meneó la cabeza como si no le creyera una palabra. Hank sintió deseos de reír. Supuso que Tom no quería admitir la verdad y lo compadeció.

-Lo que más me desconcierta son esas dos heridas que tienes entre las piernas -prosiguió el médico, pensativo-. Están muy cerca de "ya sabes qué".

-¡No hace falta que me lo diga! -exclamó Tom, irritado y ruborizándose.

-Es sólo que no entiendo. Si hubieses tenido las piernas cerradas y una sola bala hubiese pasado entre ellas, habría sido un disparo muy extraño. Pero las dos heridas no fueron hechas por una sola bala. Te dispararon dos veces allí. Las heridas son idénticas: te arrancaron un centímetro de carne de cada muslo. Ese sujeto era un experto tirador. Por Dios, Tom, ¿acaso te quedaste allí de pie, y dejaste que te usara como blanco de práctica?

-¿Quiere dejar de parlotear y curarme?

. -No puedo trabajar más rápido -gruñó el médico.

Caminó a lo largo de la mesa, examinando una herida por vez. -Esa herida que tienes en la canilla está tan limpia como la del brazo. Sólo tendré que escarbarte el hombro.

-Sí, ella. . . él dijo que me dejaría una bala como recuerdo -murmuró Tom.

El médico levantó una ceja.

-Dijiste "ella".

-¿Sí? -balbuceó-. Bueno. . . había una mujer con ese tipo. ¡Esa ramera de ojos verdes disfrutó cada minuto!

El doctor entregó a Tom una botella de whisky, meneando la cabeza.

-Basta de hablar. Bebe un poco de eso antes de que te extraiga la bala. Supongo que te das cuenta de que no podrás volver a las minas por algún tiempo, ¿verdad? Ninguno de los dos brazos te servirá de mucho por ahora.

-Diablos -gruñó Tom, y bebió un trago.

-Yo no me quejaría. Mírale el lado bueno, Tom. Es notable, pero ninguna de tus heridas es grave. No hay ningún hueso astillado, ni siquiera en el hombro. Con cinco heridas, lo único que tienes es muchos cartílagos y músculos desgarrados. Has tenido mucha suerte, jovencito. Si ese sujeto era realmente un excelente tirador, entonces no quiso hacerte ningún daño permanente. -El médico recorrió con la vista todo el cuerpo de su paciente. -Es sólo que no entiendo -agregó en voz baja.

Hank se encaminó a su habitación, aún inadvertido. Su curiosidad había vuelto a despertar, aunque sabía que Tom jamás admitiría que una muchachita le había disparado cinco veces. En fin, eso no era asunto de Hank. Además, no era tan tonto como para interrogar a la joven. No haría ninguna pregunta a una dama que supiera disparar tan bien. . . o tan mal. Cabían las dos posibilidades. O bien la muchacha tenía la intención de herir a Tom pero había apuntado mal, o era una soberbia tiradora. Hank se encogió de hombros. Tal vez nunca supiera cuá1 de 1as dos era cierta.

CAPITULO 3

Samantha seguía llorando sobre su almohada cuando un agente de la ley llamó a su puerta. La muchacha no estaba preparada para recibir al señor Floyd Ruger, no en el estado emocional en que se hallaba. Era un hombre de cara demasiado seria que comenzó a formularle pregunta tras pregunta, sin darle tiempo para pensar antes de responder,

-¿Su nombre, señorita?

-Samantha Blackstone Kingsley.

-Su segundo nombre no es muy común.

-Bueno, era el apellido de mi madre. Ni siquiera supe el de mi padre hasta que. . . -No importa -la interrumpió-. '¿De dónde es?

-Del este

-¿Dónde? .

-Eso no le importa.

Al haber sido desairada, Samantha no estaba dispuesta a ofrecer más información. Sin inmutarse, Ruger repitió:

-¿Dónde?

La muchacha suspiró,

-Fui a la escuela en Filadelfia, si es lo que quiere saber,

¿ Vive en Filadelfia?

No, sólo estudié allí.

A su vez, Ruger lanzó un suspiro significativo.

-Entonces, ¿donde vive?

-En el norte de México.

El hombre levantó una ceja.

-Pero no es mexicana -observó. Parecía sorprendido.

-Ah, se dio cuenta.

Ignoró el sarcasmo de la muchacha y preguntó:

-¿Se quedará en Denver?

-No, señor Ruger. Sólo estoy de paso; iba camino a casa -respondió, con impaciencia-y no veo la necesidad de todas estas preguntas.

Ruger volvió a ignorarla.

-Se ha informado que usted disparó a un hombre. ¿Es verdad?

Samantha entre cerró los ojos con suspicacia. Había adivinado el motivo de la visita.

-Creo que no se lo diré.

Floyd Ruger la miró con atención.

-¿Cree que no me lo dirá? Mire, señorita Kingsley. .

-¡No, mire usted! -lo interrumpió, irritada-. Yo no he cometido ningún crimen. Y no estoy de ánimo para responder preguntas ridículas. Quisiera que se marchara, señor Ruger.

En ese momento, Jeannette Allston entró a la suite seguida de cerca por Adrien. Jeannette se veía preocupada pero Adrien estaba simplemente escandalizado. Samantha sabía que lo estaría. Eso la irritó más aun, y lo miró con furia.

-¡Conque al fin decidiste venir!

-Abajo dijeron que disparaste a un hombre –dijo Adrien, incrédulo-. ¿Es verdad?

Samantha vio que el señor Ruger la observaba con perspicacia. Era demasiado. Realmente lo era.

-Te lo explicaré más tarde -dijo fríamente a Adrien. En cuanto a usted, señor Ruger, no tengo más respuestas. Si el hombre a quien se supone que disparé muere, entonces con gusto responderé a sus preguntas.

-Insisto en que, al menos, me diga su nombre, señorita Kingsley -replicó Ruger.

-¿Qué le hace pensar que lo conozco? Pudo haber sido un extraño.

-O un muy buen amigo -insinuó Ruger.

Los ojos de Samantha brillaron con un fuego de esmeralda.

-yo no acostumbro disparar a mis amigos, señor Ruger. Si eso sirve para poner fin a sus preguntas, le diré que el hombre irrumpió aquí por la fuerza y no quería dejarme en paz. Lo único que hice fue defenderme. Estaba sola.

~ ¿Se defendió disparándole cinco veces?

-¡ Cinco! -exclamó Adrien, y cayó sobre una silla.

-¡Ya he tenido suficiente! -gritó Samantha al agente-. Usted no tiene nada que hacer aquí. ¡Buenos días!

Después de la partida de Ruger, se produjo un completo silencio. Samantha clavó la mirada en Adrien. Parecía haber sufrido una conmoción. ¿Qué clase de hombre era para reaccionar así? Era ridículo. Debía estar consolándola, pensó la muchacha, y no sentado allí, como alguien que necesita consuelo.

-Oh, chérie, imagino lo que debes de haber pasado -dijo Jeannette en tono suave, mientras rodeaba a Samantha con su brazo y la acompañaba al sofá.

Samantha agradeció al cielo por tener a Jeannette. Ella y su hermano eran decididamente franceses, a pesar de haber nacido en Norteamérica. Su madre era francesa y su padre, norteamericano, había muerto cuando ellos eran niños. El padre los había dejado en una buena posición económica. Su madre no había vuelto a casarse, de modo que no habían tenido otra influencia que la suya. Tal vez Adrien hubiese necesitado la influencia de un hombre. Dios, se estaba comportando como una mujer medrosa.

-¿De veras disparaste a alguien cinco veces? -preguntó Jeannette.

Samantha suspiró.

-Sí -respondió, simplemente.

-¡Qué terrible!

-Para él -dijo Samantha con amargura.

-¿No estás molesta?

-Oh, no lo sé. Estaba muy furiosa. Aún lo estoy. El hombre no quería marcharse, ni siquiera cuando tomé el revólver. Supongo que no creyó que lo usaría.

-Pero, seguramente, después del primer disparo...

Samantha rió, interrumpiéndola.

-Cualquiera pensaría que se habría marchado, ¿verdad? Pero después del primer disparo se enfureció y quería ponerme las manos encima. Me habría matado si le hubiese dado la oportunidad.

-¡Mon Dieu! Entonces sólo estabas defendiéndote, tal como dijiste.

-Sí. Finalmente logré que saliera de la habitación y me aseguré que abandonara el hotel por la escalera del fondo. Pero ni siquiera entonces se dio por vencido. Intentó derribarme, de modo que volví a dispararle.

-¿Cómo podía seguir viviendo después de todo eso? -intervino Adrien de pronto.

-yo no quería matarlo, Adrien. Sabía lo que hacía. Le causé cinco heridas inofensivas.

-¿Inofensivas? ¡Inofensivas! -exclamó Adrien-. ¿Cómo puedes hablar de eso con tanta calma? Creía que te conocía. He atravesado este país contigo, pero no te conozco. Samantha se enfureció.

-¿Qué se supone que debía hacer? ¿Dejar que me lastimara? Ya me había atacado antes de que pudiera tomar mi revólver. Y pudo marcharse por sus propios medios. Vivirá, estoy segura. Además, quisiera señalar que nada de esto habría ocurrido si tú hubieras venido cuando debías. ¿Dónde estabas, Adrien? ¿Acaso olvidaste que teníamos una cita para almorzar?

Adrien asintió. Samantha había volteado posiciones con habilidad. Sin embargo, no obtuvo satisfacción alguna con la débil respuesta:

-Sí, lo olvidé.

-¡Oh, Adrien! ¿Cómo pudiste olvidarlo?

Jeannette pronunció las mismas palabras que Samantha había estado a punto de decir, aunque el tono de esta no habría reflejado una mera decepción.

-No me mires así, Jean -replicó Adrien con un poco mas de brío-. Simplemente lo olvidé. Esta mañana tomé una importante decisión y puse manos a la obra enseguida. Acabo de terminar.

-¿Qué acabas de terminar? -preguntó Jeannette, sorprendida.

-De comprar provisiones -respondió, en tono casi defensivo-. Iré a Elizabethtown.

Samantha frunció el ceño. No había esperado que Adrien abandonara Denver. Había supuesto que tendría al menos un mes más para convencerlo. En un mes, ella partiría hacia Santa Fe para encontrarse con los hombres que la acompañarían a la hacienda.

-¿A Elizabethtown? ¿Por qué? -preguntó Jeannette.

-A buscar oro, claro.

Las muchachas quedaron boquiabiertas. Jeannette fue la primera en hablar.

-Pero ¿por qué, Adrien? Viniste aquí para abrir un estudio jurídico.

-Aquí hay otros que se están haciendo ricos, Jean.

Nunca imaginé cómo sería -respondió Adrien, entusiasmado-. Nosotros también seremos ricos y tendremos una de esas bellas mansiones como las que están construyendo los mineros adinerados.

Samantha echó a reír de pronto al comprender.

-¡Tiene la fiebre del oro!

Jeannette miró a la otra joven y luego a su hermano, estupefacta.

-Pero ¿para qué viajar hasta Elizabethtown? Aquí hay plata. . . toneladas de ella, si los informes son ciertos.

-Es verdad, Adrien -agregó Samantha, con sensatez-. Podrías arriesgar una denuncia aquí mismo. No hay necesidad de ir corriendo a Nuevo México. ¿No has oído hablar de los problemas que tienen allí con los indios?

-Ah, eso no es nada -dijo Adrien, quitando importancia a la idea.

-Nunca has visto un apache, Adrien. No sabes lo que dices si puedes burlarte del peligro de combatir contra los indios.

-Ese no es el punto. Si yo pudiera explotar una mina de plata aquí, lo haría. Pero no puedo hacerlo hasta que tenga dinero suficiente para comprar el equipo necesario para reducir el mineral. Es mucho más fácil buscar oro.

-Dios mío -suspiró Samantha, disgustada-. ¿Vas a buscar oro allá para volver aquí a explotar una mina de plata? Eso es ridículo, Adrien.

-He tomado la decisión -replicó Adrien con obstinación-. Y no es ridículo. Yo no soy el único que no puede comprar el equipo que se necesita para explotar la plata. Hay muchos otros que van a Elizabethtown. Allí se puede recoger el oro del suelo. La plata debe ser refinada. Ya he comprado una mina muy buena. Sólo necesito un crisol.

-¿Compraste una mina? -exclamó Jeannette, alarmada-. ¿Cuánto te costó?

Adrien se encogió de hombros.

-El precio era razonable, ya que el dueño se enfrentaba al mismo problema que yo: no tenía crisol.

-¿Cuánto?

-Sólo unos cientos.

-¡Adrien! -exclamó-. ¡No podemos permitirnos el lujo de gastar unos cientos!

A Samantha, la situación le pareció embarazosa. Había creído que los Allston no tenían que preocuparse por el dinero, como tampoco ella tenía que hacerlo.

-¿Cuánto costaría ese aparato para elaborar la plata? -se ofreció.

Adrien se volvió hacia ella, esperanzado, pero Jeannette intervino.

-No estamos obligados a pedir prestado, Adrien. Si realmente debes hacer eso, lo harás tú mismo.

-Yo lo consideraba una inversión -dijo Samantha rápidamente-. No un préstamo.

Adrien meneó la cabeza.

-Gracias, Samantha, pero no. La pequeña Jean tiene razón. Debemos hacerlo solos.

. -Muy bien. ¿Cuándo piensas partir? Podríamos ir todos juntos, ya que, de todos modos, yo debo ir al sur.

-Pasado mañana -respondió enseguida, alegrándose de que Jeannette no hubiese opuesto más resistencia-. Sólo esperaremos la diligencia.

CAPITULO 4

Hank tardó cuatro horas a caballo para llegar a la mina Pitts. Cuando llegó allí, encontró a seis hombres trabajando al sol, excavando rocas de la tierra, gruñendo y murmurando mientras sudaban. Al ver una gran tienda junto a un arroyo, se dirigió a ella y desmontó, sin apartar la vista de la tienda.

Entró en silencio. Adentro había dos mesas largas de madera, bolsas de dormir colocadas en los bordes de la tienda y una vieja estufa. Eso, además de los utensilios de cocina que la rodeaban, implicaban una estadía prolongada. Había un solo hombre en la tienda. Estaba sentado a la larga mesa ubicada a la derecha de Hank con un jarro de café a su lado, concentrado en una columna de cifras escrita en una hoja de papel.

-Hola, Pat.

Patrick McClure levantó la cabeza, sorprendido, y comenzó a levantarse, pero se detuvo y volvió a caer sobre el asiento. La voz era la misma de antes, pero la cara era muy diferente. Ya no estaban los sonrientes ojos grises que Pat conocía tan bien. En su lugar, había ojos de acero. Había temido que eso sucediera, que Hank no comprendiese.

-Oye, muchacho, no hay razón para que mires así a tu viejo amigo -dijo Pat, incómodo, con voz cascada.

-¿Amigo? -Hank comenzó a avanzar lentamente-¿Tú te llamas amigo?

No esperó respuesta. Echó hacia atrás el brazo derecho y dirigió un puñetazo directo a la mandíbula de Patrick. La silla, con Patrick aún sobre ella, cayó hacia atrás. Patrick era un hombre mayor y su cuerpo se había reblandecido, pero se puso de pie en un instante. Muy lentamente, retrocedió para apartarse de Hank.

-No pelearé contigo, muchacho. Al menos, no hasta que me dejes explicártelo -gruñó Pat, con la boca dolorida-. Después, si aún quieres pelear. . .

-Sólo quiero una cosa de ti, Pat: mi dinero. Dámelo, y dejaré las cosas como están.

-¿No recibiste la nota que te dejé?

-¡Perdición! -exclamó Hank, con los dientes apretados-. ¡No cambies de tema!

-Pero te hablé de esta mina -prosiguió Pat, sin acobardarse-. Seremos más ricos de lo que jamás soñamos, muchacho.

-Entonces dame mi parte ahora y puedes quedarte con el resto. No me interesan las minas, Pat. Tú conoces mis sueños. He esperado más de diez años. Ya no esperaré más. Debo ir a México.

-Pero tú no entiendes, Hank. Siéntate y déjame explicártelo.

-No hay nada que explicar. O tienes mi dinero o no lo tienes.

-No lo tengo. Lo gasté casi todo en un crisol –dijo Pat, y retrocedió más.

Hank lo tomó por la camisa y lo atrajo hacia sí, levantándolo casi del suelo. Sus ojos tenían una expresión asesina

-Creo que debo matarte, Patrick -dijo, con voz calma y feroz-. Sí, debo hacerlo. Tú sabías lo que significaba ese dinero para mí. Sabías cómo odiaba lo que hacíamos para conseguir lo. Tú lo sabías. . . e igualmente lo gastaste

-Pero, muchacho, tendrás suficiente dinero para comprar una docena de haciendas, dos docenas. . . -rogó Pat-Te digo que seremos ricos.

-¿Cómo puedes saberlo? -preguntó Hank-. Aún tienes que elaborar la plata.

-La he mandado a analizar. ¡Aquí tenemos mineral de primera, de lo mejor, y hay muchísimo! Todo es cuestión de elaborarlo en cuanto llegue el crisol. Claro que eso llevará un poco de tiempo.

-¿Cuánto? ¿Un año? ¿Dos?

-No sabría decirlo, muchacho. Mandé pedir a Inglaterra el mejor y el más nuevo equipo.

De pronto, Hank lo soltó y dio media vuelta. El hombre mayor suspiró, aliviado. Hank era un hombre mucho más alto y fuerte; delgado, pero con buenos músculos. Si estaba furioso, le resultaría fácil matar a Pat con sus propias manos.

-¿Cómo pudiste hacerme eso, Pat? Yo confiaba en ti. Éramos amigos.

La voz de Hank era apenas audible.

-Aún lo somos -protestó Pat-. ¿Quieres convencerte? Te he convertido en un hombre rico.

-La riqueza que no veo no me sirve ahora –gruño Hank.

Pat lo miró con cautela. Hacía mucho tiempo que conocía a Hank Chávez, pero nunca lo había visto así. Moreno, apuesto, en general con ropa oscura, Hank siempre había tenido aspecto peligroso. A primera vista, parecía un pistolero. Sin embargo, la calidez y la diversión de sus ojos descartaba esa imagen de inmediato. El joven podía hallar diversión casi en cualquier situación, y su genuino amor por la vida y a pesar de las tragedias de su pasado lo hacía notable.

Pat volvió a intentarlo.

-Hank, muchacho, ¿por qué no entiendes mi punto de vista? Era mi única oportunidad. Teníamos mucho dinero, pero tú sabes cómo soy. Me habría dado la gran vida durante un tiempo y pronto no me quedaría nada.

-Podrías haber comprado una empresa o una hacienda, Pat. Podrías haber sentado cabeza.

-Eso no es para mí -respondió Pat, más esperanzado. Al menos, Hank lo escuchaba. -Yo no sirvo para tener un trabajo estable.

-¿No estás trabajando aquí? -observó Hank.

¿Trabajando? Estoy pagando a otros para que se quiebren la espalda partiendo rocas.

Hank lo miró con suspicacia.

-¿Con qué les estás pagando, Patrick? –preguntó suavemente.

-Bueno, me quedó un poco de dinero. Mil o algo así -admitió Pat con renuencia, pues había caído en su propia trampa-. Pensé ahorrar tiempo preparando todas las rocas para poder empezar a trabajar directamente cuando llegue el crisol.

-Me llevo lo que queda, Pat.

-Oye, muchacho. . .

Hank comenzó a avanzar hacia él otra vez y Pat aceptó enseguida.

-Está bien, está bien. Supongo que no habrá mucha diferencia. -Vio que Hank se relajaba ligeramente y creyó que ya no habría problemas. -Dime, ¿por qué tardaste tanto en llegar aquí? Supuse que vendrías pisándome los talones.

Hank se puso tenso.

-Estuve en la cárcel.

Pat frunció el ceño.

-No habrá sido por. . .

-No, no tuvo nada que ver con nuestros robos –dijo Hank con amargura-. Causé algunos estragos después de leer tu nota y emborracharme.

Pat hizo una mueca.

, -Lo siento. Pero ¿comprendes por qué tenía que hacerla así? Había ganado esta mina en un juego de naipes y sabía lo valiosa que era por la actitud del tipo que la perdió. Lo tomó

muy mal. Iba al sur de Texas para pedir dinero prestado a un amigo para comprar un crisol. Yo sabía que no podría comprar el crisol sólo con mi dinero, por eso tomé prestada tu parte, muchacho. Tuve que hacerlo. –Pat vaciló. -¿Qué harás ahora?

-Volveré a emborracharme y seguramente destruiré una o dos tabernas más -respondió Hank con amargura.

-No todo está perdido, muchacho. Siempre has tenido mucha suerte con los naipes. Podrías duplicar o triplicar tu dinero de esa manera.

-O bien perderlo todo.

-Hay otras maneras...

-¡No pienso robar más! -gruñó Hank.

-No, no. No iba a sugerir eso. Hace unos años, hubo un gran descubrimiento de oro en Nuevo México. Miles de hombres han ido a ese pueblo nuevo, Elizabethtown.

-¿Crees que debería buscar oro? -dijo Hank, irritado-. También podría esperar que esta mina comience a producir. Cualquiera de las dos cosas llevaría demasiado tiempo. Mis tierras están allí, y me muero por tenerlas. Ha sido así desde hace años. Ya no puedo esperar.

Pat volvió a inquietarse.

-Siempre fuiste un fanático de tus tierras. Jamás quisiste atender razones. Hace ya mucho tiempo debiste averiguar cuánto necesitarías para comprarlas. ¿Nunca se te ocurrió que lo que tenías podía no ser suficiente?

-Tenía suficiente... hasta que tú me lo robaste.

-Oye, muchacho, no puedes estar seguro de eso. Podrías haber llegado allá y descubierto que el dueño pedía el doble de lo que tenías, o más. No puedes saberlo. ¿Por qué no lo averiguas ahora? -insistió Pat, entusiasmado-¡Eso es lo que puedes hacer! Ve y averigua exactamente cuánto necesitarás. Diablos, para cuando regreses, esta mina nuestra estará produciendo y tendrás lo que necesites. Dijiste que no quieres esperar. Bien, de esta manera no tendrás que hacerla. Harás algo ahora mismo para recuperar tus tierras.

-Lo que sugieres es una pérdida de tiempo –dijo Hank en tono brusco-. Sin embargo, por tu culpa, tengo mucho tiempo que perder y nada mejor que hacer. Entonces, así sea. -Sonrió, y sus ojos se crisparon como antes. -Pero el dinero que te queda, amigo. . . me lo llevo.

Hank abandonó Denver al día siguiente y cabalgó directamente hacia el sur. Cruzaría la mayor parte del territorio de Colorado y todo Nuevo México: un área enorme que no era nada segura para un viajero solitario. Pero Hank era experto en evitar gente, incluso a los indios. Había aprendido mucho desde su fuga de la prisión: a esconderse en las montañas o en los llanos. Sus sentidos, siempre agudos, se habían agudizado más aún después de la fuga y durante sus días de bandido.

Tenía que cruzar más de mil kilómetros de terreno desconocido' sólo para llegar a la frontera con México. Aunque lo hiciera a paso veloz, tardaría más de un mes, pero ya había decidido no apresurarse demasiado. No esta vez. No tenía prisa, gracias a Pat. Estaba furioso por el nuevo retraso, pero no había nada que pudiera hacer para acelerar las cosas excepto volver a robar. . . y no lo haría.

¡Maldito Pat y su mina de plata!

En los días siguientes, Hank meditó en su vida desdichada. Al cuarto día, su ánimo era tan sombrío que se volvió descuidado. Cabalgaba por la base de la cordillera de las Rocosas, forzando cruelmente a su caballo, cuando de pronto el animal tropezó en un pozo y, al hacerlo, arrojó a Hank a más de un metro de distancia. Se torció el tobillo pero, lo que era peor, el caballo se había roto una pata delantera y no podía seguir camino. Había que sacrificarlo.

Librodot

Hank se encontró sin caballo, lleno de remordimientos por el accidente y varado a gran distancia, entre dos ciudades.

CAPITULO 5

En la diligencia, el aire era sofocante. Dos de los pasajeros, una mujer con su hijo, habían descendido en CastleRock debido a una indisposición del muchacho. Nadie había ocupado sus lugares, de modo que sólo había cuatro pasajeros en el vehículo. Sin embargo, habría muchos más pueblos y paradas antes de E1izabethtown y no cabía duda de que la diligencia volvería a llenarse.

Aun con los dos lugares libres, hacía calor en el interior. El señor Patch, que viajaba junto a Samantha y los Allston, insistía en mantener las persianas cerradas porque se trataba de una diligencia vieja y todas las ventanillas estaban rotas. Patch dijo padecer cierto mal que se agravaba con el polvo. "No debería viajar al sudoeste si quiere evitar el polvo", pensó Samantha, irritada.

En realidad, no la irritaba el señor Patch, a pesar de que se vieron obligados a encender un viejo farol humeante para que hubiese algo de luz. No, era Adrien quien había provocado su malhumor. Siempre era Adrien. A veces, Samantha se preguntaba cómo había podido enamorarse de ese hombre. Después de tanto tiempo de viajar juntos, aún permanecía distante. Es más, ni siquiera le hablaba. ¡Qué actitud tan infantil en un hombre! Eso era algo que Samantha podía hacer cuando estaba de mal humor, pero ¿un hombre de treinta años? Y todo porque había recordado a Tom Peesley.

Eso había ocurrido gracias al señor Ruger. Al enterarse de que la muchacha abandonaría Denver, se había dirigido a la estación de diligencias justo antes de su partida y había tenido el descaro de pedirle que no se marchara hasta que él tuviera la seguridad de que no se había cometido ningún crimen. Sin embargo, no podía insistir, y ambos lo sabían. Tom Peesley no había presentado ninguna queja contra ella y Samantha sabía que nunca lo haría. No se atrevería.

Tranquilizó a Floyd Ruger diciéndole dónde podría encontrarla en caso de que fuera necesario. Pero no había logrado apaciguar a Adrien.

No podía entender a Adrien. Ni siquiera podía atribuir su comportamiento al hecho de que él era del este, pues había otros de esa región que no eran tan. . . tan infantiles.

Se había quejado a Jeannette al respecto, pero la menuda rubia se había puesto del lado de su hermano.

-Él es muy sensible, chérie -intentó explicarle-No tolera la violencia.

-Sin embargo, ha elegido viajar a una tierra violenta -señaló Samantha.

-Oui, y ya se acostumbrará. Pero le llevará tiempo.

¿Cuánto tardaría en olvidar lo de Tom Peesley?, se preguntó Samantha. Llegó a la conclusión de que tendría que tomar alguna medida drástica. Pensó en dar celos a Adrien. En realidad, él no tenía competidores. Tal vez necesitara un buen sacudón. Sin embargo, en ese momento, el único hombre disponible era el señor Patch, calvo casi por completo y de barriga grande, de modo que, por el momento, tuvo que descartar la idea. El problema era que, cuando llegaran a Elizabethtown, Adrien estaría ocupado.

¿Qué podía hacer? No pensaba darse por vencida respecto a Adrien. Había decidido que él era el hombre que deseaba, y ella siempre conseguía lo que quería. Soñaba con él, lo imaginaba abrazándola, besándola, haciéndole el amor como lo habían descrito las muchachas de la escuela. Sí, Adrien sería su primer hombre.

Ningún hombre la había abrazado siquiera, no con ternura, pues no podía contar a Tom Peesley. Sin embargo, él había sido el primer hombre que la había besado con pasión. La muchacha esperaba que los besos tan crueles como los de él no fuesen lo típico, y tampoco el beso de Ramón Mateo Núñez de Baroja, de la hacienda más cercana a la de ellos. El beso de Ramón había sido el de un hermano, al despedirse cuando ella se marchó hacia la escuela.

Tenía que haber una especie de beso intermedio, algo que la incitara, que la hiciera desvanecerse, como sucedía en las novelas románticas que entraban en la escuela de contrabando. Esa era la clase de beso con la que soñaba Samantha, y sabía que Adrien se lo daría. .. si alguna vez se decidía a hacerlo.

Hacía cinco días que la diligencia avanzaba dando tumbos: una manera atroz de viajar. El viaje en tren desde Pensilvania a Cheyenne no había sido tan malo pero, después de la diligencia a Denver, Samantha había llegado a pensar en comprar un caballo y cabalgar junto al vehículo. Pero de esa manera no estaría cerca de Adrien, de modo que descartó la idea.

Su padre se había consternado al enterarse de que la muchacha volvería a casa por tierra y no por barco, como se había marchado. Samantha sabía que se pondría furioso; por eso no le había telegrafiado hasta abandonar Denver. Su respuesta la alcanzó una semana más tarde: le decía lo furioso que estaba. Le enviaría un grupo de hombres para que la acompañaran, en cuanto ella le avisara que había llegado a Cheyenne. Pero Samantha no volvió a telegrafiarle. Quería más tiempo con Adrien. Su padre le había advertido que no utilizara su nombre completo al acercarse a casa y le había enviado otros consejos (o, más bien, órdenes) paternales. Hamilton Kingsley se preocupaba por su hija, pero la muchacha ya no le reprochaba su actitud protectora. Había pasado demasiado tiempo durante el cual nunca la regañaba por ser ella tan nueva para él. No podía negarle nada. Después de todo, Samantha lo había conocido a los nueve años. A su padre le había llevado mucho tiempo apartarla de sus abuelos de Inglaterra, Y nunca pudo obtener el hermano de la niña, Sheldon.

Sus abuelos habían sido tan estrictos que Samantha no había conocido una niñez normal. Desde que aprendió a caminar y a hablar, exigieron que se comportara como una persona adulta, aunque sin los privilegios de los adultos. No sabía lo que era jugar, correr, reír. Su abuela le había prohibido terminantemente esas cosas y, si la atrapaban comportándose de una manera que no correspondiera a una dama, en el acto sobrevenían los castigos.

Su abuelo, sir John Blackstone, no había sido tan malo, pero Henrietta era un terror. Henrietta Blackstone odiaba al norteamericano Hamilton Kingsley por casarse con su única hija y se las ingenió para separar a los padres de Samantha después del nacimiento de los niños. Ellen Kingsley regresó a la finca de los Blackstone con sus dos hijos y, un mes más tarde, se quitó la vida. Samantha nunca pudo culpar a su madre por haberse suicidado, pues sabía cómo era vivir con Henrietta. Además, nunca dudó que hubiera sido la obstinación de su abuela lo que había llevado a su madre al suicidio.

Cuando su padre amenazó llevar a los Blackstone a la corte por no permitirle ver a sus hijos, sir John convenció a su esposa de dejarlos ir antes que enfrentar el escándalo. Samantha había recibido con alborozo la oportunidad de abandonar Blackstone Manor, pero Sheldon se había rehusado a hacerlo. Henrietta ejercía una fuerte influencia sobre él, y Hamilton tuvo que conformarse con uno solo de sus hijos.

Samantha tenía mucho miedo de que su padre esperara de ella las mismas cosas que Henrietta. Al ver que no daba señales de hacerlo, la niña comenzó a hacer, poco a poco, todas las cosas que nunca le habían permitido y a repudiar todo lo que tuviera que ver con el hecho de ser una dama. En los primeros años que pasaron juntos, Samantha puso a prueba a su padre y aprovechó su amor por ella y su alegría de tenerla al fin en casa.

Ahora se sentía muy mal por ello e incluso llegó a acatar algunas de las indicaciones de su padre. Utilizó sólo la mitad de su nombre desde el momento en que entraron a la región donde se conocía la riqueza de Hamilton Kingsley.

No facilitaría el hecho de que alguien consiguiera mucho dinero secuestrando a su única hija. Los secuestros eran comunes y rara vez atrapaban a los responsables. Por lo tanto, un grupo de hombres de su padre la acompañaría el resto del camino a la hacienda, aunque eso haría que quedasen pocos hombres allí.

Samantha suspiró y miró a Adrien, que estaba sentado junto al señor Patch. La muchacha ya no repudiaba el ser una dama. De hecho, se esforzaba al máximo por recordar todo cuanto su 'abuela le había obligado a aprender. Adrien no aceptaría por esposa a quien no fuese una dama. Pues bien, ella sería esa dama. Sería la esposa de Adrien.

Bajó sus largas pestañas para que él no se percatara de que lo observaba. Samantha desabrochó el primer botón de su blusa de seda blanca. La chaqueta azul-morada que hacía juego con su falda estaba junto a ella, sobre el asiento, porque hacía mucho calor en la diligencia. Aprovecharía ese calor como excusa para desabrochar otro botón, y luego otro. Los frunces que adornaban la delantera de su blusa cayeron lentamente a los costados, dejando al descubierto su cuello una vez desabrochado el cuarto botón.

Adrien no la miró. Samantha comenzó a dar golpecitos con el pie en el piso, fastidiada, y desabrochó dos botones más. Se sintió más fresca, pero, de todos modos, se abanicó enérgicamente para ver si eso llamaba la atención de Adrien. Pero no fue así. En cambio, logró toda la atención del señor Patch. Samantha sintió deseos de gritar. ¿Qué demonios tendría que hacer?

De pronto, la diligencia redujo la velocidad y Adrien abrió la persiana más cercana a él. El señor Patch comenzó a toser.

-¿Qué ocurre, Adrien? -preguntó Jeannette.

-Parece que subirá un pasajero.

-¿Hemos llegado a algún pueblo?

-No.

Adrien se interrumpió cuando se abrió la puerta y subió un hombre alto. Se hizo a un lado para dejarle lugar y el extraño se acomodó en el asiento contiguo al suyo. Saludó a las damas con el sombrero pero no se lo quitó.

Samantha respondió con un breve movimiento de cabeza y apartó los ojos de inmediato. Supuso que se trataba de un vagabundo, de modo que dejó de prestarle atención y volvió a mirar a Adrien. Sin embargo, éste miraba al extraño con curiosidad e ignoraba a la muchacha.

-¿Cómo es que estaba por aquí sin un caballo? -preguntó, en tono amigable.

El hombre tardó en responder. Examinó a Adrien antes de hablar con una voz profunda.

-Tuve que matar a mi caballo.

-¡Mon Dieu! -exclamó Adrien, horrorizado.

Samantha suspiró, disgustada por la reacción tan poco masculina. Al oír el suspiro, los ojos del extraño se volvieron hacia ella. La joven se sintió obligada a preguntar:

-¿Su caballo estaba herido?

-Sí, se quebró una pata. Yo también tengo una pierna lastimada. Parece que, después de todo, iré a Elizabethtown.

Samantha lo miró con más atención. La sombra del sombrero ocultaba la parte superior del rostro del hombre, pero en la inferior se veía una mandíbula fuerte cubierta apenas por una incipiente barba negra; la boca firme se curvaba hacia arriba en una de las comisuras y formaba un hoyuelo, y la nariz era recta y angosta, pero no demasiado larga. Prometía ser una cara de facciones bien proporcionadas.

El hombre se repantigó en el asiento casi con arrogancia. Tal vez sólo estuviera cansado. Extendió las piernas frente a sí hasta ocupar buena parte del pasillo y casi tocar las rodillas de Samantha. Cruzó las manos sobre el vientre y Samantha se sorprendió al ver sus dedos largos,

delgados y casi graciosos. Era obvio que cuidaba sus manos. No tenía callos, de modo que era probable que usara guantes para cabalgar.

A primera vista, parecía un vaquero común y corriente, cubierto de polvo y algo elegante con su ropa oscura. Sin embargo, al observarlo con más atención, Samantha comenzó a dudar de ello. Estaba sucio y, sin embargo, la única señal de desaliño en él era la barba incipiente. Su cabello color ébano llegaba apenas al cuello de la camisa. La ropa era de su talle exacto y de buena calidad. Su camisa marrón oscura era de cambray; el pañuelo que llevaba al cuello era de seda y el chaleco era de excelente cuero español, igual que las botas.

Samantha comenzó a sentir cada vez más curiosidad por ese hombre a quien antes había descartado con tanta rapidez. Era la primera vez que se interesaba en otro hombre desde que había conocido a Adrien, yeso la sorprendía.

El extraño era delgado, pero su pecho y sus brazos eran musculosos, como sus piernas, en fundadas en ceñidos pantalones negros. Samantha lo comparó mentalmente con Adrien. Aquel hombre era joven, vital, y estaba en perfecto estado físico. De hecho, el rubio Adrien palidecía junto al vaquero y adquiría un aspecto casi enfermizo.

Adrien lo observaba con curiosidad, tal como lo hacía Samantha, pero el hombre miraba a... ¿a quién? ¿A ella o a Jeannette? Samantha no podía estar segura de ello, pues no lograba verle los ojos con claridad. Seguramente miraría a Jeannette, se dijo, pues su amiga tenía una belleza clásica. Era la clase de mujer menuda que atraía a los hombres, pues inspiraba protección y les hacía sentir deseos de abrigarla. Aunque Samantha no era desgarbada ni demasiado alta, se sentía sumamente torpe en comparación con Jeannette.

El silencio se prolongaba. El señor Patch continuó tosiendo hasta que Samantha se apiadó de él y cerró la persiana. En la quietud consiguiente, comenzó a sentirse incómoda. Jeannette, aburrida, había cerrado los ojos, como también lo había hecho el señor Patch, pero Samantha no podía hacerla. Tenía que saber si el extraño la miraba o no.

La irritación se acumuló en su interior hasta que, finalmente, preguntó sin preámbulos:

-¿Es que nunca se quita el sombrero?

Adrien ahogó una exclamación por tanta falta de tacto y la muchacha se ruborizó. El extraño sónrió, se quitó el sombrero y alisó su cabello negro y ondulado.

-Disculpe, señorita -dijo, en castellano.

Samantha miró aquellos ojos grises como la pizarra que se arrugaban en las comisuras. Ojos sonrientes, pensó la joven. ¡Parecía estar riéndose de ella!

-Habla usted español, señor -dijo, impulsivamente-. Sin embargo, no parece ser español puro. Déjeme adivinar... ¿medio norteamericano?

-Es muy observadora.

-Por favor, Samantha -la interrumpió Adrien en tono de desdén.

La muchacha dirigió sus ojos verdes hacia él y levantó ligeramente las cejas.

-¡Oh! ¿Has vuelto a hablarme, Adrien?

-En realidad, no debería hacerlo -replicó con mal humor. Luego, volviéndose hacia el extraño, agregó: -Debe usted disculpar la descortesía de mi amiga, señor. . .

-Chávez. Hank Chávez -dijo, asintiendo-. Pero no tengo nada que disculpar a una dama tan bella.

Samantha sonrió ante la galantería.

-Es usted muy amable, señor. Pero realmente fui descortés. . . y ni siquiera estaba en lo cierto. Su apellido es mexicano.

-Sí. También tengo sangre india.

-Pero no mucha -supuso.

-Adivinó otra vez, señorita.

Adrien volvió a interrumpir para hacer las presentaciones, antes de que Samantha lo avergonzara más aun con su falta de tacto. Entonces la muchacha volvió a recostarse y escuchó cómo Adrien mantenía una conversación banal y explicaba sus motivos para ir a Nuevo México. Samantha cerró los ojos y dejó que su voz, junto con la voz más profunda de Hank Chávez, la arrullaran hasta dormirse.

La despertó un fuerte tumbo que dio la diligencia. Al abrir los ojos, vio que los de Hank Chávez estaban fijos en ella. O, más precisamente, en la "V" profunda que formaba el escote de su blusa.

Samantha miró hacia abajo. Sus senos se revelaban apenas un poco. Nunca antes había exhibido tanto su cuerpo. Y ni siquiera había dado resultado: Adrien seguía sin prestarle atención. Pero Hank Chávez sí lo había notado. Sus ojos se encontraron. Él sonreía. Samantha sintió deseos de morir. El rubor subió por su cuello y dio a su rostro un brillante tono rosado. No sabía por qué se sentía tan avergonzada, pero lo estaba. Tal vez se debiera al hecho de que Hank era un hombre muy atractivo o, quizás, a la manera en que sus ojos la examinaban. Fuera cual fuese la razón, se sentía absolutamente mortificada, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Si volvía a abrochar su blusa con rapidez, no haría más que empeorar las cosas.

Adrien seguía hablando, abstraído, y finalmente Hank Chávez se volvió hacia él. Samantha no escuchaba la conversación. Levantó su abanico para cubrir la parte delantera de su blusa y, subrepticiamente, abrochó un botón. No pudo seguir, pues aquellos ojos grises volvieron a posarse en ella. Bajó las manos hasta su falda. Hank advirtió lo que había ocurrido; Su mirada se dirigió hacia donde había estado la hendidura de los senos de la muchacha y luego a sus ojos. Parecía regañarla por negarle la vista que tanto había admirado.

Su intensa mirada avergonzó a Samantha, que cerró los ojos. Dormiría o, más bien, fingiría dormir, pero no volvería a mirar a Hank Chávez, pasara lo que pasase.

CAPITULO ó

Caía la noche, pero la diligencia continuaba viaje, pues aún faltaban varios kilómetros para la siguiente parada.

Hank tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Adrien Allston al fin había dejado de hablar. Hank sentía un dolor palpitante en el tobillo y anhelaba quitarse las botas, pero tendría que esperar hasta que se detuvieran a pasar la noche. Había tenido que recorrer cojeando casi dos kilómetros cargando su montura para llegar a la línea de recorrido de la diligencia. Diez minutos más y la habría perdido. Se preguntaba si le convendría seguir viaje hasta Elizabethtown para poder curarse el tobillo o bien intentar comprar un caballo en el próximo pueblo. Miró a la mujer que estaba sentada frente a él y decidió esperar.

Era una mujer fascinante, aun dormida. Era innegable que la rubia era muy bella, pero la de cabello oscuro era la imagen de la belleza. Le recordaba a la muchacha de Denver, la que había visto con el revólver. El cabello de color castaño rojizo, la figura delgada, la nariz graciosa, todo le parecía familiar. Pero sólo había tenido una vista lateral de aquella joven, y a la distancia. Esta era mucho más madura, tenía el cabello peinado con elegancia y parecía mayor. Supuso que tendría veinte años: una mujer ya crecida.

Su tez blanca le hacía pensar que podía provenir del este. O tal vez a ella no le agradara el sol. Sin embargo, sabía algo de México, puesto que había adivinado su linaje.

La madre de Hank había sido norteamericana y tenía ancestros en Inglaterra. Ello le había dado ese nombre, aunque su padre lo había cambiado más tarde por Enrique.

Su padre había sido mexicano descendiente de españoles, aunque había muy poco de México en sus venas. El bisabuelo de Hank había sido medio mestizo y se había casado con

una española; su hijo Victoriano se había casado con una mujer de la familia Vega, que acababa de llegar de España. Hank ya no pensaba mucho en sus ancestros: todos los que importaban habían muerto, excepto su hermana mayor.

Sin embargo, Samantha Blackstone le había recordado a su familia. ¡Qué dama tan curiosa! El locuaz Adrien Alltance s había escandalizado. Pero a Hank no le importaba. Admiraba a las mujeres que no temían dar su opinión ni a satisfacer su curiosidad.

No lograba apartar los ojos de ella. Tenía largas pestañas y, mientras dormía, un mechón corto caía sobre su sien y emitía reflejos rojizos a la luz de la lámpara. Hank recordó con placer cómo se había avergonzado al advertir que la él admiraba sus senos. Había disfrutado con esa vergüenza le había agradado hacerla ruborizarse. Si lograba que ella se ruborizara, significaba que no le era indiferente.

Por cierto, él no era. De alguna manera, esa muchacha le recordaba a Ángela, aunque no tenían ningún parecido físico que no fuera, tal vez, el tono del cabello. Le había resultado fácil hacer ruborizar a Ángela. Recordó cómo su rostro había adquirido un brillante color carmesí cuando, al asaltar su diligencia, Hank la había revisado en busca de objetos de valor. Ella lo había abofeteado con fuerza y él se había visto obligado a responder con un beso que habría deseado que nunca terminase.

Por primera vez en su vida, Hank realmente sintió deseos de asaltar una diligencia: la misma en que viajaba, ya para poder registrar a aquella mujer que estaba frente a él.

El solo hecho de mirarla hacía que la deseara, y tuvo que colocar su sombrero sobre su regazo para ocultar la evidencia de su deseo.

¿Qué le ocurría? Nunca antes había reaccionado con tanta fuerza física ante una mujer sin siquiera tocarla. Ni siquiera Ángela lo había excitado con tanta rapidez y la mujer sólo estaba durmiendo. ¡Ni siquiera influía en él con sus ojos!

Hank cerró los ojos para no verla, con la esperanza de que su sangre recuperara la temperatura normal. Pero no dio resultado. No podía dejar de soñar con ella.

Sería un largo viaje hasta Elizabethtown.

Samantha fue la última en descender de la diligencia. Jeannette había tenido que despertarla, regañándola porque esa noche no podría dormir. A Samantha no le importaba. El viaje era muy aburrido y no había nada que hacer más que dormir. Entonces recordó al señor Chávez y despertó por completo. Sin embargo, él había ido con los demás hombres. Se hallaban en una deprimente parada de diligencias, el único edificio en kilómetros a la redonda. Había un establo donde se guardaban los caballos suplementarios y una casa que, en realidad, no era más que una gran habitación. Allí, los pasajeros podían obtener una comida caliente y tenderse en los bancos para dormir unas horas.

Samantha siguió a Jeannette al interior. Decidió no sentarse; tenía la espalda entumecida. La comida aún no estaba lista. Era tarde y habían tenido que despertar al anciano para que les preparase algo. Sólo Jeannette, el señor Patch y el viejo encargado estaban en la habitación. Los otros habían vuelto a salir para lavarse. Samantha comenzó a caminar y a desperezarse lo más posible sin perder los modales de una dama. Jeannette se sentó en la única silla con respaldo, cerca del hogar. Estaba cansada y se le notaba.

El cochero y Adrien entraron por la puerta trasera, pero Hank Chávez no estaba con ellos. Samantha deseó que se diera prisa, pues también quería lavarse en el pozo. No sería apropiado que saliera mientras él aún estaba afuera.

Adrien se ocupó de la comodidad de su hermana y, cuando la comida estuvo lista, le acercó un plato. Samantha echaba chispas. Seguía ignorándola. El viejo encargado le ofreció un plato, pero la muchacha lo rechazó, pues deseaba lavarse antes. Sentía todo el cuerpo cubierto de la suciedad del viaje. Habría querido cambiarse de ropa, pero no habían descargado los

equipajes para esa breve parada y no quiso pedir la ayuda de nadie para bajar una de sus maletas.

Cuando, al fin, Hank Chávez entró a la habitación, Samantha no pudo evitar sorprenderse por el notable cambio, Se había afeitado y, sin la barba, se veía más apuesto aun. Se había puesto una camisa gris oscura con botones de madre perla que hacían juego con sus ojos. En cuanto aquellos ojos grises se posaron en ella, Samantha apartó la mirada. Pasó junto a él sin decir palabra, tomó el farol que él había dejado y salió al patio trasero.

Junto al pozo había una repisa 'de piedra con un cubo vacío y una gran lata con agua sucia, que habían dejado los demás que ya se habían lavado. Samantha dejó allí el farol, vació el agua sucia y luego llenó la lata con agua fresca del pozo. Utilizando el pañuelo que extrajo de su bolso, se inclinó para lavarse la cara, las manos, el cuello y entre los senos.

Extendió el pañuelo sobre la repisa para que se secara y luego se abrochó la blusa con rapidez. ¡No repetiría el error de dejarla desabrochada! Volvió a sentirse incómoda al recordar aquellos ojos clavados en ella. El sonido de unos pasos la hizo dar media vuelta y ahogar una exclamación. Hank Chávez estaba a pocos centímetros de ella. Vio que la puerta trasera de la casa estaba cerrada, lo cual significaba que estaban solos en el patio.

Samantha sintió que su corazón latía con fuerza, pero retrocedió un paso e inclinó la cabeza, con todo el aire sereno de quien domina una situación que le fue posible asumir. Los ojos de Hank no sonreían. Ya no tenía esas arrugas en las comisuras, y eso la asustó más aún.

Finalmente, Hank habló.

-Olvidé mi sombrero.

-Ah -suspiró-. Bueno, me asustó mucho al aparecer por atrás con tanto silencio.

¡Dios! ¿Cuánto tiempo habían pasado allí, mirándose sin hablar?

-No fue mi intención asustarla, señorita Blackston pero no debería estar aquí sola.

-Tonterías. -Samantha rió, perdiendo el temor -Estoy muy cerca de la casa. Además, sólo están los pasajeros de la diligencia, y confío en todos ellos.

-Pues no debería hacerlo, señorita. A mí ni siquiera me conoce.

Lo dijo en tono tan serio que Samantha retrocedió tomó su bolso, que estaba en la repisa. Le sería fácil extraer su nuevo derringer en caso de que fuese necesario. Había comprado el modelo Remington poco después del ataque de Tom Peesley. Un revólver de dos disparos era mejor que el modelo anterior.

-¿Quiere decir que no debo confiar en usted, señor? -preguntó, con calma.

-Sólo quiero decir que soy un extraño y que usted no debería ser tan confiada con los extraños. , Pero permítame asegurarle que Sí puede confiar en mí..

Samantha le sonrió.

-Teniendo en cuenta su consejo, no puedo creer en la seguridad de un extraño.

Hank lanzó una carcajada.

-Ah, la señorita no sólo es bella, sino también sabia -dijo en español.

Samantha ladeó la cabeza, fingiendo no comprender el idioma.

-¿Qué significa eso?

Hank extendió una mano como para acariciarle la mejilla, pero luego contuvo ese gesto de intimidad. Se lo explicó.

-Vaya, gracias -dijo la muchacha, sonriendo para sí porque él no había mentido. Ella sabía hablar español muy bien. Era un juego que emprendía con la gente que no sabía de su fluidez en ese idioma. Era una manera segura de poner a prueba la honestidad de una persona. Hank Chávez había pasado la prueba.

Poco tiempo atrás, había admitido para sí misma que él la atraía. Su magnetismo viril la afectaba mucho, pero no estaba segura de la razón precisa. Era apuesto, claro, pero había

conocido a otros hombres apuestos. Sin embargo, su aspecto físico no era lo único que la atraía. Había algo diferente en Hank, una cualidad peligrosa. ¿Un toque de lo prohibido, tal vez? A pesar de todas sus sonrisas y la expresión cálida de sus ojos, ella había visto su otra faceta. ¿No temía un poco lo que veía?

-¿Me permite que la acompañe a la casa, señorita?

-Sí, gracias. Ya he terminado aquí.

Hank se colocó el sombrero en un ángulo inclinado, la tomó el farol y luego el brazo de la joven. La mano que la tomó del codo estaba tibia. Su hombro casi tocaba el de ella, y esa cercanía la acobardaba.

-El hombre Allston, ¿qué es de usted? –preguntó Hank de pronto.

La pregunta tan directa sorprendió a Samantha. Sin embargo, no la consideró una afrenta. Después de todo, ¿acaso ella no lo había interrogado con la misma audacia en la diligencia? Pero no supo qué responder. No quería hablarle de sus sentimientos por Adrien.

-Es mi. . . acompañante, él y su hermana. Jeannette y yo fuimos compañeras en la escuela y nos hicimos muy amigas.

En ese momento, Hank estaba demasiado consciente de su propio deseo para advertir la vacilación de Samantha y el tono evasivo de su respuesta. En realidad, no le había respondido, pues un prometido también podía ser un acompañante. Un amante también podía serlo. Pero Hank no pensó en ello. Sólo podía pensar en 1o mucho que deseaba a esa mujer.

Estaba tan cerca que podía sentir el aroma de su cabello. Olía a rosas y, si se acercaba un poco más, podría... ¿En qué estaba pensando? Apenas la había conocido ese mismo día. Era una dama y esperaría que se la tratase como tal. "Ah, si tan sólo no fuera una dama, la tendría en el suelo en dos segundos", pensó Hank.

Demasiado pronto, entraron en la casa y tuvo que soltarle el brazo. Ya no podía tener siquiera ese contacto inocente. Samantha se apartó de él para buscar un plato de comida y Hank la siguió deprisa. Se sentaron a una mesa desocupada. Los demás ya habían cenado. Jeannette Allston dormía en una silla junto al fuego. Su hermano y el señor Patch estaban repantigados en sendos bancos y el cochero estaba al frente, encargándose de los caballos.

Hank estaba solo con Samantha Blackstone. . . y sin embargo no lo estaba. Quería saber acerca de ella. Quería saberlo todo. ¡Por Dios! ¿Qué le estaba haciendo esa mujer?

-Ya sé por qué el señor Allston y su hermana van a Elizabethtown -comentó mientras comían-. Pero ¿por qué va usted?

Samantha mantuvo los ojos en la comida, temerosa de que, si volvía a mirarlo, no podría apartar la mirada

-Podría decirse que sólo los acompaño. No me gusta viajar sola.

-¿ Se quedará en ese pueblo minero?

-No mucho tiempo. ¿Y usted? -preguntó lentamente

-Tengo cosas que hacer más al sur.

Hank advirtió el tono evasivo de la muchacha. O no estaba acostumbrada a hablar mucho o bien no quería que él supiera adónde iba. Pero Hank quería saberlo.

-¿Adónde irá después de dejar a los Allston? -preguntó directamente.

-A Santa Fe. Mi padre enviará allí algunos de sus vaqueros para que me acompañen.

-¿ Vaqueros? -preguntó, sorprendido.

Samantha lo miró y sonrió con aire travieso.

-Sí. Vivo en México, señor. ¿De veras creyó que soy del este?

-Sí, así es -respondió, sonriendo.

-Bien, ahora sabe que no lo soy.

-Entonces tenemos algo en común. Usted no es mexicana en absoluto.

-No, soy norteamericana e inglesa.

-Yo tengo una hermana en Inglaterra.

Samantha levantó las cejas y rió.

-y yo tengo un hermano allí. Otra cosa en común, ¿eh?

Ahora se sentía más tranquila. Comenzaron a hablar de temas banales. Una vez que pasó el nerviosismo de Samantha por estar cerca de él, descubrió que le agradaba Hank Chávez, y mucho. Se sentía cómoda con él. Con Adrien, en cambio, siempre tenía que estar en guardia, conteniendo su temperamento, comportándose como una dama. Con Hank se sentía cómoda. Ella hacía reír. Era encantador y muy listo, sin dejar de ser un caballero en todo momento.

¿Por qué Adrien no podía ser así? ¿Por qué no podía sentarse allí, hablar con ella, demostrar interés? Ni siquiera le había dado las buenas noches ni se había cerciorado de que ella estuviese bien antes de ir a dormir. A Adrien no le importaba Samantha: esa era la verdad. Pero a ella sí le importaba Adrien. Ese era el problema. Tendría que hacer algo para lograr su atención.

Entonces recordó la idea que había tenido antes. Haría que Adrien sintiera celos. Y tenía el hombre exacto para lograrlo: Hank Chávez. Pero ¿se atrevería a usarlo así?

Hank había demostrado interés en ella. Sólo necesitaba cultivar ese interés. Sus compañeras de escuela le habían enseñado las técnicas del flirteo, aunque nunca había llegado a ponerlas en práctica. Adrien nunca le había dado oportunidad. Podría practicar con Hank. Pero sólo un poco. No quería alentarlo, sino solamente conservar su interés. . sólo para darle una lección a Adrien. Estaba entusiasmada. ¡Daría resultado! Tendría que darlo.

-Hay un brillo en sus ojos -observó Hank con voz suave y una mirada de admiración.

Samantha le dirigió una débil sonrisa.

. -¿Sí? ¡Qué cansada estoy! -Fingió un bostezo. –No sé cómo podré dormir en estos bancos. Tendría demasiado miedo de caerme.

-yo tengo una bolsa de dormir en la diligencia -ofreció Hank-. ¿Me permitiría que se la trajera?

-¿Lo haría? Oh, eso sería muy amable de su parte. Estaba pensando en dormir en la diligencia.

Los ojos de Hank brillaron.

-yo podría hacerle compañía allí.

-¡No, no! La bolsa de dormir bastará -se apresuró a responder, ruborizándose.

¿Era un caballero o no? Samantha comenzó a sentirse incómoda otra vez. Era mejor que lo fuese. Si no ella no podría llevar a cabo sus planes. Un caballero tendría que ceder con elegancia ante el hombre mejor. Así tenía que terminar las cosas. Lograría que Adrien la amara y Hank Chávez seguiría su camino. Eso era lo que sucedería.

Hank regresó con la bolsa de dormir y le dio las buenas noches con un galante beso en la mano. Luego se dirigió a un banco alejado y la muchacha volvió a tranquilizarse. Sí, era un caballero. Cuando su plan llegara a su fin, no habría resentimiento alguno. Estaba segura de ello.

CAPÍTULO 7

Durante tres días, Samantha y Hank fueron los únicos que conversaron en la diligencia. El señor Patch intervenía de tanto en tanto, pero Jeannette se sentía excluida a menos que

hablasen del este. Y lo hicieron durante algún tiempo, cuando Samantha relató a Hank sus experiencias allí.

Hablaron de muchas cosas. La muchacha no dijo a Hank quién era su padre en realidad ni dónde vivía. Evitó con habilidad los detalles y él no insistió en ellos.

Hablaron de Inglaterra y él le contó acerca de España y de Francia, donde había estudiado. En ese momento, Adrien se unió a la conversación. ¡Estaba dando resultado! A menudo, Adrien la miraba con extrañeza y, a veces, lo descubría echando vistazos a Hank con una expresión casi de odio. Hank Chávez no perdía el interés en ella. Era solícito: la ayudaba a subir a la diligencia y a bajar de ella en las paradas, le traía las comidas. Todo salía tal como lo había planeado.

La diligencia llegó a Trinidad al caer la tarde del octavo día. Habían viajado unos trescientos veinte kilómetros y aún les faltaban ciento veinte más. Adrien y Jeannette decidieron quedarse en la estación de diligencias. Ahorraban dinero de cualquier manera posible. Adrien había gastado mucho en sus provisiones para la mina. Samantha se ofreció a pagarles habitaciones para pasar la noche, pero su orgullo les impidió aceptar la oferta.

Samantha meneó la cabeza. Sabía que no aceptarían. Desde que los tres habían hablado de dinero, había cierta tirantez entre ella y Jeannette. Su amiga se ofendía con facilidad al tocar el tema e insistía en pagar sus propios gastos.

Samantha estaba exasperada. ¿Acaso Adrien no comprendía que, una vez que se casaran, sería rico? ¿Es que no le importaba la comodidad de su hermana? Jeannette no estaba acostumbrada a escatimar ni a dormir en las estaciones.

La hacienda del padre de Samantha era enorme: miles de hectáreas en México y otras miles en Texas, cruzando la frontera. Tenía más tierras de las que podía manejar, pero las utilizaba muy bien. Además de criar ganado, cultivaba el valle fértil ubicado al este de la cordillera de Sierra Madre Occidental, y sus dos minas de cobre lo enriquecían más cada año. Si tan sólo Adrien supiese todo eso. . . Sin embargo, Samantha no hablaba de su propia riqueza, de modo que era posible que él no la conociera. Lo único que sabían los Allston era que su padre tenía una hacienda en México.

Tal vez para ellos el hecho de ser hacendado no equivaliera a ser rico. Adrien se sorprendería cuando se casaran y ella estuviese finalmente en libertad para decírselo.

Hank acompañó a Samantha al hotel.

¿Quiere cenar conmigo esta noche? -preguntó, antes de dejar1a en la escalera. Cuando la joven asintió la tomó de la mano, se la apretó y luego la soltó.

La pasaré a buscar en una hora -agregó, y se dirigió a su habitación.

Samantha pasó un largo rato inmersa en una bañera de madera demasiado pequeña, meditando en el gesto de intimidad de Hank. Era algo que le habría gustado que viese Adrien, pero la había hecho sentir incómoda puesto que ella y Hank habían estado solos.

Deseó que Hank sólo estuviese divirtiéndose con ella. No era conveniente que la tomara con seriedad. A Samantha le agradaba Hank, pero amaba a Adrien, y no era tan inconstante como para cambiar sus sentimientos con facilidad. .. ni siquiera por un hombre tan apuesto y galante. Durante más de dos años había soñado con ser la esposa de Adrien, y lo sería.

Hank llegó a su puerta exactamente a las seis, tal como lo había prometido. Se había bañado y afeitado y llevaba puesto un traje. La levita y los pantalones eran negros, pero el chaleco de satén a rayas tenía dos tonos de marrón. La camisa con volados era blanca. Se veía magnífico. ¿Era posible que hubiese traído esa ropa en sus alforjas? No, no lo era. Tal vez acabase de comprarlas.

-Se ve usted magnífica -fue el cumplido de Hank al verla con su vestido gris y la ceñida chaqueta con bordes negros.

Librodot

Samantha no pudo evitar sonreír.

-Yo estaba pensando lo mismo de usted.

Hank sonrió y sus hoyuelos dieron a su rostro un aire infantil.

-¿Nos vamos? Hay un pequeño restaurante en esta misma calle.

-¿Le importa si antes caminamos un poco? –sugirió Samantha-. Me gustaría ver lo que tiene este pueblo para ofrecer.

-Está oscuro -señaló Hank.

-Podemos mantenemos en la calle principal.

Casi no había luces afuera; sólo una luna en cuarto y, de tanto en tanto, una tenue luz en alguna ventana. Caminaron lentamente por la acera de madera, frente a las tiendas.

Samantha disfrutaba el solo hecho de caminar y poder estirar las piernas. ¡Dios, cómo odiaba viajar en diligencia! Sólo tres días más. ¿Sólo? Comenzaba a pensar seriamente en enviar un mensaje a Santa Fe para pedir que sus acompañantes vinieran a Elizabethtown. Podría dejar de viajar en diligencias. Los vaqueros ya estarían en camino, pues había telegrafiado a su padre.

-¿Cómo la llaman sus amigos, Samantha? -preguntó Hank en tono suave.

La muchacha pensó en Adrien y en Jeannette y respondió:

-Samantha.

-¿Siempre la llaman así?

Lo miró de soslayo, divertida.

-¿Por qué? ¿No le agrada mi nombre?

-No le sienta -respondió, con franqueza-. Usted es más bien como una Carmen, Mercedes, Lanetta... Samantha es muy. . . victoriano,

La joven se encogió de hombros.

-Pues mi abuela era victoriana, y fue ella quien escogió ni nombre. Pero tiene usted razón: es bastante formal. -Entonces sonrió. -En casa me llaman Sam, o incluso Sammy.

Hank rió entre dientes.

-¡Sam! No, eso no va con usted. Sammy no está tan mal, aunque se me ocurrirían mejores nombres para alguien tan encantador. ¿Le molesta si la llamo Sammy?

-No lo sé. -Vaciló. -Es un poco. . .

-¿Familiar? -Meneó la cabeza. -Entonces, ¿no me considera su amigo?

-Claro que sí -se apresuró a asegurarle-. Bueno, supongo que estará bien. Es sólo que suena gracioso viniendo de usted. Sólo en casa me llaman así, y apenas hace unos días que lo conozco.

-Pero acaba de decir que somos amigos.

-Sí, lo somos. Y aquí estoy, aprovechándome de su amistad. -Había advertido que Hank cojeaba cada vez más. -Lo estoy haciendo caminar conmigo cuando su tobillo aún no está curado.

Hank la tomó del brazo y volvió a conducirla hacia el restaurante.

-Le aseguro que es un placer caminar con usted. . .Sammy.

La muchacha sonrió con aire travieso.

-¿Aun cuando le duela?

-No siento dolor cuando estoy con usted -respondió, sin dudar.

-¡ Qué galante! Pero realmente debería decir eso a su tobillo -bromeó.

. Llegaron al restaurante y la mano de Hank se deslizó del brazo de Samantha a su cintura mientras la acompañaba a una mesa. Al sentir esos dedos fuertes, algo sucedió en el interior

de Samantha. La invadió una calidez, y estaba segura de que comenzaba a ruborizarse mucho. Sin embargo, no estaba avergonzada.

Comieron en silencio. Era difícil fingir indiferencia hacia Hank, como había planeado. Era demasiado atractivo y disfrutaba mucho su compañía. En varias oportunidades durante la comida, se descubrió mirándolo con disimulo, sólo para encontrar que él también lo estaba haciendo. Tal vez estuviese acostumbrado a afectar así a las mujeres, y a ella le encantaba saber que podía producir el mismo efecto en un hombre tan apuesto.

Regresaron al hotel lentamente y Samantha esperó, casi sin aliento. ¿Intentaría besarla?

En realidad, no lo esperaba. Cuando Hank se volvió para desearle buenas noches, su brazo derecho aferró su cintura y la atrajo hacia él. Su mano izquierda la tomó de la cabeza con tanta firmeza que Samantha no pudo apartarse. No quería hacerlo. Hank iba a besarla y ella quería que lo hiciera. Un beso no haría ningún daño. Estaba segura de que sería sólo uno.

La fuerza de los labios de Hank sobre los suyos era devastadora y, por un momento, creyó que se desmayaría. Sintió su cuerpo presionando con fuerza el suyo, encendiendo un fuego en su interior. Ya no era ella misma, sino una marioneta en sus brazos.

Cuando la soltó, la invadió la decepción. Sintió frío de pronto. Pero luego, cuando Hank se despidió, su mirada le devolvió la calidez.

Samantha entró a su habitación aturdida. Dejó su ropa en el sitio en que cayó y se metió en la cama. El beso aún le quemaba los labios y su cuerpo seguía temblando.

CAPITULO 8

A la mañana siguiente, Adrien irrumpió en sus pensamientos y Samantha se sintió culpable. Al subir esa escalera con Hank, Adrien había dejado de existir. Era como si lo hubiese traicionado, no con el beso sino por haberlo olvidado por completo. No permitiría que eso volviera a suceder. Podría esperar hasta que Adrien la besara y le hiciera sentir la misma excitación. Naturalmente, el beso de Adrien sería más maravilloso aun, porque lo amaba. Sí, lo amaba. De verdad. Entonces, ¿por qué tenía que recordárselo a sí misma a cada instante?

Enfadada, Samantha salió de su habitación. No esperaría a Hank, aun cuando eso le proporcionaría una oportunidad de que Adrien los viese juntos. Sin embargo, cuando llegó al vestíbulo, Hank estaba allí, esperando.

-Buenos días, Sammy -dijo, sonriendo.

Samantha no pudo mirarlo a los ojos. Había pronunciado su nombre con mucha suavidad, como si fuera una caricia. ¿Cómo era posible que las cosas hubiesen escapado a su control con tanta rapidez? Era obvio que Hank se estaba enamorando de ella. Era demasiado en tan poco tiempo. ¿Acaso se vería obligada a abandonar sus planes? No quería lastimar a ese hombre tan encantador.

-Hank... con respecto a lo que ocurrió anoche... -comenzó a decir.

-No he pensado en otra cosa -respondió Hank deprisa.

Samantha supo que tendría que desilusionarlo antes de que sus sentimientos crecieran.

-Hank, no debiste besarme.

-Pero tú lo disfrutaste.

-Sí, es sólo que...

-Fue demasiado pronto -concluyó por ella, antes de que la muchacha pudiese explicarle lo de Adrien-. Debes perdonarme, Sammy. No soy un hombre paciente. Pero por ti intentaré serlo. .

Samantha comenzó a protestar; quería decirle que había llegado a una conclusión errónea, pero Hank la tomó del brazo y salieron del hotel. Tendría que decirle que sólo podían ser

amigos, que ella amaba a Adrien. ¿Cómo podía encontrar las palabras? Tal vez fuese mejor demostrárselo. ¡Sí, eso haría!

Cuando llegaron a la estación, los demás estaban preparándose para abordar la diligencia. Adrien los miró fríamente. Ah, el plan había dado muy buen resultado. Estaba celoso. Pero ahora Samantha no podía seguir con el juego. No podía hacer daño a Hank.

Samantha se apartó de su lado sin decir palabra y se reunió con Adrien y Jeannette. Tendría que mostrarse fría e indiferente con Hank. Era la única manera. Sin embargo, se sentía muy mal al respecto.

Durante todo ese día, Samantha viajó en el asiento opuesto al de Hank, y no frente a él, como lo había hecho hasta entonces. No le habló ni lo miró siquiera una vez. Adrien parecía estar de mejor ánimo e incluso le hablaba de vez en cuando. Sin embargo, más que nada, hablaba con Hank.

Esa noche se detuvieron en una parada de diligencias y Samantha continuó ignorándolo. En la cena, se sentó lo más cerca posible de Adrien y lo obligó a hablar con ella. No se apartó de su lado hasta que llegó la hora de dormir.

Esa noche no durmió. Se sentía desdichada. Había descubierto a Hank mirándola con una expresión curiosa, casi suplicante. Se maldijo cien veces por haberlo utilizado. El no lo merecía. Estaba arrepentida. Pero el daño estaba hecho.

A la mañana siguiente, estaba tan cansada que apenas pudo caminar hasta la diligencia. Durmió todo el día, despertándose cada tanto con algún tumbo, sólo para volver a dormirse de inmediato. Esa noche, cuando se detuvieron en otro pueblo, estaba bien despierta. No iría a un hotel. Permanecería cerca de Adrien. Hank la esperaba para ver si iría con él pero, al ver que no lo haría, la tomó del brazo, la apartó de los demás y la obligó a hablarle.

-¿Por qué me ignoras, Sammy?

-¿Ignorarte? ¿A qué te refieres?

Hank la miró con suspicacia.

-Te pegas a tu amigo Adrien como si me tuvieses miedo.

-Adrien es más que un amigo -replicó, en tono significativo.

Entonces se alejó. Las lágrimas atizaban sus párpados. No habría podido decirlo de manera más directa. Ahora él tendría que comprender.

Hank la miró alejarse con el ceño fruncido. Quería aferrarla y sacudirla. ¿Qué estaba haciendo Samantha? ¿Por qué de pronto lo ignoraba y dedicaba toda su atención a Adrien?

Entonces se le ocurrió la respuesta y estuvo a punto de lanzar una carcajada. ¡Qué tonta era! ¡Estaba tratando de darle celos! ¿No sabía que eso no era necesario? El ya estaba completamente enamorado. No necesitaba ponerlo celoso.

Sin embargo, decidió dejar que la muchacha siguiera el juego. Por ella tendría paciencia. Por ella haría cualquier cosa.

Hank se sobresaltó al comprender eso. Era verdad. ¿Cómo había podido enamorarse tan pronto de esa mujer? Ella había logrado que olvidara a Pat y su anhelo de llegar a México. Todo se borró de su mente, excepto Samantha. Eso lo confundía. Ángela había sido la única mujer que habría podido amar. Y eso no había sucedido mucho tiempo antes: no tanto como para que no recordara con claridad la amargura de perderla por otro hombre. De pronto, sin embargo, todo eso carecía de importancia. Samantha estaba haciendo que olvidara incluso eso.

Aún no la amaba. No creía que fuese amor; no tan pronto. Pero podía amarla. Podría darle todo su corazón, si ella, a su vez, le entregaba el suyo. Sin embargo, estaba seguro de una cosa: ardía de deseo por ella. Allí no había confusión. No tenía más que mirarla para sentir que su sangre enloquecía. Pero ella era una dama, de modo que tendría que ir con lentitud. Además, ella parecía querer seguir con sus juegos femeninos.

Al pensar en esos juegos, Hank meneó la cabeza ante tal disparate. ¿Acaso Samantha no advertía qué clase de hombre era Adrien Allston? No podía sentir celos de Adrien. Era homosexual. No podía entender a un hombre así. Adrien ya se le había insinuado dos veces, en la segunda de las cuales Hank había acabado por extraer su arma para dejar en claro su disgusto. Con Adrien, Samantha estaba tan a salvo como con cualquier otro hombre, pero era obvio que ella no creía que Hank lo supiese. Dejaría que ella se saliera con la suya por esa vez; esperaría hasta que la muchacha se cansara de esa charada y luego le hablaría seriamente. Después de eso, ya no habría más tonterías. El no lo permitiría. Una vez que le ofreciera matrimonio... ¡Dios! Sí, advirtió que realmente estaba pensando en hacer eso.

CAPITULO 9

El pueblo llamado Elizabethtown había sido fundado en 18ó8, dos años después del hallazgo de oro en los arroyos y cañadas cercanos a Baldy Mountain. Miles de mineros habían llegado a la zona en los últimos años y aún seguían llegando más. Continuamente se levantaban edificios. Se trataba, en su mayoría, de cabañas de madera desvencijadas, pero había ya más de un millar en pie: tiendas, cantinas, salones de baile, hoteles e incluso una botica.

La diligencia no se había retrasado y llegó al pueblo al caer la tarde del once de febrero. Adrien se contagió de la actividad y el alboroto que reinaban en el lugar y no pudo esperar hasta el día siguiente para alquilar un caballo y encaminarse hacia el Valle Moreno. Dejó a Jeannette sola con todo el equipaje y las provisiones.

La pobre Jeannette estaba aturdida. No lograba comprender el entusiasmo de su hermano y tampoco estaba acostumbrada a valerse por sí misma, pues Adrien siempre se encargaba de todo.

Samantha se hizo cargo de inmediato y Jeannette se lo permitió, agradecida. Samantha halló un hotel barato y dispuso que todas las cosas de los Allston fuesen llevadas allí. Ella también pensaba hospedarse en el mismo hotel. No le agradaba, pero tampoco dejaría sola a Jeannette mientras Adrien no estuviera allí.

Antes de que abandonaran la estación de diligencias, Hank Chávez se acercó a ellas. Samantha se puso tensa, pero él la sorprendió.

-Señoritas.

Saludó a ambas con el sombrero y luego dijo, galante:

-Su compañía ha convertido lo que pudo ser un viaje sumamente tedioso en uno muy agradable.

Samantha asintió.

-Es muy amable al decirlo.

-Tal vez volvamos a vemos antes de mi partida' -prosiguió Hank, con la mirada fija en Samantha.

-Tal vez -respondió, evasiva.

Hank sonrió.

-Si no, me despido ahora. Samantha, señorita Allston.

Volvió a saludarlas con el sombrero y de pronto se marchó. Samantha lo siguió con la mirada. Se sentía alivia da y, sin embargo, sentía otra cosa, algo que no podía definir. Se dijo que él había comprendido. Al llamarla Samantha, había revelado su comprensión. Y se había mostrado muy sereno, tal como ella lo había esperado. De hecho, pensó Samantha, se había dado por vencido con demasiada facilidad.

-Se comportó como todo un caballero... muy considerado -observó Jeannette.

Librodot

-Sí, es verdad.

-y estaba muy atraído por ti, chérie.

-No... en realidad, no -replicó Samantha, incómoda.

-Ah, entonces ¿no te agrada? -prosiguió Jeannette-. No te culpo. No era un hombre muy atractivo.

-¿Qué quieres decir? -la interrumpió Samantha-. Era muy apuesto.

Jeannette estaba asombrada.

-¡Mon Dieu! Eres demasiado amable, chérie. Ese hombre era demasiado moreno. Demasiado... ¿cómo puedo explicarlo? Rudo, demasiado peligroso. Sería un terrible amante.

-¿Por qué dices eso?

-Sería demasiado agresivo, demasiado exigente. Los rudos siempre son exigentes.

Los ojos de Samantha brillaron con un fuego verde.

-¿Lo dices por experiencia? -preguntó en tono cortante, furiosa.

-Oui, chérie -respondió Jeannette sin alterarse, y luego se alejó, mientras Samantha, sorprendida, la seguía con la mirada.

Adrien regresó tarde esa noche y encontró a Jeannette y a Samantha en el hotel. Estaba entusiasmado, lleno de perspectivas para el día siguiente. Había recibido muchos consejos de los mineros que ya estaban establecidos acerca de dónde era probable que hallara oro. Al día siguiente no encontró nada, pero eso no lo desanimó. Al tercer día, encontró unas pepitas de oro cerca del lecho seco de un arroyo y, de inmediato, reclamó el sitio para sí. Regresó al pueblo sólo para presentar la demanda y buscar provisiones; luego, volvió a encaminarse hacia el valle.

Ese día, Jeannette y Samantha lo acompañaron para saber dónde buscado en el futuro, puesto que viviría allí mismo, en el valle. Jeannette estaba preocupada. Estaban a mediados de febrero, que no era una buena época para dormir en una tienda al aire libre. Pero Adrien estaba decidido.

Jeannette también estaba decidida... a visitado todos los días. Samantha la acompañaba todas las veces: era su única oportunidad de ver a Adrien.

A excepción de esas excursiones que realizaban para visitar a Adrien, Samantha se aburría. No había nada que hacer en Elizabethtown. Pasaba mucho tiempo en la tienda general, comprando cosas que ni siquiera necesitaba. Pero era un lugar interesante, típico de las tiendas del sudoeste, que olía a tabaco comprimido, cuero, café recién molido e incluso a pescado en salmuera. Había pocos artículos de lujo. Los elementos indispensables y la comida necesaria para una vida rústica se apiñaban en cada espacio disponible. Incluso las vigas se aprovechaban: de allí colgaban jamones, tocino y ollas. El suelo estaba cubierto de toneles y barriles rebosantes de azúcar, harina y hasta vinagre.

Allí iba Samantha casi todos los días para pasar el tiempo. No había vuelto a ver a Hank Chávez y se preguntaba si habría abandonado Elizabethtown. Aún faltaba un mes para que llegaran sus acompañantes. ¿Qué podría hacer en todo ese tiempo?

Comenzaba a añorar su hogar. Hacía casi tres años que no veía a su padre. Su alejamiento se había prolongado pues había permanecido seis meses más de visita en casa de Jeannette, más que nada para estar cerca de Adrien. Pero en le todo ese tiempo, él no le había prestado más atención que ahora. ¿Por qué Adrien no la encontraba atractiva? Otros hombres sí. Samantha comenzaba a pensar que tal vez él fuese como Jeannette, que tenía gustos muy peculiares. ¿Cómo era posible que Hank Chávez no le pareciera apuesto? ¿Adrien también sentiría rechazo por la piel oscura, como su hermana? Samantha pensó que tal vez ella fuese demasiado morena, demasiado robusta, demasiado sana. Al marcharse al este tenía un bronceado profundo y saludable que le había durado varios meses. Aunque ahora estaba bastante pálida, era probable que Adrien no pudiese olvidar el tono oscuro que una vez había

tenido su piel. ¿Acaso ese aspecto saludable le resultaba repugnante? Quizá simplemente no le agradaran las mujeres de cabello oscuro. Tanto su madre como su hermana eran muy rubias y menudas. ¿Era, acaso, demasiado alta?

¡Maldición! ¿Qué tenía ella de malo para Adrien? ¡De no haber sido porque a él le disgustaba tanto la osadía en las mujeres, se lo habría preguntado. Se le estaba acabando el tiempo. Ahora solamente podría verlo pocas horas por día. Necesitaba ayuda. Debió confiar en Jeannette mucho tiempo antes. Su amiga no sabía que ella amaba a Adrien. Tal vez hubiese llegado el momento de que hablaran al respecto.

Conversaron esa noche, durante la cena, en un pequeño restaurante donde se servían comidas caseras. Estaba casi vacío cuando llegaron, pero pronto se llenó, principalmente de hombres rudos que llegaban del salón de juegos contiguo. Cenaron en medio del bullicio y de la atención indiscreta de esos hombres.

-¿Adrien tiene novia en alguna parte? ¿Alguien de quien yo no esté enterada? -preguntó Samantha.

Jeannette se sorprendió.

-Claro que no, chérie. ¿Por qué lo preguntas?

Samantha se sentía avergonzada, pero ahora no podía detenerse.

-Sólo me preguntaba por qué, aparentemente, no le agrado.

-Sí le agradas, Samantha. Eres su amiga, como lo eres conmigo.

-No me refiero a la amistad, Jeannette. ¿Tan fea soy? ¿Por qué no puedo agradarle como algo más que amiga?

Jeannette frunció el ceño. No pudo enfrentar la mirada demasiado reveladora de Samantha.

-¿Por qué querrías que fuera así?

-¿Por qué? -Samantha se acercó más y susurró: -¿No te das cuenta de que lo amo? Pero claro que no. Ni siquiera él lo sabe. ¿Qué puedo hacer, Jeannette?

-Ah, chérie, lo siento mucho. No tenía idea de que sentías eso por mi hermano.

-Pero ¿qué debo hacer? Me marcharé en poco más de un mes.

-'-Tal vez deberías olvidarlo e ir a casa con tu padre -respondió Jeannette suavemente.

-¿Olvidarlo? ¡Imposible!

-Quizá sea lo mejor, Samantha. Verás, Adrien se ha propuesto un objetivo -intentó explicar Jeannette-. Ha jurado no tener nada que ver con las mujeres hasta que lo logre.

-¿Cuál es ese objetivo?

-Ser rico y respetado. Antes, su meta era dedicarse a la práctica' de la ley. Ahora supongo que será esa mina de plata que ha comprado. Hasta que sea rico, no pensará en las mujeres.

-Es demasiado duro consigo mismo -observó Samantha-. ¿Y si se casara con una mujer rica?

-No lo haría, a menos que él fuese igualmente rico. Es una cuestión de orgullo.

Samantha comenzaba a fastidiarse. Quería aliento y no lo recibía.

-¿ Estás sugiriendo que me dé por vencida?

-Oui. Sería lo mejor para ti.

-Entonces no me conoces en absoluto, Jeannette. Yo nunca me rindo.

Samantha estaba demasiado enfadada y decepcionada para seguir hablando. Jeannette quedó en silencio, contemplando su comida con el ceño fruncido, pensativa. Estaban a punto de marcharse cuando las interrumpió, una voz profunda.

-Ah, las señoritas -las saludó Hank alegremente-. ¡Qué placer volver a verlas! -Samantha asintió, y su amiga dijo:

-y a usted también, señor Chávez. Hemos extrañado su compañía. Y Adrien ha preguntado por usted.

-¿Cómo está su hermano? -inquirió Hank con amabilidad-. ¿Ha encontrado ya una mina de oro?

--No exactamente una mina, pero está prosperando en el valle. -Jeannette le sonrió con calidez.-Estoy segura de que le agradaría volver a verlo. ¿Le gustaría venir con nosotras mañana? Vamos a verlo todas las mañanas.

-Sí, me agradaría -respondió Hank, sonriendo.

-Maravilloso. Entonces lo veremos mañana, en el establo. ¿Alas nueve?

Cuando Hank se marchó, Samantha dirigió sus encendidos ojos verdes hacia su amiga.

-¿Por qué diablos hiciste eso? ¡Ni siquiera te agrada!

-Pero es encantador, y muy divertido.

-¡Pero no tenías que invitarlo la ir con nosotras! -replicó.

-A decir verdad, me sentiré mucho más segura con un hombre que nos acompañe al valle.

-Yo puedo proteger a ambas perfectamente bien, Jeannette -replicó Samantha indignada.

-Pero no debería depender de ti nuestra protección, chérie. En realidad, he estado pensando en quedarme con Adrien, para no tener que hacer esa cabalgata todos los días.

-¿ y dormir en una tienda? No seas ridícula, Jeannette. Estarías demasiado incómoda.

-Pero me sentiría mejor; no tendría tanto miedo. -Luego agregó: -Tal vez no tenga que hacerlo si logro convencer a tu amigo de que nos acompañe todos los días... hasta que abandone este pueblo, claro.

-¡Hank Chávez no es mi amigo! -insistió Samantha, alterada-. Y mañana puedes ir sola con él. Yo no quiero verlo.

-¡No, no, no podría estar sola con él!

-Dijiste que con él te sentirías segura -le recordó, en tono significativo.

-Pero solamente si tú también vas. Debes venir. Si no lo haces, Adrien te extrañará.

Puesto de esa manera, Samantha accedió. De todos modos, se estaba comportando como una tonta respecto de Hank Chávez. Seguramente ya no tendría interés en ella. No había intentado veda desde su llegada a Elizabethtown. El encuentro de esa noche había sido casual.

-Bien, supongo que iré contigo -dijo Samantha, mientras se levantaban de la mesa-. Además -añadió, con una sonrisa traviesa-, Adrien podría ponerse celoso al verme con el señor Chávez.

Jeannette suspiró. Pobre Samantha. Si tan sólo supiera qué inútiles eran sus esfuerzos. Por el bien de su amiga, esperó que Hank Chávez fuera lo bastante ardiente para hacer que olvidara a Adrien, pues amarlo no le haría ningún bien.

CAPITULO lo

Elizabethtown nunca descansaba. Desde las horas más tempranas de la mañana había gran actividad, y el alboroto y el bullicio continuaban durante toda la noche en las tabernas y los salones de juego. Incluso había empresarios ambiciosos que habían levantado enormes tiendas donde se jugaba y se servían bebidas, todo para obtener el oro de los mineros.

En su sexto día en Elizabethtown, Samantha despertó más temprano que de costumbre por el bullicioso tránsito matutino. De inmediato, decidió poner especial cuidado en su aspecto. Permaneció más tiempo del necesario en la pequeña bañera y se lavó el cabello largo y espeso dos veces con su jabón especial de aroma a rosas. Luego lo cepilló hasta que brilló con

reflejos de fuego. Se lo recogió con destreza de modo que todos los mechones estuvieran en su lugar excepto dos rizos cortos en las sienes. Eso causaría un efecto magnífico con su sombrero claro de ala angosta: tenía seis cintas verdes oscuras que caían sobre su espalda. Ese sombrero hacía juego con el mejor de los dos trajes de montar que tenía consigo. De terciopelo verde claro, era de diseño característico del este, hecho para una montura lateral. Detestaba esa clase de monturas, pero se había visto obligada a usarlas. Las damas no montaban a horcajadas.

Samantha aún estaba retocándose frente al espejo cuando entró Jeannette. Se dirigieron al establo y alquilaron caballos; Samantha escogió la yegua gris que había montado antes. Ya se había acostumbrado al animal. Era dócil y no le daría problemas. No le importaba mucho impresionar a Hank con su excelente dominio de la equitación.

Hank se reunió con ellas momentos después, vestido casi como lo había estado el día en que se habían conocido: todo de negro excepto por un pañuelo de seda azul y una camisa azul a cuadros. Se veía excepcionalmente gallardo y bohemio, y Samantha respondió a su cálido saludo con una sonrisa alegre.

No hablaron mientras cabalgaban hacia el valle. Cuando llegaron al campamento de Adrien, Samantha advirtió enseguida que no le agradaba verla con Hank. Se puso furioso y los ignoró hasta el punto de ser descortés; continuó cavando sin una palabra amable siquiera para su hermana. Samantha se sentía avergonzada y se alejó para dar una caminata. Jeannette había ido a sentarse junto a su hermano. Hank regresó a los caballos. No pensó en seguir a Samantha. Dejaría que siguiera cociéndose en su propia salsa. Él podía esperar. Ya había dejado pasar cinco días sin intentar verla. Ella tenía que saber que no podía jugar con él.

La había extrañado y había pasado el tiempo jugando. Pat había estado en lo cierto en una cosa: en los juegos de naipes, la suerte estaba con él. Había logrado mucho más que simplemente duplicar su dinero. Aún no tenía lo suficiente para comprar su propiedad, pero se sentía rico. Jamás había tenido tanto dinero. Además, ¿por qué no?, Si Samantha lo mantenía allí el tiempo suficiente, podría seguir ganando hasta que tuviese lo suficiente para comprar sus tierras.

¿Cuánto tiempo se quedarían él y Samantha? El no permitiría un noviazgo prolongado. Estaba teniendo mucha paciencia con ella, pero no la tendría por siempre. No estaban en Europa, donde los noviazgos largos eran comunes, sino en el oeste. Allí, un hombre podía conocer a una mujer, ser su novio y casarse con ella en un solo día. Muchos lo hacían.

Cuando abandonaran Elizabethtown estarían casados o, si no, camino a México para casarse allí. Si la muchacha insistía en tener la bendición de su padre, Hank accedería. Por ella, accedería casi a cualquier cosa. Dentro de lo razonable, claro está.

El estado tan exaltado en que se encontraba asombraba mucho a Hank. Con sólo ver a Samantha una vez, había sabido que debía tenerla. Era una dama, por lo tanto no podría tenerla sin casarse con ella. Entonces había decidido hacerlo. ¡Así, simplemente! No se detuvo a pensar que apenas la conocía. Ella hablaba muy poco de sí misma y de su familia. Pero eso no parecía tener importancia. Estaba dejando que lo dominaran sus sentimientos... tal como había ocurrido con Ángela. Se estaba dejando llevar por el amor por una mujer hermosa. Antes de que terminara el día, demostraría a Samantha que no había perdido el interés.

Samantha regresó al campamento minutos después y notó que nada había cambiado. Hank estaba sentado contra un árbol, jugueteando con una larga brizna de pasto. Jeannette estaba a varios metros de ¡él, sentada sobre un tronco caído!. Adrien había ascendido por el cauce del arroyo.

Nadie hablaba. Antes de reunirse con Jeannette, sonrió débilmente a Hank.

-¿ Qué le ocurre hoya Adrien? -susurró, con la esperanza de que Hank no la oyera-. Antes se había comportado con descortesía, pero nunca como ahora. Al principio, pensé que estaba celoso. Pero también te está ignorando a ti.

Librodot

-Creo que comienza a desanimarse con su reclamo sobre el oro -respondió Jeannette-. Ha encontrado muy poco.

-¿De veras crees que eso es todo?

. -Oui -suspiró.

-¿Has tratado de convencerlo de que abandone esto? Aún podría tener éxito como abogado en Denver.

Jeannette meneó la cabeza.

-yo lo sé y tú también, pero él tiene la mente puesta en la riqueza rápida. No se dará por vencido, aún no. Yo conozco a mi hermano.

-Pues podríamos volver al pueblo. Mañana estará de mejor ánimo.

-Vuelve tú, chérie. Creo que me quedaré aquí esta noche, con Adrien.

-No seas ridícula.

-No, hablo en serio. Adrien se ha enfermado de tanto trabajar. No se siente bien.

-¿El te lo dijo? -preguntó Samantha, preocupada.

-No, pero me doy cuenta. Está pálido. Suda demasiado. Tiene fiebre. No se detendrá para ver a un médico. Yo me enfermaría de preocupación si no me quedara a cuidarlo. Será más fácil para mí quedarme que preocuparme.

Samantha echó un vistazo a Hank y pensó en regresar sola con él. Se estremeció.

-Pero, Jeannette...

-No. El señor Chávez te acompañará de regreso al pueblo. No te preocupes por mí.

Samantha se mordió los labios y frunció el ceño, pensativa.

-Yo también me quedaré.

Jeannette rió.

-No hay suficiente espacio para los tres en la tienda de Adrien. -Volvió a ponerse seria y señaló a Hank con un gesto de la cabeza.-No tendrás miedo de estar a solas con él, ¿verdad?

Samantha se irguió.

-¡Por supuesto que no! -respondió, indignada-. Muy bien, te veré mañana.

-Oro, hasta mañana.

La rigidez abandonó a Samantha mientras se dirigía a Hank, vacilante.

-¿Estás listo para partir?

-Sí. -Se puso de pie en un ágil movimiento y luego miró a Jeannette.-¿Ella no viene?

-No. Jeannette insiste en que Adrien se está enfermando y no quiere dejarlo solo. Espero que no te importe. Iremos sólo nosotros dos.

Hank sonrió y sus ojos brillaron.

-¿Cómo podría importarme... Sammy? -dijo suavemente.

Hank sintió deseos de reír. ¡Conque otra vez ella había decidido actuar! Había dispuesto que los dos quedaran solos. No era tan esquiva como parecía. Estaba tan ansiosa como él.

Mientras se alejaban del campamento, Hank se sentía en la cúspide del mundo. No decepcionaría a Samantha. Conocía un lugar ideal donde podrían detenerse y estar solos, lejos de cualquier campamento. Quedaba debajo de la barranca que habían cruzado antes, donde corría un pequeño arroyo. Un gran árbol extendía sus miembros junto al arroyo. Nadie que estuviese sobre la barranca podría ver qué había debajo de ese árbol, junto al arroyo cuyas orillas estaban cubiertas de pasto: un minúsculo Edén donde podría estar a solas con su mujer. Ya la consideraba su mujer.

Samantha se ponía cada vez más nerviosa y sus pensamientos, más desenfrenados. ¿Por qué la había llamado Sammy? ¿Acaso había recuperado el interés en ella? No había sido idea

suya estar a solas con él. Hank lo sabía. ¿Qué podía estar pensando? ¿Por qué la trataba con tanta... tanta familiaridad? Ah, jeannette, ¿qué me has hecho?

Hank cabalgaba al mismo paso que ella, a su derecha. Cuando llegaron a la barranca, de pronto giró a la izquierda, lo que obligó al caballo de Samantha a desviarse del camino y tomar un pequeño declive cubierto de arte misas, cactos y árboles. Era obvio que nadie utilizaba nunca ese camino.

Cuando Samantha intentó detenerse, Hank tomó sus riendas y siguió cabalgando, llevándola consigo.

-¿Hank? -dijo Samantha con voz tensa-. ¿A dónde vamos?

Hank se volvió para mirarla y sonrió.

-Sólo nos desviamos un poco del camino usual. Hay algo que deseo mostrarte -explicó.

Samantha quedó en silencio y permitió que la condujera. ¿Qué había de malo? Nadie que fuese tan encantador podía causarle problemas. Además, su bolso colgaba de su muñeca y, como siempre, allí tenía su derringer.

Descendieron varios metros y, momentos después, llegaron al arroyo. Era muy poco profundo y Hank no dudó en hacer que los caballos lo atravesaran. Hacia la derecha, la barranca se hacía cada vez más alta. Cuando estuvieron casi, debajo del punto más alto, hallaron un enorme árbol que extendía sus ramas hasta el otro lado del arroyo y tocaba la pared empinada de la barranca opuesta. El roble se extendía sobre ambos como una tienda.

Hank se detuvo, desmontó y luego levantó los brazos para ayudar a Samantha a bajar. Al ver que la muchacha vacilaba, sonrió.

-Dejaremos que los caballos beban del arroyo.

Samantha se apoyó en los brazos de Hank y dejó que la ayudara. En cuanto quedaron libres, los animales se dirigieron al agua.

Se hallaban encerrados de dos costados, pues los arbustos que estaban a sus espaldas eran más altos que Samantha. Frente a ellos estaba la barranca y, arriba, el árbol, que apenas dejaba pasar la luz del sol.

-Es un lugar hermoso -susurró-. ¿Es esto lo que querías mostrarme?

-No, querida -murmuró en voz profunda-. Esto es lo que te mostraré.

La atrajo hacia sí y la muchacha no tuvo tiempo de pensar antes de que él se inclinara y sus labios se tocaran. El beso fue suave durante algunos segundos. Luego, con suma rapidez, se volvió más intenso, más exigente. Hank tomó entre sus manos la cara de Samantha para que no pudiese rehuir el beso.

Entonces, de alguna manera, Samantha ya no estaba de pie. Uno de los brazos de Hank la había tomado por la espalda y la había bajado suavemente al suelo. Sus labios no abandonaron en ningún momento los de la joven. La invadió una sensación de calidez, rápida y deliciosa. Samantha dejó caer su bolso para poder abrazarlo con más facilidad. Sus dedos se elevaron hasta el cabello de Hank e hicieron caer su sombrero. Su cabello era suave, fresco, y se deslizaba por entre sus dedos con sensualidad. Sin advertirlo, comenzó a presionar su boca contra la de él con más firmeza. Correspondía al beso de todo corazón y con la respiración agitada. En su interior; la calidez se convertía en un calor ardiente.

Samantha no advirtió que Hank le abría la chaqueta. Pero volvió en sí cuando comenzó a desabrocharle la blusa. Una vocecita interior le dijo que lo detuviera. No estaba permitido que un hombre la desvistiera. Pero era apenas una vocecita que se desvaneció en el instante en que los dedos de Hank tocaron sus senos. Aquella mano parecía hecha de fuego. Cubrió por completo uno de sus firmes pechos y luego lo apretó.

Samantha gimió ante esa sensación nueva y deliciosa. Comenzó a retorcerse y a intentar acercarse más a Hank, pero él la presionó con suavidad contra el pasto. Entonces, su boca abandonó la de ella. Samantha comenzaba a protestar, hasta que los labios de Hank abrasaron

su cuello. Se estremeció con deleite. Cuando la lengua de Hank comenzó a jugar con el extremo de su seno, erecto con impudencia, arqueó la espalda y ofreció más, hasta que la boca de él se cerró sobre la carne incitante.

Samantha estaba fuera de sí. Hank masajeaba uno de sus suaves senos mientras su boca torturaba al otro. La muchacha gemía, se ahogaba, se hundía.

Lentamente, la boca de Hank regresó a la suya, dejando tras de sí un sendero de fuego sobre su piel. Como a la distancia, lo oyó murmurar: .

-Ah, Samina, mi querida, mi bello amor...

Su boca volvió a cerrarse sobre la de ella pero, para entonces, las palabras habían hecho reaccionar a la joven. La conmoción se apoderó de ella. ¿Qué había permitido que sucediera? Se puso tiesa y apartó la cara.

-¡No! No debes hacer eso. -Gimió e intentó apartarlo de sí.-Por favor, déjame levantarme.

Hank le permitió apartarlo lo suficiente para poder mirarla. No podría convencerlo de otra cosa. Sus ojos oscuros ardían.

-¿Que te suelte, querida? -susurró-. No, creo que ya es demasiado tarde para eso.

-¡No! -exclamó, con frenesí-. Por favor, Hank, tú no entiendes. No puedo hacer esto. ¡No puedo!

Hank sonrió con ternura.

-Estás asustada, pero eso es natural. No te haré daño, Samina. Seré muy suave contigo.

-No, no... ¡No! -gritó-. Ya has ido demasiado lejos. No deberíamos estar aquí. Jamás debiste besarme. Yo... yo...

-Tú dejaste que te besara, mi querida. Y me dejaste hacer mucho más. Si yo no debí besarte, entonces tú tampoco debiste besarme a mí.

-Lo sé -dijo, desdichada-. Y lo siento. No fue mi intención hacerla. No estaba pensando. Nunca antes me besaron así. Jamás me sentí así. ¡Oh... tú no lo entenderías!

-Sí lo entiendo -dijo Hank, muy suavemente. Su voz era como una tierna caricia -Lo entiendo muy bien. Te entregaste a las sensaciones, como yo.

-Pero no puedo dejar que me sigas besando ni... ni que hagas las otras cosas. -Su rostro ardía de vergüenza.

Vaya, aún no se había cubierto. Lo hizo con suma rapidez, pero Hank tenía los ojos fijos en ella y su vergüenza aumentó.-Está mal, Hank. Lo entiendes, ¿verdad?

-No está mal. No para nosotros.

-Está mal para mí -insistió-. Nunca antes hice algo así.

Entonces Hank lanzó un profundo suspiro, se puso de pie y se volvió para otorgarle privacidad para abrochar su ropa.

-Muy bien, querida -dijo, dándole la espalda-. Esperaré.

Algo en su voz hizo que Samantha levantara la cabeza de inmediato. Había sentido mucho alivio al saber que él la comprendía y no estaba enfadado. Permaneció allí, sentada con rigidez, y clavó la vista en su espalda, con el ceño fruncido.

-¿Esperar?

Hank la miró por encima de su hombro. Al ver que ya se había abrochado la blusa, se volvió para enfrentarla. De pronto le sonrió y meneó la cabeza.

-¿Tienes que preguntarlo, Samina, cuando sabes muy bien lo que siento por ti?

-Yo no sé nada. -Su voz se elevó, alarmada.-Es más, hacía días que no te veía.

-Eso fue por tu culpa. Querías jugar conmigo.

-¿De qué hablas? Di por sentado que habías abandonado el pueblo.

Hank volvió a menear la cabeza.

-No. Sabías que no me marcharía sin ti.

Samantha respiró larga y profundamente. ¿Qué tendría Hank en mente?

-Hank, yo...

La interrumpió.

-Ah, mi amor, supongo que quieres que esto se haga debidamente. Muy bien. Te diré que, desde un principio, supe que serías mi mujer. Ahora te pido formalmente que vengas conmigo a México y seas...

-¡Espera! -exclamó Samantha, poniéndose de pie-. ¡Dios mío, Hank, esto es terrible!

La sonrisa de Hank se esfumó.

-¿Quieres explicarte?

-Me gustas, Hank, de veras, y disfruté el viaje contigo. Pero nuestro viaje juntos ha terminado.

-¿Qué dices?

La muchacha retrocedió ante el tono de su voz.

-Eres un hombre agradable, muy atractivo, y las cosas podrían haber sido diferentes si yo no amara a otro hombre. Pero hay otro, y pienso casarme con él.

Hank la miró con suspicacia.

-Pues coqueteas muy bien con otros hombres, niña, cuando tu prometido no está contigo. ¿Dónde está?

Samantha se sintió herida.

-Aquí, por supuesto. Creí que habías entendido cuando te dije que Adrien y yo éramos más que amigos.

-¿Adrien? ¡Por Dios! -Hank la miró fijamente.-¿Ahora bromeas?

-No estoy bromeando. Amo a Adrien. Hace más de dos años que lo amo.

-Eso es ridículo, pequeña -dijo, suavemente-. No es posible.

Los ojos de Samantha brillaron con furia. -¿Cómo te atreves a decir eso? ¡Lo amo!

Hank se puso tenso. Lo decía en serio. Realmente amaba a aquel hombre... un hombre que jamás correspondería a su amor. Pero entonces, ¿por qué había dispensado tanta atención a Hank?

-Creo que me has usado -dijo, en tono sombrío-. En la diligencia ignorabas a Adrien y me prestabas atención a mí. ¿Por qué?

Samantha observó cómo el rostro de Hank comenzaba a reflejar una intensa furia. Eso la asustaba.

-No quise que creyeras eso. Yo... esperaba que Adrien se pusiera celoso. Pero en cuanto vi que tu interés en mí crecía, te hablé de Adrien y de... No quise engañarte. Te dije que éramos más que amigos.

-Yo sé lo que es él, niña -dijo Hank con furia-y no creí que fueras tan tonta como para amarlo.

-¿Por qué? -insistió-. ¿Por qué hablas así de él?

-¿Acaso crees que alguna vez corresponderá tu amor? Eres una tonta, niña. Pero yo también soy un tonto. He vuelto a cometer un terrible error.

Lo dijo con tanta solemnidad que la muchacha se sintió reacia a preguntarle a qué se refería. Sin embargo, necesitaba distraerlo de las cosas que decía respecto de Adrien, de modo que lo hizo.

-¿Qué error?

Sus ojos la atravesaron fríamente.

-El de ser tan tonto como para entregarme a una mujer que ama a otro hombre. Al menos, Ángela fue sincera desde el comienzo. Yo sabía que amaba a otro, pero aun así la deseaba. Tú no fuiste tan sincera.

Samantha sintió remordimientos.

-Jamás imaginé que quisieras casarte conmigo. ¿Cómo querías que lo adivinara?

El orgullo de Hank estaba muy herido. Sintió deseos de estrangularla por la manera en que lo había usado. Jamás admitiría que había querido casarse con ella.

-Te halagas, chica. -La atacó con palabras brutales-. ¿Casarme contigo? Eso no es lo que tenía en mente.

-¡Pero me pediste que fuera contigo a México!

-Así es, y fue un error. Pero ¿casarme contigo? Ahora eres tú quien se equivoca.

Hank rió con desdén. Sus ojos se estrecharon y adquirieron una mirada que Samantha jamás había visto: una mirada que la paralizó. Aquel hombre sonriente y apuesto con quien se había sentido tan segura se había transformado en un extraño moreno y amenazador que la aterraba.

Hank prosiguió, con voz cargada de malicia.

-No tenía intenciones de casarme contigo. Te habría convertido en mi mujer y te habría tratado bien. Pero ninguna dama juega con un hombre como tú has jugado conmigo. Por lo tanto, ya que no eres una dama, no tengo por qué tratarte como tal.

-¿O sea? -lo desafió. Su furia vencía a la cautela.

La sonrisa de Hank no fue agradable.

-He perdido el deseo de llevarte conmigo, pero mi deseo de ti aún es fuerte. Necesito quitarte de mi sangre, mujer, de la única manera que conozco.

Dejó caer su arma. Luego sus manos se dirigieron a su cinturón, y los ojos de Samantha se dilataron al comprender su intención. Se lanzó, frenética, hacia su bolso, pero Hank llegó antes que ella y, de un puntapié, lo puso fuera de su alcance. La muchacha intentó correr tras el bolso, pues allí estaba la única ayuda que podría obtener.

No obstante, Hank la tomó de la muñeca y la arrojó al suelo. Luego se dejó caer entre sus piernas, sujetándola. Se arrodilló entre las piernas de Samantha con expresión tan seria y deliberada que la joven no pudo más que mirarlo. Luego Hank se desabrochó la camisa y la miró, con fuego en sus ojos grises. La camisa estaba abierta, pero no se la quitó. Samantha comprendió que no lo haría, lo cual hacía que, de alguna manera, todo pareciera más vergonzoso aun. Los músculos de su pecho estaban tensos y los rizos cortos y oscuros se extendían hasta el ombligo.

Samantha estaba fascinada, a pesar de sí misma, pero sólo un instante. Cuando Hank se inclinó hacia ella, lo atacó con los puños, pero él logró rechazar cada golpe. Entonces perdió la paciencia y levantó la mano para amenazarla.

La muchacha ahogó una exclamación, se encogió y se cubrió la cara. No había pensado que él pudiera golpearla. No había nada que lo detuviera. Nunca se había sentido tan indefensa en toda su vida.

Como el golpe no llegaba, se atrevió a mirarlo. Hank la observaba con furia; su boca se había convertido en una línea dura.

-No quiero lastimarte, chica. No luches más conmigo.

Samantha gimió ligeramente cuando los dedos de Hank se dirigieron a los botones de su blusa. Lo tomó de las manos y lo miró con expresión desdichada.

-No puedo permitírtelo -susurró.

Al contemplarla, la furia de Hank se disipó sólo un poco, pero fue suficiente para recordarle sus propios sentimientos de apenas minutos antes. Sí, la deseaba, pero no en forma

brutal. Ella lo había lastimado y se había comportado como una tonta, pero Hank jamás había deseado hacerle daño.

Samantha vio que los sentimientos de Hank cambiaban; vio cómo se suavizaba la expresión de su hermoso rostro y, de pronto, todo el deseo que había sentido antes regresó. Lo deseaba tanto como antes. Sus brazos se extendieron hacia él y Hank se inclinó para besarla.

Pronto, un fuego volvió a invadirla. La boca de Hank recorría su cuello, mordiéndolo ligeramente. Samantha comenzó a gemir y a retorcerse; El calor aumentaba y la incitaba a seguir.

Luego, sin darse cuenta, su ropa ya no estaba allí, y tampoco la de Hank pero, de alguna manera, le parecía lo más natural. Los brazos de Hank la envolvieron y ella se elevó para recibirlo, de una vez y con sólo un instante de dolor hasta que el fuego volvió a encenderse y a crecer más y más. Tuvo una sensación de un delicioso tormento y luego una oleada recorrió todo su cuerpo hasta hacerla gritar. Lo que había estado creciendo en su interior estalló.

Le habían dicho que sería algo magnífico, pero nadie le había dicho que podía ser mejor aun. Jamás había imaginado un placer tan maravilloso.

Pasaron momentos hasta que la deliciosa palpitación se detuvo y Samantha volvió a tomar conciencia de dónde se hallaba. Hank estaba tendido a su lado; tenía la respiración agitada.

Hank se puso de pie sin decir palabra. Se abrochó los pantalones deprisa y luego comenzó a meter la camisa dentro de ellos sin siquiera abrocharla. Samantha se movió sólo para cubrirse con su falda. No intentó cubrir sus pechos.

Se sentía lánguida, más relajada de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Hank se colocó la cartuchera y luego levantó su sombrero. Estaba a los pies de la muchacha; su expresión había perdido todo romanticismo.

-¿Qué ocurre, Hank? -preguntó Samantha en tono sarcástico. Su furia había regresado-. ¿Esperas que llore? ¿Eso completaría tu triunfo?

Hank dio media vuelta y se dirigió a su caballo. Pero antes de montar, dijo:

-Si convences a Adrien de que se case contigo, él nunca sabrá que no eres virgen. No tienes que preocuparte por eso.

Samantha hizo una mueca.

-¡Maldito seas, claro que lo sabrá!

-No, chica, porque él nunca irá a tu cama –insistió Hank; quería lastimarla-. Si te casas con Adrien Allston, te costará mucho mantenerlo lejos de tus amantes.

~¿De qué hablas?

Hank emitió una breve risa mientras montaba y conducía al caballo hacia la joven. Luego se inclinó y susurró con una calma deliberada:

-El hombre a quien amas prefiere acostarse con hombres, querida.

La conmoción que le produjeron esas palabras la hizo gritar antes de que comprendiera realmente lo que querían decir.

-¡Mientes! ¡Bastardo! ¡Cómo te odio! ¡Vete de aquí! Y cuando te marches, será mejor que no te detengas!

Hank rió entre dientes.

-¿Enviarás una cuadrilla detrás de mí, Samantha? Antes he huido de ellas. Una más no hará ninguna diferencia. Jamás me atrapan.

-Si alguna vez vuelvo a verte, te mataré -dijo la muchacha, con una calma furiosa.

Hank se encogió de hombros, como si eso no lo afectara.

-No volveremos a vernos. Adiós, Samantha Blackstone.

La saludó con el sombrero y condujo a su caballo hacia el arroyo. Samantha temblaba de ira. Su cabello había caído sobre su rostro y lo apartó con impaciencia. Entonces tuvo una idea. Se puso de pie de un salto y fue en busca de su bolso.

Hank se detuvo una vez para mirar hacia atrás. La furia y la amargura aún lo carcomían y hacían que fuera imposible para él lamentar las circunstancias de su partida o la manera cruel en que había hablado de Adrien.

Cuando se volvió, vio primero el cabello sobre los hombros de Samantha y luego el revólver, que la muchacha levantaba lentamente y apuntaba directo a él.

Un recuerdo acudió a su mente como un destello y Hank espoleó a su caballo, inclinándose sobre su pescuezo.

¡Madre de Dios! ¡Era ella! ¡La muchacha de Denver!

Con el cabello así, caído sobre los hombros, y los reflejos del sol, con un revólver en la mano... ¡era la misma joven! ¡Dios!

Con rapidez, Samantha disparó sus dos únicas balas, una tras otra. No supo si había dado en el blanco, pues ya lo habla perdido de vista. Sus manos temblaban de furia cuando arrojó el arma, maldiciéndola por no cargar seis balas. Luego se desplomó sobre la orilla y comenzó a golpear la tierra húmeda con los puños.

-¡Maldito seas, Hank, por ser el diablo que eres! ¡Mentiroso! ¡ Sucio mentiroso!

Comenzó a sollozar. No podía ser verdad. Adrien no podía haberla engañado durante tanto tiempo. Jamás creería a Hank. ¡Jamás!

Odiaba a ese bastardo; lo odiaba más por sus mentiras que por haberla seducido. Iría a ver a Adrien y probaría que Hank estaba equivocado. Entonces podría olvidar ese día, y olvidaría que había conocido a Hank Chávez.

CAPITULO 11

Al abandonar la escena de su desgracia, a Samantha le quedaba un consuelo. Encontró sangre en el suelo. No sabía si era de los ocho rasguños que habían quedado en el pecho de Hank o de las balas. Pero al menos sabía que él sufría. Eso la hizo sentir mucho mejor.

Había tardado mucho en serenarse, sentada junto al arroyo, recordando cada cosa. Se lavó la sangre de Hank que quedaba en su pecho e intentó quitarla de su blusa blanca. Ambos lados se habían manchado, pues había sangrado mucho. Eso le daba satisfacción: le quedarían cicatrices.

Con esa idea en la mente, volvió a recorrer al galope el camino hasta el campamento de Adrien. Había vuelto a cargar su derringer con las balas que siempre llevaba en el bolso y estaba de ánimo para enfrentar cualquier problema, pero no halló a nadie camino al campamento.

Había vuelto a recogerse el cabello y a ponerse el sombrero. Su ropa estaba apenas arrugada y húmeda, de modo que creía tener un aspecto normal. No sabía que sus ojos brillaban como esmeraldas al sol. Pero Jeannette lo advirtió de inmediato; notó eso y otras cosas más.

-¡Mon Dieu! ¿Qué te ha pasado en la boca... y en el cuello? -exclamó, cuando Samantha desmontó y se dirigió hacia ella.

-¿A qué te refieres?

Samantha se detuvo en seco.

-Tienes sangre desde la boca hasta el cuello. Y... –Dio una vuelta alrededor de su amiga.- Tienes sangre en la nuca y en el cabello. ¿Qué ha sucedido?

-La sangre no es mía, así que no importa! -respondió, en tono cortante, y fue en busca de la cantimplora de agua que siempre estaba junto a la tienda de Adrien.

Jeannette la siguió con expresión consternada y observó cómo Samantha se limpiaba la sangre de la cara.

-Entonces, ¿la sangre es de él?

Ambas sabían a quién se refería.

-¡Sí!

-¿Qué le hiciste?

Samantha volvió la cabeza rápidamente y clavó una mirada feroz en su menuda y rubia amiga.

-¿ Qué hice yo? -repitió, en tono cortante y desdeñoso-. ¡No me has preguntado qué hizo él! Lo único que quiero saber es cómo pudiste dejarme sola con ese bastardo.

-¡Samantha!...

-¡ Samantha nada! -exclamó-. Tú sabías lo incorrecto que era dejarme volver sola con él. Sin embargo insististe en quedarte aquí. Dijiste que Adrien estaba enfermo. Pues será mejor que lo esté, Jeannette -le advirtió en tono amenazador-. ¿Dónde está?

-No muy lejos -respondió Jeannette, alarmada-. Subió un poco por el arroyo.

-¡Adrien! -gritó Samantha en la dirección indicada-. ¡Adrien! ¡Ven aquí!

-Samantha, por favor, dime qué ocurrió.

Samantha se volvió hacia su amiga y la miró con suspicacia.

-Comienzo a preguntarme si no lo planeaste todo tú.

-¿De qué hablas?

-Fuiste tú quien invitó a Hank a venir hoy, y sé que ni siquiera te gusta. Luego te las ingeniaste para dejarme sola con él. ¿Lo hiciste a propósito? ¿Acaso esperabas que olvidara a tu hermano?

Jeannette palideció y estaba a punto de balbucear una respuesta cuando apareció Adrien.

-¿A qué se deben tantos gritos? Samantha, ¿por qué has vuelto aquí?

-Para verte, Adrien -logró responder con calma.

Descubrió que lo miraba con otra luz, inquieta por la acusación de Hank.

-¿Para qué querías verme? -preguntó Adrien con cautela, pues el tono de la muchacha le advertía que mantuviera la distancia.

-Pareces receloso de mí, Adrien -prosiguió, con una voz engañosamente serena-. ¿Por qué te pongo nervioso?

-No es así -dijo Adrien, pero retrocedió más aun-. ¿Qué te ocurre, Samantha?

-Nada que no pase con un poco de sinceridad -respondió. Lo tomó de la mano y lo atrajo hacia ella-. Bésame, Adrien.

Adrien dio un salto hacia atrás y retiró la mano.

-¿Qué te sucede? -insistió, sorprendido.

-Nada, pero si no me besas en este instante, Adrien, pensaré que no eres normal.

Adrien miraba a su hermana con aire indefenso cuando, de pronto, Samantha lo tomó por la cabeza y lo obligó a besarla. Ella misma tuvo que hacer el trabajo. Fue un desastre. Adrien sintió repulsión. Mantenía las manos a sus costados. Sus labios eran fríos como una piedra. No tenía absolutamente ningún sentimiento.

Samantha lo soltó lentamente y él se apartó, enjugándose la boca con el dorso de la mano. Samantha no estaba asombrada. No pensaba en él. En lo único que podía pensar era en el tiempo que había perdido amándolo y deseándolo.

-¡Bastardo! -gritó.

-Samantha... -comenzó a decir Jeannette, pero su amiga se volvió hacia ella.

-¡Y tú eres Judas! ¡Si me hubieras dicho la verdad... ! Anoche te dije que lo amaba y es probable que lo hubieses adivinado antes. ¿Por qué no me lo dijiste?

-Chérie, esto no es algo... que podamos admitir –dijo Jeannette en tono indefenso.

-¡Pudiste decírmelo! Tú sabías lo que yo sentía.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Samantha y no pudo contenerlas.-Me habría sentido herida, pero al menos aún tendría mi virtud. Y ahora no lo sé... porque tuviste que mentirme y jugar a la casamentera. Me serviste en bandeja a ese demonio, Jeannette.

-Samantha, lo siento mucho -dijo Jeannette con sinceridad-. No podía saber que Hank Chávez se aprovecharía de ti. Debes creerme.

-Es demasiado tarde para sentirlo.

-¿Qué es eso de Hank? -preguntó Adrien finalmente-. ¿Qué le has hecho?

Samantha comenzó a reír, histérica.

-Dios mío, es típico de ti pensar que yo soy el villano de la historia.

Adrien dio media vuelta y se alejó. En ese momento, Samantha no sabía a cuál de los dos hombres odiaba más.

-Samantha... -insistió Jeannette.

-¡No! -la interrumpió, y se encaminó a su caballo-. Nada que puedas decir me ayudará ahora, Jeannette. Volveré al pueblo y sinceramente espero no volver a verte a ti ni a tu hermano antes de marcharme.

Entonces se alejó. La furia y la amargura ardían en su interior más que nunca. Cuando llegó al pueblo cambió de hotel y se mudó al mejor que ofrecía Elizabethtown. Pasó el resto de la tarde cavilando. ¿Qué podía hacer respecto de Hank Chávez? Pronto había comprendido que lo odiaba más que a Adrien. No podía permitir que se saliera con la suya después de lo que había hecho, después de seducirla y burlarse de ella. Por mucho daño que ella le hubiese hecho, no tenía derecho a lastimarla tanto.

No era la pérdida de la virginidad lo que la atormentaba y mantenía encendida su ira. Eso había sido la venganza de Hank. Él había creído que lo merecía y tal vez pudiese llegar a perdonarlo por ello. Después de todo, ella sabía lo que era sufrir. Aunque deseaba que no hubiera ocurrido, admitió, avergonzada, que había hallado placer en esa unión. Por alguna razón, su cuerpo había respondido.

Sin embargo, los comentarios de Hank al partir la habían avergonzado mucho. No soportaba que él supiera lo tonta que era. Hank sabía que nunca podría tener el hombre que amaba. Que había amado.

Ahora, Samantha sólo sentía pena por Adrien. Estaba disgustada consigo misma. ¡Qué tonta había sido! Se había menospreciado, siempre pensando que era su culpa si Adrien no le prestaba atención.

Todo eso la atormentaba. Por eso ansiaba desquitarse de Hank. Sólo que no sabía cómo hacerlo. No sabía nada acerca de rastrear a un hombre. Podía contratar a alguien para que lo hiciera, pero ni siquiera sabía cómo encontrar la clase de hombre que pudiera capturar a otro. No podía hacer nada más que esperar volver a encontrarse con Hank algún día. Y había una manera de hacerlo posible: ofrecer una recompensa por él. Buscado, vivo, para poder hacerlo azotar por ser un bastardo tan vil.

Para ofrecer una recompensa, debía tener un motivo. El robo sería lo más fácil de explicar. Si la ley llegaba a atraparlo, lo detendrían hasta que ella pudiera identificarlo. Entonces haría que lo liberaran y tomaría la ley en sus propias manos. Algunos de los vaqueros de su padre la ayudarían.

Se sentía mejor al pensar en su venganza. Tenía un plan, algo que poner en práctica a primera hora de la mañana, de modo que se durmió con facilidad... sólo para soñar con Hank Chávez.

CAPITULO 12

Cuatro días más tarde, Samantha y su escolta de seis hombres abandonaron Elizabethtown en una nube de polvo. La muchacha impresionaba por su aspecto. Llevaba un sombrero marrón de ala ancha posado con osadía sobre su cabello rojizo recogido. Con su falda-pantalón de cuero marrón y una chaqueta que hacía juego con ella sobre su blusa blanca de seda, era una imagen asombrosa. Parecía una versión femenina del vaquero, hasta sus botas con espuelas y la pistolera que llevaba sujeta al muslo. Su falda se había hecho a fin de acomodar la pistolera y facilitarle la cabalgata.

Había agradecido mucho a Manuel por haberle traído su ropa de montar y el caballo. El Cid era un semental retozón que había sido apenas un potrillo cuando ella se había marchado de casa, tres años atrás. Ahora era un animal poderoso de pelo brillante, y Samantha aprendería a quererlo tanto como había querido a Princesa, la briosa yegua que había muerto poco antes de su partida hacia el este.

Durante esa primera semana, Samantha insistió en poner la mayor distancia posible entre ella y lo que consideraba el lugar de su vergüenza. Sin embargo, muy pronto, Manuel insistió en que aminorara el paso, ya que no quería que la niña del patrón llegase a casa exhausta y dolorida por la cabalgata.

Después de esa primera semana, recorrieron apenas unos treinta kilómetros por día, a un paso que no fatigaba demasiado a los caballos. Se detuvieron en todos los pueblos y, en cada uno, Samantha se cercioraba de que hubiesen colocado sus avisos de recompensa por Hank. En general, estaban puestos.

La muchacha se volvió irritable con los extraños. Cada vez que veía algún hombre alto, de cabello negro y con ropa oscura, su 'pulso se aceleraba y su mano se dirigía al revólver. Eso no la ayudaba a olvidarlo. Quería olvidarlo. ¡No era justo! Se suponía que era ella quien lo perseguía, y no a la inversa.

El día que cruzaron la frontera con México fue un día de regocijo, aunque aún les faltaba cabalgar una semana más para llegar a las tierras de los Kingsley. Sin embargo, los días ya no parecían tan largos. Cabalgaban por terreno conocido: las llanuras, las colinas, y siempre estaban las montañas de la Sierra Madre a la distancia.

¡Cómo amaba esa cordillera! Se recortaba a lo lejos, desde la ventana del dormitorio de Samantha y era lo primero que veía todas las mañanas. Ahora, el hecho de verla cada día le hacía sentir que ya estaba en casa, cabalgando con los vaqueros como solía hacerla. A menudo habían pasado la noche en los campos y, cada vez que acampaban cerca de las montañas, Samantha se alejaba sola durante días enteros, exploraba las cavernas y los barrancos y descubría angostos senderos montañeses utilizados durante siglos por los indios, magníficos valles ocultos y antiguos pueblos en ruinas. Había sido una vida fascinante.

Samantha suspiró. Ya no era tan joven y no tenía el mismo espíritu aventurero que antes. Había crecido mucho en los tres años que había pasado lejos de casa. Además, pensó con pesar, la mayor parte de su crecimiento había tenido lugar en el último mes.

Llegaron a la hacienda a media tarde, a mediados de la segunda semana de abril. Era un día cálido y soleado. La casa irregular de una sola planta, hecha de adobe estucado y piedra, dio la bienvenida a Samantha, pero su padre, de pie en la puerta principal, esperando con impaciencia que la muchacha desmontara, llenó su corazón de alegría.

Corrió hacia Hamilton Kingsley y se arrojó entre sus brazos. Durante un largo momento no pudo soltarlo. Allí estaba la seguridad. Nadie podría lastimarla mientras esos brazos la

rodearan. Ese hombre la malcriaba, la mimaba, la amaba. ¡Oh, era maravilloso estar en casa! Finalmente se echó hacia atrás para mirarlo bien. Se veía igual, y eso la complació mucho. Su padre seguía siendo el hombre robusto y de hombros anchos contra quien tanto había luchado en un principio y a quien sin embargo, había llegado a amar tanto.

Su padre rió, pero tenía los ojos llenos de lágrimas -y bien, hija, ¿aprobé la inspección?

La muchacha también rió.

-No has cambiado.

-Pero tú sí. Ya no eres mi pequeña.. Jamás debí enviarte a la escuela. Maldición, ha pasado demasiado tiempo demasiado para tenerte lejos. Te he extrañado, mi niña

-Yo también te extrañé. -Samantha supo que lloraría.-Siento haberme quedado allá más tiempo del necesario. Lamento no haber regresado antes. Lo lamento más de lo que puedas imaginar.

-Bueno -dijo su padre, con voz ronca-. No quiero ver lágrimas en esos bonitos ojos. Vamos adentro. – La condujo al patio interior que estaba en el centro de la casa.-¡María! ¡Nuestra pequeña ha llegado! -gruñó-¡Ven a ver cómo ha crecido!

Por lo general, María se encontraba en la cocina, que estaba ubicada junto al patio, donde había arbustos florecidos y vides. La regordeta mexicana llegó corriendo de esa dirección y Samantha se reunió con ella a mitad de camino, bajo la gran entrada abovedada. María apenas había cambiado. Había un poco más de gris en su cabello negro como el carbón. Pero cuando envolvió a Samantha en sus brazos rechonchos, la muchacha se sintió tan bien como antes.

-¡Pero mírate! -la reprendió María-. Has crecido demasiado, muchacha. Te has convertido en una mujer.

-¿Más bonita? -bromeó Samantha, sonriendo.

-Ah, veo que no has cambiado nada. Aún tratas de sonsacarme cumplidos, ¿eh?

-y tú sigues sin querer darlos.

, -¿Qué dices? -exclamó María, indignada-. ¡Cómo miente esta muchachita! ¿Eso es lo que te enseñaron en esa escuela?

Samantha contuvo una sonrisa, al igual que su padre.

-Vamos, María, sabes que sólo está bromeando –dijo Hamilton.

-Ella lo sabe, padre -añadió Samantha-. Sólo que tiene que hacer mucho alboroto.

-¡ Ah! No quiero seguir escuchando insolencias de alguien tan joven -dijo María, fingiendo severidad.

-¿Tan joven? Me pareció oírte decir que me había convertido en una mujer. Decídete, María.

María elevó los brazos con aire frustrado.

-ya estoy vieja para tus travesuras, mi niña. Deja en paz a esta anciana.

-Sólo lo haré si me prometes que harás arroz con pollo para la cena -replicó Samantha, con un brillo alegre en los ojos.

María dirigió una mirada significativa a Hamilton.

-¿No le dije que pediría pollo? Ha regresado a casa y ni siquiera puedo darle su plato preferido... por culpa de ese demonio -dijo, disgustada.

-¡María! -exclamó Hamilton, en tono de advertencia.

-¿Qué ocurre? -preguntó Samantha, con el ceño fruncido. Esa conversación resultaba extraña-. ¿No hay pollos?

María ignoró la advertencia de Hamilton y respondió, furiosa:

-Ni uno, niña. -Chasqueó los dedos.-Desaparecieron, así no más.

-¿Desaparecieron? ¿Quieres decir que se esfumaron?

Librodot

María meneó la cabeza.

-Tu papacito me mira mal -dijo, en tono irascible. No diré más.

Samantha la observó volver a la cocina y luego se volvió hacia su padre.

-¿Qué era todo eso?

-Nada, Sammy -respondió Hamilton con calma-. Tú sabes cómo le gusta dramatizar a María.

-Pero, ¿cómo pudieron desaparecer los pollos... al menos que hayan sido robados? Y nuestros peones no nos roban. ¿Sabes quién lo hizo?

Hamilton meneó la cabeza. Habló con tono evasivo.

. -Sólo tengo sospechas. Pero no es nada que deba preocuparte. Jorge volverá uno de estos días con un cargamento de pollos nuevos, de modo que no te quedarás sin tu arroz con pollo. ¿Por qué no vas a descansar antes de la cena? Debes de estar cansada. Podremos conversar más tarde.

Samantha sonrió. Su felicidad por estar nuevamente en casa la hizo olvidar los pollos.

-Lo que necesito no es una siesta, padre, sino un baño. He tomado tantos baños incómodos que hace meses que sueño con esa estupenda bañera que me compraste.

-Es bueno saber que aprecias tanto uno de mis regalos -dijo riendo entre dientes.

Samantha rió.

-Aprecio tanto ése que no puedo esperar para meterme en él. Te veré más tarde, padre. -Lo besó en la mejilla.-: ¡Oh, qué bueno es estar en casa!

La habitación de Samantha, de techo alto y pintada de blanco, la alegró, como siempre lo había hecho. Estaba exactamente como la había dejado: espaciosa, ordenada,

con pocos muebles. La ropa que había quedado en su armario aún le quedaría bien si alargaba los dobladillos. Aun así, había traído un guardarropa nuevo del este y era probable que regalara la ropa vieja, excepto sus trajes de montar. La cama angosta aún tenía la vieja manta a cuadros que tanto le gustaba. No tenía tocador; sólo una gran cómoda de roble. Las mesitas de noche no contenían chucherías femeninas. En realidad, no había nada en la habitación que sugiriese que pertenecía a una muchacha, pues ella había sido más aficionada a los juegos y objetos masculinos y había desdeñado los adornos femeninos.

Ahora haría colocar un tocador y, tal vez, cortinas de encaje en las ventanas, además de un espejo de cuerpo entero e incluso algunas carpetitas para las mesas de noche. No era que hubiese cambiado tanto, pero ya no renegaba de ser una dama. No podía seguir rebelándose contra la niñez que había pasado con una abuela demasiado estricta. Por otro lado, tampoco renunciaría a su libertad.

La cena estuvo deliciosa. María había cocinado mejor que nunca. Había arroz español con gruesos bistecs, ajíes y pasta de frijoles frita en tocino. María también sirvió enchiladas y quesadillas, y Samantha se llenó con las diferentes tortillas. Había extrañado mucho la cocina mexicana de María y decidió que, si alguna vez volvía a abandonar su hogar, llevaría consigo a María.

Después de la cena, se retiraron a la cómoda sala junto al patio central y Samantha insistió en que María se reuniera con ellos. Para ella, la anciana era parte de la familia, aunque tuviera sus propios hijos y su marido, Manuel.

Samantha habló poco de la escuela, pues ya les había contado mucho al respecto en sus cartas. María y su padre se interesaban más por el viaje a casa y por los Alistan. Sin embargo, la muchacha no podía hablar del viaje con entusiasmo y sólo hizo comentarios generales sobre Jeannette y Adrien. Su padre formulaba muchas preguntas sobre ellos, pero en ningún momento Samantha reveló que había albergado profundos sentimientos por Adrien ni que esos sentimientos habían sido muy heridos. Habló de Elizabethtown con disgusto, pero su

padre atribuyó esa actitud a la atmósfera primitiva de una ciudad levantada por la fiebre del oro.

Samantha no mencionó al extraño alto y apuesto del viaje. Jamás hablaría de él ni de su vergüenza, a menos que lo encontraran y tuviera que explicar por qué tenía que identificarlo.

Entonces llegó su turno de hacer preguntas, de averiguar qué había pasado en la casa en todo ese tiempo. Había habido una boda y cuatro nacimientos entre los vaqueros y sus familias. Una de las minas de cobre estaba cerrada porque allí habían ocurrido demasiados accidentes. Recientemente se habían perdido algunas cabezas de ganado, aunque no era nada serio y sólo había sucedido porque habían quedado pocos hombres en la hacienda luego de la partida de la escolta de Samantha. Había habido construcciones y reparaciones, cosas sin mucha importancia.

Su padre cambió de tema.

-El hijo de don Ignacio ha venido a menudo a preguntar por ti, Sammy.

-¿Ramón?

-Sí, ya es todo un muchacho.

-Querrás decir "un hombre", ¿verdad? –señaló Samantha-. Ramón es varios años mayor que yo.

Hamilton se encogió de hombros.

-Lo he visto crecer, Sammy. Ocurre lo mismo que contigo. Aún eres mi pequeña. Me cuesta considerarte una mujer adulta.

-Pues yo aún me siento como tu pequeña, de modo que de vez en cuando podremos olvidar que he crecido.

-De acuerdo. -Rió entre dientes. -Pero, como te decía, Ramón Baraja se ha convertido en todo un. . . hombre, y creo que te sorprenderás al ver el cambio. Debe de haber crecido unos quince centímetros desde que te marchaste.

-¿ y cómo está su familia?

-Bien.

María gruñó.

-Muy bien, teniendo en cuenta que no los han molestado tanto como a nos. . .

Hamilton se aclaró la garganta y la interrumpió.

-Quisiera un poco de coñac, María.

-¿De qué molestias hablas? -preguntó Samantha a la mujer.

Su padre se apresuró a responder.

-No es nada. Algunos vagabundos que mataron reses. Antes ya habían pasado cosas así.

Samantha observó cómo María meneaba la cabeza mientras se dirigía en busca del coñac. ¿Qué ocurría? ¿Los pollos. . . la mina. . . el ganado perdido. . . reses muertas. Sin embargo, su padre restaba importancia a todo eso. ¿O no era así? ¿Realmente no tenía importancia o él no quería preocupar1a?

-Es probable que Ramón venga a verte mañana -decía Hamilton. Rió entre dientes. -Ha estado viniendo día por medio. Supongo que no confiaba en que le avisaría cuando llegases.

-¿Por qué está tan ansioso de verme?

-Bueno, te ha extrañado. Aún no se ha casado, ¿sabes?

-Hablas como un casamentero, padre. –Samantha sonrió con aire travieso. -Supongo que no te molestaría nada si me casara con Ramón, ¿no es así?

-Creo que sería un buen esposo. Pero no te enfades, Sam -añadió-. No pienso decirte con quién debes casarte. Espero que obedezcas sólo a tu corazón.

-El matrimonio es en lo que menos pienso –dijo Samantha.

Hubo un leve matiz de amargura en su voz, pero su padre no alcanzó a detectarlo.

-Me alegra oír eso -respondió-. Después de todo, acabas de regresar a casa. No quisiera perderte demasiado pronto, querida.

-¡No me llames así!

Hamilton levantó la vista, sorprendido por el tono cortante de su hija.

-¿Qué?

-Dije que no me llames así -repitió, y luego suspiró-. Oh, lo siento, padre. No sé qué me pasa.

Estaba asombrada. Dejaba que Hank Chávez afectara su regreso a casa. Su padre no entendería por qué no quería volver a oír esa palabra cariñosa, y ella tampoco deseaba exp1icárselo. El ya se preocupaba mucho por su bienestar. Se sentiría desolado si supiera lo que ella había permitido que le sucediera. Pues lo había permitido, según se recordó a sí misma con crueldad. Había dejado que Hank la acariciara y la llevara a una altura febril. Había permitido todo eso. . .y luego había sido demasiado tarde para evitar el resto.

-Debo de estar cansada. No sé lo que digo. -Samantha intentó disculparse por su reacción. –Anoche no dormí muy bien por el entusiasmo de saber que hoy llegaría a casa.

Su padre asintió.

-y yo te estoy reteniendo. Ve a dormir, Sam.

-Sí, creo que eso haré.

Se inclinó y lo besó.

-Te veré en la mañana -dijo Hamilton, y estrechó la mano de su hija antes de soltarla-. Buenas noches, Sammy.

Samantha se alejó, furiosa consigo misma en lugar de sentirse feliz por estar en casa. Estaba dejando que Hank Chávez la atormentara. Su padre siempre la había llamado "querida" al darle las buenas noches y ahora no podía hacerlo. ¡Por culpa de Hank Chávez!

CAPI TULO 13

Froilana Ramírez despertó a Samantha y trajo agua fresca a su habitación. La hija menor de María tenía veintitrés años y era soltera, aunque muchos hombres la habían solicitado. Estaba esperando al hombre adecuado, "el que me haga perder la cabeza y me lleve consigo", decía siempre a Samantha, con toda seriedad.

-Debe ser muy fuerte y muy apuesto. Debe ser capaz de hacerme desmayar de amor por él.

Samantha siempre se había burlado de los sueños fantasiosos de Froilana. Ella creía que los muchachos sólo servían para que los venciera en los concursos. Siempre vencía a Ramón y a los demás jóvenes de la hacienda, incluso a los que eran mucho mayores que ella. Pero ahora que había crecido, podía comprender los sueños de aquella joven.

Permaneció en la cama, escuchando la charla frívola de Froilana. Era una muchacha vivaz, bonita, con cabello negro y sedoso y piel dorada; su único defecto era su incesante parloteo.

-ya no eres la muchachita y yo la mujer mayor. Ahora ambas somos mujeres -decía Froilana.

Samantha contuvo una sonrisa mientras bajaba las piernas por el costado de la cama y se ponía de pie.

-Supongo que sí -fue lo único que pudo decir. Desde que Samantha podía recordar, Froilana se había considerado una mujer. Sin embargo, tenía apenas trece años cuando Samantha se reunió con su padre en Texas y, al año siguiente, María y su familia habían ido a vivir con ellos en México. Su padre se había mudado a México para eludir la Guerra Civil que

se avecinaba en los Estados de Norteamérica. También había habido guerra en México, una revolución, pero allí su padre se había mantenido neutral y, además, estaban tan al norte que la lucha nunca los alcanzó.

-Ahora no ríes cuando hablo de los hombres -prosiguió Froilana, mientras arreglaba la cama de Samantha-. Ahora te interesan, ¿eh?

Samantha bostezó y se dirigió de puntillas al pequeño cuarto contiguo donde estaba la enorme bañera de cuatro patas. Había que llevar el agua hasta allí pero, para vaciarla, había un caño de desagüe que llegaba al exterior. Su palangana matutina de agua fresca estaba en la repisa de las toallas.

-Oh, no lo sé, Lana -respondió Samantha por encima de su hombro-. Los hombres pueden ser muy engañosos. Creo que, por algún tiempo, puedo seguir prescindiendo de ellos.

-¡Ay, no! -exclamó Froilana.

-En serio.

-¿Qué harás cuando el joven Ramón pida tu mano a tu papacito? Lo hará. Siempre estuvo enamorado de ti, aunque te comportaras como una chiquilla. ¡Espera a que te vea ahora!

Samantha se echó agua fresca en la cara y luego tomó una toalla antes de responder.

-Ramón puede pedir mi mano a mi padre cuantas veces quiera, pero soy yo quien dará la respuesta. ¿Cómo puedo saber qué responderé si hace casi tres años que no lo veo?

-Te gustará lo que verás, patrona.

-¿Patrona? -repitió Samantha, sorprendida-. Lana, nunca me llamaste así.

-Es que has cambiado tanto. . . -explicó la muchacha-. Ahora eres una dama.

-Tonterías. No he cambiado tanto. Llámame como siempre lo has hecho.

-Sí, Sam -accedió, sonriendo.

-Así está mejor. En cuanto a Ramón y a sí me gustarán los cambios en él, eso no importa -dijo Samantha mientras regresaba a la habitación y se dirigía al guardarropa-. Como te dije antes, puedo seguir prescindiendo de los hombres por algún tiempo.

-¿No te entusiasma la perspectiva de volver a ver a Ramón? ¿Ni siquiera un poquito?

-¿Entusiasmarme? No, por Dios. -Samantha rió. -Sólo estoy feliz de estar en casa. No necesito más que eso.

-Pero, entonces, ¿qué te pareció lo del Carnicero? ¿No te entusiasmaron las historias sobre él?

Samantha se volvió y miró a Froilana con curiosidad.

-¿El Carnicero? ¿ Qué clase de nombre es ése?

-Se dice que corta a sus enemigos en pedazos y los sirve a sus perros, pedazo por pedazo. De ahí viene ese nombre -explicó, sin aliento.

-¡Lana! ¡Eso es repugnante!

Froilana se encogió de hombros. .

-yo no creo esa historia, pero las otras cosas, sí. Dicen que es muy hombre, pero muy rudo. También dicen que es muy feo, pero que puede conseguir a cuanta mujer desee. Me pregunto. . .

-Espera un minuto, Lana -la interrumpió-. ¿De quién estamos hablando? ¿Quién diablos es ese Carnicero que te parece tan fascinante?

Los ojos de Froilana se dilataron.

-¿No lo sabes? ¿El patrón no te lo dijo?

-No, mi padre no dijo nada de eso –respondió Samantha.

-¡Ay! -exclamó la muchacha mayor-. ¡Mamacita me zurrará por habértelo dicho!

-Pero no me has contado mucho -dijo Samantha, con impaciencia-. ¿Quién es el Carnicero?

-¡No! No diré más. Ahora me voy.

-¡Lana!

Sin embargo, la muchacha abandonó corriendo la habitación y dejó a Samantha muy confundida.

-Maldición, ¿de qué se trata todo eso? –murmuró para sí mientras se ponía rápidamente un traje de montar de gamuza verde jade y una camisa de seda amarilla. El Carnicero. Un hombre que destroza a sus enemigos. ¿Qué clase de hombre mataría gente en ese tiempo de paz? ¿Un general de la revolución, tal vez? Había habido muchos hombres feroces en ambos bandos. ¿Un forajido, quizás, o un funcionario del gobierno? Los liberales habían triunfado en la revolución y Juárez era presidente. Pero el presidente no podía controlar a los funcionarios de todos los estados.

Muy pronto se reunió con su padre para un desayuno de gruesas tortillas de maíz, jamón y café fuerte y caliente.

-¿Quién es El Carnicero? -le preguntó.

-¿Dónde oíste ese nombre?

Su padre se recostó en la silla y frunció el ceño.

-¿Qué importa eso? ¿Quién es?

Su padre vaciló un momento y luego respondió:

-No es nadie que te interese.

-Padre, estás eludiendo el punto. ¿Por qué no me hablaste de ese hombre?

-Es un bandido, Sammy, un hombre que ha ganado notoriedad en el sur en los últimos años.

Un bandido.

-¿Por qué aquí hablan de él?

Hamilton suspiró.

-Porque hace algún tiempo el sujeto vino al norte. El y sus secuaces viven ahora en las montañas de la Sierra Madre.

-¿Quieres decir que están escondidos allá afuera? ¿Y nadie trató de echarlos?

. -Tú sabes tan bien como yo, Samantha, que si alguien quisiera esconderse en esas montañas sería casi imposible hallarlo.

De pronto, todo se aclaró.

-¿Es ése el bandido que te ha estado causando problemas?

-No puedo estar seguro de que se trate del mismo hombre.

-¿El de los pollos y el ganado?

-Es posible, claro. Nuestra gente dice que es él, que El Carnicero me ha declarado la guerra por alguna razón. Sin embargo, yo lo dudo. No tiene sentido. Ni siquiera conozco a ese hombre. Además, las Sierras están a tres o cuatro días a caballo de aquí.

-¿Por eso crees que no es él quien te ha estado molestando?

-Sí. Hay otras haciendas más cercanas a las montañas que podrían atacar con más facilidad. No tiene sentido que cabalgue tanto para merodear en busca de comida y hacer daño aquí. Además, hay otra buena razón que ignoran constantemente los vaqueros que insisten en que es él. Se supone que este hombre es un asesino a sangre fría y, sin embargo, con todos los problemas que hemos tenido, nadie salió herido, y nadie lo ha visto a él ni a su banda. Dicen que cuando El Carnicero viaja, lo hace con todos sus hombres, docenas de ellos. Pero cuando sucede algo aquí, en la hacienda, sólo se encuentran las huellas de pocos hombres.

-Lo cual señalaría que son vagabundos –dijo Samantha, pensando en voz alta.

-Sí.

-Entonces, ¿por qué la gente está tan convencida de que se trata del Carnicero?

Hamilton se encogió de hombros.

-El hecho de que un famoso bandido le declare la guerra a uno es más excitante que unos vagabundos que están de paso. A la gente le encantan las historias dramáticas. Una vez que se supo que el famoso bandido estaba en esta área, comenzaron a culparlo por cualquier percance. Hablan de él. Constantemente, porque él ha traído excitación y peligro, y a ellos les encanta eso.

-¿Hay algún peligro real?

-Tonterías -respondió Hamilton, en tono burlón-. No creas ninguna de esas historias. Por eso no quería que supieras de ese bandido. No quería que te preocuparas.

-No me habría preocupado mucho, padre. No es la primera vez que tenemos bandidos por aquí.

-Me alegra que lo tomes así. -Volvió a inclinarse hacia adelante y miró a la muchacha con atención. –Tienes puesto tu traje de montar. ¿Ibas a salir?

Samantha rió con aire travieso.

-Esa era siempre mi costumbre, ¿verdad? Cabalgar por la mañana. Estoy ansiosa de volver a mi vieja rutina.

-Espero que tu rutina no incluya todavía salir a trabajar con los hombres, ¿o sí?

Samantha rió.

-Me parece detectar algo de desaprobación. No, padre, ya no lo haré. Mis días alocados han terminado -le aseguró.

-No sabes cuánto me alegra oír eso. -Sonrió. –Sé que también tendrás el sentido común de cabalgar con una escolta.

-¿Para pasear por nuestras propias tierras? –Samantha rió. -No seas ridículo, padre.

-Vamos, Sammy, ya no eres una niña. Una joven no debe salir sin compañía.

-No discutamos, padre. -Samantha suspiró. –No renunciaré a mi libertad simplemente porque tengo algunos años más.

-Sammy.. .

-Vaya, viejo farsante -dijo, calmosamente. Había advertido el tono de alarma en la voz de su padre. –Realmente te preocupa ese bandido, ¿eh?

-Nunca está de más tener cuidado, Sammy.

Samantha vaciló, y luego se puso de pie.

-Muy bien, padre. Haré las cosas a tu manera por algún tiempo -accedió. Se volvió para marcharse, luego se detuvo y dirigió una sonrisa traviesa a su padre. –Pero no servirá de nada, ¿sabes? Los vaqueros no pueden alcanzarme. Nunca pudieron hacerlo.

Samantha cabalgó hacia el sur con la mayor rapidez posible, dejando atrás a su escolta de dos hombres. El Cid era un tesoro. Parecía volar por el aire. Samantha alborozada. Hacía años que no corría así. Su montura era magnífica, hecha del mejor cuero español trabajado, engastada en plata y con un trenzado de oro. Estaba a tono con El Cid.

Desmontó en la cima de una pequeña colina y esperó allí a los vaqueros. Podía ver muchos kilómetros a la redonda, kilómetros de llanos con algunas colinas que quebraban la monotonía. Tierras salpicadas de cactos y algunos árboles solitarios. Pero hacia el oeste, se veían las magníficas montañas... y humo.

Samantha clavó la vista en la distancia, en la espiral de humo negro, con el ceño fruncido. Montó de inmediato y fue a reunirse con su escolta. Les señaló el humo antes de pasar junto a

ellos y se encaminó hacia allí. Llegó a la cabaña quemada en sólo quince minutos y halló sólo un humeante montón de escombros. Sin desmontar, miró en todas direcciones, pero no había nadie a la vista. Cuando, finalmente, los dos vaqueros la alcanzaron, les preguntó:

-¿Qué pudo causar este incendio?

-El Carnicero -respondió Luis sin vacilar.

Luis, Manuel y el hijo mayor de María deberían tener más sentido común, pensó Samantha.

-Mira alrededor, Luis. No hay nadie aquí. ¿Ves alguna huella?

-No, pero fue El Carnicero -insistió, con obstinación-. El fuego ya se apagó. Tuvo mucho tiempo para huir y éste es el segundo incendio en una semana.

Los ojos de Samantha se dilataron.

-¿Quieres decir que esta cabaña acababa de construirse después de otro incendio?

-Sí. La terminaron ayer.

Samantha frunció el ceño.

-¿Cuántos incendios ha habido?

-Nueve en las últimas dos semanas.

-¡Nueve! -exclamó-. ¿Y el depósito? ¿Fue allí uno de los incendios?

Luis asintió.

-Se perdió mucho con ese incendio. Tanta comida y tantas provisiones reducidas a nada. " y tan cerca de la casa. . . El Carnicero se atreve a mucho.

Samantha no dijo nada más. Emprendió el regreso a la casa decepcionada y dolorida. Su padre le había mentido. Había hablado de reparaciones cuando, en realidad, se habían quemado edificios. ¿Por qué le había mentido? ¿Y qué más le ocultaba?

CAPÍTULO 14

Cuando Samantha regresó, vio en el establo al caballo de Ramón Baroja. Reconoció al animal y la exquisita montura engastada en plata, blasonada con las iniciales RMNB, por Ramón Mateo Núñez de Baroja.

Pero la muchacha no tenía interés de ver 'a Ramón en ese momento. Quería hablar con Manuel, el único hombre que, sabía, le sería sincero. Lo encontró detrás de los corrales de yerra, donde estaban ubicadas las casas de todos los peones. Manuel estaba sentado en los escalones de su casita, almorzando chile y enchiladas a la sombra de un porche lleno de plantas en maceta y sillas de mimbre.

-Hola, Sam -dijo, al verla acercarse-. Hay alguien esperándote en la casa. Llegó poco después de que salieras. ¿No lo viste?

-Ramón puede esperar -respondió, mientras se sentaba junto a él en los escalones y se quitaba el sombrero de ala ancha-. Quiero hablar contigo, Manuel. Tú conoces a mi padre tan bien como yo. . . al menos, tan bien como yo creía conocerlo. Tal vez tú lo conozcas mejor;

-¿Qué ocurre, chica? -la interrumpió, al advertir el ánimo perturbado de la muchacha.

-¿Por qué me mentiría?

Manuel estaba divertido, no asombrado.

-¿ y sobre qué te ha mentido?

-Sobre todos los problemas que tenemos. Al principio, ni siquiera iba a decírmelo. Si Lana no lo hubiese mencionado.. .

-¡Lana! -exclamó Manuel, disgustado-. Mi hija tiene una boca muy grande. Si el patrón no quería que lo supieses, entonces no tendrías que haberte enterado.

-Tonterías. Todo el mundo está hablando de eso; tarde o temprano lo habría sabido. Pero ése no es el punto. Anoche, cuando hablábamos de la hacienda, papá me dijo que habían tenido que hacer algunas reparaciones. Hoy me enteré de que varias cabañas habían sido destruidas por el fuego y que por eso habían tenido que reconstruirlas.

-Espera, Sam. Tu padre no te mintió. Se hicieron muchas reparaciones mientras tú no estabas. ¿Qué año pasa sin reparaciones?

-En eso tienes razón. Pero ¿por qué no me contó acerca de los incendios? Hasta el depósito se quemó. Pero él no me dijo eso; sólo que habían construido uno nuevo.

-¿Por eso dices que te mintió? -la regañó Manuel, sonriendo. '

-No me dijo toda la verdad -señaló Samantha con firmeza-. Eso es lo mismo que mentir, Manuel.

-Si él no te lo dijo, quizá fue sólo que no se le ocurrió hacerla. Últimamente tiene muchas cosas que ocupan su mente.

-No me extraña, con todos esos incendios y robos y quién sabe qué más me está ocultando.

-Pero ¿no entiendes que él pudo olvidar contarte esas cosas?

-Bueno, supongo que sí -admitió, a regañadientes-. Pero dime, ¿qué crees tú que esté ocurriendo? ¿Crees que ese Carnicero sea el responsable?

. Manuel se encogió de hombros.

-¿Cómo puedo saberlo, niña, si acabo de regresar? No había ningún problema cuando partí hacia Nuevo México para traer té a casa. Anoche fue la primera vez que oí hablar de ese bandido, cuando María me llenó los oídos con todas las noticias.

-Apuesto a que tú sí te enteraste de todo -dijo Samantha con amargura. María siempre estaba al tanto de todo cuanto sucedía en la hacienda.

-Tal vez -dijo Manuel, riendo entre dientes al adivinar los pensamientos de la joven.

-¿Y bien? ¿Es ese bandido quien está causando todos esos problemas, aunque esté escondido tan lejos de aquí? ¿O es sólo coincidencia que sucedan tantas cosas juntas? Mi padre dice que podrían ser vagabundos.

-¿Vagabundos? No. -Manuel frunció el ceño. –En cuanto al ganado, sí. Tal vez incluso algunos de los incendios. Pero ¿por qué razón un vagabundo destruiría la mina?

-¿Destruirla? -Samantha quedó boquiabierta al oír esa noticia. -¿Qué quieres decir?

-Luis dijo que no cabía duda de que la explosión que hizo derrumbar la mina había sido causada por dinamita.

-¡Accidentes, me dijo! ¡Accidentes! –exclamó Samantha-. Manuel, esta mañana se incendió otra cabaña. Yo la vi.

-¡Dios!

-No sirve de nada invocar a Dios. Él está demasiado ocupado para molestarse con los problemas que tenemos aquí.

-Pero tú podrías haber estado más cerca del área cuando se inició el incendio. Incluso podrías haberte topado con los hombres que lo causaron. ¡Dios, Sam! -exclamó Manuel-. ¡Podrían haberte matado!

-Tonterías. Es probable que haya sido un solo hombre o dos.

Manuel levantó los brazos en gesto de frustración.

-Es verdad que no se necesita más que un hombre para iniciar un incendio, pero podría haber una docena más con él.

-No había rastros de muchos hombres, Manuel -insistió-. De hecho, no encontré ninguna huella.

-Luis dice que nunca se encuentran rastros -dijo Manuel-. Sin embargo, otros podían haber estado observándolos de cerca. Los hombres que hacen eso siempre parecen saber dónde están nuestros hombres y atacan cuando no hay nadie cerca. Pero tú, niña, tú sales a cabalgar por donde quieres; nunca tomas el mismo camino.

-¿Adónde quieres llegar, Manuel?

-A que podrías toparte con esos hombres. Ellos no esperarían ver a una señorita por el campo, y tú nunca sigues la misma ruta.

-¿Y?

-¿ Y? No es seguro que salgas, ni siquiera con escolta. Debo hablar de esto con el patrón.

Samantha se irritó.

-Antes de que lo hagas, Manuel, quiero que me cuentes todo lo que María te confió anoche. Todo. Déjame juzgar si es seguro o no.

Manuel lo hizo, y con muchos detalles. Samantha logró guardar silencio, aun cuando las noticias se volvían cada vez peores. Además de la explosión de la mina, los pollos robados, las reses muertas y los incendios, habían robado dos docenas de potros y no sólo algunas reses sino más de cien cabezas. Se trataba de un verdadero robo de ganado. Samantha podía entender eso. Pero el resto. . . una gran "c" mayúscula que alguien dibujó una noche con sangre en todas las puertas exteriores de la hacienda. ¿Acaso era la manera en que El Carnicero se jactaba de sus actos? ¿O era otra persona que quería culpar al bandido?

Pero eso no era todo. Habían dejado dos mensajes: uno adherido a un cadáver de vaca y el otro clavado con una daga oxidada en la puerta principal de la casa.

-No me extraña que digan que el bandido ha declarado la guerra a mi padre -exclamó Samantha, cuando Manuel terminó-. ¿Qué decían esos mensajes?

-Sólo el patrón lo sabe, y no se lo ha dicho a nadie.

-¿Pero estaban firmados por El Carnicero?

-Tampoco lo sé

Samantha meneó la cabeza, incrédula.

-Me parece inconcebible que todas estas cosas puedan haber pasado en las últimas dos semanas.

-A mí también. Pero María dice que todos los días, ocurre algo. Y ahora tú me dices que hoy hubo un incendio.

-Realmente parece una guerra... una guerra unilateral -observó Samantha-. ¿Mi padre no está haciendo nada al respecto?

-No ha notificado a las autoridades, si a eso te refieres. Aún no.

-¿No crees que debería hacerla?

-¿Qué pueden hacer ellos, Samantha, que no podamos hacer nosotros? -dijo Manuel, un poco indignado.

-Creo que tienes razón -respondió, al recordar la última vez que habían llamado a los soldados por un robo de ganado. No se habían mostrado ansiosos de ayudar al "americano", como llamaban a su padre. -Pero ¿qué es exactamente lo que está haciendo mi padre?

-Ha hecho que algunos hombres siguieran las huellas que encontraron, pero éstas siempre desaparecen a los pocos kilómetros. Ha puesto guardias alrededor de la casa por la noche desde la última vez que vinieron. Se traslada al ganado y a los caballos más cerca de la casa y ahora hay hombres que los cuidan a toda hora..

-¿Eso es todo?

-¿Qué más, niña? Estamos preparados, pero la hacienda es demasiado grande. Los bandidos atacan nuestros puntos débiles, donde no hay nadie. Nunca se los ve.

-Acabas de llamarlos "bandidos". ¿Entonces sí crees que se trata del Carnicero?

-Me malinterpretas, Sam -se apresuró a decir Manuel-. Hay muchos bandidos, además de él.

-Ojalá pudiera conocer a éste -dijo la muchacha, impulsivamente.

-¡Madre de Dios! -exclamó Manuel-. Es exactamente el hombre a quien nadie desearía conocer jamás, niña. Dicen que odia a los gringos con locura y que los mata con más placer que a sus peores enemigos.

Samantha cambió de tema.

-¿Qué más sabes de ese hombre?

Sin embargo, Manuel se puso de pie.

-Estás apartando a un viejo de su trabajo, niña. Son suficientes preguntas por un día.

-Oh, no, Manuel. -Lo tomó del brazo y lo hizo volver a sentarse junto a ella. -Tú sabes más, ¿no es cierto?

-Sam.. .

-¡Dímelo!

Manuel suspiró.

-Una vez lo vi. Fue hace muchos años. -Miró a la distancia. -Fue la vez que el patrón me envió a la ciudad de México para traer esa enorme bañera que usas.

-¿Mi bañera? -repitió Samantha, sonriendo.

-Sí. Mientras regresaba, me detuve en una cantina de un pueblecito... no recuerdo cómo se llamaba. Habían llevado allí al Carnicero, que había sido capturado por los soldados que lo hirieron mientras atacaba un pueblo vecino. Lo llevaban a la ciudad de México. Se decía que el bandido había masacrado a todos los habitantes de ese pueblo; ni siquiera había quedado una mujer ni un niño para contar ese horror.

Samantha palideció.

-¿Tú creíste eso?

-¿Por qué habrían de mentir los soldados? Ellos lo vieron. Estuvieron allí. Pero eso fue durante la revolución, niña. Esas cosas pasaban a menudo; ambos ejércitos mataban inocentes.

-¿Quieres decir que entonces el Carnicero era soldado? ¿Un guerrillero?

-Dicen que, durante la guerra, peleó para ambos lados, para el que estuviese ganando en ese momento. No sé si eso es cierto. No se puede creer todo lo que se oye.

-Pero ¿qué pasó cuando lo viste? ¿Es verdad que es tan feo? Lana dice que lo es.

Manuel se encogió de hombros.

-¿Quién puede decir cuándo un hombre es feo? Yo no lo sé. Apenas pude verlo porque estaba cubierto de mugre y de sangre.

-Pero ¿cómo era? ¿Alto? ¿Bajo? ¿Gordo? ¿Cómo?

Manuel se esforzó por recordarlo.

-Era un hombre bajo, con la cara rodeada de cabello oscuro. Su cuerpo parecía un barril; tenía brazos largos; era algo así. -Unió las puntas de los dedos para formar un gran círculo. -Si se puede decir que un hombre es feo porque se parece al diablo, entonces sí, era feo. Jamás había visto un hombre de aspecto tan vil.

-¿Lo llevaron a la ciudad de México?

-No, niña. Ahora estaría muerto si no hubiese escapado ese mismo día ante mis propios ojos, mientras la mayoría de, los soldados estaban ocupados en la cantina. Algunos de sus secuaces se habían infiltrado en el pueblo. Mataron a los guardias y él escapó. Entonces siguió robando y masacrando una y otra vez.

-Sin embargo, no lo está haciendo aquí. Me refiero a matar -dijo, pensativa.

-No, es verdad.

Cada vez resultaba más fatigante sonsacar información al viejo vaquero.

-No piensas darme tu opinión, ¿eh? –suspiró Samantha, exasperada.

-Aún no me has dado la tuya -replicó Manuel con calma.

-¡Porque no la tengo! -estalló-. En realidad, no he pensado en ello.

-Yo tampoco -respondió-. No olvides que ambos acabamos de regresar.

-¡Oh! -Se puso de pie para marcharse. -Al menos tú tenías a María para que te contara todo. Yo tuve que sonsacarte la verdad... ¡lo que no fue nada fácil! Me has dicho todo, ¿verdad? ¿No omitiste nada?

-No, Sam. Ahora sabes tanto como yo.

-Bien, pienso averiguar una cosa más: qué decían esos mensajes. Ya es momento de que mi padre comience a sincerarse.

Con esa intención en mente, Samantha se dirigió con paso decidido hacia la casa a través del patio lateral, que conducía también al establo. Sin embargo, al entrar, se topó con una figura de mediana estatura vestida con una chaqueta corta y pantalones acampanados; el traje de gamuza tenía un intrincado bordado en color blanco.

Hacía mucho tiempo que Samantha no veía un típico traje español y, aun sin ver la cara del dueño de ese traje, supo que sólo podía ser Ramón Mateo Núñez de Baroja. Había olvidado por completo que la estaba esperando. El Carnicero había hecho que lo olvidara.

Samantha echó la cabeza hacia atrás para verle la cara. Su aspecto la sorprendió. El Ramón adulto tenía un bigote espeso y rubio y en su rostro había una marcada masculinidad que antes no estaba allí.

-Ramón, mi amigo -dijo Samantha, finalmente. Vaciló y luego lo saludó como lo había hecho siempre: con un beso fraternal en la mejilla. Ese nuevo Ramón era imponente, un extraño. No era el niño con quien solía jugar y a quien llamaba la oveja negra de la familia por ser el único rubio.

-Samantha. -Pronunció su nombre con voz suave, pensativo. Luego le dedicó una brillante sonrisa. -¡Samantha! Había olvidado lo hermosa que eres. Y ahora...

-Sí, lo sé, lo sé. -Samantha lo interrumpió, riendo. -He crecido. . . Ahora soy una mujer.

-No sólo eso -le aseguró, tomándola de las manos y haciendo que extendiera los brazos para verla bien-. Ahora eres más hermosa aún. ¿Y dónde está mi saludo?

Sin darle tiempo a responder, la atrajo hacia él para un beso. Capturó la boca de la muchacha con la suya. Ese beso no tenía nada fraternal. El beso se prolongó, pero cuando Ramón comenzó a empujar con la lengua entre los labios cerrados de Samantha, ésta se apartó bruscamente.

-¡Antes no hacías eso!

-Tú nunca me lo habrías permitido.

Ramón sonrió de manera contagiosa.

-Supongo que no. -A su vez, Samantha sonrió con aire travieso-. Te habría dado un puñetazo en la mejilla y te habría enviado a tu casa.

Ramón echó la cabeza hacia atrás y rió.

-No dices, como lo haría cualquier mujer, que me habrías abofeteado. Dices, como lo haría un hombre, que me habrías dado un puñetazo. -'-Luego añadió, fingiendo severidad: -Creo que tendrías que haberte quedado más tiempo en tu escuela del este, Samantha. Aún hay cosas en las que debo disciplinarte.

. Samantha se puso tiesa y sus ojos brillaron con furia.

-¡Disciplinarme! Yo. . .

Sin embargo, Ramón se apresuró a apoyar un dedo en los labios de la muchacha.

-Perdóname, Sam. Sólo estaba bromeando. –Le dirigió su sonrisa encantadora para convencerla. -Sé tan bien como cualquiera que nadie puede domesticarte.

-Me alegra que lo comprendas, Ramón. Ahora tal vez parezca más una dama, pero nunca pensaré de la manera en que se supone que deben hacerla las damas. Lo intenté, y...

Samantha se apartó, disgustada por el rumbo que habían tomado sus pensamientos. Había estado a punto de revelar demasiado a Ramón. Se había esforzado tanto por comportarse como una dama frente a Adrien que el esfuerzo mismo la había cegado a lo que él era en realidad. Quizá por la misma razón había juzgado mal a Hank Chávez.

-¿Qué sucede, niña? -inquirió Ramón en voz baja, haciéndola volverse otra vez-. Pareces muy desdichada.

Samantha se frotó la frente. Dios, ¿es que no podía pasar un solo día sin que aquel demonio irrumpiera en sus pensamientos? Necesitaba una distracción, y Ramón se la proporcionó.

-¿Niña? -Sus vívidos ojos verdes se estrecharon y colocó las manos en las caderas. -Conque crees que ya tienes edad suficiente para llamarme así, ¿eh?

-Escucha, Sam. . .

-Cuando me marché de aquí no eras más grande que yo, y tampoco tenías muchos años más -prosiguió, en tono severo-. Pero ahora que eres más alto, también te crees mucho mayor, ¿eh? ¿No es verdad?

-Me lastimas, Samantha. -Los ojos castaños de Ramón se ensombrecieron. -Había olvidado ese temperamento tuyo.

La muchacha sonrió.

-Vamos, no me digas que no puedes soportar una broma. . . niño.

Con una risa alegre, Samantha le desordenó el cabello rubio; luego dio media vuelta y corrió a la sala. Cuando Ramón se volvió para tocarla, Samantha ya no estaba. La siguió hasta el centro de la enorme habitación y descubrió que el ánimo despreocupado de la joven se había esfumado con la misma rapidez con que había llegado. !

-¿Mi padre no estaba aquí contigo?

-Sí, me hizo compañía mientras te esperaba. . . varias horas.

Samantha ignoró el comentario.

-, ¿Dónde está?

-Salió cuando uno de los vaqueros informó que había un incendio.

-¿La cabaña del oeste?

-Sí.

-¡Maldición! Quería hablar con él. Ahora no hay manera de saber cuándo volverá.

-Entonces, habla conmigo. -Ramón se le acercó desde atrás. -Hacía mucho tiempo que esperaba volver a verte. Ven, siéntate conmigo -añadió, señalando el sofá.

Samantha permitió que su amigo apartara su mente de su padre y de los misteriosos mensajes durante una hora. Pero en cuanto Ramón se marchó, sus pensamientos volvieron al problema del Carnicero. Allí había algo más complicado que un simple robo de ganado y algunos daños maliciosos. ¿Qué ocurría en realidad? Estaba segura de que su padre lo sabía y no permitiría que volviera a eludir el tema. Ya no aceptaría más "no te preocupes, Sam, no es nada grave". Ahora sabía que eso no era verdad.

Hacía ya tiempo que había pasado la hora de la cena cuando regresó Hamilton Kingsley. Samantha estaba dormida. Había acumulado tanta ansiedad mientras le esperaba que finalmente, exhausta, se había dormido. El no la despertó.

CAPITULO 15

El delicado resplandor rosado del día que llegaba bañaba los llanos. Samantha despertó al amanecer y vio cómo el cielo azul oscuro adquiría una tonalidad púrpura sobre las montañas. Sabía que hacia el este,' detrás de la casa, el cielo estaría encendido de rojos y naranjas.

Rara vez despertaba a esa hora y de inmediato, al advertir que aún tenía toda la ropa puesta, recordó que había quedado dormida simplemente por descansar unos minutos. Había perdido la oportunidad de hablar con su padre.

Hablaría con él ahora, antes de que pudiera volver a eludirla. Si era necesario, esperaría junto a la puerta de su dormitorio, por si decidía escabullirse. Sabía que él no estaba ansioso de enfrentarla con la verdad, no después de haber intentado fingir que nada ocurría. No, él no querría verla.

Samantha bajó de la cama, que aún estaba hecha, aunque desordenada. Por la ventana entraba un viento frío, pero la muchacha no sentía el frío del piso porque aún llevaba puestos sus zapatos de cuero. ¡Había dormido con los zapatos puestos!

Deprisa, se arrancó el vestido de lino verde a rayas y se puso una falda-pantalón color crema de cuero flexible que le llegaba apenas a los tobillos. Una blusa color azafrán de lino grueso era suficiente aun en el frío matutino, pero también tomó su chaqueta de cuero con flecos que hacía juego con la falda. De toda la ropa que se había diseñado ella misma, ese conjunto era el que más le gustaba. La hacía sentir una vaquera. Le agradaba sentir a la tierra como un igual, sentirse igual a los elementos. Tomó sus altas botas de cuero, las llevó hasta la cama y se las colocó. Toda su ropa de montar y sus botas aún le iban bien. No importaba que las faldas le quedaran un poco cortas. De todos modos, siempre habían sido atrevidas pues llegaban apenas a sus tobillos. Unos centímetros menos no tenían importancia, ya que casi todas sus botas eran hasta la rodilla. En tres años, su cintura no había aumentado, pero sus muchas camisas y blusas le iban un poco más ceñidas.

La cartuchera que siempre usaba cuando cabalgaba estaba colgada al pie de la cama, pero aún no era necesario ponérsela. Samantha sonrió ~ pensar que, si lo hacía, podría intimidar a su padre mientras hablaran. . . o discutieran. Volvería más tarde por el revólver y su sombrero, una vez que las cosas estuvieran en claro y pudiera salir para su cabalgata matutina.

Samantha se puso de pie, alisó su falda y luego se dirigió al tocador en busca de un cepillo con mango de marfil. Unas cepilladas rápidas y un trozo de cuero trenzado fue toda la atención que prestó a su cabello castaño rojizo. Dio media vuelta para abandonar la habitación que ya inundaba la creciente claridad exterior. Antes de hacerlo, dio unos pasos hacia la ventana para ver cómo se presentaba el día. Entonces vio el humo.

Había una enorme columna de humo marrón grisáceo que se alzaba más a cada instante, amenazando ocultar las hermosas montañas. Estaba muy lejos, lo suficiente para ser. . . ¡los maizales!

-¡Malditos sean! -exclamó aferrándose al marco de la ventana, incrédula ante lo que veía.

En lugar de mantenerse en un mismo sitio y ascender en forma de espiral, la columna de humo se movía primero hacia el sur y luego hacia el norte, extendiéndose más y más en ambas direcciones. Momentos después, no se veía más que humo implacable.

Con una exclamación, Samantha tomó su cartuchera y su sombrero y salió de la habitación con toda prisa. Golpeó dos veces a la puerta de su padre antes de irrumpir en su cuarto.

-¡Han incendiado los maizales del oeste!

Hamilton estaba demasiado atónito para hablar. Intentó enfocar la vista mientras observaba a su hija pasearse por la habitación con furia, colocándose la cartuchera.

-¡Levántate! -gritó la muchacha-. Es demasiado tarde para salvar los campos, pero Juan y su muchacho están en ese campamento. ¡Podrían estar muertos!

Dio resultado. Hamilton se levantó de la cama cuando el mensaje finalmente llegó a su cerebro obnubilado por el sueño.

-Prepararé los caballos y despertaré a los hombres -dijo Samantha mientras se volvía para salir-. Te veré al frente. ¡Date prisa!

-¡Sam! ¡Espera! ¡Tú no irás!

No obstante, la muchacha ya estaba corriendo por el pasillo. De todos modos, Hamilton sabía muy bien que su hija haría oídos sordos a su orden.

Maldijo el primer día en que había permitido que aquellos ojos verdes le ablandaran el corazón. En sus primeros años juntos, Samantha había sido una criatura muy desafiante. La había malcriado mucho, por ser la hija a quien durante nueve años había intentado traer a casa. Después de todo el tiempo que habían pasado separados, había sentido que tenía que ganar su amor. Había hecho cualquier cosa que la niña le pedía.

Era su culpa que ella fuese tan independiente, tan obstinada. También era su culpa que a veces fuera una diablilla. Había esperado que la escuela del este atenuara su temperamento, pero no lo había logrado. Hamilton hizo una mueca al pensar en su hija, vestida con ese conjunto de cuero y con un revólver sujeto al muslo. Su Samantha. .. ¡mejor tiradora que él mismo! Eso no era lo correcto. Ella no debía sentir deseos de llevar un arma ni de recorrer los campos sola. Debería, en cambio, vestirse de seda y encaje.

¿Por qué tenía que ser tan. . . distinta? Pero ¡cómo amaba a su única hija! A pesar de su temperamento y su terquedad, era todo para él. No había visto a Sheldon desde que era un bebé. Eso le había causado años de pena, pero ahora consideraba que no tenía ningún hijo varón. Samantha era todo cuanto tenía.

Cuando Hamilton llegó a su caballo, Samantha ya se alejaba. Montó y, luego de seleccionar diez de los mejores jinetes, comenzó a seguirla.

No podía llevar consigo a todos sus hombres. No podía correr el riesgo de que eso fuese una trampa, un incendio planeado para alejarlos de la casa. Podría regresar y encontrarla en llamas. Era mejor que Samantha fuese con él; así, podría vigilarla. Sabía que moriría si algo le ocurriera a su muchacha.

Desde que había recibido el primer mensaje, Hamilton había tenido la seguridad de que El Carnicero era el responsable de todo. ¡Ese maldito bastardo! ¡Qué audacia, la de ordenar a Hamilton que abandonase México! Era absurdo y, sin embargo, el bandido se estaba cerciorando de que Kingsley considerara seriamente el ultimátum. Pero ningún forajido le daría órdenes. Antes de marcharse, traería a su propio ejército de mercenarios y echaría al Carnicero de esas montañas. Ahora, con ese ataque, había llegado el momento de pensar en llevarlo a cabo.

Se estaban acercando al campamento, y el humo era cada vez más espeso. Samantha había estado en lo cierto, era demasiado tarde para salvar los maizales. La tierra estaba ennegrecida y ya no ardía, pero el pequeño campamento de chozas con techos de paja donde se hospedaban los peones durante la siembra y la cosecha aún estaba en llamas, y una inmensa columna de humo negro se elevaba hacia el cielo.

Samantha fue directamente hacia las chozas antes de que Hamilton pudiera detenerla. Fue la primera en divisar a Juan, más allá del campamento, recostado contra el tronco de un árbol deforme, con la cabeza entre las manos. Su pequeño hijo estaba de rodillas a su lado, observándolo.

-¡Juan! -gritó Samantha, mientras desmontaba y se inclinaba sobre ambos. El niño, de no más de siete años, tenía los ojos dilatados de terror. Juan mismo estaba llorando, con las manos en la frente, donde tenía un corte profundo y sangrante.

-¿Patrona? -dijo, al levantar la vista, aturdido-. Traté de detenerlos.

-Claro que sí, Juan -respondió la muchacha, suavemente.

-Eran demasiados -masculló-. Uno de ellos me golpeó con un rifle, pero yo seguí intentando. . . hasta que dijeron que matarían a mi hijo.

-No es tu culpa, Juan. Tu vida y la del niño son más importantes.

El hombre pareció entender. Pero en ese momento un miedo súbito se apoderó de él y aferró el brazo de la muchacha con fuerza.

-No está sola, ¿verdad, patrona? ¡Por favor! ¡Dígame que no vino sola!

-No te preocupes, Juan. Mi padre está aquí. Los llevaremos de vuelta a las casas.

-¡No! Deben irse... rápido. Ellos aún están aquí. ¡No se han ido!

Antes de que la muchacha pudiera asimilar las palabras del mexicano, su padre llegó y la apartó de debajo del árbol.

-¿O. . . oíste lo que dijo Juan?

-Sí -gruñó Hamilton-. Pero no era necesario. Mira.

Samantha siguió la mirada de su padre hacia una pequeña colina que estaba al otro lado del maizal. Ahora que el humo no era tan denso, podía ver con claridad. Había quince hombres a caballo esparcidos sobre la colina. Samantha jamás había visto un grupo de aspecto tan amenazador. Estaban allí, observándolos. El sol arrancaba destellos de sus cartucheras en bandolera y sus largos puñales. Sus sombreros anchos ocultaban sus caras.

Hamilton arrastró a su hija hasta su caballo y la ayudó a montar deprisa. Nunca lo había visto así.

-Vete, Sam -ordenó con firmeza-. Vuelve a la casa ahora mismo.

-No.

La voz de la muchacha reflejaba un desafío, pero era tan firme como la de su padre. Hamilton la miró con severidad.

-¡Vete de aquí!

-No me iré sin ti.

-Por Dios, ¿quieres hacerme caso alguna vez? -insistió, levantando la voz-. Son más que nosotros.

-Precisamente. Necesitarás todas las armas posibles.

Hamilton la miró, incrédulo.

-Será mejor que olvides esa baladronada ya mismo, pequeña. Podría haber más hombres detrás de esa colina. No quiero que caigamos en una trampa.

Sam comprendió la sensatez de su padre.

-Entonces, vámonos.

-Tú ve por delante. Nosotros te alcanzaremos en cuanto Juan y el niño hayan montado. -Hizo una seña a Manuel y a Luis para que los ayudaran. -Vete, Sam.

-Esperaré.

Hamilton comenzaba a ponerse furioso.

-¿No te das cuenta de que ahora cada segundo cuenta? Esta es la primera vez que los bandidos no huyen después del crimen. Se sienten valientes, Sam. Podrían atacar en cualquier momento.

-Esperaré -repitió, con gesto firme-. No te dejaré aquí solo, padre.

Hamilton la miró, furioso, meneó la cabeza y luego se volvió para ayudar a Juan a montar.

Más allá de los campos ennegrecidos, los bandidos no se habían movido. Parecían esperar algo, pero ¿qué? ¿Ser atacados, o atacar? Samantha podría matar a seis de ellos antes de tener que recargar el revólver, y a otros seis si se acercaban lo suficiente para poder causarle algún daño. Desde una buena posición, los distinguía a todos.

Odiaba volverles la espalda y huir, y se alegró de que no se alejaran al galope como cobardes. Por precaución y deferencia a la herida de Juan, cabalgaban lentamente, con los rifles en la mano, listos para disparar en caso de ataque.

Los bandidos no los seguían. Samantha miró hacia atrás una vez y vio que no se habían movido de la colina. ¿Acaso su actitud era un mero alarde?

Después de lo que pareció una eternidad, llegaron a la casa. Llevaron a Juan para que se atendiera a su herida y Samantha Siguió a su padre al interior de la casa. Hamilton atravesó el patio y entró a la sala con la espalda tiesa. Al entrar, se volvió hacia ella.

-¡Se acabó! -gritó-. ¡Se a-ca-bó! ¡Es la última vez que me desafías!

-Cálmate, padre -dijo Samantha suavemente-. Podemos discutirlo de manera más razonable.

-Conque ahora quieres ser razonable. ¿Por qué no pudiste serlo allá afuera? ¡Arriesgaste tu vida!

-Yo no lo vi así.

-¡ Nunca lo haces! Pero ya estás demasiado crecida para comportarte como una chiquilla.

-¡Entonces no me trates como si lo fuera! -replicó, y luego añadió con más calma: -Estaba consciente de la situación, padre. Sé muy bien que podrían habernos atacado en cualquier momento. Pero yo habría sabido cuidarme sola. . . mejor que tú, en realidad. Habría matado tres hombres con mi Colt antes de que tú hirieses a uno solo.

-Ese no es el punto. Eres mi hija, Samantha, no mi hijo. No deberías correr ningún peligro. Yo quería protegerte, apartarte del peligro.

-Padre, yo también tengo esos sentimientos protectores. No podía dejarte; no podía hacerlo.

Hamilton suspiró y se dejó caer sobre una silla.

-Tú no entiendes, Sam. Yo soy un viejo, ya he vivido mi vida. Pero tú la tienes toda por delante. Eres todo lo que tengo. Si algo llegara a pasarte. .. no me quedarían razones para seguir viviendo. No debes correr ningún riesgo.

-¡Basta! -gritó, incómoda por la manera de hablar de su padre-. Tú también eres todo lo que yo tengo, ¿lo sabías?

-No, Sam. Tú tendrás marido e hijos. Tendrás otros a quienes amar. Dios mío, no debí permitirte salir de la casa esta mañana, pero jamás imaginé que ellos aún estarían allí. Cuando pienso en lo que podría haber sucedido. . .

-¡Me culparé si se me da la gana! -Hamilton se incorporó en el asiento y la miró con furia. -Pero es la última vez que estarás en peligro, pequeña. ¡No volverás a abandonar esta casa hasta que los problemas hayan terminado!

-¡Estás yendo demasiado lejos! -protestó la muchacha.

-No. Hablo en serio, Sam. Ya no habrá cabalgatas por la mañana, ni siquiera con escolta.

-No lo toleraré -le advirtió, perdiendo la calma.

-Sí lo harás o te juro por Dios que pondré barrotes en tu ventana y te encerraré en tu habitación.

Los ojos de Samantha lanzaron chispas de color esmeralda al ver que su padre hablaba en serio.

-¿Por cuanto tiempo? -preguntó fríamente-. ¿Cuánto tiempo piensas mantenerme prisionera?

-No es preciso que te ofendas tanto. Sólo te estoy negando tu paseo matutino, y sólo por tu propia seguridad.

-¿Cuánto tiempo?

-Una semana tal vez. Hoy mismo mandaré buscar a las autoridades. Pero si ellos no pueden ayudarnos, entonces formaré mi propio ejército aquí. Veremos qué le parece al Carnicero encontrarse en desventaja.

-Al menos ahora admites la verdad -dijo Samantha con amargura. La satisfizo la expresión de su padre: hizo una mueca de dolor. -Aceptaré una semana con una condición.

-¿Cuál? -preguntó, con fatiga y suspicacia

-Que me digas qué decían esos mensajes que El Carnicero dejó para ti.

Se sorprendió al ver el alivio en el rostro de Hamilton.

-Haré algo más que eso. -Se puso de pie, abandonó la habitación y regresó instante después con dos papeles sucios y arrugados. -Toma, léelos.

Estaban escritos con letras toscas y ambos estaban firmados con una "C". Uno decía: "Vete a casa, gringo." El otro era más claro. "México te odia, gringo. Morirás si te quedas aquí. Vete."

-Manuel me dijo que odia a los gringos con toda el alma -dijo Samantha luego de un instante.

-No ha cejado en sus intentos de desalojarme. Se vuelve más osado cada vez. Pero verte en peligro fue el colmo. Ahora ese bandido conseguirá la guerra que busca.

-Esperaré una semana, padre, te lo prometo. Pero no más de eso. .

Hamilton supo que lo haría.

CAPITULO 1ó

La siguiente semana fue la más lenta de la vida de Samantha. Sin embargo, los problemas parecían haber terminado. Los soldados habían atacado las montañas. Los informes llegaban con lentitud. Se habían hallado pruebas en un viejo pueblo abandonado de que había habido muchos hombres allí. Pero ya no estaban. Entonces los soldados mexicanos se internaron más aun en las montañas, pero no hallaron rastros que seguir ni señales de los bandidos. La opinión general era que el Carnicero había regresado a sus territorios del sur. Samantha aceptó esa opinión de inmediato y, muy pronto, la semana terminó.

Estaba lista para volver a cabalgar, pero su padre insistió en que llevara consigo a cuatro vaqueros.

-Pero los problemas ya terminaron -protestó-. El Carnicero se ha ido.

-No estaremos seguros de eso hasta que pase un poco más de tiempo -insistió Hamilton-. Cuatro hombres, Sam, y también te mantendrás cerca de la casa.

-¿Por qué no me hablaste de estas condiciones la semana pasada? Temías hacerla, ¿verdad?

-Sé razonable. En realidad, preferiría que no salieras, aún no. Al menos, dame la tranquilidad de saber que estarás bien protegida.

Samantha apretó los dientes.

-Está bien, te daré otra semana. , pero, nada más. Después de eso, recuperaré mi libertad por completo y tu dejarás de tratarme como a una criatura.

-De acuerdo.. . siempre que, mientras tanto, no suceda nada. -Samantha se volvió para alejarse, pero Hamilton agregó: -y estas condiciones incluyen que te quedes con tu escolta en lugar de adelantarte, Sam.

-Oh'

Samantha aún estaba furiosa al entrar al establo en busca de El Cid, pero Ramón la esperaba e intentó mejorar su ánimo. La joven había olvidado que había prometido salir a cabalgar con ella. Ahora tendría cinco hombres para protegerla. . . aunque, si algo llegaba a ocurrir, lo más probable era que ella terminara protegiéndolos a ellos.

Esperó mientras su escolta preparaba los caballos. Ramón sonrió ante su fastidio. ¡Tanto alboroto por un paseo de unas horas!

Ramón y Samantha habían vuelto a su antigua camaradería y la muchacha agradecía su compañía, pero a menudo notaba cierta diferencia en la actitud de Ramón, yeso la perturbaba.

A veces advertía una pasión oscura en los ojos del joven. Esperaba que no estuviese enamorándose de ella, pues sus sentimientos no eran para él.

Ese día, Ramón lucía excepcionalmente apuesto con su chaqueta de cuero negro y sus pantalones del mismo color que se ensanchaban en las rodillas. Samantha también estaba vestida de cuero: tenía un conjunto de falda y chaleco de color chocolate, con los bordes adornados con hilo dorado. Su blusa era de seda moaré a rayas marrones y crema; tenía mangas largas y un cuello amplio pero discreto. Llevaba el cabello recogido bajo un sombrero marrón de ala ancha.

Samantha suspiró. Había planeado aprovechar bien a El Cid. Ahora tendría que ir lentamente, para permitir que su escolta se mantuviera a su paso ¿Lo haría?

Mientras se alejaban de la casa a paso lento, la muchacha miraba al semental gris de Ramón. Era un caballo muy fuerte, casi tanto como El Cid. Cabalgaban juntos en dirección al sur, mientras los cuatro vaqueros los seguían a unos veinte metros de distancia. Miró a Ramón de soslayo y sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa.

-Ramón, te juego una carrera hasta aquella colina, tú sabes cuál es.

Sin embargo, Ramón meneó la cabeza con firmeza.

-No, Samantha. Ya no somos niños.

-¿Qué tiene que ver eso? Yo quiero correr una carrera.

-No. A tu padre no le agradaría.

La sonrisa de Samantha se volvió más marcada.

-Te haré una apuesta -dijo-. Si pierdo, bailaré el jarabe para ti. Claro que no perderé.

Los ojos de Ramón se iluminaron. Una sola vez la había visto bailar las apasionadas danzas mexicanas que Froilana le había enseñado. Esa vez, Samantha había logrado encender su sangre, cuando Ramón tenía diecisiete años. Daría cualquier cosa por verla con la camisa holgada y escotada y con la larga falda roja que resplandecía con los brazaletes, ver cómo su cabello caía sobre su espalda como un manto de fuego, verla bailar sólo para él una danza de pasión.

Por el súbito cambio de expresión de Ramón, Samantha supo que había ganado. Cuando él asintió, la muchacha clavó los talones en El Cid Y salió como un tiro. Sin embargo, Ramón la alcanzó rápidamente. Pasó un kilómetro, luego dos. Samantha llevó a El Cid hasta el límite de sus posibilidades. No se volvió para ver dónde había quedado su escolta. Se inclinó contra el viento, mientras su sombrero, sostenido por el cordel que rodeaba su cuello, saltaba sobre sus hombros. Volaba. Estaba en libertad. Nunca se había sentido mejor.

Faltaba muy poco para llegar a la colina, y sintió que Ramón comenzaba a rezagarse. La colina tenía una pendiente suave de unos seis metros, y Samantha arremetió hasta la cima, riendo de deleite. Había ganado. Una vez en la cima, se volvió y desmontó. Ramón estaba apenas a mitad de la pendiente. Ni siquiera podía ver a los vaqueros.

-Te dije que yo. . .

Las palabras murieron en su garganta cuando una mano le cubrió la boca desde atrás. Samantha dio un respingo, 'sobresaltada. Al instante, su mano se dirigió al revólver que llevaba sujeto a la cadera. Pero antes de que pudiera alcanzarlo, otra mano lo sacó de la funda.

Ramón llegó a la cima con los ojos dilatados. Había tres hombres allí, uno de los cuales lo apuntaba con un rifle. Tenía cartuchos cruzados sobre el pecho y largas pistolas sujetas a las caderas. Otro hombre, que tenía un poncho y un gran sombrero, sostenía los caballos, que eran cinco incluyendo a El Cid. Había un tercer hombre junto a Samantha. Tenía un colorido serape a rayas y la apuntaba con su propia arma, mientras con la otra mano le cubría la boca.

Al ver los grandes ojos de Samantha clavados en él, Ramón enloqueció un poco. No estaba seguro si era miedo o ira lo que veía en aquellos ojos que tanto amaba, pero sí sabía que la

muchacha le estaba suplicando ayuda. Buscó su revólver pero, antes de que lo alcanzara, estalló un rifle.

El disparo tan cercano lo derribó del caballo y rodó por la colina antes de poder detener la caída. Samantha salió de su estupor y mordió la mano que le cubría la boca. Entonces quedó en libertad súbitamente y corrió colina abajo llamando a gritos a Ramón. Este intentaba incorporarse, pero el esfuerzo fue demasiado y volvió a caer, agotado. Tenía una enorme perforación en el hombro. Samantha contuvo el aliento.

-¡ Ah, Ramón, qué valiente fuiste! Pero no debiste hacer eso. Te pondrás bien. -Hablaba entre lágrimas, sólo para oír el sonido de su propia voz, para aliviar la sensación de náuseas que tenía en el estómago. -Te juro que te pondrás bien. Yo misma te llevaré a casa y te curaré.

-No lo llevará, señorita.

En ese momento, Samantha advirtió que no estaban solos. Por alguna razón, había olvidado a sus atacantes. Se volvió y miró a los dos hombres que la habían seguido hasta el pie de la colina. Era la primera vez que los veía, y palideció. ¡Bandidos! Rogó que sólo buscaran dinero, pero al mismo tiempo comprendió que era una idea tonta.

-Claro que lo llevaré a casa -dijo, con voz firme-. Pueden llevarse nuestros caballos, pero hay otros hombres en camino y ellos nos ayudarán. ¡Tomen esto! -Con furia, arrancó un anillo de esmeraldas de su dedo y lo arrojó al hombre más cercano. -Es todo lo que tengo. Ahora márchense antes de que lleguen mis vaqueros y haya más derramamiento de sangre.

El hombre que había atrapado el anillo rió.

-La vimos correr delante de su escolta, señorita. Los dejó bien atrás. Nos facilitó el trabajo.

-¿Trabajo? ¡Querrá decir robo! -replicó, maldiciéndolo con los ojos. No tenía miedo. Estaba furiosa y la mayor parte de su furia estaba dirigida contra sí misma, por caer en la trampa. La habían visto venir y se habían escondido tras la colina y ella ni siquiera había mirado al otro lado al llegar a la cima. ¡Y había dejado que le quitaran el arma!

El hombre del se rape la miraba, meneando la cabeza. Era joven, tenía barba negra y corta y ojos penetrantes, casi tan negros como su cabello largo hasta los hombros. Tenía una fina cicatriz en una mejilla, pero eso no lo hacía menos apuesto en absoluto. En comparación, el hombre del rifle parecía una bestia vil, con sus bigotes negros, espesos y largos y su sonrisa desdentada. El tercer hombre, que aún estaba en la cima de la colina, casi pasaba inadvertido; tenía cabello oscuro y ningún rasgo conspicuo. Parecía distante y reservado, y no compartía las bromas de los otros dos.

El hombre apuesto volvió a hablar, siempre con tono divertido.

-No deseamos robarle, señorita -dijo y volvió a arrojarle el anillo.

-Entonces, ¿qué quieren? -preguntó Samantha con impaciencia-. ¿No ven que mi amigo necesita ayuda? Díganme lo que buscan y márchense.

Los dos hombres se miraron y echaron a reír. El feo aferró su rifle y comentó en un castellano gutural:

-Le gusta dar órdenes, ¿eh? Creo que no le agradará recibirlas.

Samantha fingió que no había comprendido, pero su corazón se aceleró. La aterraba imaginar a qué se refería el mexicano. Necesitaba ganar el control de la situación, y rápido.

Ramón comenzó a gemir y la muchacha se volvió hacia él. Tenía los ojos cerrados y parecía apenas consciente. Sin embargo, su mano comenzó a moverse lentamente hacia su revólver. ¡ Su revólver! Aún estaba en la funda. Con la rapidez del rayo, Samantha se lanzó hacia él.

-No lo haga, señorita.

Samantha se detuvo, con la mano en la culata. ¿Podía arriesgarse? ¿Le dispararían? Sí, lo harían. Lentamente, con la mayor renuencia, soltó el arma.

-¿Qué quieren? -gritó, con furia y frustración,

-A usted, señorita -respondió con calma el hombre del serape, y luego se volvió hacia su compañero-. Tom... el revólver del tonto, Diego, y dale el mensaje que tiene que entregar. -Volvió a mirar a Samantha: y explicó:

-Nuestra misión era encontrarla y llevarla con nosotros.

Samantha miró con los ojos dilatados cómo el hombre que había disparado a Ramón tomaba el arma y le introducía un trozo de papel plegado en el bolsillo de la chaqueta. Un mensaje. Oh, Dios, El Carnicero dejaba mensajes.

Meneó la cabeza, incrédula.

¿Quién les dijo que me llevaran?

El jefe.

.El jefe. ¿Quién era el jefe? Lo preguntó, y el mexicano sonrió.

-El Carnicero. Es su deseo que usted sea su huésped por algún tiempo, señorita Kingsley. .

El hecho de que la llamara por su apellido confirmó los peores temores de la muchacha. La conocían. El Carnicero no había abandonado el área. Su padre había estado en lo cierto. ¿Por qué no le había hecho caso?

-No -murmuró.

-Sí -replicó el hombre, con calma.

En ese momento, Samantha se puso de pie de un salto y echó a correr colina abajo con frenesí. El mexicano la atrapó con facilidad y ambos cayeron y rodaron varios metros antes de detenerse.

-¡Malditos sean! -gritó Samantha, escupiendo polvo-. ¡No iré con ustedes! ¡Me rehúso a hacerlo!

-Estamos perdiendo tiempo, mujer -dijo el hombre, y la obligó a levantarse.

La sostenía del brazo con firmeza; no podía zafarse.

La arrastró de regreso a la cima de la colina. Pasaron junto a Ramón, que estaba inmóvil como un cadáver. Una vez arriba, el tercer hombre la condujo hasta un magnífico semental blanco y le ordenó montar. Samantha se detuvo.

-No, gracias; iré en mi propio caballo -respondió, en tono mordaz.

Como respuesta, el hombre golpeó a El Cid en el anca, con lo cual el animal echó a correr colina abajo.

-El jefe ha enviado su propio caballo para usted, señorita Kingsley. Montará a Rey.

El nombre estaba a tono con el animal. El semental parecía un rey. Su color le recordaba a Princesa. Habría sido una buena pareja para ella. Era un animal demasiado bello para el Carnicero.

-Monte ahora, o tendré que ponerla yo mismo en la silla -dijo el hombre del serape.

Samantha se volvió hacia él, enfurecida.

-No veo por qué no podía ir en mi caballo.

-Su padre entenderá mejor cuando vea que el animal regresa sin usted -respondió el hombre, y luego sonrió-. Además, es un honor para usted montar a Rey. El Carnicero aprecia mucho este caballo. Le costó una fortuna. Comprenderá que el jefe es muy generoso al ofrecérselo. Desea que, con este honor, usted no tenga miedo.

Samantha logró emitir una risa desdeñosa.

-No tengo miedo. -Montó el enorme animal y arrebató las riendas al hombre. -¿Por qué habría de tenerlo? -agregó, con confianza. Ustedes mismos me proporcionan un medio de escape.

Tiró de las riendas, obligando a los mexicanos a apartarse, y luego clavó los talones en el caballo, que emprendió una carrera colina abajo. Pero no alcanzó el pie de la colina porque un

agudo silbido detuvo al animal en seco, de modo que la muchacha estuvo a punto de salir despedida por encima de su pescuezo. Entonces el mexicano llegó a su lado y, riendo, tomó las riendas y volvió a conducirla hasta la cima.

-¿Entiende ahora por qué Reyes tan valioso? -dijo, con orgullo.

-Ahora entiendo por qué debo montarlo -respondió, con amargura, mirando al hombre con furia.

Los otros dos hombres ya habían montado y estaban esperando. El que la guiaba también montó, pero no emprendieron la marcha. Samantha gimió al ver el motivo: su escolta finalmente los había alcanzado. Cada uno de los bandidos apuntaba un rifle a los vaqueros 'que se acercaban. Samantha se enfureció.

-Si matan a alguno de mis hombres -les advirtió-, les juro que de alguna manera me las ingeniaré para romperle el pescuezo a este animal. ¿Creen que a su jefe le agradará que regresen sin su precioso caballo?

El bandido del serape miró a Samantha con furia en sus ojos negros, pero apartó el rifle de los vaqueros. . . y lo apuntó hacia ella. Los cuatro hombres de su escolta habían llegado al pie de la colina y se detuvieron en medio de una nube de polvo al ver a la muchacha y a su captor. El líder de los bandidos les gritó:

-El caballero tiene un mensaje para el señor Kingsley. ¡Entréguenlo! -y añadió: -¡Si nos siguen, ella morirá!

Condujeron a Samantha por el otro lado de la colina; el líder llevaba las riendas de Rey. Los vaqueros temían seguirlos; no querían poner en peligro la vida de la joven. Samantha supo que ahora estaba sola, sin esperanzas de recibir ayuda hasta que el mensaje fuera entregado a su padre.

Cabalgaron hacia el sur, a paso agotador. Al mediodía, cambiaron súbitamente de dirección y se dirigieron al oeste, hacia las montañas. Los caballos comenzaban a fatigarse, de modo que aminoraron un poco la marcha pero no se detuvieron a descansar, aunque el sol del mediodía les daba de lleno, sin piedad.

Samantha sabía por su propia experiencia cuántos cañones y valles ocultos había en la Sierra Madre, escondites donde jamás se podría encontrar un grupo de hombres, por numeroso que fuera. La llevaban a uno de esos lugares. ¿La encontrarían alguna vez? Oh, Dios, no podía pensar en lo que le esperaba. Había oído muchas cosas terribles acerca del Carnicero.

Se detuvieron bien entrada la noche, en la llanura abierta, Los hombres se encargaron de los caballos antes de extraer la comida seca que habían traído para ellos. Diego llevó a Samantha un poco de carne seca, varias tortillas frías y grasosas y un poco de vino. La muchacha sabía que era probable que ellos bebieran tequila, y el hecho de que le hubiesen llevado vino era un gesto considerado. Se sorprendió y se sintió agradecida por ello.

Su apetito se sació muy pronto, y advirtió que estaba exhausta. Le dolía todo el cuerpo y necesitaba con desesperación dormir, pero se resistió con todas sus fuerzas. Si los bandidos se dormían, podría tener oportunidad de escapar.

No habían encendido fuego, pero una luna en cuarto iluminaba el llano y le permitía observar a los tres hombres, que estaban sentados, hablando en susurros. Esperó que se acomodaran y rogó que la dejaran en paz. Mientras esperaba y los observaba, se esforzaba por mantener los ojos abiertos. La espera pareció durar horas, pero sólo habían pasado diez minutos cuando los tres se pusieron de pie. "Serape", como había comenzado a llamarlo en su mente, se dirigió a los caballos y extrajo una manta. Se la llevó a Samantha que, al verlo acercarse, contuvo el aliento, temerosa.

El hombre aplacó sus temores diciendo:

-Duerma mientras pueda, señorita. No nos quedaremos aquí mucho tiempo.

Entonces se acostó cerca de ella, al igual que el hombre del poncho. Pero Diego no se acostó. Permaneció sentado, con el rifle sobre las rodillas, y encendió un cigarrillo.

Estaba a pocos metros de allí, pero se interponía entre ella y los caballos. Al terminar el cigarrillo, tampoco se acostó, y Samantha supo que no lo haría. Montaría guardia. No podía escapar. Pero, al menos, no la molestarían. Al comprenderlo, Samantha se rindió al cansancio y se durmió, pensando que escaparía al día siguiente. De alguna manera, lo haría.

CAPITULO 17

El día siguiente llegó con demasiada rapidez. La luna apenas se había movido en su curso cuando Samantha despertó al sentir una mano áspera en su hombro. Durante el resto de esa noche, cabalgaron sin detenerse. Cuando salió el sol, aminoraron la marcha. De esa manera, no tendrían que detenerse cada tanto para que descansaran los caballos. Comieron mientras cabalgaban, y viajaron aun a las horas más calurosas del día.

Esa noche fue una repetición de la anterior. Samantha comenzaba a desesperarse. Las montañas estaban cada vez más cerca, lo cual significaba que se acercaban más y más al Carnicero. Comenzó a pensar en él cada vez más. No podía evitarlo. Sabía que ese bandido odiaba a los gringos. ¿Acaso la tendría como rehén? ¿O sólo se trataba de un secuestro? Se permitió pensar hasta lo inconcebible. ¿Acaso planeaba matarla?

¡No! No podía seguir pensando en eso. Pero la idea no la abandonaba, Y admitió que estaba aterrada. No quería que la entregaran al infame Carnicero. Él mataba mujeres y niños cuando le placía. Y, más que nada, odiaba a los gringos.

Esa noche, Samantha intentó huir. Sabía que no lo lograría, pero tenía que intentarlo. El hombre bajo del poncho montaba guardia, y la muchacha esperó hasta que Diego y Serape parecían dormir. De pronto, se abalanzó sobre el hombre bajo y lo derribó. El rifle cayó; Samantha se lanzó hacia él, y luego se volvió hacia el hombre. Los otros dos se habían levantado y le sonreían. Serape dijo, con calma:

-Está descargado, señorita.

Samantha ahogó una exclamación.

-¿Descargado?

El hombre se encogió de hombros.

-Estamos en campo abierto y se puede ver con facilidad si viene alguien. Tendríamos tiempo de sobra para cargar el rifle si lo necesitáramos. A Iñigo no le gustan las armas. Nunca las carga a menos que sea preciso.

Entonces, Iñigo era el hombre bajo. Samantha los miró, incrédula; luego apuntó el rifle a la pierna de Serape y apretó el gatillo. Nada. Era verdad que estaba descargado.

-¡Cobarde! -gritó a Iñigo.

-Va señorita -dijo Serape, divertido-. Está perdiendo tiempo cuando podría estar durmiendo.

-¡ Váyase al diablo! -gritó y le arrojó el rifle. Corrió hacia los caballos con la intención de tomar uno de los de ellos, uno que no se detuviera con un silbido. Pero floras no pudo llegar hasta ellos. Un brazo le rodeó la cintura; abruptamente, alguien la llevó de vuelta hasta su manta y la dejó caer sobre ella. Samantha se puso de pie de un salto y dirigió un puñetazo a Serape. Su puño le dio en la mejilla con un crujido resonante, y la muchacha oyó la risa de Diego muy cerca.

Serape no se inmutó. Simplemente atrapó las manos de Samantha y las juntó; luego, se quitó la bufanda roja que llevaba al cuello y comenzó a atarle las manos.

-¡No! -protestó la muchacha, pero Serape tenía dedos rápidos y el nudo ya estaba hecho.

-No es soga, señorita. Eso le cortaría su bonita piel -dijo, suavemente-. ¿Me lo agradecerá?

-¡ No le agradeceré nada!

-Pero fue usted quien hizo que esto fuera necesario -le recordó.

-¿Acaso también piensa atarme los pies, cobarde?

-Ahora que lo menciona. . . -Serape sonrió. -Es una muy buena idea. Nos queda poco tiempo para dormir. No me gustaría volver a despertarme y verla atacando al pobre Iñigo.

Samantha lo siguió con una mirada de furia mientras él iba en busca de una cuerda. Luego regresó y, a pesar de los esfuerzos inútiles de Samantha para impedir que se le acercara, la tomó de los pies y lió la soga sobre sus botas.

-¡Maldito sea! -gritó, frustrada-. ¡Dígame su nombre para poder maldecirlo como se debe!

Serape se acuclilló a su lado con expresión perpleja.

-¿Por qué desea maldecirme, señorita? Yo no hago más que cumplir órdenes. Me pagan por hacer un trabajo. Yo lo hago. Reserve sus maldiciones para El Carnicero.

Ante la mención del nombre tan temido, Samantha perdió parte de su ira. Serape lo advirtió y sonrió con aire conocedor.

-¿No desea conocerlo?

. -No -respondió Samantha. Cuando Serape se puso de pie, le rogó: -Espere. Dígame qué me sucederá cuando lleguemos a donde vamos.

-Será huésped del jefe por algún tiempo.

-¡Su prisionera! ¿No puede darme alguna idea de lo que puedo esperar?

-No se le hará daño, si eso es lo que la preocupa.

Sin embargo, Samantha interpretó su tono de amabilidad como condescendencia.

-¿Cómo se sentiría usted si yo lo hubiese raptado? ¡También estaría haciendo preguntas!

Serape rió.

-Creo que no me molestan a que me raptara usted, pequeña -replicó, con voz suave.

Samantha se ruborizó.

. -Al menos, ¿puede decirme qué decía el mensaje que dejó para mi padre?

-Eso no lo sé.

-Miente.

Serape frunció el ceño.

-y usted es muy molesta, señorita. Duérmase.

Se apartó de ella. No le había dicho nada, y la muchacha no podía creer su afirmación de que no le harían daño.

Sin embargo, ese bandido era muy simpático. La había atado, pero Samantha admitió con renuencia que había sido su culpa. Él era amigable y la miraba con admiración. Tal vez pudiera aprovechar eso de alguna manera. No estaría de más ser menos hostil con él.

CAPITULO 18

Al día siguiente se detuvieron a descansar al caer la tarde y llegaron al pie de las sierras al anochecer. Aparentemente, ya no se preocupaban porque los persiguieran, pero parecían ansiosos de regresar a su campamento. Después del descanso, viajaron hasta salir de los llanos.

Esa noche, muy tarde, mientras acampaban junto a un arroyo montañés cercano a una pequeña meseta, Samantha miraba hacia el agua con anhelo. Ansiaba quitarse toda la suciedad que se había acumulado en ella con el viaje.

Su cabello era lo único que no estaba lleno de polvo, pues lo tenía recogido bajo el sombrero, pero aun así estaba algo pegajoso. Sabía que estaba muy desaliñada, pero no

intentaría bañarse. No confiaba en esos hombres, ni siquiera en Serape. Se conformó con lavarse la cara y las manos en el agua fresca de la montaña.

Allí había árboles y hacía-un poco más de frío. Después de todo, no se habían estado dirigiendo a las montañas sino que solamente las bordeaban por sus partes más bajas y cabalgaban hacia el norte. Samantha no cuestionó la nueva dirección. Sólo se alegró de volver a dirigirse hacia su hogar, fuera cual fuese el motivo. Sin embargo, pronto descubrió que los bandidos habían estado buscando un sendero especial, y lo hallaron al día siguiente. El sol aún no había salido cuando encontraron el sendero y pusieron rumbo al sudoeste para comenzar un ascenso gradual pero ininterrumpido.

Samantha tenía un nuevo motivo para preocuparse. ¿Por qué los hombres le permitían ver el camino? ¿No les importaba que ella supiese dónde estaba su campamento? Tal vez no tenían un lugar permanente. . . o quizá no les importaba porque ella no lo abandonaría. Jamás.

Esa noche, el aire se volvió más frío mientras continuaban ascendiendo con los caballos por un angosto sendero a un lado de un empinado cañón. Samantha se puso nerviosa al echar un vistazo hacia abajo. Estaban tan cerca del borde que se podía ver el fondo del precipicio.

Cuando se hizo noche cerrada, Diego, que iba al frente, encendió una antorcha y la mantuvo en alto. Aun así estaba oscuro y el sendero era traicionero. El Rey estaba exhausto, pero pese a eso lo soportaba mejor que los demás caballos.

Era una crueldad tratar así a los animales. ¡Tres días y medio de galope constante! Samantha supuso que los otros caballos habían sido robados a su padre y se los consideraba sacrificables.

Muy pronto, el sendero se volvió bastante más ancho y Samantha suspiró, aliviada. Pero luego hicieron una curva cerrada junto a la pared del cañón y lo que había frente a ellos heló la sangre de Samantha. Era un pequeño pueblo.

¿Su destino, tal vez?

El cañón se prolongaba hasta el centro de las montañas con la anchura de un valle, y estaba rodeado por una extensión de tierras áridas. En las tierras llanas y yermas que se hallaban entre los despeñaderos y a la derecha del cañón, había media docena de casas viejas esparcidas alrededor de las ruinas de una iglesia.

Había luces en varias de las casas, pero el lugar estaba en silencio. No se veía movimiento alguno... hasta que Diego comenzó a gritar y a ulular para avisar que habían regresado. Pronto, más ventanas se iluminaron. Algunas puertas se abrieron. Samantha se puso tensa de temor. No quería enfrentarse al Carnicero, pero también la aterraba lo desconocido. Acicateó a El Rey para que se acercara a Serape.

-Entonces, ¿hemos llegado, señor?

-Sí.

-Él. . . ¿está aquí? -preguntó, con vacilación.

Serape la miró, levantando la punta del sombrero para verla mejor a la tenue luz de la luna.

-Si se refiere al jefe, no imagino por qué no habrá de estar aquí.

-¿Hay alguna razón por la que yo tenga que conocerlo? Quiero decir, si pedirán mi rescate, en realidad no. . .

-Él querrá hablar con usted, averiguar ciertas cosas -respondió Serape.

-¿Qué cosas?

Serape se encogió de hombros.

-Querrá conocer su opinión sobre si su padre accederá a sus exigencias.

-Mi padre accederá a cualquier cosa con tal de recuperarme -le aseguró.

-Al Carnicero le alegrará oír eso. Pero usted no sabe lo que decía el mensaje. No puede tener la seguridad de que su padre accederá hasta que usted misma conozca las condiciones.

-Podría informarme otra persona -insistió, pero Serape la interrumpió.

-¿Por qué aún tiene miedo? -preguntó-. Hay miedo en su voz. Ya le he dicho que aquí nadie le hará daño. Él me lo ha jurado.

-¿ Y usted le cree?

-Sí, le creo -respondió, sin dudar-. Si no, jamás la habría traído aquí. ¿Me entiende, señorita? Yo no lastimo a las mujeres.

Samantha dejó que su mente asimilara la declaración. Luego volvió a hablar.

-No debe de hacer mucho tiempo que usted está con este grupo -dijo, recordando lo que le había contado Manuel acerca de la masacre de mujeres y niños.

-No, es verdad -respondió con sinceridad, lo que volvió a frustrar las esperanzas de la muchacha.

-¡Lorenzo! -llamó alguien desde el interior del campamento-. Estamos esperando. ¡Tráenos el premio!

Samantha se puso tiesa. El hombre hablaba en castellano. Ellos no sabrían que ella comprendía ese idioma, y decidió no hacérselo saber. Podría servirle si hablaban en su presencia.

-¿Ese hombre lo llamaba a usted? -preguntó, con tono inocente.

-Sí. Nos esperan.

-¿ Se llama Lorenzo? Me gustaba más Serape. -Al ver la expresión perpleja del hombre, agregó: -No importa. Se lo explicaré en otra oportunidad. Pero dígame, ¿cómo llaman a su jefe?

-Rufino.

-¿Es su nombre verdadero?

-No lo creo. No muchos de los que eligen esta vida utilizan sus verdaderos nombres. Pero sólo lo conozco por ése.

-¿Y el suyo?

-No es Lorenzo. -admitió.

-¡Lorenzo!

Esta vez la llamada fue impaciente, y Samantha hizo una mueca de temor.

-Venga, señorita Kingsley.

Lorenzo dirigió los caballos hacia una de las casas. Había muchos hombres reunidos en el frente y habían colocado antorchas en el pequeño porche.

-Habrá comida caliente y una cama cómoda para usted. Será mejor que conozca a Rufino ahora. Ya verá usted misma que no tiene por qué temerle.

Lorenzo desmontó al llegar a los escalones del porche; Samantha hizo lo mismo, aunque con renuencia y nerviosismo. Iñigo se llevó los caballos. Todos los demás hombres se reunieron a su alrededor y la miraron sin disimulo.

Algunos estaban sentados en los escalones, y había al menos diez en el patio. Samantha se sentía rodeada, sofocada y aterrada. Estaban demasiado cerca y ella no tenía armas. No estaba acostumbrada a sentirse tan indefensa.

Alguien extendió una mano y tocó el bordado de su chaqueta. Samantha dio media vuelta para apartar de un golpe la mano ofensora. Estaba allí, de espaldas a la casa, humillada por aquellas miradas lascivas y sonrientes. Esperaba que su miedo no resultara evidente.

"¡La gringa es muy bella!", oyó decir. "Magnífica", dijo otro, y se inició un coro de susurros que la ponía cada vez más incómoda. Hablaban de su atuendo, de lo mascu1ino que era, de la funda vacía sujeta a sus caderas. Dirigían rápidas preguntas a Lorenzo mientras la muchacha estaba allí, en el medio, sin saber qué hacer, esperando, ¿Esperando qué? ¿El

Carnicero estaría allí? ¿Cuál de esos hombres morenos y rudos era el asesino a sangre fría que tanto temía conocer?

Se asustaba cada vez más, de pie allí, bajo la inspección de los hombres. Estaba a punto de volverse cuando una voz profunda resonó por encima de todas las demás; venía de atrás.

-¿Estás seguro de que trajiste a su hija, Lorenzo, y no a su hijo?

Samantha dio media vuelta para enfrentar a quien había hablado, pues la pregunta había provocado un coro de risas entre los hombres. Esperaba ver al Carnicero: un hombre bajo y corpulento. Sin embargo, el dueño de la voz burlona era alto y su figura delgada se veía en sombras en la entrada a la casa. Estaba totalmente en sombras, pues las antorchas iluminaban sólo el patio, y apenas una parte del mismo.

Samantha se sintió agradecida porque su sombrero de ala ancha le ocultaba la cara. Al menos, nadie podría ver el miedo en sus ojos. Sin embargo, descubrió que el miedo cedía ante su temperamento. Estaba exhausta. Tenía hambre.' No había tenido una verdadera comida durante tres días. La mantenían allí afuera, en el frío, humillada por las miradas de un puñado de bandidos. Y ahora, además, uno de esos bandidos se burlaba de ella.

Samantha dejó de prestar atención al hombre del porche y se dirigió a Lorenzo.

-Usted me prometió comida y una cama –le recordó-. ¿Es que tendré que quedar me aquí afuera hasta que todos los hombres del campamento me hayan visto bien? ¿Dónde está su jefe? Quiero terminar con esto.

-Conque ha perdido el miedo, ¿eh? -dijo Lorenzo, sonriendo.

Samantha se irritó.

-Mi tolerancia tiene límites, señor. Estoy llegando. . .

-¡Oh, maldición!

La exclamación llegó desde el porche. Todos quedaron en silencio. Samantha se sobresaltó por la vehemencia de la voz y se volvió lentamente hacia el porche. Pero el hombre alto ya no estaba; probablemente habría entrado a la casa.

La muchacha quedó con la mirada fija en la puerta y sus ojos se dilataron con los recuerdos que acudían a su mente.

Esa voz. . . ¡No, no era posible!

Desde el interior de la casa se oyeron gritos y maldiciones, y Lorenzo meneó la cabeza.

-¡Por Dios! ¿Qué fue lo que lo puso así?

Pero Samantha no lo oyó. Estaba escuchando la voz que rugía dentro de la casa. Esa voz, primero burlona, luego furiosa. .. ¡Pero no podía ser!

Comenzó a subir los escalones del porche, como atraída por un imán, pero Lorenzo la tomó del brazo.

-No, señorita. Sucede algo malo. No lo entiendo. Venga, la llevaré a otra casa.

No obstante, Samantha liberó su brazo sin siquiera mirarlo y se dirigió a la puerta. No avanzó más. No fue necesario. La habitación estaba bien iluminada y podía ver todo con claridad. El hombre se paseaba a grandes zancadas como una fiera enjaulada.

-Señorita, por favor -le susurró Lorenzo al oído-. Veámonos rápido. Por alguna razón, el hecho de verla lo ha enfurecido.

De pronto, Samantha se volvió hacia Lorenzo y lo sorprendió al rodearle la cintura con los brazos. Antes de que pudiera reponerse de la sorpresa, la muchacha se apartó aferrando con una mano el revólver de Lorenzo.

-¡Madre de Dios! -exclamó él.

Al mismo tiempo, Samantha apuntaba el arma al hombre de la habitación. El revólver estalló y el humo llenó el aire, pero la bala dio en el techo porque Lorenzo le había golpeado

el brazo hacia arriba en el momento del disparo. La tomó de la muñeca e intentó quitarle el arma.

-¡No! -gritó Samantha, luchando con todas sus fuerzas-. ¡Maldición, suélteme! ¡Lo mataré si no me deja terminar esto!

Enseguida, alguien le arrancó el revólver. . . pero no fue Lorenzo. Hank Chávez estaba frente a ella; sus ojos reflejaban oscuras tempestades. Pero a Samantha no le importaba lo furioso que pudiera estar. No podría igualar la furia que sentía ella consigo misma por haber fallado el disparo.

Samantha se retorció para librarse de Lorenzo y le dio un puntapié en el tobillo que dio resultado. Golpeo a Hank en la mejilla, pero él giró la cabeza y el daño fue muy leve. La tomó por las muñecas y se las torció tras la espalda. El dolor que atravesó los hombros de Samantha logró evitar que lo pateara, y se quedó quieta.

-¡Maldito seas! -gritó.

-¡Cállate!

Luego Hank llamó, furioso, a Lorenzo, que aún estaba en el umbral, completamente asombrado.

-¡Has traído a otra mujer! ¿Cómo pudo suceder?

Lorenzo estaba cada vez más confundido.

-¿Otra mujer?

Hank apenas podía contener su furia.

-¿No ves que ella y yo nos conocemos? ¡Es Samantha Blackstone!

-Sí -admitió Lorenzo, hablando lentamente-.Samantha. . . Blackstone. . . Kingsley.

Hank hizo que Samantha diera media vuelta y sus dedos se clavaron en los hombros de la joven.

-¿Es verdad?

-¡Vete al diablo!

La sacudió.

-¿Es verdad?

-Sí'

La soltó, y la muchacha trastabilló hacia atrás.

-Llévala a la otra habitación. Encárgate de que no salga de allí.

Lorenzo aferró los hombros de Samantha.

-¿Piensas mantenerla aquí, en esta casa?

-Yo la conozco, Lorenzo. Sé de lo que es capaz. Quiero que esté aquí, donde pueda vigilarla.

-¡No! -Samantha miró a Lorenzo con furia. –Usted me prometió que no me harían daño -le recordó-. Pero él estuvo a punto de romperme el brazo y me ha lastimado los hombros. ¡No puede dejarme aquí con él! ¡Exijo ver a su jefe!

Hank echó a reír. Fue una risa cruel y burlona.

-¿Y para qué quieres verme, niña?

Samantha contuvo el aliento y volvió a dar media vuelta para enfrentarlo.

-¿Tú. . . el Carnicero? No lo creo. Él es bajo, feo y...

-¿Y tú le temías?

-No, claro que no. -Supo que su respuesta no convencería a nadie, y admitió: -Las historias que cuentan de él son terribles.

-Tal vez -concedió Hank, con voz serena-. La mayoría de la gente le teme, y a mí me convenía aprovechar ese temor.

-Pero no eres el Carnicero.

-No -admitió.

-¿Existe ese hombre?

Hank asintió.

-Aún está en sus territorios del sur, sin saber que yo he tomado su nombre prestado. Necesitaba la reputación de ese hombre.

-Conque eres bandido. -Su voz estaba cargada de desprecio. -Debí darme cuenta antes, después de lo que me hiciste.

-Cualquier hombre habría hecho lo que yo hice, niña.

Samantha sintió que el rostro le ardía. Deseaba no haber traído el tema a colación. Lorenzo la miraba con extrañeza.

-¿Es verdad que él es su jefe, Lorenzo? -preguntó.

-Sí. Yo obedezco sus órdenes.

-Pero ¿le es leal? -Apoyó una mano en el brazo de Lorenzo. -¿O sus servicios se pueden comprar? Yo puedo pagarle mucho dinero para que me saque de aquí. . . más de lo que él le dará del rescate.

-¡Basta! -gruñó Hank.

-¿Qué ocurre... Rufino? -se burló Samantha-. ¿Acaso temes que él acepte mi generosidad?

-Díselo, Lorenzo -ordenó Hank.

-No puedo ayudarla, señorita -dijo, casi en tono de disculpa.

-Entonces él tiene su total lealtad.

-'Sí.

-Tal vez algún día me explique por que – dijo Samantha con deliberado sarcasmo.

Los ojos de Hank se estrecharon y adquirieron una tonalidad pizarra. Hasta el momento había logrado dominar su furia, pero le costaba mucho.

-Sácala de mi vista, Lorenzo. Ya he oído más de lo que puedo tolerar.

-¡Y yo no toleraré otro minuto en la misma habitación contigo!

Samantha logró decir la última palabra antes de arrastrar a Lorenzo hasta la única puerta que había además de la de entrada. La abrió y la atravesó sin volverse a mirar a Hank.

Era un cuarto muy pequeño y sólo albergaba una cama angosta ubicada contra la pared opuesta a la puerta.

El piso estaba desnudo y también la única ventana, ahora cerrada por el aire frío de la montaña.

-¿Aquí duerme él, Lorenzo? -preguntó en voz baja, mirando la cama sin hacer.

-Sí, éste es su cuarto.

-Lo era -lo corrigió, y se dirigió a la cama para arrancar las sábanas y mantas y arrojarlas al piso-. No dormiré con las mismas sábanas. Me rehúso a hacerlo.

Estaba de espaldas a Lorenzo, y lo oyó decir:

-Lo odia. ¿Por qué? !

Pero Samantha había decidido no hablar más de Hank Chávez.

-¿Quiere traerme ropa de cama limpia?

-Sí, Y comida caliente.

-La comida no importa ahora. Estoy demasiado molesta para comer.

-Como guste. ..

Hizo ademán de marcharse, pero la muchacha lo tomó del brazo y dijo, desesperada:

-Quédese conmigo, Lorenzo.

-¿Aquí?

-Sí, sí, aquí. No confío en él.

-Pero no puedo quedarme en esta habitación, señorita.

Los ojos de Lorenzo se dirigieron a la cama angosta.

-Entonces quédese en la otra habitación. Por favor, Lorenzo. No puede dejarme sola con él en esta casa.

-El no le hará daño.

-¿Cómo puede decir eso? Usted mismo vio lo que me hizo hace un momento. Habría hecho algo peor si usted no hubiese estado allí. Lo sé.

-Lo que vi fue que usted lo atacó -respondió Lorenzo-. Creo que yo no habría sido tan indulgente si usted hubiera tratado de matarme, señorita.

-Los hombres se defienden entre sí, ¿eh? –replicó con amargura-. ¿Acaso salió herido?

-Pero trató de matarlo.

-¡Oh, salga de aquí y déjeme en paz! -exclamó, desdichada-. ¿Cómo podría entenderlo usted? ¡Es igual a él!

Samantha le volvió la espalda y un instante después se marchó y cerró la puerta en silencio.

Hank estaba en la otra habitación, de pie frente al hogar, con las manos apoyadas en la repisa y la mirada clavada en el fuego acababa de encender. Cuando Lorenzo se acercó a él se volvió y luego rió entre dientes. .

-¿Qué? ¿La princesa quiere sábanas limpias? Esas las cambiamos ayer.

Lorenzo se encogió de hombros.

-Dice que tú has dormido en ellas, por lo tanto que no lo hará. ¿Por qué quiere matarte, amigo?

Hank se apartó.

-No creo que te interese esa respuesta -dijo fríamente.

-¿Tú también la odias?

'-Sí, yo también la odio.

Lorenzo meneó la cabeza.

-Pues yo jamás vi una mujer tan bella -dijo con sinceridad.

-¿Cómo puedes saberlo, con la mugre que tiene encima? -murmuró Hank.

-Lo sé. Y creo que no podría odiar a alguien como ella, por ningún motivo -comentó, pensativo-. No entiendo cómo tú sí puedes.

-Dejas que su belleza te obnubile el juicio, Lorenzo. No te engañes -dijo Hank fríamente-. Esa mujer usa a 1os hombres. Les pisotea el alma y después los desecha sin pensarlo dos veces.

-Entiendo. -Lorenzo sonrió. -La amaste.

-¡Perdición! Jamás podría amar a una zorra así. ¡No vuelvas a mencionarlo!

Lorenzo frunció el ceño por la cólera de su amigo.

-Quiere que me quede con ella. No confía en ti, y comienzo a entender por qué.

Hank rió sin diversión.

-Tu trabajo ha terminado. La has traído aquí. Ahora ella es mi responsabilidad.

-¿No le harás daño?

-No, siempre que se comporte.

-Eso no me da mucha seguridad, amigo. Tú salvaste mi vida y por eso estoy en deuda contigo. Espero que no hagas que me arrepienta de haberte dado mi lealtad.

Hank comenzaba a impacientarse.

-¿Quieres dejar de preocuparte? No vale la pena que te preocupes por ella, Lorenzo, y te aseguro que sabe cuidarse sola.

-No quisiera que resultara lastimada.

-No hablemos más de esto, Lorenzo -gruñó Hank-. Has dejado que ella te engañara. Es tan calculadora e intrigante como cualquier hombre... e igualmente mortífera. Te lo advierto: te haré responsable si ella vuelve a conseguir un arma.

Lorenzo enrojeció al recordar su humillación. No podía creer todas las cosas que Rufino decía de la muchacha. Era verdad que había intentado matarlo esa noche, pero estaba en una situación desesperada. La habían secuestrado a punta de revólver. ¿Qué podría hacer si la muchacha volvía a enfurecer a Rufino? Lorenzo se marchó de mala gana, sin la seguridad que quería.

CAPITULO 19

La puerta se abrió sin aviso alguno. Samantha se incorporó en la cama y se cubrió con las cobijas. Sólo tenía puesta una camisola corta de encaje y los calzones ceñidos que usaba debajo de las faldas. Se había desvestido porque no esperaba que nadie irrumpiera en la habitación y, mucho menos, que ese alguien fuera Hank.

-Quiero una cerradura en esa puerta -le dijo, en tono severo.

Hank echó una mirada significativa a la ropa sucia de la muchacha, que estaba sobre el baúl. Sonrió cuando la muchacha se cubrió más aun con las cobijas.

-La tendrás. . . pero yo guardaré la llave.

-Entonces no importa.

-No, insisto. Se hará esta misma mañana. Y para que nadie pueda entrar por la ventana haré que la entablen.

-Maldito seas -dijo Samantha, con los dientes apretados-. ¿Por qué no me atas a la cama?

Hank sonrió y sus ojos rieron como antes.

-Si me das motivos, chica, será un placer.

-Estoy segura de ello -rezongó 'Samantha, y luego levantó la voz-. Oh, ¿por qué tuve que errar el tiro aquel día junto al arroyo? ¿Por qué tuvieron que temblarme las manos?

Hank se puso tieso y sus ojos se volvieron turbulentos. Apretó los puños y se esforzó por mantenerlos a los costados. Quería retorcerle el cuello. Pero más que eso, quería... no, no volvería a tocarla. La última vez que lo había hecho no lo había ayudado a borrarla de su mente.

-No erraste -dijo-. Una de tus balas me dio en el costado.

-¿ y de qué sirvió? Aún estás vivo.

-Eres la más sanguinaria. . .

-¡No, no es verdad! -lo interrumpió-. ¡Hasta que te conocí, jamás había querido matar a un hombre! De todos modos, ¿qué haces aquí? Rogaba volver a verte. . . ¡pero en la cárcel, no así! ¿Por qué le has declarado la guerra a mi padre?

-No es una guerra.

-¡ Estás tratando de echarlo de México! ¿ Por qué? ¿Qué te ha hecho?

Hank meditó si debía decirle algo y, en tal caso, qué. Ella lo conocía; sabía su nombre y que él no era El Carnicero. Por lo tanto, podría arruinar sus planes. Se suponía que no había conexión alguna entre el bandido y el extraño que pronto compraría las tierras de los Kingsley. Pero Samantha pronto sabría que el bandido y el nuevo dueño eran una misma persona. . . si alguna vez llegaba a ver al nuevo dueño. Pero ¿por qué habría de verlo? Ella tendría que abandonar México junto con su padre.

-Tu padre no me ha hecho nada, Samantha -respondió, en tono razonable, cuando la idea se afianzó en su mente-. Es a mi primo a quien ha perjudicado.

-¡Mi padre jamás hizo daño a nadie! -se apresuró a negar la acusación.

Hank se encogió de hombros.

-No quieres escucharme, entonces no puedo explicártelo.

Samantha lo miró con furia.

-Muy bien. ¿Qué le ha hecho mi padre a tu primo?

-Antonio fue a hablar con tu padre hace poco y le ofreció comprarle la hacienda.

-¿Antonio es tu primo?

-Sí. Antonio de Vega y Chávez -respondió Hank-. Pero tu padre no quiso escuchar su oferta ni dar ningún precio.

-¿Por qué habría de hacerlo? -preguntó Samantha-El no desea vender nuestras tierras.

-Es que las tierras no son de ustedes, Samantha. Son de mi primo.

-Estás loco -rió-. Mi padre compró esas tierras, pagó por ellas.

-Él las compró a un precio muy bajo. Se las compro a funcionarios del gobierno que la habían declarado propiedad de la iglesia. En ese tiempo, cualquier propiedad de la iglesia que se vendiera podía ser devuelta con facilidad a ésta con el siguiente cambio de gobierno y, por consiguiente, el nuevo dueño las perdía. Por eso eran propiedades baratas.

-Pero admites que mi padre pagó por las tierras. ¿Cómo puedes decir que no le pertenecen?

-Porque los funcionarios que vendieron las tierras a tu padre no tenían derecho a venderlas. No eran propiedad de la iglesia. Esas tierras pertenecían a los Vega y Chávez y fueron robadas a mi familia durante la revolución.

-¡No te creo!

-¿Nadie te habló nunca de los dueños anteriores? ¿Tus vecinos, los Galgo, los Baraja? Ellos saben de la masacre en la Hacienda de las Flores.

-¿Masacre?

-Sí, masacre -repitió Hank fríamente-. Algunos guerrilleros de J Juárez vinieron a la hacienda y la reclamaron como propiedad de la iglesia, lo cual les daba derecho de confiscarlas. El padre de Antonio fue muerto por protestar. Su abuela murió en sus brazos, pues era demasiado anciana para soportar el golpe. -Hank hizo una pausa; los recuerdos le resultaban tan dolorosos como siempre. –Obligaron a todos los hombres a incorporarse al ejército. . . o a morir si se resistían. No te contaré lo que les ocurrió a las mujeres y a las hijas jóvenes de la gente de la hacienda.

Samantha sintió repugnancia, pues podía adivinarlo,

-¿Y tu primo? ¿Qué le ocurrió?

-Lo obligaron a entrar al ejército y más tarde lo enviaron a la prisión por su continua resistencia. Mientras estaba en prisión, tu padre compró las tierras. No pudo hacer nada para evitarlo. Los guerrilleros habían quemado el título de propiedad de la Hacienda de las Flores. Sólo quedaba la palabra de la gente que conocía a Antonio para atestiguar que las tierras eran suyas. Eso no fue suficiente para los funcionarios corruptos que se enriquecían con la venta de las "propiedades de la iglesia". Y no había nada que Antonio pudiera hacer sino esperar volver a comprar sus tierras algún día. En todos estos años. .. no ha soñado con otra cosa.

-¿Eres primo hermano de Antonio? –aventuró Samantha.

-No, pero tú has estado en México el tiempo suficiente para saber que aquí todos los parientes, por distantes que sean, se consideran cercanos. Antonio es como un hermano. Siento su frustración como si fuese mía.

Samantha, claro está, no percibió la ironía de Hank.

-Lo siento, Hank, de veras -dijo, en un momento de genuina compasión-. Pero debes comprender que mi padre no cometió ningún delito. No fue él quien le robó las tierras a tu primo. Las compró de buena fe. El también tiene el título de propiedad.

-¿Dices que mi primo deberá olvidar la tierra que perteneció a su familia durante generaciones? -preguntó, en tono áspero-. Él vivió allí más de la mitad de su vida.

-¿Cuánto tiempo hace que tú vives allí?

-Ese no es el punto. Ahora es mi padre el dueño de las tierras, y tú no tienes derecho a obligarlo a marcharse. No eres justo.

-Mi primo ha vivido con ese sueño demasiado tiempo para renunciar a él. Está dispuesto a pagar a tu padre más del valor real de las tierras.

-¡Pero mi padre no quiere venderlas!

-Lo hará, si quiere volver a verte.

Samantha ahogó una exclamación.

-¡Bastardo! Entonces es por eso que estoy aquí. ¡Qué horrible y repugnante. . .!

-¡Basta, Samantha! -la interrumpió-. No me gusta más que a ti el rumbo que han tomado las cosas, pero tu padre es muy terco. Y mis hombres se enfadaron mucho cuando envió los soldados a perseguirlos.

-Tenía buenas razones para pedir ayuda a los soldados.

-Tal vez. Pero eso no disminuyó el enojo de mis hombres. De hecho, uno de los que te vieron fue quien sugirió tu secuestro.

-¿Que me vieron? -preguntó, inquieta-. ¿Quieres decir que me vigilaban?

-Claro. Vigilábamos a todos. Ni siquiera sabía que Kingsley tenía una hija. Primero te vieron con escolta mientras se dirigían a la hacienda, y después todos los días. No fue difícil ir a una hacienda vecina y averiguar quién eras. Pero, créeme, si hubiera sabido que eras tú, ahora no estarías aquí. Eras la última mujer a quien quería volver a ver, Sam.

-¡No me llames así! ¡Te dije que sólo mis amigos lo hacen!

-Claro, y nosotros no somos amigos -dijo Hank fingiendo seriedad-. Pero preferiría no llamarte "señorita Kingsley". Ese nombre ha llegado a disgustarme mucho. Si hubieras sido sincera conmigo cuando nos conocimos me hubieras dicho tu verdadero nombre, más tarde habría visto la relación al enterarme de quién era el dueño de la Hacienda de las Flores.

-¿Cuándo tú te enteraste?

-Me lo contó Antonio -se enmendó deprisa.

-Sin embargo, no habría habido mucha diferencia, ¿verdad? Replicó Samantha-. Aun así habrías hostigado a mi padre.

-Sí, pero tú no te habrías visto implicada. Dime, ¿por qué no usaste tu verdadero nombre?

-Blackstone era el apellido de soltera de mi madre. Siempre lo utilicé para Viajar. Mi padre y yo pensamos que sería mejor no usar el apellido Kingsley cuando viajara, para evitar secuestros. Irónico, ¿no crees? Y nada menos que tú me hablas de nombres falsos. . . Rufino.

Hank sonrió, divertido.

-Allí me has vencido, Samina.

Los ojos de Samantha se encendieron, y comenzó a decirle cuánto odiaba que la llamara así, pero Hank levantó la mano y las arrugas junto a sus ojos se profundizaron.

-Protestas demasiado. -Sonrió. -Para que sepas, te llamaré como me plazca, ya sea "Samina", "gata"... o "puta".

-¡Eres oh! -exclamó furiosa-. ¡Sal de aquí!

-Hank levantó una ceja.

-¿Me das órdenes, en mi propia casa?

-¿Por qué entraste? ¡Yo no te invité a hacerlo! ¡Seré tu prisionera, pero no tengo por qué soportar tu detestable compañía!

-Vine a ver si tenías hambre. Anoche no comiste.

-Claro que tengo hambre. ¡Qué excusa tan tonta! En realidad, querías humillarme atrapándome en la cama. ¿También esperabas encontrarme desnuda? ¡Eres repugnante!

La boca de Hank se transformó en una fina y dura línea. Había creído que podría estar con ella y mantener su ira bajo control, pero estaba descubriendo que no era así. El desdén de Samantha lo enfurecía. No toleraría su desprecio. ¡Maldición, no lo haría!

Samantha gritó cuando Hank dio un paso hacia ella con ojos asesinos. Se escabulló hasta la cabecera, intentando llevar consigo las cobijas. Pero éstas se trabaron a los pies de la cama y las soltó. No importaba. Lo único importante era alejarse lo más posible de Hank. Se encogió en la cama, con los ojos muy abiertos por el susto. Debido a ese terrible temor, Hank no se acercó más. La furia de la muchacha podía provocar la suya, pero su temor lo afectaba de otra manera.

-Haces bien en temerme, niña -dijo, con voz descontrolada-. Haces bien en recordar lo que ocurrió la última vez que me enfureciste.

-No te temo. . . te odio. ¡No soporto sentir tus manos sobre mí!

Hank se puso tieso, pero se las ingenió para reír con desdén.

-Tal vez no sepas cómo luces en este momento, Sam. Jamás vi una mujer tan desaliñada. No pienso ensuciarme las manos tocándote.

-¡Sé cómo luzco, maldito seas! -gritó-. Y sé quién tiene la culpa por haberme arrastrado hasta aquí, haberme hecho cabalgar día y noche, sin darme jamás una oportunidad de descansar ni de lavarme. ¿Qué demonios? ¿Acaso tendría que estar vestida de seda y rosas?

-Lo que tienes puesto ahora no está tan mal -Hank, rió entre dientes.

Samantha ahogó una exclamación y se apresuró a cruzar los brazos sobre el pecho, donde sus pezones presionaban contra la fina camisola de lino. Pero sus ceñidos calzones aún revelaban cada curva de sus caderas y sus piernas, de modo que en realidad no podía cubrirse.

-¡Oh! ¿Quieres salir de aquí y dejarme en paz? -exclamó, más humillada de lo que podía soportar -y no regreses. Otra persona puede ocuparse de mis necesidades.

-Creo que no has pensado realmente cuál es tu situación aquí. No serás tú quien dé las órdenes. Yo tampoco he pensado mucho en ello, pero ya es hora de que lo haga. Sí. -Sonrió. -Creo que disfrutaría de tenerte a mi merced. Después de todo, Samina -añadió, frotándose el costado en el punto en que la muchacha lo había herido-, aún me debes algo.

Se volvió bruscamente y se marchó.

Samantha se arrojó sobre la cama para desahogar su llanto, su frustración. No era así como había planeado el reencuentro con Hank. ¡Era ella quien debía tener el control de la situación, no él! ¿A su merced? ¡Oh, Dios, no era justo!

Poco después, Iñigo le trajo un abundante desayuno. Sin embargo, la comida no la reconfortó, pues mientras comía tenía que observar cómo tapiaban la única ventana de la habitación con fuertes tablas. Luego un hombrecillo moreno entró y aseguró la puerta con un candado.

Una vez terminada la comida y que la puerta estuviese cerrada y trabada, Samantha permaneció allí sentada, con la mirada fija en las cuatro paredes y en la ventana tapiada por la

que sólo se filtraban delgadas astillas de luz. A medida que el calor aumentaba en la diminuta habitación, también crecía la frustración de la joven. Se sentía pegajosa y cubierta de polvo, y estaba poniéndose tan furiosa que apenas podía respirar.

Finalmente, comenzó a dar golpes en la puerta, gritando que necesitaba un baño. Pero nadie acudió. Después de golpear la puerta a ratos durante una hora sin obtener respuesta alguna, se dio por vencida. Como no tenía otra cosa que hacer, volvió a tenderse en la cama y se durmió exhausta.

CAPITULO 20

Samantha despertó al oír los gritos y ruegos de una mujer. ¿Qué le estarían haciendo para que gritara y suplicara así? ¿Sería Hank quien la maltrataba? Finalmente, los gritos acabaron, pero el llanto continuó. Poco más tarde, eso también terminó, y todo volvió a quedar en silencio. . . demasiado silencio. Samantha podía oír los latidos de su corazón. Era lo único que oía, y era un sonido enloquecedor. Se ponía en el lugar de aquella mujer e imaginaba toda clase de cosas horribles. Al fin comenzaba a entender qué peligrosa era su situación en realidad. A su merced... ¡A merced de Hank! Samantha apretó los puños hasta que sus uñas le lastimaron las palmas de las manos. Odiaba su propio temor. Tenía que dominarlo o bien sufrir su vergüenza. La ira le parecía mejor: era un sentimiento fuerte. ¡Ira! Se obligaría a recordar toda su furia.

. -¡Hank! -gritó Samantha-. ¡Hank, si estás allí afuera, será mejor que me respondas!

Se levantó de la cama de un salto y volvió a golpear la puerta, impulsada por su furia.

-¡Hank! -gritó, con voz fuerte y firme.

Hank estaba sentado en los escalones del porche, escuchando el alboroto que hacía Samantha. Una sonrisa de satisfacción curvaba sus labios. Había decidido dejar que la muchacha se cociera en su propia salsa.

El sol le daba de lleno en las piernas, cómodamente estiradas sobre los escalones. Una brisa ligera que jugaba con sus rizos negros hizo que un largo mechón le cayera sobre los ojos. Lo apartó con la mano mientras observaba a dos de sus hombres aprestarse para partir. Regresaban a sus pueblos, a sus vidas, pues habían terminado su misión. Todos los hombres habían recibido buena paga con el dinero obtenido de la venta en el norte del ganado y los caballos robados. Hank ya no necesitaba tantos hombres. Ese grupo de campesinos y bandidos lo había ayudado en su propósito, y había tenido suerte al encontrarlos con tanta rapidez. Pero ya no precisaba su ayuda. Tenía todo lo que necesitaba: la hija de Kingsley.

La sonrisa de Hank se profundizó al pensar en el diablillo que estaba dentro de la casa. Después de todo, el hecho de que ella resultara ser la hija de Kingsley podría resultar satisfactorio.

En los últimos dos meses había pensado en ella con demasiada frecuencia; deseaba olvidarla, pero no lo conseguía. Su imagen lo perseguía, yeso le provocaba tanto asombro como furia. Una y otra vez se había preguntado por qué aquella mujer significaba tanto para él. ¿Por qué no podía olvidar a esa zorra? Tenía que castigarla por lo que le había hecho, por lo que aún le hacía.

No sabía qué había ocurrido entre Samantha y Adrien Allston después de su partida, pero no podía evitar sentir curiosidad al respecto. ¿Aún lo amaría? ¿Habría creído lo que Hank le había dicho de Adrien? Hank había pensado en todo eso durante el tortuoso viaje a Santa Fe, donde finalmente se había detenido para que alguien curara la herida que tenía en el costado. Aún tenía la bala en su poder. La llevaba consigo como cruel recordatorio de que nunca debía caer ante los encantos mortales de una mujer.

Se había quedado en Santa Fe durante dos días, reponiéndose después de haber perdido tanta sangre. Allí había encontrado al semental blanco y no había resistido la tentación de

comprarlo. Gracias al Rey y a su otro caballo pues había podido llegar a México en tiempo récord. Entonces se sintió mejor y creyó que había recuperado la suerte. Luego, al conocer a Kingsley, se halló en un callejón sin salida. Ese hombre lo exasperaba y se negaba siquiera a escuchar la historia de Hank. Furioso, dejó a Kingsley y se dirigió a la cantina más cercana, donde su ira se calmó en un estupor alcohólico que duró tres días. Al salir de la borrachera, tuvo la idea de obligar a Kingsley a vender las tierras.

El plan volvió a su mente cuando recordó a Lorenzo; y la promesa que éste le había hecho al despedirse: si Hank alguna vez lo necesitaba, podría encontrarlo en Chihuahua. Entonces Hank pensó: "Ahora te necesito, amigo, para que me ayudes a hacer que alguien cambie de idea". Lorenzo estaba en deuda con él por haberle salvado la vida. Había ocurrido cerca de El Paso, donde Hank había encontrado a Lorenzo a punto de ser linchado por cuatro vaqueros borrachos que afirmaban que era un cuatrero. Hank no preguntó si la acusación era cierta. Simplemente no podía ver que colgaran a un hombre por nada menos que un asesinato, especialmente si se trataba de un compatriota.

Arriesgó su vida para que Lorenzo escapara de los cuatro hombres, que estaban demasiado borrachos para comprender el peligro del rifle que les apuntaba. Hubo disparos y Hank perdió uno de sus caballos, pero él, Lorenzo y el Rey lograron cruzar la frontera.

Una semana más tarde, cuando localizó a Lorenzo en Chihuahua, su nuevo amigo no se opuso a la idea de Hank. ¡No le agradaban mucho los gringos! Al menos, no después de que cuatro de ellos habían intentado lincharlo. Los otros hombres que consiguió Lorenzo tenían la misma opinión. Hank y él tuvieron que sacar a los demás de la cárcel. Esos tres trajeron amigos suyos hasta que hubo una docena.

Los planes no marcharon viento en popa. No era fácil intimidar a Kingsley. Sin embargo, cuando los hombres averiguaron que tenía una hija, supieron que podrían obligarlo a darse por vencido.

Hank volvería a hablar con él y le diría que se había enterado de los problemas que tenían los Kingsley y se le había ocurrido que tal vez hubiese reconsiderado su propuesta. Kingsley la aceptaría de inmediato. Vendería las tierras, abandonaría México y esperaría el regreso de su hija. Si quería volver a verla, no podía hacer otra cosa.

Eso sería el fin: Kingsley vendería sus tierras a Hank por su verdadero nombre. Algún día, Samantha podría regresar para interrogar al nuevo dueño acerca de su primo, pero Hank tendría que evitarla. No habría ninguna conexión entre el nuevo y respetable dueño y el bandido que había secuestrado a Samantha Kingsley.

Kingsley no sería víctima de una estafa, pues Hank pensaba pagar un precio justo por las tierras. Claro que basaría su oferta en las promesas de Patrick McClure, pero dudaba que a Kingsley le importara esperar un poco para recibir el dinero. Le preocuparía más la seguridad de su hija.

Ya era tiempo de enviar un mensaje a Pat para avisarle que necesitaría el dinero muy pronto. Diego sería el hombre más indicado para encargarse de telegrafiarle. Después de lo que había sucedido momentos atrás entre él y su esposa, sería mejor que Diego abandonara el campamento durante algún tiempo. Sin embargo, era demasiado buen tirador para despedirlo por completo. Aún tenían que devolver a Samantha a su padre, yeso sería peligroso si Kingsley había planeado algún truco.

-¡Hank, miserable canalla! Sé que estás ahí afuera. ¡Abre la puerta!

Hank hizo una mueca cuando los golpes aumentaron en intensidad. ¿Qué diablos estaba utilizando Samantha para golpear la puerta? Pero aún no estaba dispuesto a hacerle caso. Podía hacer cuanto alboroto quisiera: nadie respondería. Lorenzo era el único que podría protestar, pero no estaba allí. Hank lo había enviado montaña abajo para cerciorarse de que no los habían seguido y para cubrir cualquier rastro que Samantha hubiese podido dejar en secreto para señalar el camino.

Lorenzo no regresaría hasta el día siguiente. Era mejor así. A Hank le agradaba Lorenzo. Odiaría verlo lastimado por la duplicidad de Samantha. Y no le cabía ninguna duda de que la muchacha intentaría usarlo. Recurriría a todas las armas a su disposición para poder huir.

-¡Rufino! -gritó Samantha, y Hank sonrió. Pasó un momento hasta que volvió a gritar. -¡Lorenzo!

Hank frunció el ceño. Entonces los golpes se volvieron más distantes, y supo que ahora Samantha estaba golpeando la ventana. Se puso de pie de un salto, furioso.

Hank abrió la puerta con violencia y Samantha se sobresaltó. Volvió la espalda a la ventana tapiada, sosteniendo la bota que había utilizado para golpearla. Tenía la otra puesta y también el resto de su ropa excepto la cartuchera, que aún estaba sobre el baúl. Su cabello era una masa enredada y tenía las mejillas encendidas. En sus ojos ardía un fuego verde. Hank se detuvo, sobresaltado.

Furiosa, Samantha se veía magnífica. El verla así, sucia, desaliñada pero aun así innegable mente hermosa, hizo que Hank olvidara su ira.

-Creo que me llevaré eso -dijo, señalando las botas de la muchacha-. No hice tapiar la ventana con tablas para que las quitaras a golpes.

-No te las daré.

Samantha retrocedió, sujetando la bota en gesto posesivo contra su pecho. Hasta una bota podía servir como arma. No renunciaría a ellas.

-¿Dónde has estado? -preguntó-. ¡He estado llamándote la mitad del día!

Hank se encogió de hombros.

-Estuve ocupado. -Samantha se serenó un poco y Hank le preguntó en tono cortés: -¿Querías algo, Sam?

-Quiero un baño.

-Hay un arroyo al final del pueblo. Con gusto te llevaré allí.

Samantha lo miró con furia.

-Quiero un baño decente, con agua caliente. . . aquí.

-Lo que sugieres traería muchas molestias. Sería más sencillo llevarte al arroyo.

-¡No me importa cuántas molestias ocasione!

-Claro que no. No serías tú quien tuviera que traer la bañera hasta aquí ni acarrear y calentar el agua.

-¿Tú me lo niegas?

-Tal vez si me lo pides de buena manera en lugar de exigirlo podría pensarlo.

Samantha permaneció paralizada, con los labios apretados. ¿De buena manera? Preferiría arrojarle la bota. Pero necesitaba ese baño con desesperación, lo suficiente como para degradarse por esa vez. Tragó en seco.

-¿Podría bañarme aquí. . . por favor?

-¡Ah! Sabía que podías ser razonable con la persuasión adecuada -dijo Hank, sonriendo.

Samantha esperó un momento, controlándose.

-¿Y bien? -preguntó, finalmente.

-Tendrás tu baño. . . si es que puedo encontrar una bañera en este mísero pueblito.

Hank se marchó y cerró la puerta con llave. Pasó casi una hora hasta que regresó con una pequeña tina redonda que parecía tan vieja que Samantha estaba segura de que perdería agua. El agua ya estaba lista y Hank la trajo a la habitación. Apenas había lo suficiente para llenar la tina a medias, pero había encontrado jabón y una toalla, e incluso un cepillo y una muda de ropa, por lo cual Samantha le agradeció en silencio.

Sin embargo, Hank no tenía intenciones de marcharse. Con la mayor imperturbabilidad posible, se sentó en la cama y se recostó contra la pared; era obvio que pensaba quedarse.

-¿Qué haces? -preguntó Samantha.

-Nunca vi bañarse a una mujer -respondió, con descaro-. Creo que será divertido.

-¿Divertido? -exclamó la muchacha, y señaló la puerta-. ¡Sal de aquí!

Sin embargo, Hank meneó la cabeza, esbozando aquella sonrisa lenta y enloquecedora.

-Me quedaré.

-Entonces no me bañaré -replicó con obstinación.

-Como quieras.

Hank se levantó de la cama con un movimiento ágil y tomó uno de los cubos vacíos que había dejado en el suelo. Al ver que comenzaba a vaciar la tina, Samantha lo tomó del brazo.

-¡Deja eso! -exclamó, furiosa-. Te encanta humillarme, ¿verdad?

-Sí, gatita. Debo admitir que sí.

Samantha le dio la espalda con tanta furia que quería gritar. De pronto, comenzó a arrancarse la ropa y, aunque oyó que Hank volvía a sentarse en la cama, no se detuvo.

Él esperaba humillarla, pero no se lo permitiría. No tenía por qué quitarse toda la ropa. Tendría que lavarse lo mejor posible con la camisola y los calzones puestos. De todos modos, tenía que lavarlos. Aún de espaldas a Hank, se introdujo en la tina.

Lanzó un grito cuando lo sintió a su espalda, sujetándola por la cintura. Antes de que pudiera detenerlo, le había quitado la camisola. Samantha se cubrió los senos y lo enfrentó, gritando de furia. Pero eso la hizo bajar la guardia y al instante sus calzones comenzaron a caer por sus caderas. Dirigió un puñetazo a Hank, pero él lo detuvo y la obligó a meterse en el agua.

-¡Hijo de perra! ¿Cómo te atreves. . .? -Hank se inclinó y extendió la mano hacia el agua. Samantha sintió pánico. -¡No! ¡No me toques, maldito. . .!

Sin embargo, Hank sólo quería los calzones y se los quitó. Samantha estaba completamente ruborizada cuando terminó de desvestirla. Nunca había sentido tanta vergüenza. . . bueno, una vez sí, iY eso también había sido por culpa de Hank!

Hank dejó caer los calzones mojados en el cubo vacío y dijo:

-Báñate como se debe.

Luego volvió a la cama y se sentó.

No la había tocado. Samantha agradeció al cielo por eso. Pero tampoco estaba dispuesta a proporcionarle diversión. Le dirigió una mirada de desprecio y le volvió la espalda. Recogió el jabón y comenzó a lavarse.

-No eres nada divertida, pequeña.

Hank rió entre dientes y la muchacha murmuró:

-No tienes ni una pizca de decencia, Hank Chávez. Y yo que te creía un caballero. . .

-Puedo serlo, siempre que haya una dama presente -señaló con crueldad.

-¡Eres un salvaje!

-Si sigues insultándome, Sam, me veré obligado a hacer lo mismo. Creo que no te agradará mucho la lista de insultos que tengo para ti.

Samantha ignoró la advertencia y prosiguió casi como si se tratara de una charla común y corriente.

-¿Sabes? Quería verte azotado antes de matarte. Soñaba con verte desangrar.

-Ya me has hecho sangrar.

-No lo suficiente. ¡Tú me hiciste daño! -gritó-. Quizá yo haya coqueteado contigo y haya llegado a ilusionarte, pero son cosas inofensivas que hace cualquier mujer. Lo que tú me hiciste es imperdonable.

-Conque no me perdonas -dijo Hank fríamente-. No perderé el sueño por eso.

-Tal vez sí, cuando los cazadores de recompensa comiencen a alcanzarte. He mandado colocar avisos para tu captura, ¿lo sabías?

-No será la primera vez -respondió Hank.

Parecía no importarle, pero el hecho era que no lo sabía.

-Dejarás de quitarle importancia cuando yo eleve el precio, amigo -dijo, con satisfacción perversa-. Haré que la recompensa por ti sea tan tentadora que todos los cazadores de recompensas y pistoleros del país te buscarán.

Los ojos grises de Hank se estrecharon y se clavaron en la espalda de Samantha.

-Eso, si algún día te marchas de aquí.

Samantha se puso tensa. ¿Habría ido demasiado lejos? Entonces recordó la mujer que había gritado antes y sintió un escalofrío.

-Hay otra mujer en este campamento, ¿verdad? -dijo.

-Hay varias. Aquellos de mis hombres que tenían mujeres las trajeron consigo.

-Oí gritar a una mujer -prosiguió, vacilante-. ¿Está con alguno de tus hombres?

-Sí -respondió, pues decidió que no había motivos para ocultárselo.

-¿Qué le sucedió?

-La golpearon.

-Pero ¿por qué?

-Por ser infiel. Todo el campamento lo sabía. Anoche estuvo con otro hombre, antes de que regresara Diego, y no fue la primera vez. Sólo que Diego no encontró las botas del otro bajo la cama hasta hoy.

-¿Diego? ¿Es su mujer?

-Lo era. La ha echado.

-¡Oh! -exclamó Samantha, con repugnancia-. Golpea a la pobre mujer y luego no quiere tener más que ver con ella.

-¿Acaso apruebas la infidelidad?

-No, yo... es sólo que no apruebo que se golpee a una mujer.

-¿Aun cuando lo merezca?

No respondió. Esa discusión no los llevaría a ninguna parte. .

-Si iba a golpearla, no debió echarla. O viceversa, Debió hacer una cosa o la otra, pero no ambas. ¿La mujer está bien?

-Se pondrá bien.

La respuesta casual irritó a Samantha.

-No tienes piedad, ¿verdad? Supongo que ni siquiera intentaste detener a Diego.

-Es verdad, no interferí -respondió, con sinceridad-.Yo habría hecho lo mismo.

-y pensar que querías que yo fuera tu mujer. También me habrías golpeado, ¿eh?

-Seguramente. Tus ojos siguen a cualquier hombre.

-i Eso no es cierto!

-¿No? -preguntó, con aire inocente-. ¿Entonces sigues siendo fiel a Adrien?

-¡Bastardo! Tenías que decirlo, ¿verdad?

Hank rió entre dientes.

Samantha dejó de hablar y se concentró en su baño. Era casi imposible lavarse el cabello en el espacio tan reducido de la tina, pero finalmente se las ingenió para echarse agua en la cabeza utilizando las manos como taza. Con furia, se enjabonó.

No oyó que Hank volvía a acercarse desde atrás. De pronto, toda el agua fría del cubo cayó sobre su cabeza.

Samantha ahogó una exclamación, enfurecida, pero la voz fría de Hank le impidió decir nada.

-Sal de ahí, Sam -ordenó-. Ya has estado demasiado tiempo en esa tina. Es casi la hora de la cena, y creo que la prepararás tú.

Hank salió de la habitación y dejó la puerta abierta. Samantha suspiró, aliviada. Su intención había sido permanecer en la tina hasta tener un poco de privacidad. Salió del agua de inmediato. Después de ponerse \a ropa limpia que le había dado Hank (una blusa de estilo campesino y una falda larga de algodón), lavó rápidamente su ropa interior y su blusa y luego limpió el conjunto de cuero con la toalla. Salió de la habitación, con la ropa mojada sobre el brazo.

-¿Puedo colgar esto en el porche para que se seque sin que lo roben por la noche?

Hank estaba sentado a una mesa junto al hogar, con un vaso en la mano.

-Puedes colgarlo en el porche, siempre que no vayas más lejos. .

La puerta principal estaba abierta y Samantha salió al porche sombreado. No había nada allí, ni siquiera una planta o una silla. La habitación que acababa de dejar también estaba casi vacía: sólo tenía la mesa con cuatro sillas, una montura en un rincón y, junto a ella, una bolsa de dormir. Junto al hogar, había una larga serie de repisas que contenían algunos platos y cacerolas y un poco de comida, pero no había ninguna estufa.

Samantha colocó la ropa sobre el barandal. El sol había desaparecido más allá del elevado risco que se veía detrás de las casas, pero aún había claridad afuera. La muchacha intentó ver qué había al otro extremo del angosto valle, pero otra casa obstruía la vista.

Un hombre pasó frente a la casa y Samantha se apresuró a entrar para huir de su mirada curiosa. Una vez adentro, los ojos de Hank la seguían, y comenzó a sentirse incómoda con esa ropa holgada. La blusa blanca era demasiado escotada -apenas cubría las curvas de sus senos- y el cordel verde que se había atado a la cintura sólo contribuía a destacar sus pechos. La falda era demasiado corta.

-Si quieres, vaciar esa tina

-Eso puede esperar.

Samantha se volvió hacia los armarios.

-¿Qué quieres para la cena?

-Hay algunos frijoles que puedes volver a freír, y un de los pollos regordetes de tu padre listo para el horno. unos días más llegarán más provisiones, pero ahora son escasas.

Samantha se puso tiesa, pero no dijo nada acerca de los pollos robados. No serviría de nada discutir con él sobre su robo.

Momentos después, Hank se puso de pie y fue a vaciar la tina. Samantha no se ofreció a ayudarlo, pues estaba ocupada. Cuando llevó la comida a la mesa, Hank extrajo una botella de vino y sirvió un vaso a cada uno.

Cuando casi habían terminado de comer, Samantha preguntó:

-¿Por qué hoy no ha venido a verme Lorenzo?

-Se ha ido.

-¿Se ha ido? -repitió, consternada-. ¿Quieres decir que se marchó? ¿Por qué?

-¡Cuánto te preocupa! -dijo Hank, secamente-, ¿Acaso él será tu próxima conquista?

-No busco ninguna conquista -replicó Samantha-, Pero si así fuera, puedes estar seguro de que preferiría a Lorenzo y no a ti. ¿Adónde fue?

-Regresará, pero no creo que te permita verlo.

-Entonces, ¿piensas mantenerme encerrada aquí, sólo con tu compañía?

-¿Ya te has aburrido de mi compañía? -bromeó-. A mí me agrada la idea de tener una mujer en la casa... aunque seas tú.

. -No te hagas ilusiones, Hank -le advirtió la muchacha-. No me importa cocinar para ti, pero es todo lo que pienso hacer.

-Veremos, niña.

-Lo digo en serio -insistió, en tono terminante, pues se rehusaba a dejarse llevar a una discusión.

Hank sonrió.

-¿Sabes que eres hermosa cuando tus ojos brillan así? -dijo suavemente, con una sonrisa traviesa-. Y tienes el cuerpo de un ángel. Me pregunto cuánto tiempo podré resistir la tentación que representas.

Samantha se levantó de la mesa, se dirigió a su habitación y cerró la puerta de un golpe, sin decir palabra. Hank frunció el ceño, pensativo. Había dicho esas últimas palabras en castellano, por ninguna razón en especial más que su propia diversión. Sin embargo, Samantha había reaccionado como si hubiese comprendido todo. ¿Era posible? ¿Acaso sólo había fingido que no sabía castellano?

Hank permaneció allí sentado, pensando hasta bien entrada la noche. La botella de vino estaba vacía cuando, finalmente, se puso de pie y, después de cerrar con llave la puerta de Samantha, se acostó en el piso frío y se durmió.

CAPITULO 21

Durante dos días, Hank no permitió que nadie se acercara a Samantha. La muchacha pasó esos días en una agonía de cautela, siempre preguntándose cuál sería el próximo paso de Hank. No había sabido que aún lo tentaba. Aterrada por la confesión de Hank, se recogió el cabello con severidad y se puso sus ropas viejas, con la blusa suelta y sin cinturón. Su intención era verse lo más desaliñada posible, pero supo que sus esfuerzos habían sido inútiles cuando Hank continuó observándola con demasiada admiración. También continuaba tratándola como un déspota, para recordarle que estaba a su merced.

Teniendo en cuenta todo eso, la muchacha debió alegrarse cuando, en la cuarta noche, Hank le informó que partiría a la mañana siguiente. Debía estar encantada... Pero, por alguna razón, se alarmó.

-¿Por qué? ¿Adónde vas? -preguntó-. ¿Cuánto tiempo tardarás?

Hank lanzó una carcajada.

-Hablas como si fueras a extrañarme, querida.

-¡No seas ridículo! -replicó, dominándose-. Es sólo que me tomaste de sorpresa, nada más.

-Ahora me decepcionas. Tenía la esperanza de que hubieras llegado a disfrutar mi compañía.

Samantha levantó el mentón.

-Déjate de bromas y dime adónde vas.

-Tú exiges respuestas -suspiró Hank, meneando la cabeza-. ¿Cuándo aprenderás a pedir las cosas de buen modo? ¿No te bastó la lección del baño?

Samantha apretó los puños.

-¡Oh, te odio cuando te pones así!

-y yo que pensaba que me odiabas todo el tiempo -dijo Hank, riendo entre dientes; sus ojos parecían danzar, disfrutando la furia de la joven.

-¡Al diablo contigo! -gritó Samantha con ira incontrolable-. Muy bien, no me lo digas. De todos modos, no me importa. ¡Sólo espero que no vuelvas nunca más!

Entró a su habitación y cerró la puerta de un golpe. Sin embargo, esa noche no durmió bien. ¿Por qué se marchaba Hank? Eso la inquietaba. Odiaba ignorar lo que sucedía.

A la mañana siguiente, Hank entró para despedirse. No era eso lo que había planeado; pensaba marcharse directamente. Pero había algo que lo atraía allí. ¿Un último vistazo? No le dio importancia.

Samantha estaba de pie junto a la ventana. La luz del sol que se filtraba por las hendiduras de las tablas daba sobre su cabello como un fuego rojo. Estaba hermosa. Ni siquiera vestida de seda habría lucido más bella.

Samantha se volvió lentamente y lo enfrentó.

-¿Ya te marchas? -preguntó, en tono casual.

-Sí.

Hank esperó, pero la muchacha no haría más preguntas. Ya no quería preocuparla y sabía lo obstinada que podía ser.

-Volveré en una semana -explicó-. Hay un anciano aquí, el abuelo de Iñigo; él te cuidará mientras yo no esté.

-Qué considerado -murmuró.

-¿Lo dices con amargura? ¿Me extrañarás, tal vez... un poquito? Después de todo, si yo no estoy, ¿ con quién pelearás?

-¿Por qué Lorenzo no puede quedarse conmigo?

Hank dio unos pasos hacia ella.

-Eso te gustaría, ¿eh? Entonces tendrías toda una semana para convencerlo de que te ayudara.

-¿No confías en él?

-Es en ti en quien no confío, Sam -respondió, con toda seriedad-. Y no busques a Lorenzo para que te visite mientras yo no esté. Él vendrá conmigo.

-¡Qué bien! Me dejas con extraños. No me importa. ¿Cuándo podré dejar este lugar?

-Eso depende de tu padre. Ahora voy a ver si está cumpliendo con mis instrucciones.

El corazón de Samantha dio un vuelco. Sabía que eso llegaría.

-Entonces, ¿irás cerca de mi casa? -preguntó, con vacilación.

-Sí.

~ ¿Podrías averiguar cómo está Ramón?

~ ¿Ramón Baroja?

-¿Lo... lo conoces? -preguntó, sorprendida.

-Lo conocí cuando era pequeño. A través de mi primo, claro -añadió en tono natural-. ¿Por qué te preocupas por él?

-Él estaba conmigo aquel día. Diego le disparó. ¿No te lo dijeron?

-Dijeron que habían herido a un hombre que había intentado dispararles. ¿Era Ramón?

-Sí. Debo saber si está bien.

-¿Qué es él para ti?

-Si es cierto que lo conoces, entonces debes saber que es mi vecino. Crecimos juntos. Es muy buen amigo mío.

Hank la miró con suspicacia.

Librodot

-Ningún hombre puede ser sólo amigo, Sam. No si se trata de ti.

Samantha clavó la mirada en el suelo, incapaz de enfrentar los ojos de Hank.

-¿Averiguarás cómo está Ramón?

-Sería demasiado riesgo -respondió.

Su insensibilidad irritó a Samantha.

-Es lo único que te pido que hagas por mí. Fue uno de tus hombres quien le disparó. Podría estar muerto. Debo saberlo.

-Muy bien. Pero a cambio quiero tu palabra de que no intentarás escapar durante mi ausencia.

-Yo...

No podía hacer esa promesa. Hank añadió:

-Si lo prefieres, puedo mantenerte encerrada en tu habitación a toda hora.

-¡Está bien! -exclamó, con ojos brillantes-. Te doy mi palabra.

Hank asintió.

Sin advertencia alguna, de pronto la tomó en sus brazos y la besó ardientemente. Era lo que Samantha había temido. Recordaba con mucha claridad el efecto que tenían sobre ella los besos de Hank, la manera en que ella se rendía ante el poder de ese hombre. : Había temido que pudiera volver a ocurrir, y estaba ocurriendo. Ni siquiera intentó apartarlo de sí. Simplemente dejó que la abrazara.

Después de un largo rato y con gran esfuerzo Hank la soltó. ¡Cómo complacería a Samantha saber la tortura que significaba para él soltarla!

-Eso fue para que sepas qué esperar a mi regreso –dijo en castellano, con voz ronca.

Al abandonar la habitación, Hank sonreía. Había visto en los ojos de la muchacha que había entendido, y ahora estaba seguro de que ella comprendía el castellano muy bien.

¿Por qué no? Había vivido en México el tiempo suficiente para que así fuera. Ahora lo sabía, y había maneras en que Hank podría aprovechar lo que sabía. Sí... había maneras.

CAPI TU LO 22

-El señor... Chávez, ¿verdad? -dijo Hamilton Kingsley mientras estrechaba la mano de Hank y le indicaba un asiento en la sala.

-Así es, señor. No estaba seguro de que me recordara usted.

-No ha pasado tanto tiempo desde que vino a verme antes, aunque esa reunión fue muy breve y han pasado muchas cosas desde entonces.

Hank advirtió la expresión demacrada, casi derrotada, del hombre. Hamilton Kingsley ya no era el hacendado seguro de sí y arrogante que había conocido. Las penurias de las últimas semanas, la preocupación por su hija, todas esas cosas lo habían afectado mucho. Sin embargo, era un hombre fuerte y tal vez necesitara sólo el regreso de su hija para recuperar el vigor. Hank desechó con firmeza los remordimientos que asomaban a su mente.

. -No esperaba volver a verlo, señor Chávez –decía Kingsley, con una sonrisa seca-. La última vez que nos vimos estaba usted bastante... eh... molesto.

-Decepcionado -corrigió Hank sin alterarse.

-Sí, bueno... Espero que no haya resentimiento -dijo Hamilton-. No se puede culpar a un hombre por negarse a renunciar a algo de tanto valor.

Hank frunció el ceño.

-¿ Usted siente mucho amor por esta tierra?

-Oh, no. Siempre he sido nómada. He vivido por todos los estados y en Europa. Puedo aceptar un lugar o dejarlo con facilidad. Soy así.

Hank frunció el ceño más aun. La vez anterior no habían tocado ese tema. Hank había expuesto su oferta y ésta había sido rechazada de plano. Kingsley sólo le había explicado que esas tierras eran inapreciables para él. Pero ahora decía que, en realidad, no le importaban demasiado.

-Entonces, ¿por qué se rehusó a vendérmela con una importante ganancia? -preguntó Hank en tono brusco.

Conque a Kingsley no le importaban esas tierras... Pues a Hank sí.

-Vamos, no querrá que volvamos a discutir, ¿verdad? Debo decirle, señor Chávez, que debe usted aprender a no mezclar las emociones con los negocios. Lo he invitado a entrar a mi casa por segunda ver; luego de que la primera resultó en un disgusto. Espero que no me obligue a lamentar mi hospitalidad.

Hank se mostró debidamente arrepentido.

-Lo siento, señor. No se me conoce por tener temperamento irritable. En todo caso, soporto los golpes, como dicen los norteamericanos.

Kingsley rió.

-Lo disimula muy bien.

Hank hizo una mueca.

-Es sólo que este asunto es muy importante para mí.

-Lo suponía.

-y usted dice que estas tierras no significan nada para usted -señaló Hank-. Yo no...

-Espere un momento -lo interrumpió Kingsley-.Yo no dije eso. Este lugar es inapreciable para mí porque representa la permanencia para mi hija. Yo nunca me establecí en un sitio hasta que llegó ella. Pero la traje a vivir aquí, de modo que esto es su hogar. Es ella quien ama esta tierra.

-No sabía que tuviera una hija.

-No estaba aquí la primera vez que vino usted. Ella no...

Se produjo un silencio incómodo. Hank sabía exactamente qué era lo que el padre de Samantha no se resignaba a decir: que la muchacha no estaba allí, y por qué; Reflejaba todo el amor con que Hank había contado. Ese hombre haría cualquier cosa por su hija.

-Habla como si ella no viviera siempre con usted-observó Hank, tratando de mantener una conversación casual.

-Ellen, su madre, me la quitó cuando era apenas bebé. Pero no entraré en ese tema. No volví a ver a hija hasta que tenía nueve años. Al año siguiente la traje aquí cuando al fin logré apartarla de sus abuelos.

-¿Y su madre? .

-Murió poco después de abandonarme.

-Lo siento. Sé lo que es crecer sin una madre. La mía murió cuando nací. Mi abuela la reemplazó, pero no fue lo mismo.

-Espero que haya sido mejor que la abuela de Samantha. Esa vieja era una arpía.

Hank rió.

-Mi abuela era una buena mujer, aunque un poco olvidadiza y quisquillosa en sus últimos años. Murió aquí, en esta casa.

-¡Dios mío! -exclamó Kingsley-. ¡No me dijo que su familia había vivido aquí!

-No me dio oportunidad de hacerlo -le recordó Hank-Temo que la primera vez ambos perdimos la cabeza

-Sí. Bueno, ahora comprendo por qué quiere tanto este lugar. Pero espero que usted comprenda por qué no quiero venderlo.

Hank se puso tenso.

. -No me ha preguntado por qué volví a visitarlo -dijo.

Kingsley sonrió.

-Estoy seguro de que no se trata de una simple visita de cortesía.

-Seré franco y admitiré que esperaba aprovechar su infortunio -respondió Hank en tono grave-. Vera usted, me enteré de los problemas que tiene con los bandidos. Parece ser el único en esta área a quien están acosando.

-Esa palabra ya no basta, señor Chávez -dijo Kingsley, levantando la voz-. ¡Esos bastardos han secuestrado a mi hija!

Hank se las ingenió para parecer asombrado.

-¡Dios! No lo sabía, señor. Debe de estar muy preocupado.

-Estoy preocupadísimo a veces y, otras, furioso. Jamás en mi vida quise matar a nadie como a ese Carnicero, el jefe de los bandidos. ¡ Y juro que haré más que eso si se atreve a lastimar a mi pequeña!

-Pero ¿cómo se las arregló para llevársela? Seguramente ella estaba acompañada.

-Sí, iba escoltada, pero eso no sirvió de nada cuando se le ocurrió emprender una carrera y dejarlos atrás –dijo Kingsley, furioso-. Es demasiado testaruda. Conocía el peligro y aun así desafió a Ramón para una carrera.

-¿Ramón?

-Baroja, un vecino. Posiblemente sea mi futuro yerno -explicó Kingsley-. Los dos se alejaron de la escolta de Samantha y los bandidos los tomaron por sorpresa.

-¿Alguien salió herido? -preguntó Hank, muy tenso. ¡Conque Ramón Baroja era un posible yerno! Entonces Samantha le había mentido al llamarlo amigo de la infancia. ¿Sobre qué más le habría mentido?

-Ramón recibió un disparo, pero se está recuperando. Pero el pobre muchacho está desolado; se culpa por lo ocurrido.

-y hace bien, si fue tan tonto como para permitir que su hija abandonara a su escolta. Hank recordaba muy bien a Ramón Baroja. De niño, jamás había tomado en serio ninguna responsabilidad.

Kingsley frunció el ceño.

-Bueno, pero usted no conoce a mi hija. Jamás pude controlarla, de modo que no puedo culpar a Ramón.

-Perdóneme, señor Kingsley -se apresuró a decir Hank-. No quise juzgarlo. Lamento lo ocurrido a su hija. No puedo imaginar lo que debe de estar sufriendo usted; debe de ser una agonía. Ruego que esos bandidos no hagan daño a la muchacha. Tal vez quieran dinero por el rescate y nada más.

-No quieren dinero -replicó Kingsley bruscamente. ¡Ojalá fuera así! ¡Esa escoria exige que yo abandone México ¿Puede creer eso?

-He oído hablar de cosas así antes -respondió Hank-. Tal vez usted haya hecho algo que enfureció a ese bandido

-¡Ni siquiera lo conozco!

-Entonces ¿por qué?

-Dicen que odia a los gringos, pero hay miles de nosotros establecidos en estas tierras. No tiene sentido que me haya escogido a mí, a menos que lo que desee sean mis tierras. Esta ubicación, cerca de la frontera, es ideal.

-Es posible, ¿qué piensa hacer?

-Marcharme esta misma tarde. Un día más y no me habría encontrado, señor Chávez.

-¿No habrá encontrado otro comprador, verdad? -preguntó Hank, alarmado.

-¿Un comprador? No, yo... !

-Entonces ¿está dispuesto a aceptar mi oferta?

-Usted no me entiende. No venderé estas tierras.

-Pero se marcha.

-Sí, y no regresaré hasta que me devuelvan a mi hija. Pero, como le dije, esto es el hogar de mi hija, y no la desilusionaré vendiéndolo.

Hank hervía por dentro, y se esforzaba al máximo por disimular su furia. ¿Cómo había podido cometer un error así? Kingsley pensaba regresar, a pesar de la persecución y del secuestro.

-No lo entiendo, señor. Usted dice amar mucho a su hija y, sin embargo, volverá a traerla aquí. La expondrá al mismo peligro. ¿ Y si el bandido piensa que lo ha engañado y la mata?

-Una vez que recupere a mi hija, el Carnicero puede considerarse hombre muerto. Ya he contratado a los mejores rastreadores del país. Ese hombre jamás volverá a tocar a mi hija.

-¿Acaso su hija es tan joven que usted espera que siga viviendo aquí con usted muchos años? -preguntó Hank, muy tenso.

-No, ya es adulta, pero...

-Esa es la impresión que me dio cuando mencionó que su vecino era un posible yerno -prosiguió rápidamente-. Entonces, ¿por qué insiste en conservar estas tierras para ella? Podría casarse pronto y marcharse.

-Eso no tiene nada que ver -dijo Kingsley con cierto fastidio-. Esta propiedad le pertenecerá por completo cuando se case; se la traspasaré como regalo de boda. Eso fue decidido hace mucho tiempo. Tanto si vive aquí como con su esposo en otro lugar, siempre podrá regresar a este lugar, a su hogar.

-¿Y usted estará aquí esperándola? -preguntó Hank secamente.

-No. Será solamente de ella, como le dije. Yo tengo otras tierras cruzando la frontera y pienso retirarme allí. Por eso espero que haya una alianza entre Samantha y el heredero de los Baroja. Eso uniría las dos propiedades y yo estaré a menos de una semana a caballo de cualquiera de ellas. -Kingsley se retrotrajo al presente.-Lo siento, señor Chávez. Entiendo que estas tierras significan mucho para usted. Dígame, ¿cómo fue que su familia las perdió?

-Eso no le interesaría ahora, en estas circunstancias -respondió Hank en tono sereno-. Pero con respecto a su hija, ¿cree que, una vez que las tierras sean de ella, pensaría en venderlas?

-Eso sería decisión de ella y de su esposo, señor Chávez. Pero lo dudo. Samantha ama esta tierra.

-Entonces, tal vez yo debería cortejar a su hija y casarme con ella.

Kingsley no percibió el tono sarcástico y rió, aliviado al ver que Hank aceptaba su derrota.

-No puedo decir que me agradaría que usted cortejara a mi hija; al menos, no con ese motivo ulterior. Pero, por otro lado, usted no la conoce, señor Chávez. Sería muy fácil enamorarse de ella, y estas tierras serían sólo una bonificación... si ella lo aceptara, claro está.

Hank se marchó mientras aún tenía sus emociones bajo control. ¡Pensar que, si Samantha lo hubiese aceptado antes, habría venido a México y descubierto que tenía a la mujer que amaba y, además, sus propias tierras! i Y sin haber gastado un centavo para recuperarlas! i Si tan sólo hubiese ganado a Samantha! Si tan sólo ella no hubiese amado a otro hombre... Si tan sólo hubiese comprendido lo de Adrien...

Había demasiadas hipótesis. Ahora no había más que odio entre ellos, y una especie de perverso deseo por parte de Hank. Sí, ahora podía admitir que aún quería poseerla, a pesar de su odio.

Pero no lo haría. Lucharía hasta el fin contra la tentación. La utilizaría para asustar a Samantha, pero no le daría la satisfacción de saber que la quería.

¿ Y el padre de Samantha? ¡Perdición! El hombre pensaba marcharse, recuperar a su hija y luego regresar. Hank ni siquiera había considerado esa posibilidad. Debió exigir a Kingsley que vendiera además de marcharse. ¿Qué diablos podía hacer ahora al respecto?

CAPITULO 23

El sol se ponía detrás de las montañas cuando, dos días y medio más tarde, Hank y Lorenzo se aproximaban a su pueblo abandonado en tiempo récord. El ánimo de Hank no había mejorado con la cabalgata.

Comenzaron a ascender por la angosta cornisa del cañón que conducía al claro y al pueblo. Estaba oscureciendo, pero llegarían a casa antes de la noche cerrada, de modo que no necesitaban antorchas.

De hecho, había suficiente luz para ver al jinete solitario que doblaba una curva más adelante y comenzaba a descender por la cornisa a una velocidad peligrosa.

-i Por Dios! -exclamó Lorenzo-. i Es ella!

Samantha se detuvo al verlos a mitad de camino en el cañón, bloqueando el paso. Por un momento no se movió, y tampoco lo hicieron los dos jinetes que estaban más abajo. Entonces, con frenesí, acicateó a su caballo para que retrocediera. Sin embargo, el animal no estaba entrenado para eso y no respondió.

La cornisa era bastante ancha, pero no lo suficiente para lograr lo que la muchacha quería. Hank ahogó una exclamación cuando Samantha hizo que el caballo se parase en las patas traseras, obligándolo a dar media vuelta. La anchura de la cornisa era menor que la longitud del caballo, de modo que, si el animal bajaba las patas delanteras, tanto él como su jinete se despeñarían cientos de metros hasta el fondo rocoso del cañón.

-¡Está loca! -exclamó Lorenzo.

Pero Hank pensaba que eso era más que locura; Samantha era una tonta al arriesgar así su vida. Sin embargo, instantes después, lo logró. Un segundo después la muchacha cabalgaba de regreso al claro como si el diablo le pisara los talones. Hank se juró que, cuando la alcanzara, ella realmente pensaría que el diablo la había encontrado.

Más allá del pueblo, al otro extremo del valle, un arroyo rodeaba una superficie cubierta de rocas y, finalmente, seguía su curso hacia la base de las montañas. No era una salida fácil, pero podía usarse si se tenía cuidado para salir del valle. ¿Samantha lo sabría? Hank comenzó a seguirla, sin importarle la angostura del camino.

Samantha pasó por el pueblo a toda velocidad, rogando que el valle tuviera una salida. Pascual la vio mientras salía de una de las casas, pero a la muchacha no le importó. Lo que la preocupaba era el hombre que la perseguía montado en aquel poderoso semental blanco: se suponía que no debía estar allí. ¡Dios! ¿Por qué había regresado tan pronto? El plan de Samantha había sido perfecto, pero había contado con que él tardaría una semana, como había dicho. ¿Qué hacía allí tan pronto? i Había estado a punto de lograrlo! No era justo que Hank bloqueara la única salida que ella conocía.

Había estado segura de que tendría al menos otro día, tal vez dos. El valle se hacía más angosto. A ambos lados, árboles deformes cada vez más numerosos arrojaban grandes sombras y lo oscurecían todo. Samantha no se atrevía a mirar atrás. Moriría si viera a Rey acercándose cada vez más.

El potro que ella montaba ya estaba casi exhausto. No tendría oportunidad de vencer al semental blanco.

Samantha lanzó un grito cuando una cuerda le apretó el pecho. Bajó la vista y vio que la rodeaba un lazo. Intentó quitárselo con rapidez, pero la soga se estrechó más y estuvo a punto de derribarla del caballo.

-Detente, Sam, o te derribaré.

La voz fue tan cercana, tan fuerte que resonó dentro de la cabeza de la muchacha. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras detenía a su caballo, pero no permitiría que Hank la viera llorar. Se enjugó los ojos, se volvió y observó con furia cómo Rey se acercaba lentamente. Hank tenía puesto un poncho y un sombrero ancho que no ocultaba su barba incipiente. Parecía, más que nunca, un bandido peligroso. También se veía furioso, y Lorenzo no estaba con él. Estaban solos allí, ocultos por los árboles y arbustos, lejos del campamento.

-¡Desmonta! -ordenó Hank.

-No lo haré.

No volvió a pedírselo, sino que comenzó a tirar de la cuerda. Deprisa, Samantha pasó una pierna por encima del caballo para poder caer de pie.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó, con furia, y más que un poco nerviosa.

-Te llevaré al campamento.

-Entonces, ¿por qué debo desmontar?

-Ese caballo no es para tu uso -respondió Hank en tono áspero, y Samantha advirtió que se esforzaba por no gritar-, Lo cansaste demasiado y lo asustaste cruelmente con esa estúpida maniobra en la cornisa del cañón. Ambos podrían haber muerto. .

-Sabía lo que hacía -replicó.

Hank levantó la voz:

-¡Arriesgaste tu vida y la del caballo después de darme tu palabra de que no intentarías escapar!

Samantha palideció. Había olvidado su promesa. Nunca antes había quebrado su palabra. Pero eso era diferente, se dijo con obstinación.

-No tengo por qué cumplir una promesa hecha a un bandido -replicó, con frío desdén.

-Podrás pensar eso ahora, mujer, ¡ pero desearás no haberlo hecho! -le advirtió. Tiró de la cuerda para atraerla y le extendió una mano tiesa-. ¡Sube!

-Caminaré.

Hank aceptó la decisión de la muchacha sin intentar disuadirla siquiera una vez. Hizo dar media vuelta a Rey y la soga ciñó a Samantha justo encima de la cintura. Rey comenzó un trote lento y la muchacha tuvo que correr para no verse arrastrada por el suelo.

Hank la hizo correr casi dos kilómetros, pues la muchacha había cabalgado varios kilómetros antes de que él la alcanzara. ¿La haría correr hasta el campamento? Samantha no estaba segura de poder soportar1o. Sus piernas ya parecían pesos, muertos.. Pero no pediría a Hank que se detuviera. El sabia muy bien lo que le estaba haciendo. ¡Maldito Hank! Ello sabía, y no demostraba compasión alguna. Pues bien, Samantha moriría antes de rogarle.

De pronto tropezó y cayó boca abajo al suelo duro. No tenía fuerzas para levantarse y fue arrastrada varios metros hasta que una roca la golpeó en las costillas y la hizo gritar. Hank se detuvo. Samantha logró sentarse, gimiendo, y finalmente las lágrimas rodaron por sus mejillas.

-¿Montarás ahora? -preguntó, pero la muchacha no estaba dispuesta a ceder.

-No soporto estar cerca de ti -respondió, y se puso de pie a pesar del temblor de sus piernas-. ¡Caminaré!

Hank tiró de la cuerda con fuerza y la muchacha trastabilló hacia adelante, pero mantuvo a Rey a paso más lento. Todo lo que Samantha debía hacer era seguir caminando sin intentar detenerse; así podría continuar sin que la arrastrara.

Librodot

Estaba furiosa. Hank no tenía por qué negar1e el caballo e insistir en que montara con él. Sabía que ella se rehusaría. Estaba ob1igándola a caminar; había vuelto el orgullo de Samantha contra ella misma.

Las piernas estaban matándo1a. Su respiración se volvía tan agitada que Samantha creyó que sus pulmones estallarían. Volvió a caer antes de llegar al pueblo, pero esta vez Hank no se detuvo y ella tuvo que obligarse a ponerse de pie para no quedar desgarrada por el suelo escabroso. Su ropa estaba arruinada. Dos botones de su blusa se habían salido y su camisola de encaje quedaba expuesta. La piel sobre sus senos estaba enrojecida por los raspones. Samantha había logrado liberar sus brazos del lazo, pero era inútil intentar quitárselo. Las manos le ardían por haberse aferrado a la cuerda para sostenerse. Pero no lloraría. Prefería odiar a Hank por haberle hecho eso.

Cuando, finalmente, la cuerda se aflojó, Samantha cayó de rodillas, jadeando. Permaneció allí, ante la vista curiosa de los hombres. Estaban frente a la casa de Hank. Pablo estaba en el porche, sosteniendo un farol que arrojaba una luz intensa e indeseada. El viejo había quedado sin habla al ver el aspecto de Samantha. Pronto aparecieron otros, entre los cuales estaba Lorenzo, que se horrorizó... pero no quedó sin habla.

-¿Cómo te atreves a tratarla así? -gruñó, furioso, tomando el brazo de Hank mientras éste desmontaba-. ¡Madre de Dios! ¿Por qué?

-No te metas, Lorenzo.

-Esta vez sí. ¡Mírala!

Hank la miró y, a la luz brillante del farol, vio al fin lo que le había hecho. Pero a través de las lágrimas, Samantha lo miraba con furia asesina, y esa furia impidió que afloraran los remordimientos que Hank podría haber sentido.

-Está un poco maltrecha -respondió, sin darle importancia-. Ella se lo buscó.

-Ella sólo intentó escapar -replicó Lorenzo en tono acalorado-. No puedes culparla por eso.

-¿No? Me prometió que no lo haría.

-Le pides demasiado.

-No, yo espero otra cosa de ella. No olvides que la conocía antes de ésto.

-Pero ¿tenías que hacerle daño? -insistió Lorenzo, en voz más baja-. Ya la habías atrapado. Ella no podía ir más lejos. ¿Por qué tuviste que arrastrarla?

-Le ofrecí llevarla en mi caballo, pero se rehusó. Como te dije, ella misma se lo buscó.

-No puedo creer...

-¡Pregúntaselo! -lo interrumpió Hank.

Lorenzo lo hizo, pero Samantha meneó la cabeza con obstinación, negándose a corroborar la versión de Hank.

-Miente -dijo Hank, en tono sombrío; en sus ojos se formaba una tempestad oscura-. De la misma manera en que me mintió cuando me dio su palabra de quedarse aquí. Como ha mentido sobre muchas cosas.

Samantha se puso tensa y deseó no haber intentado oponer a Lorenzo contra Hank al negar la verdad. Sólo había conseguido empeorar las cosas.

-Pablo, pon agua a hervir -decía Hank-. La señorita necesitará un baño.

Entregó las riendas de Rey a Iñigo y despidió a los demás con una mirada. Sin embargo, Lorenzo no pensaba dejar las cosas así.

-No hemos terminado, Rufino -dijo, con amargura -Sí.

-Hank se volvió hacia él con actitud amenazadora.

-No quiero más cuestionamientos sobre ella, amigo. Si no te agrada la manera en que la trato, puedes irte

-Déjalo, Lorenzo -dijo Samantha, en un susurro apenas audible-. Por favor.

-Pero, señorita...

-No, él tiene razón. Yo... mentí. Él me ofreció montar con él y yo me negué a hacerlo.

Los hombros de Lorenzo cayeron. Miró a Hank con expresión arrepentida.

-Traeré a Nita para que la atienda.

-No.

Samantha se preguntó qué vendría ahora.

-Pero necesitará ayuda para el baño y ungüento para esos rasguños -insistió Lorenzo.

-Yo la atenderé -respondió Hank fríamente, dándole la espalda.

-¡Pero no puedes hacerlo! -protestó Lorenzo; comenzaba a enfurecerse nuevamente-. Debe ayudarla una mujer. Tú no puedes...

-¡Basta ya! -lo interrumpió Hank, volviéndose, con ojos brillantes por la furia reprimida-. Yo conozco a esta mujer. No veré nada que no haya visto antes. ¿Entiendes, Lorenzo?

El asombro y la turbación que reflejaron los ojos de Lorenzo avergonzaron a Samantha. Había entendido. Nadie tendría que haberse enterado de eso... jamás. Pero ahora Lorenzo lo sabía y era probable que estuviese pensando lo peor de ella.

-¡Dile por qué me conoces tan bien! -gritó Samantha, furiosa, deseando tener fuerzas para abofetear la odiosa cara de Hank.

-Díselo tú, querida -replicó Hank. en un tono engañosamente sereno-. Pero no olvides incluir lo que ocurrió antes y después.

Samantha reconoció su derrota. Sólo pudo mirar a Hank, maldiciéndolo con los ojos. Sabía exactamente lo que había querido decir. ¿Cómo podía afirmar que la había violado si ella le había permitido hacerle antes todas esas cosas apasionadas? Además, en lo que a ella concernía, Hank había pagado por todo eso cuando ella le disparó más tarde. No era una historia que la hiciera parecer una víctima inocente.

-No entiendo esta discusión entre ustedes dos. -Fue Lorenzo quien quebró el tenso silencio.

-Eso no te importa, Lorenzo -replicó Samantha.

Con un esfuerzo desesperado, intentó ponerse de pie. Logró ponerse de pie con vacilación y, cuando Hank y Lorenzo hicieron ademán de acercarse para ayudarla, gritó:

-¡No me toquen, ninguno de los dos!

Se apoyó en el barandal para subir los escalones del porche. Cuando Hank se le acercó por atrás y la levantó, no se lo agradeció.

-¡Animal! -gritó-. No quiero tu ayuda.

-Pues la tendrás de todos modos, niña -replicó, esta vez suavemente.

La llevó al interior de la casa sin agregar palabra.

Samantha no olvidaría jamás aquella noche. Se vio obligada a aceptar la tierna atención de Hank, pues estaba demasiado fatigada y dolorida para luchar contra él. La bañó, luego de desnudarla y llevarla a la tina. Lo único que ella pudo hacer fue llorar. El agua estaba hirviendo, y Hank la llevó a la cama y la secó con una toalla, para lo cual tardó más tiempo que el necesario.

-Los brazos no me duelen -protestó Samantha.

Pero las manos sí le dolían, y no podía detenerlo.

Durante todo el tiempo que Hank la atendió, en su rostro había una expresión indescifrable. Samantha no podía adivinar lo que pensaba, y estaba demasiado cansada para preguntarse si el hecho de verla tan débil y vulnerable estaba afectándolo. Hank le aplicó ungüento suavemente en el pecho y las manos pero, por lo que reflejaba su rostro, podría haberse tratado de una extraña. Cuando Hank comenzó a masajearle las piernas desnudas para aliviar

sus músculos doloridos, Samantha gimió, no por la intimidad de aquel contacto sino por el dolor que le provocaban sus dedos.

Cuando Hank terminó, la muchacha abrió los ojos a pesar de la vergüenza que sentía. Hank tenía la mirada clavada en ella, y ya no era indescifrable. Samantha reconoció aquella mirada ardiente y lo que vio en esos ojos grises no era furia.

Los ojos de Hank recorrieron toda la belleza expuesta de la muchacha, como si sopesara su estado contra su propio deseo. Luego tomó la manta que estaba a los pies de la cama y la cubrió.

-Que duermas bien, pequeña -murmuró en castellano.

Las palabras resonaron en los oídos de Samantha cuando Hank cerró la puerta y la dejó en la oscuridad. ¿Por qué le hablaba en castellano con tanta frecuencia? El no sabía que Samantha lo comprendía. ¿Acaso esperaba que la muchacha se preguntara qué le decía? Oh, ¿por qué no podía abandonar ese lugar y olvidar a Hank?

CAPITULO 24

¿Por qué nunca traes tu revólver cuando vienes a esta habitación?

Samantha estaba sentada en la cama, recostada contra la pared, con las piernas flexionadas y ocultas bajo la falda campesina. Había pasado todo el día anterior en cama, aunque no habría sido necesario. Las piernas no le habían dolido tanto como lo había supuesto. Tal vez se debiera al agua caliente, o al masaje suave de Hank. Pero había decidido quedarse en cama y obligar a Hank a atenderla.

Ese día se sentía bien, pero estaba un poco quisquillosa. No lo había perdonado.

-¿Temes que intente quitártelo? -bromeó, al ver que no respondía.

Hank colocó la bandeja de comida sobre el baúl y cruzó sus brazos sobre el pecho. Tenía puesto un cómodo conjunto de camisa y pantalones; llevaba la camisa oscura medio abierta sobre su pecho bronceado. Samantha buscó con la mirada las cicatrices que le había dejado en el pecho, pero no las vio, y se preguntó con amargura si se habrían borrado.

-¿Por qué habría de traer mi revólver aquí? ¿Qué habría de temer, niña?

-siempre te las ingenias para tergiversar todo -dijo Samantha, en tono petulante-. ¿Es que nunca puedes responder una simple pregunta?

-Siempre contesto tus preguntas... cuando lo haces de buen modo.

-¡Muy bien! Dime cuánto tiempo más piensas mantenerme aquí. Han pasado casi dos semanas.

-Una semana y media.

-i Eso es casi dos semanas! Y no uses evasivas conmigo. Sólo respóndeme.

--¿No te agrada este lugar, Sam?

La muchacha observó, furiosa, la sonrisa que curvaba la boca de Hank.

-No estoy de ánimo para bromas, Hank Chávez.

Hank se encogió de hombros.

-No tengo ninguna respuesta. Debes esperar... lo mismo que yo.

Samantha frunció el ceño.

-Pero ¿y tu viaje? Era para ver si mi padre cumplía con tus instrucciones, ¿verdad? ¿No averiguaste nada!

-Averigüé muchas cosas interesantes; por ejemplo, que tú padre cree que puede engañarme.

-¿A qué te refieres? -preguntó Samantha, levantándose de un salto-. ¿No se marchó, tal como lo exigiste!

-Sí, ha abandonado México.

-Entonces, llévame con él -exigió-. ¿Qué esperas?

-Se marchó, Sam, pero tiene intenciones de volver. Eso no es lo que yo quiero.

-¿Qué esperabas? -gritó-. Te dije que no renunciaría a sus tierras.

-Pues yo digo que lo hará. ¡O no volverá a verte!

Los ojos de Samantha perdieron algo de su brillo.

-¿Qué harás ahora? -preguntó suavemente.

-He enviado otro mensaje.

-¿Qué dice?

-Que estoy al tanto de su juego y que si no vende jamás te recuperará.

-No dará resultado -dijo Samantha, con cierta diversión-. No lograrás amedrentar a mi padre.

-Entonces te quedarás aquí indefinidamente.

-Oh, no. -Samantha sonreía ahora, disfrutando la mirada furiosa de Hank.-Papá venderá, sí, tal vez a ese primo tuyo. Es así como lo planeaste, ¿verdad? ¿Y tu primo estará allí para hacer una oferta que mi padre se verá obligado a aceptar? Pero no dará resultado, Hank, ni lo sueñes.

-Antonio tendrá un título de propiedad firmado.

-Un título que mi padre podrá romper en cualquier corte. Ese título no tendrá ningún valor, Hank, porque será firmado bajo coacción. Y mi padre tendrá tu mensaje para probar que lo obligaste a hacerlo.

-Sólo estás adivinando. Antonio no está implicado en esto. El título será valedero.

-Ellos no saben que está implicado, amigo mío, pero yo sí -dijo, sonriendo.

-¡Ya te dije que él no sabe nada! -gritó Hank.

-¿Crees que alguien te lo creerá? Yo no te creo; ¿por qué lo harían los demás?

-¡Es la verdad!

-Tal vez. Pero eso no importa. El simple hecho de relacionar tu nombre con el de tu primo bastará. Y yo estaré allí para hacerlo.

La tomó del brazo en forma tan súbita que la muchacha gritó, sorprendida. Los ojos de Hank echaban chispas de furia. Samantha retrocedió, maldiciéndose por haberlo acicateado.

-No podrás relacionarme con Antonio si estás muerta -dijo Hank, con los dientes apretados.

Samantha palideció pero, de alguna manera, comprendió que Hank mentía.

-Tú no me matarías.

-¿Estás segura?

-Sí. Podrías violarme como un salvaje, como hiciste antes, pero ni siquiera me golpearás. Te he lastimado muchas veces, pero nunca me golpeaste.

-Siempre hay una primera vez, chica -le advirtió.

-No. Simplemente no está en ti.

Hank la apartó de sí.

-Tal vez tengas razón en eso. No tengo estómago para matar a una mujer... ni siquiera a ti. Pero a un hombre, Samantha Kingsley... no tendría escrúpulos para matar un hombre.

-¿Y?

Se acercó a ella lentamente y recorrió con un dedo la mandíbula de la joven. Samantha apartó la cara de su mano pero no se movió. No dejaría que él la intimidara.

-¿Amas a tu padre, Sam?

-¿ Qué clase de pregunta es ésa? Claro que lo amo.

-¿ Y te dolería si él muriese de repente? –preguntó suavemente.

Samantha ahogó una exclamación.

-¡Bastardo!

Se arrojó sobre él como para arrancarle los ojos a arañazos, pero los brazos de Hank la rodearon y la atraparon con una fuerza que la dejó sin aliento.

-¡Eres un animal vil y detestable! -gritó, furiosa retorciéndose para liberarse-. ¡Jamás podrás acercarte él lo suficiente para matarlo! ¡Jamás!

-¿Eso crees? Si puedo robar pollos ruidosos y dejar mi marca en las puertas con veinte vaqueros cerca, entonces será fácil llegar a un solo hombre. Eso resolvería este nuevo problema que me has creado, ¿no crees?

-¡No puedes hacerlo! ¡No lograrás nada con eso!

-Al contrario, niña. Puedo matarlo después de que haya vendido las tierras. ,

-Yo, como su hija, podré llevarte a juicio. Y no ganarías.

-Tal vez -admitió-. Pero; tu padre ya estará muerto y eso será consecuencia directa de tu terquedad. -La soltó de pronto.-¿Es eso lo que quieres?

-¡Oh, maldito seas!

Samantha se dejó caer sobre la cama.

-Sólo recuerda esto, Sam. Si es que alguna vez te dejo regresar a tu padre, aun así podré matarlo en cualquier momento. Y lo haré si se acerca a alguna corte. Si de veras lo amas, podrás convencerlo de que no me cause problemas.

Cuando Hank se marchó, Samantha permaneció con la mirada fija en la bandeja de comida, demasiado alterada para probarla. Dios, ¿por qué siempre tenía que abrir la boca? Si tan sólo hubiese guardado silencio, habría regresado a su hogar y Hank se habría enterado demasiado tarde de que su plan no daría resultado. Nunca habría pensado en matar a su padre. Ahora era él quien tenía el as. Pero no podía permitir que se saliera con la suya. Tenía que haber alguna manera de volver la situación en su contra.

CAPITULO 25

Esa noche, Diego estaba invitado a cenar. Samantha se sentía incómoda cerca de él. No comprendía por qué estaba allí. No soportaba estar cerca del hombre que había golpeado a su mujer.

Había tenido la esperanza de evitar comer con ellos, pero cuando intentó llevar su comida a su habitación, Hank le señaló una silla e insistió en que se quedara. Samantha no lo comprendió pues, después de eso, Hank la ignoró por completo y quedó excluida de la conversación.

Después de un momento, comenzaron a hablar en castellano, y las mejillas de Samantha ardían pues hablaban de ella. Diego le hacía cumplidos a su manera vulgar, pero Hank la insultaba. La muchacha sentía deseos de maldecirlo, de ridiculizarlo a su vez, pero no podía decir nada porque, supuestamente, ella no entendía castellano. Pero Hank estaba llevándola hasta el límite de su paciencia. No tenía por qué seguir allí sentada, soportándolo. .

Sin decir palabra, se levantó de la mesa y se dirigió a su habitación. Hank la siguió y, cuando Samantha se volvió para cerrar la puerta, la mano de él la mantuvo abierta.

-¿Por qué te retiras tan temprano, Sam? Estaba disfrutando tu compañía. .

-¡Pues yo no disfrutaba la tuya... ni la de él! -respondió, irritada-. ¡No pienso quedarme allí mientras ustedes hablan de mí a mis espaldas!

-¿Y cómo sabes que hablábamos de ti?

-Porque no podías decir dos palabras sin mirarme. No soy tan tonta.

-Tal vez sea que me gusta mirarte.

-¡Mentiroso!

Los ojos de Hank reían de ella y brillaban con aire travieso.

~ ¿No crees que vale la pena mirarte?

-Sé que me odias tanto como yo a ti -dijo, furiosa-. Y si yo no soporto verte, entonces sé que ese sentimiento debe ser mutuo. Por eso, deja de jugar conmigo. ¡No lo toleraré!

-Es justo que a veces me toque a mí jugar, Sam. ¿No te parece?

-¡No, maldito seas, no! -gritó-. Ya te has desquitado. -Bajó la voz hasta un susurro para que Diego no pudiera oírla.-Me quitaste lo que yo jamás te habría dado. ¡Fuiste un animal salvaje!

Hank la tomó de los hombros para atraerla hacia él y le habló con voz baja y amenazadora.

-No es verdad. Tú fuiste la salvaje, chica, y tengo las marcas para probarlo. Tal vez debería refrescarte la memoria para que recuerdes cómo fue en realidad.

-¡ Hazlo y te dejaré marcas peores! -gritó, con algo de pánico-. ¡Juro que te haré pedazos!

Hank rió y la soltó.

-No lo creo, querida. Creo que la próxima vez te haré ronronear como una gatita.

-Las gatitas tienen garras, Hank. Ahora vete. Estoy harta de tus amenazas.

Cerró la puerta y esperó el sonido de la llave en la cerradura. Pero no oyó nada. Oyó que Hank reía mientras se alejaba y pronto los dos hombres reanudaron la conversación. Samantha continuó esperando, paseándose con nerviosismo. No podría dormir hasta que esa puerta estuviera cerrada con llave. No podía confiar en que Hank no la molestaría, y no permitiría que la encontrara en la cama.

Pasaron las horas. Samantha oía una conversación en voz baja, de tanto en tanto una carcajada y el sonido de una botella contra la mesa. ¿Estarían emborrachándose? Sintió un escalofrío. ¿Cómo sería Hank borracho? ¿Olvidaría que la odiaba? ¿Entraría a la habitación y...?

¡No! Se sentó en la cama y luego volvió a levantarse de un salto. Buscó un arma, aunque ya sabía que no había nada de utilidad más que el candelero, que no pesaba lo suficiente para causar daño.

Al ver que la vela se había consumido casi por completo advirtió lo tarde que era. Se dirigió a la puerta para ver si podía oír lo que se decía en la otra habitación, pero los hombres hablaban en murmullos. Debía de ser cerca de medianoche. ¿Acaso nunca irían a 'dormir?

Entonces oyó cerrarse la puerta principal. Retrocedió, sobresaltada. ¿Se había ido Diego finalmente?

Corrió a la cama, apagó la vela y luego se introdujo en silencio bajo las cobijas, cuidando de ocultar el hecho de que aún estaba vestida. Si Hank abría la puerta, pensaría que hacía mucho tiempo que estaba dormida. Dios, que no abra la puerta.

Estaba tiesa como una tabla, esperando que Hank echara llave a la puerta. Pero de la otra habitación no provenía ningún sonido, y comenzó a preguntarse si Hank no estaría durmiendo la mona. Entonces tuvo una idea. Si Hank estaba durmiendo la borrachera, podría escabullirse. ¡Podría escapar!

Se quitó las cobijas con súbito entusiasmo y volvió a dirigirse a la puerta. La abrió muy lentamente, conteniendo el aliento. Todo su optimismo se desvaneció. Hank aún estaba sentado a la mesa, de espaldas a la puerta principal.

Había dos botellas vacías frente a él, pero no parecía ebrio. Las velas de la mesa se habían apagado. Sólo los leños que ardían en el hogar iluminaban la habitación con un tenue resplandor amarillo.

-¿Ibas a alguna parte?

Samantha dio un respingo.

-Ven conmigo, gatita -prosiguió Hank-. Te estaba esperando.

No hablaba como un borracho, y Samantha preguntó con vacilación:

-¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué te hace pensar que no estaba durmiendo?

Hank rió entre dientes.

-Porque la vela de tu habitación estuvo encendida toda la noche. Podía ver la luz por debajo de la puerta, además de tu sombra mientras te paseabas de un lado hacia otro, una y otra vez.

Samantha se ruborizó y respondió:

-No estaba cansada.

-Di la verdad, gamo

-Está bien -dijo, con cierto enojo, mientras avanzaba-. Estaba esperando que cerraras la puerta con llave.

-Podrías haber dormido con la puerta abierta.

Samantha llegó a la mesa y se detuvo frente a Hank, con el mentón levantado en aire desafiante.

-Para hacer eso, tendría que confiar en ti. Pero no es así.

Los ojos de Hank se iluminaron con diversión.

-¿Por qué el hecho de que cierre la puerta con llave te hace sentir segura, Sam? Puedo abrirla en cualquier momento.

-Pero nunca lo has hecho -señaló-. No una vez que me has encerrado por la noche.

-Es verdad.

-Entonces, ¿por qué no cerraste la puerta?

-Tú no ibas a ninguna parte, ni yo tampoco. No había ninguna... prisa.

El tono casual de Hank la irritó.

-Podrías haberte emborrachado y quedado dormido.

-¿Y tú habrías aprovechado eso? No, mi gatita. Yo no me emborracho con un poco de tequila. De todos modos, Diego es el bebedor. Yo simplemente le hacía compañía y lo escuchaba hablar. ¿Sabes? Extraña a su mujer ahora que se ha ido.

-Temo que en ese' respecto no puedo sentir pena por él -dijo Samantha secamente.

-Es porque no tienes corazón.

La muchacha ignoró el comentario.

-¿Es por eso que lo invitaste aquí? ¿Para escuchar sus problemas?

-No, querida mía -respondió Hank, en tono demasiado suave-. El vino para distraerme de un problema que tengo, para evitar que hiciera algo al respecto.

Samantha palideció y deseó no comprender esa respuesta. Pero no era así. Supuestamente, Diego lo mantendría alejado de ella. Pero ahora Diego se había marchado.

-Pensé que te irías a dormir -prosiguió Hank, en el mismo tono suave, mientras se levantaba lentamente de la silla-. Esperaba que entonces yo tendría la decencia de no molestarte.

-¡Entonces debiste echar llave a la puerta! –gritó Samantha, presa de algo que no acababa de comprender.

-Tal vez, después de todo, yo no quería dormir -murmuró Hank.

Samantha lo miró un momento y luego meneó la cabeza.

-¡Será mejor que olvides esas ideas ya mismo!

-Ojalá pudiera. De veras, Sam.

Hank comenzó a rodear la mesa, y Samantha dio media vuelta y se dirigió a su cuarto. Llegó allí primero y cerró la puerta, pero Hank la abrió de un empujón que hizo trastabillar a la muchacha. Las piernas de Samantha dieron contra la cama; perdió el equilibrio y cayó sobre ella. Se incorporó y clavó la mirada en Hank, que estaba de pie en la puerta, con el tenue resplandor del fuego atrás. El corazón de la muchacha comenzó a acelerarse, y Samantha se estremeció con el correr de su sangre.

Hank dejó la puerta abierta y comenzó a avanzar. Mientras se acercaba, iba quitándose la camisa de dentro de los pantalones. Samantha retrocedió lo más posible sobre la cama y, como antes, quedó atrapada en la cabecera.

Mientras observaba a Hank quitarse la camisa, advirtió que su ánimo se elevaba rápidamente. Todo lo que Hank. había sugerido acerca de que dejara la puerta sin llave era verdad, se dijo. Claro que odiaba a ese hombre. Claro que despreciaba al secuestrador, al bandido. Pero no podía negar los fuertes sentimientos que Hank despertaba en ella.

No se lo negaría ahora, como tampoco se había rehusado a negárselo en aquella otra ocasión, bajo el árbol. Si había una cosa que Samantha nunca hacía era mentirse.

Deseaba a Hank, y él se encargaría de no decepcionarla. Por temor a que él pudiera leerle la mente, volvió el rostro hacia la pared y fingió indiferencia. Él tendría que dar el primer paso... y el segundo. Tendría que cortejarla. Jamás le haría saber que ella lo deseaba tal vez tanto como él a ella. ¡Jamás!

Hank se quitó una bota y luego la otra. El sonido que produjeron al caer al suelo fue tan terminante que pareció sellar el destino de ambos. Dejó caer los pantalones y los apartó de un puntapié.

-¿Por qué? -preguntó Samantha-. ¿Acaso necesitas tanto una mujer que no puedes esperar hasta tener alguna que realmente te quiera?

Hank se tendió a su lado y pronto la blusa de la muchacha ya no estaba allí. Samantha pudo ver las cuatro cicatrices desvaídas que tenía Hank a cada lado del pecho.

-De hecho, tú fuiste la última mujer que toqué -admitió con franqueza-. Aquel día, tú encendiste un fuego en mí. Ahora has encendido otro. ¿Esperar a otra mujer? No, dulzura. Serás tú quien apagues ese fuego.

-Tú... eres un desgraciado -protestó, aunque con poco énfasis-. No haré nada que no haya hecho antes.

-¿Es que nunca te callarás, Samina? -murmuró Hank.

Después de eso, ninguno de los dos dijo una palabra. Samantha se tendió en la cama y Hank lo hizo sobre ella, suavemente, sin apoyar todo su peso. La miró profundamente a los ojos, y ella no apartó la mirada. Ya no había ropas que los separaran. Samantha sentía el calor del cuerpo de Hank sobre toda la longitud del suyo.

Cuando Hank acercó su rostro al de ella, la muchacha cerró los ojos a la espera del beso. En cambio, la boca de Hank se dirigió a su cuello y, muy pronto, la piel de esa área sensible comenzó a estremecerse.

Cuando la boca de Hank se cerró sobre la curva de un seno y su lengua comenzó a trazar círculos alrededor del pezón erecto, Samantha comenzó a retorcerse para acercarse a él. Era verdad que ella había encendido un fuego en él, pero ahora Hank estaba avivando otro en su interior. La mente de Samantha luchaba contra él, pero su cuerpo respondía a ese contacto; aquellos labios la quemaban y abrasaban su piel. Cuando Hank la obligó a abrir las piernas para deslizarse en medio, su dureza provocó un calor más profundo que la dejó sin aliento.

Samantha sentía aquella dureza contra ella, tentativa, pero no la penetró. Su extremo redondeado jugaba con ella, la torturaba con la espera y el deseo de que se abriera para su interior.

Lo deseaba. Él había hecho que lo deseara a pesar de sí misma.

La boca de Hank regresó a su cuello.

-Tu piel es como el satén -le susurró al oído-. No he olvidado, querida. He recordado... todo.

La resistencia de Samantha se había desvanecido por completo, y Hank lo sabía. La muchacha aferró el cuello de Hank para atraerlo más hacia sí. Era tiempo de poner fin a la tortura. Cuando Hank la penetró profundamente, el cuerpo de Samantha se arqueó, deseando más. Correspondía a los movimientos de Hank con salvaje pasión. Era el amor en su estado más primitivo.

Hank apenas sintió que Samantha le clavaba las uñas en el cuello al llegar al punto culminante, pues él también estaba preso de las delicias de su propio placer máximo. Pero cuando el placer pasó, lo reemplazó el dolor ardiente provocado por las uñas de la joven, y Hank supo que, una vez más, lo había hecho sangrar. Pero valía la pena. Por esa mujer, cualquier cosa valía la pena.

La respiración de Samantha volvía poco a poco a la normalidad. Sus dedos se movían entre el cabello de Hank, que tenía la cabeza apoyada en su hombro.

Hank se apoyó sobre los codos para mirarla. Ella abrió los ojos y, a la tenue luz, Hank vio en ellos oscuros estanques verdes en los que se perdería si no tenía cuidado. Le acarició la mejilla suavemente.

-Has vuelto a marcarme, gatita -murmuró.

-Lo sé -respondió Samantha suavemente. Sus manos se dirigieron a las cicatrices del pecho de Hank y sus dedos las recorrieron con suavidad-. Cada vez te marcaré de alguna manera. Recuerda eso.

-No pareces enfadada -observó.

-No tengo por qué gritar todo el tiempo –respondió. Y SUS labios esbozaron una leve sonrisa-. Me basta con que sepas que digo la verdad.

-Sí. -Sonrió-. Pero aceptaré con gusto estas nuevas cicatrices, pues me las hiciste por...

-¡No lo digas! -El cuerpo de Samantha se puso tenso y sus dedos se convirtieron en garras que presionaron la piel de Hank a modo de advertencia.-¡No te atrevas!

-Muy bien. -Hank la miró con suspicacia, furioso por el súbito cambio de la muchacha.- Pero aunque tú quieras olvidarlo, yo lo recordaré.

-i Oh, vete de aquí! Conseguiste lo que querías. i Ahora vete!

Hank abandonó la cama y Samantha se estremeció al sentir el aire fresco donde, hasta tan poco tiempo atrás, había estado la calidez de Hank. Se apresuró a cubrirse.

Hank tenía la mirada fija en ella con furia. La miró durante largo rato y, finalmente, se marchó. Samantha se volvió y suspiró cuando la puerta se cerró con llave.

CAPITULO 2ó,

El plato de hierro dio contra la mesa con un fuerte ruido. Hank miró de soslayo a Samantha, que regresaba a la mesada en busca de los chiles y las salsas, que también colocó en la mesa con fuerza antes de sentarse.

-Dormiste hasta tarde, Sam -observó Hank en tono casual, mientras la miraba-. Tal vez demasiado tarde, ¿eh?

-La muchacha no lo miró. -Debe de haber alguna explicación para tu estado de ánimo. ¿Debo adivinar? -agregó en tono sugestivo.

-¿Qué esperabas? ¿Una tregua? Sólo has conseguido empeorar las cosas.

Lo dijo con voz baja y amarga.

-Lo siento, Sam.

-No, no lo sientes. No seas hipócrita.

Samantha sólo quería olvidar la noche anterior, pero sabía que no podría hacerlo, corno tampoco había podido olvidar la primera vez. Hank había dicho que la llevaba en la sangre. Si tan sólo supiera que su hermoso rostro también la perseguía... La imagen de Hank acudía a su mente cuando menos lo deseaba. ¿Acaso también lo llevaba en su sangre? ¡No! Entonces ¿qué era ese poder que él ejercía sobre su voluntad? ¿Cómo podía lograr que ella lo deseara a pesar de odiarlo tanto?

-No has preguntado por tu amigo.

Samantha lo miró y, por primera vez advirtió el aspecto suave que tenían sus mejillas cuando acababa de afeitarse. Sus largas patillas apenas llegaban a sus mejillas, y tenía rizos cortos y negros que se curvaban hacia arriba en las sienes y le daban un aire infantil. Ese español-norteamericano era todo hombre, por más que pareciera un niño.

-¿Sam?

Samantha enfrentó los ojos interrogantes de Hank y luego bajó la mirada.

-¿Mi amigo?

-Ramón Baroja. No has preguntado por él.

-Oh. No, es verdad.

-¿Por qué, después de que me rogaste que averiguara cómo estaba? Han pasado tres días y no me lo has preguntado.

-Temía hacerlo -mintió, pues no quería admitir que lo había olvidado por mucho tiempo-. Temía que tuvieras malas noticias.

-Entiendo por qué lo temías -dijo Hank en forma enigmática, recostado en la silla, con la mirada fija en la muchacha.

-¿Por qué?

-Porque me mentiste. Ese muchacho es más que un amigo para ti.

-No es un muchacho -protestó':-. Es un hombre. Y no tengo idea de lo que quieres decir.

-Me refiero a la posibilidad de que se convierta en tu esposo.

-¿Quién te dijo eso?

Hank se encogió de hombros.

-Me llegó el rumor.

-Un rumor es sólo un chisme, no un hecho. Pero ¿cuál es la diferencia? De todos modos, eso no te importa.

-Digamos que me interesa -replicó Hank, con serenidad-. ¿Es verdad?

Samantha sonrió.

-¿Y si lo fuera? -preguntó de manera evasiva, desafiándolo con la mirada.

-No me gustaría, niña.

La muchacha rió.

-¿No? ¿Puedes decirme por qué te importa tanto?

-Pareces olvidar que yo, te quería para mí, Sam,

Samantha se puso seria.

-Pero ya no es así.

-Pero lo fue. Tal vez ahora me odies, y yo lo acepto. Pero afirmaste que amabas a Adrien. No me gustaría pensar que cambias de idea con tanta rapidez. ¿Es así, Sam?

Ante la mención de Adrien, salió a relucir el temperamento de Samantha.

-¡Me importa un bledo lo que te guste o no!

-¿Lo amas? -gritó Hank.

Los ojos de Samantha se dilataron por la sorpresa. Estaba furioso, pero ¿por qué?

-Mírate, Hank. Estás demostrando tu orgullo. No soportas el hecho de que te haya rechazado y haya encontrado otro enseguida. Es eso, ¿verdad?

Hank se puso de pie y ella hizo lo mismo. Se miraron con furia, con la mesa de por medio. Luego, de pronto, Hank apartó la mesa de un empujón y cerró el espacio que los separaba antes de que Samantha pudiera pensar en huir. La tomó de los brazos y la atrajo hacia sí con brusquedad.

-Tal vez tengas razón, Sam. Si no te hubiera deseado tanto, no me importaría. Podríamos haber estado muy bien juntos. Tú lo sabes tan bien como yo.

La besó, con labios rudos y exigentes. Samantha luchó contra él sólo un instante antes de responder. Sus brazos se elevaron hasta rodear el cuello de Hank. La furia de él la había excitado, igual que su proximidad y la memoria del placer que había experimentado en sus brazo. No podía luchar contra todo eso.

-Mi querida -susurró Hank, mientras sus labios se movían sobre su mejilla y su cuello-. Aún puedo convertirte en mi mujer. Puedo mantenerte aquí y nunca dejarte ir.

-¡No! -lo apartó, disgustada. -¡Es demasiado tarde para eso!

Hank se pasó una mano por el cabello en gesto de fatiga. Le dirigió una mirada prolongada y confundida antes de dar media vuelta y dirigirse a la puerta abierta. Allí se detuvo y miró el patio de tierra, el risco cubierto de arbustos a cien metros de allí, aunque en realidad no miraba nada en particular.

Samantha tenía la mirada fija en su espalda.

-No lo dijiste en serio, ¿verdad?.. lo de mantenerme aquí. . .

-No.

Samantha comenzó a colocar la mesa y las sillas en su sitio, pues necesitaba hacer algo.

-Hank, ¿por qué dijiste eso?

Hank suspiró.

-Sólo fueron palabras dichas en un momento de pasión. Olvídalas, Sam.

Samantha continuó mirando su fuerte espalda.

--Pero ya no me quieres, tú lo admitiste. Me odias. . . ¿verdad, Hank?

Se volvió y la enfrentó.

-¿Te sentirías mejor si respondiera que sí?

-Quiero la verdad.

-La verdad, niña, es que el hecho de estar tan cerca de ti me está afectando. Cuando te miro. . . -Se detuvo y sonrió al ver la expresión perpleja de la muchacha. –Pero eso no es lo que querías oír, ¿no es cierto? ¿Prefieres que te odie?

-De esa manera es mucho más sencillo. Me odias, ¿verdad?

Hank extendió una mano y la tomó del mentón.

-Los sentimientos cambian, gatita. Cuanto te tomé junto al arroyo, te odiaba. Tú sabes por qué.

-Porque dijiste que me había burlado de ti.

-No. Porque me usaste para lograr tu propósito con otro hombre. Eso me enfureció más de lo que podía soportar.

-Tú malinterpretaste todo eso, Hank. Yo nunca pensé que tú y yo fuéramos más que amigos.

Hank meneó la cabeza.

-Con tu plan para poner celoso a Adrien, me diste razones para pensarlo. Mis sentimientos se hicieron profundos, hasta que supe que te quería para mí. Jamás quise tanto una mujer.

Samantha se liberó de su mano.

-¿Y Ángela? Dijiste que la quisiste.

-Me sorprende que recuerdes eso -dijo, sonriendo

-¡Respóndeme!

-Sí, la quise. Pero con ella sabía cómo estaban las cosas. Tú, mi belleza, me hiciste olvidar la.

-¿También la forzaste? -preguntó Samantha con amargura.

Los ojos de Hank adquirieron un tono acerado.

-Ella no fue falsa, como tú. -Entonces rió. -Ella también tenía un hombre que me habría matado si la hubiese tocado. Es una pena que el hombre a quien amabas no te vengara, ¿verdad? Aunque tú lo hiciste muy bien sola.

-No lo suficiente -replicó-. Tampoco he terminado,

-Ah, sí, las hordas de asesinos que enviarás detrás de mí. No las olvidemos. Y tampoco el hecho de que tendré que matar a cualquiera que se acerque demasiado. Habrá muchas muertes debido a tu venganza, Sam.

-No me refería a eso.

-¿No? Entonces ¿a qué? ¿Quieres matarme?

-Sí, pero morirás sabiendo que tus planes contra mi padre fallaron. Tu primo no podrá conservar las tierras que tanto te costó conseguirle. Yo me encargaré de eso.

Hank se puso tenso.

-Creía que eso había quedado claro. ¿No tomaste en serio mi advertencia?

-Oh, sí, claro que sí. Pero no podrás hacer nada si tu estás muerto, ¿o sí?

-¿ Y si no muero, niña? ¿Y si tú o tus asesinos a sueldo no pueden encontrarme?

-Puedo esperar -respondió, implacable-. A la larga recuperaré nuestras tierras;

-¿Cómo?

-Puedes silenciarme mientras viva mi padre. Cuando él muera, tu primo tendrá que luchar como nunca. Y yo ganaré, Hank.

-Habrá pasado demasiado tiempo -se burló Hank-. Tu reclamo de la tierra sería nulo.

-No si preparo las cosas con anticipación. Los abogados saben hacer muchas cosas, ¿lo sabías? Ahora puedo dejar asentado que tú me chantajeaste para quitarme lo que me pertenece por derecho.

Se produjo silencio y luego Hank preguntó, de pronto, en un susurro:

-¿Tanto significan esas tierras para ti?

-Sí. Y no me importa cuánto tiempo se necesite. Recuperaré mis tierras. -Los ojos de Samantha adquirieron un brillo triunfal al ver el efecto que causaban sus palabras en Hank. Por despecho, añadió: -Los hijos de tu primo jamás heredarán esas tierras, Hank. .. pero los míos, sí. Te lo juro.

Dio media vuelta y regresó a su habitación antes de que Hank pudiera encontrar una respuesta.

CAPITULO 27

El ánimo de Samantha mejoró muchísimo en los dos días siguientes porque Hank le había creído; estaba furioso y no lograba disimularlo. Ya no la amenazaba ni tenía manera de detenerla. Todo lo que había hecho al secuestrarla no le serviría de nada.

El futuro inmediato no cambiaría: ése era el inconveniente. Por el momento, Hank había ganado. Su primo tendría las tierras... por muchos años, según esperaba Samantha, pues deseaba que su padre tuviera una larga vida.

Pero la victoria de Hank no duraría más que eso. Samantha sentía un regocijo maligno que aliviaba muy bien su aburrimiento y hacía que su furia por estar confinada a ese lugar disminuyera bastante. Olvidó seguir contando los días y se sorprendió al advertir que hacía ya dos semanas que estaba en el valle.

Si Hank había ocupado su mente antes, ahora lo hacía por completo. Tanto cuando la muchacha se hallaba en la habitación principal con él como sola en su minúscula habitación, no podía apartarlo de sus pensamientos. Y no siempre pensaba en él con ira.

Sentía curiosidad por ese hombre que había llegado a ser el centro de su vida. Una vez le había pedido que fuese a México con él ¿Cómo habrían sido las cosas si ella hubiese aceptado? Todas las circunstancias podrían haber sido distintas. Si tan sólo se hubiese enterrado antes acerca de Adrien. .. Si Hank le hubiera ofrecido matrimonio y no solamente que viviera con él. .. Las cosas podrían haber sido muy distintas. Después de todo, era un hombre sumamente atractivo (muy guapo, como diría Froilana). La había excitado desde el comienzo. No podía negar el extraño poder que ejercía sobre ella cuando la tomaba en sus brazos.

¿Cómo sería ser su pareja voluntaria en lugar de tener que luchar contra sí misma? Nunca lo sabría. Siempre lucharía contra él. No podía ser de otra manera después de todo lo que había ocurrido.

Sin embargo, eso no disminuía la curiosidad de Samantha. Hank tenía otra faceta que no comprendía. Podía ser el hombre más simpático y agradable. Cuando sus ojos brillaban, divertidos. Podía hacer sonreír a cualquiera.

Por otra parte, estaba el Hank que arriesgaba su vida por su primo. Todo por su primo. El no obtendría nada de ello. ¿Por qué hacía todo eso por Antonio Chávez?

Samantha deseó conocer al hombre que inspiraba tal devoción. ¿O acaso eso también era una mentira? Tal vez Hank no fuese realmente tan desinteresado. Quizá sí fuese a obtener algo. Pero ¿qué?

Samantha se apoyó en las manos y extendió las piernas sobre los escalones del porche. El sol de la mañana aún debía pasar por encima del techo para llegar a los escalones, de modo que allí estaba fresco, aunque el día prometía ser muy caluroso aun a esa altura.

Samantha miró a su alrededor. Sus bellísimas montañas. Nunca había pensado que viviría en ellas, en un valle oculto. ¿Por cuánto tiempo más lo haría? En ocasiones como ésa, no le importaba la espera. Podía sentarse sola en el porche y meditar. Eso le daba la única sensación de libertad que tenía. Sabía que no podía alejarse de la casa. Sabía que los ojos de Hank la seguían en todo momento. Él estaba adentro, sentado a la mesa con su desayuno, observándola por la puerta abierta. Pero eso no le importaba.

Podía sentir la mirada de Hank a sus espaldas. Estaría mirándola con furia. Samantha rió suavemente para sí. Si, seguramente estaría furioso. Esa mañana, ella le había quemado el desayuno. No lo había hecho a propósito, pero él, por supuesto, pensaba que había sido algo intencional y armaba un escándalo. ¡Qué gruñón! Sin embargo, Samantha sabía qué era en realidad lo que lo enfurecía: ella y las dudas que había plantado en su mente.

Samantha se desperezó, se puso de pie y se dirigió a la puerta abierta. Allí se detuvo, se recostó contra el marco y miró fijamente a Hank. Él la vio y su rostro se ensombreció. Era divertido ver con cuánta facilidad podía lograr que se enfadara.

-¿Tienes algo en mente, Sam? -le preguntó en tono cortante.

La muchacha no apartó la vista.

-Nada en particular. -Se encogió de hombros. –Sólo pensaba en ti.

-¿Ah, sí?

-Dime una cosa. Si yo hubiera aceptado ser tu mujer, sólo suponlo, ¿habrías luchado por la causa de tu primo?

Hank se recostó y, por primera vez en dos días, sonrió.

-Si tú fueras mi mujer, Sam, mi lealtad estaría contigo.

~ ¿No lo dices sólo para hacerme pensar que yo misma me busqué todo esto al rechazarte?

Hank se encogió de hombros.

-Piensa lo que quieras.

Samantha frunció el ceño.

-¿Me habrías traído a vivir aquí, en esta choza? ¿Es esta la clase de vida que me ofrecías?

Hank rió sin humor.

-Créeme, las cosas habrían sido muy distintas. Pero es inútil especular al respecto. Tú me rechazaste. Ahora estamos aquí bajo circunstancias muy diferentes.

-Claro. -Suspiró. -¿No te aburre estar aquí sentado, sin hacer nada?

-No hay nada que hacer hasta que sepa que tu padre ha recibido el último mensaje. Todos estamos en un juego de espera. A mí no me agrada más que a ti.

Samantha entró a la habitación lentamente y se detuvo junto a la mesa, frente a Hank.

-Podrías darte por vencido -dijo, en tono casual.

-¿Por qué? ¿Porque tú dices que ganarás a la larga? Nadie te garantiza una larga vida, Sam. La gente muere. Tu padre podría vivir más que tú, y entonces sería mi primo el ganador.

-Esa es una probabilidad muy remota, y tú lo sabes.

~Pero es posible.

-Está bien, conserva esa esperanza si eso te hace feliz -dijo, sonriendo.

Hank se aclaró la garganta y prosiguió.

-Aún hay dos cosas que puedo hacer, niña, para cerciorarme de que las tierras permanezcan en manos de la familia Chávez. Pero no te agradarán.

Samantha lo miró con recelo.

-¿Qué cosas?

-Bueno, que tú y yo. , concibamos un hijo. . . si no lo hemos hecho ya.

Samantha ahogó una exclamación. Los ojos de Hank brillaron con diversión.

-No lo he pensado mucho, pero el hecho es que tú has jurado que tus hijos heredarán las tierras, y si uno de tus hijos fuera mío. . .

-¡Jamás! -.:.Gritó Samantha, apoyando las manos en la mesa para inclinarse hacia adelante y mirar a Hank con furia-. ¿Lo oyes? ¡Jamás! '

-Era sólo. . . una idea -dijo Hank, sonriendo.

Los ojos de Samantha brillaban como un fuego color esmeralda.

-¡Yo nunca te daría un hijo!

Tal vez no tengas otra alternativa.

-¡Ni lo pienses! -le advirtió, furiosa-. ¡Qué idea tan absurda! Es tu primo quien quiere las tierras, no tú. ¿Por qué se te ocurre una cosa así?

Se apartó de la mesa con ira, pero su furia era demasiada para dejar las cosas así, de modo que se volvió y lo miró con suspicacia.

-¿Qué te hace pensar que yo tendría un hijo tuyo? Sabes cuánto te odio.

-Sí, sé que tu corazón es frío en lo que a mí respecta. Pero estamos hablando de un hijo... tu hijo, No creo que pudieras odiar a tu bebé sólo porque yo fuera su padre.

-No puedo creer que esté siquiera hablando de esto contigo. -Levantó las manos en gesto de frustración. -¡No pienso tener un hijo tuyo! No concebí la primera vez que tú me. . . violaste. ¡Esta vez tampoco lo haré!

-Sólo se necesita una vez, querida -dijo Hank, con voz suave-. La posibilidad está allí.

-¡No es probable! -replicó, con odio por la confianza que demostraba Hank.

-Yo podría mejorar esa probabilidad.

Los ojos de Samantha se dilataron. Lo comprendía muy bien.

-Realmente estás loto -susurró-. Tu lujuria es una cosa. Pero querer crear una criatura inocente por una razón tan vil. . .

Hank se puso de pie y Samantha retrocedió lentamente.

-No te acerques, maldito seas. Te diré ahora mismo que, si tuviera un hijo tuyo, podría criado, pero me las arreglaría para desheredado. ¿Me entiendes? ¡No ganarás! ¡No te lo permitiré!

-Pues yo apuesto, Sam, que cuando llegue el momento no lo harás. Para entonces ya me habrás olvidado y amarás a tu hijo. Nunca lo desheredarás.

Hank dio un paso hacia ella y la muchacha gritó:

¡No! -Meneaba la cabeza y seguía retrocediendo. ¡No!

Atravesó la puerta y bajó los escalones antes de que Hank pudiera detenerla. Sólo quería correr, huir de él, esconderse en alguna parte.

~¡Epa!, muchacha.

Los pies de Samantha abandonaron el suelo cuando un brazo la tomó por la cintura y la hizo dar media vuelta.

-¡Caramba! ¿Qué le ha sucedido, mujer?

Samantha se detuvo al reconocer la voz y estuvo a punto de echar a llorar de alivio.

-Gracias a Dios que eres tú, Lorenzo. Pensé que. . . -Entonces se puso tensa y se aferró a la camisa del hombre. -¡No dejes que me atrape! ¡No dejes que me vuelva a llevar a esa casa!

-¿Rufino?

-¡Claro que sí! -gritó, casi sacudiéndolo-. ¿Quién más me perseguiría?

-Pero él no te persigue.

Samantha miró hacia atrás y vio a Hank en el porche, recostado contra un poste, observándola con calma. Clavó la mirada en él y lo maldijo en silencio por haberla asustado tanto mientras él estaba allí como si nada hubiese pasado, lo cual la hacía parecer ridícula.

-¿Adónde corría, señorita?

Samantha suspiró, irritada, y lo soltó.

~No lo sé. Y ya no me llames "señorita". La formalidad queda fuera de lugar aquí. Llámame Sam, como él.

-¡Sam! No, no.. .

-¡Si me llamas Samina, te juro que te romperé la nariz!

Lorenzo retrocedió, con expresión confundida, y Samantha gimió. ¿Por qué desahogaba su furia sobre él?

-Lo siento -dijo Samantha-. No tenía por qué hablarte así. Por culpa de él, ya no sé lo que hago o digo.

-¿Qué ha pasado. . . Sam?

-Él.. .

Volvió a mirar hacia la casa. Hank aún estaba en el porche, esperando, seguro de que la muchacha tendría que volver.

-ya no puedo estar sola con él, Lorenzo -dijo suavemente, y lo miró con ojos suplicantes-. ¡Él... está loco.

-¿Qué hizo?

-¡Qué no hizo! -Se aferró a los brazos de Lorenzo. -Por favor, Lorenzo, déjame quedarme contigo.

-Pero él dijo que debes quedarte con él -le recordó Lorenzo en tono suave-. Ya lo hemos discutido, pequeña. No me pondré en contra de él sólo porque tú no deseas estar a su lado.

-¡Es más que eso, maldición!

-Ven. Vamos a aclarar esto.

La tomó del brazo y la sostuvo con fuerza cuando Samantha intentó soltarse.

-¡Lorenzo, por Dios, no me lleves con él!

-Te comportas como una tonta -dijo, con impaciencia.

¡Tonta! -En ese momento, Samantha perdió los estribos por completo. -¡Él me violó! -gritó, sin importarle que su voz llegara hasta Hank-. '¡ Y habría vuelto a hacerlo ahora si no hubiera huido!

Los dedos de Lorenzo se clavaron en el brazo de la muchacha, que hizo una mueca de dolor.

-¡Esa es una acusación muy grave, mujer! Si estás mintiendo para conseguir mi ayuda. . .

-¿Crees que admitiría una cosa tan degradante a menos que fuera verdad?

Lorenzo le apretó el brazo con más fuerza y entonces, de pronto, Samantha contuvo el aliento al ver la furia en sus ojos. Lorenzo maldijo con vehemencia y se encaminó hacia la casa. La muchacha permaneció donde él la había dejado y lo siguió con la mirada. ¡Lorenzo iba a pelear por ella!

No lo había esperado. Tampoco se sentía aliviada. ¿Podría ganar? Si no podía hacerlo, ella aún tendría que vérselas con Hank, que estaría furioso con ella por haber vuelto a su hombre contra él.

Hank estaba listo para enfrentar a Lorenzo. Estaba de pie en el porche, con las piernas separadas, esperando. Lorenzo subió los escalones y le dirigió un puñetazo, pero Hank lo esquivó y se lanzó sobre él. Ambos cayeron sobre la tierra, al pie de la escalera; Hank quedó sobre Lorenzo, pero no le pegaba.

Samantha seguía mirándolos. Nada más sucedió. ¿Dónde estaba la pelea por su honor? Hank estaba diciendo algo a Lorenzo, y la muchacha se dirigió hacia ellos para averiguar qué mentiras le decía. Sin embargo, cuando llegó hasta ellos, ambos estaban poniéndose de pie, sacudiendo el polvo de su ropa, de modo que apenas oyó la última parte.

-¿Ella aceptará? -preguntó Lorenzo.

-Sí.

-¿Ella qué? -preguntó Samantha, con las manos en las caderas, mirando con furia a Hank.

-Ah, conque volviste sola, ¿eh? -dijo Hank.

Habló con calma, pero había un mensaje en sus ojos. Samantha advirtió la ira que él no lograba disimular, pero no le importó.

-¿Qué mentiras le dijiste, Hank?

-Ninguna.

-¿Negaste haberme violado? -gritó.

-Rufino no lo negó -respondió Lorenzo, incómodo. Pero te compensará por ello.

Samantha miró a Lorenzo, estupefacta.

-¿Quieres explicar ese comentario tan ridículo?

Sin embargo, Lorenzo no dijo nada más. Ya no podía enfrentar la mirada furiosa de la muchacha; se alejó rápidamente y la dejó a solas con Hank.

-¿Qué diablos le dijiste, Hank?

-Pronto lo sabrás -respondió.

-Quiero. . .

-¡Silencio! .-la interrumpió bruscamente-. Ahora nos iremos de aquí. No hay tiempo para tus preguntas, y yo tampoco deseo aplacar tu curiosidad.

-¿Irnos? Pero dijiste que teníamos que esperar hasta...

-Cambié de idea.

-Entonces, ¿me llevarás con mi padre?

-Más adelante te lo explicaré -dijo, con impaciencia.

Samantha lo siguió con la vista, furiosa, mientras Hank volvía a subir la escalera y entraba a la casa, aparentemente esperando que ella lo siguiera. No respondería ninguna pregunta.

Samantha sabía que debería estar encantada de marcharse pero, en cambio, estaba preocupada. Eso era algo demasiado repentino y el hecho de que Hank se rehusara a explicárselo le provocaba cierto recelo. ¿Qué planeaba ese hombre ahora?

CAPITULO 28

Esa noche acamparon en los llanos, sin intentar ocultar su presencia. Ni siquiera la gran roca junto a la cual se detuvieron podía cubrirlos a todos ellos y además a los caballos y a Hank no parecía importarle eso.

Iñigo cocinó una deliciosa cena de pollo asado con frijoles y quesadillas que bien podía competir con la cocina de María. Samantha se sentó cerca del fuego, pues se sentía más segura junto a esa fuente de luz. Los mismos tres hombres que la habían llevado a las montañas estaban con ella ahora, pero Hank también lo estaba. Era una gran diferencia. Ni siquiera con los demás se sentía segura cerca de Hank.

El no había dicho una palabra desde esa mañana, cuando había entrado a la casa para empacar sus cosas. La muchacha tenía muy poco que empacar. Se puso la blusa campesina y la falda que Hank le había dado y dejó su conjunto de cuero, que se había arruinado. Llevaba su cartuchera vacía sujeta a la cadera; no le resultaría útil, pero no la dejaría. Por encima de la cartuchera, la hebilla dorada del cinto que llevaba sobre la blusa brillaba a la luz el fuego. Sus finas botas de cuero sobresalían por debajo de la falda, y se había puesto su blusa de seda a modo do de chaqueta. Eso la abrigaría muy poco en caso de que se levantara un viento fuerte, pero era mejor que tener solamente la blusa de algodón, escotada y de mangas cortas.

Como no le habían dado ningún caballo, se había visto obligada a montar a Rey junto a Hank durante todo el día. Tenía el cuerpo tieso y dolorido. Hank la había obligado a sentarse frente a él en la montura, y ella había decidido no recostarse contra él; ahora estaba pagando por eso.

Miró a Hank. Estaba sentado al otro lado del fuego, terminando de comer. Nunca había llegado a hablarle de la segunda alternativa, pero Samantha no quería interrogarlo al respecto cuando la primera había sido tan aterradora. Claro que todo podría haber sido una mentira de Hank para asustarla.

Samantha terminó su vino y dejó a un lado la taza. Observó cómo Diego tomaba su bolsa de dormir y se dirigía detrás de la roca mientras Iñigo limpiaba la sartén. Lorenzo bebía un trago de tequila de una botella. Luego la guardó y se volvió hacia la muchacha, pero no la miró a los ojos. No la había mirado en todo el día, ¿Por qué Lorenzo se había calmado de manera tan súbita con lo que le había dicho Hank? Quería preguntárselo, pero él parecía muy molesto o, más bien, turbado por todo ese asunto. Pero ¿turbado por quién? ¿Por ella?

Iñigo terminó la limpieza y fue al otro lado de la piedra, tal como lo había hecho Diego. Luego Hank se puso de pie y comenzó a extender su bolsa de dormir junto al fuego.

-Alguien trajo una manta para" mí? –preguntó Samantha, vacilante.

-in embargo, ninguno de los dos hombres la miró ni respondió. Lorenzo observaba a Hank. Luego, él también se levantó y abandonó el área.

-Lorenzo, ¿adónde vas? -Samantha se levantó de un salto. -¡Lorenzo!

¡No quería estar a solas con Hank!

-Déjalo en paz, Sam -dijo Hank, con voz tan suave que apenas lo oyó.

Lorenzo no había rodeado la roca, sino que se alejaba. Después de un instante, se perdió de vista.

-¿Adónde va? -preguntó a Hank.

Las sospechas de Samantha aumentaban y la hacían levantar la voz.

-Todos dormirán lejos de nosotros.

-¿Por qué? -gritó.

-Cálmate.

-¡Dame una razón para hacerla! -exigió, con los ojos muy abiertos.

Hank rodeó el fuego y se acercó a ella, pero la muchacha retrocedió.

-¿Qué es lo que temes, Sam?

-Tú lo sabes.

Hank meneó la cabeza.

-Dímelo.

~ ¡Tú y tus locas ideas acerca de los bebés!

Hank se detuvo y Samantha continuó retrocediendo.

-Ah, entonces me tomaste en serio ¿eh? --dijo, divertido.

-Claro que no. -Intentó decirlo en tono convincente, pero no lo logró. -Es sólo que no me agrada que los demás te den esta... privacidad. La otra vez que viajé con ellos, se quedaron cerca de mí. ¿Por qué se han ido?

-Ahora estoy yo para vigilarte. Sólo se requiere un hombre para ver que no escapes.

-Pero. . .

-Quiero dormir, Sam, y no podré hacerla hasta que tú te acomodes.

-¿Vas a atarme?

-¿Es necesario?

-No.

-Entonces no lo haré. Tengo una manta para ti.

Se dirigió a su bolsa de dormir, tomó una manta y se la extendió. Samantha vaciló. Su instinto le decía que no debía confiar en él. Pero no podía escapar. Aún estaba en poder de Hank, incluso en esa vasta planicie. Por más que odiara la idea, nada podía hacer al respecto.

Si embargo, no tenía por qué mostrarse acobardada. Levantó el mentón y avanzó con paso decidido, ignorando el brillo de los ojos de Hank. Cuando llegó hasta él, le arrebató la manta. Hank rió entre dientes, pero la muchacha disimuló su irritación. Dio media vuelta con la intención de acostarse al otro lado del fuego, lo más lejos posible de Hank.

Se sobresaltó cuando sus manos la tomaron de los hombros. Hank la hizo retroceder y la obligó a tenderse sobre su bolsa de dormir.

-Mentiste -dijo Samantha, cuando Hank se tendió a su lado y colocó la mano en su falda-. ¡Dijiste que querías dormir.

-Y eso haré. . . después.

-¿Después de hacer un bebé? -gritó, con los ojos clavados en el rostro de Hank.

-Después de darte placer, Sam.

-i Estás loco si crees que me place ser violada!

Hank rió entre dientes.

-¿Quién miente ahora? Dulzura? Jamás hubo ninguna violación.

-¡Bastardo!

Intentó atacar aquel rostro, pero Hank le apartó las manos y luego, con rapidez, la tomó de las muñecas y le sostuvo las manos por encima de la cabeza. Sus ojos parecían hechos de frío acero y su boca se había convertido en una línea dura.

~ -Mi cara me gusta como es -dijo fríamente-. Si la marcas con tus uñas como me marcaste el pecho, juro que te dejaré cicatrices iguales. Piénsalo, Sam, antes de volver a usar tus garras.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Samantha.

-Eres cruel, Hank. No me dejas nada.

-¿ y qué me dejaste tú cuando me robaste el corazón? -preguntó suavemente.

Samantha lo miró a los ojos y en ellos no vio más que honestidad.

-Te lo devuelvo. Está entero, es duro y vengativo. Además, tú me robaste la inocencia, que es algo que no puedo recuperar. Tienes la ventaja y, aun así, quieres la venganza.

-Esto no es venganza -susurró-. Tú me haces arder de deseos. ¿No te satisface tener ese poder sobre mi?

-¡No! ¡Tú me haces sufrir!

-Tú no sabes lo que es sufrir, Samina. Jamás te hice daño, ni siquiera cuando te tomé con furia. Aquel día, estabas más molesta por las verdades que te dije de Adrien que por mí.

-Pero no tomas en cuenta mis sentimientos. Te odio

-Pero cuando te hago el amor, lo olvidas.

-¡No es verdad!

Hank sonrió, y con su mano libre, le acarició la mejilla.

-No soy ciego a lo que te pasa cuando te toco, querida. ¿Por qué insistes en fingir tanto?

La muchacha apartó la vista y un intenso rubor ascendió por su cuello.

-Hay pasión en ti -prosiguió Hank, con voz ronca-No puedes luchar contra eso. La sientes conmigo. Yo te quito el orgullo, que es lo único de lo que sufres. Pero tu orgullo regresa más tarde, de modo que no tienes porqué perderlo si no quieres.

La besó y Samantha no pudo replicar. Hank había llegado a su interior y había discernido todas las verdades que ella creía haberle ocultado. La hacía sentir vulnerable.. no por su fuerza, sino por su conocimiento de ella. ¿Cómo había podido llegar a conocerla tan bien?

Samantha comenzó a corresponder el beso. Hank la obligó a buscar sus labios, echándose atrás de modo que la muchacha tenía que esforzarse para llegar a él. Sólo cuando Samantha llegó a su límite y sus hombros comenzaron a temblar por el esfuerzo, Hank la hizo bajar la cabeza hasta el suelo y cubrió aquellos labios con los suyos. Era implacable en su pasión, fogoso y salvaje, y el deseo de la muchacha igualaba el suyo.

Samantha lo siguió, movimiento por movimiento su cuerpo obedeció a las cuerdas que movía Hank, hasta que llegó el momento de la dulce y palpitante liberación. El primer pensamiento que registró la mente de Samantha cuando pudo volver a pensar con claridad era que esta vez no lo había marcado. Pero luego los movimientos de Hank le llamaron la atención: se frotaba el hombro izquierdo y hacía una mueca de dolor.

-¡Gata! Tus dientes son tan afilados como tus garras. ¡Es peligroso hacerte el amor!

Samantha lanzó una carcajada y, a medida que la risa se intensificaba, la expresión de Hank se ensombrecía más. Después de todo, sí lo había marcado; lo había mordido y ni siquiera lo recordaba.

-En tu lugar, yo recordaría la situación en que estaba antes de divertirte a mis expensas -le advirtió Hank con voz suave.

La risa se detuvo de inmediato.

-Lo siento -dijo Samantha, y le tocó el hombro-. ¿Quieres que te revise la herida?

-Lo haré yo mismo, gracias, tal como hice con todas las otras heridas que me causaste.

-. -Bueno, ya que no quieres mi ayuda, ¿qué tal si me dejas levantarme?

Hank gruñó y se hizo a un lado, pero la rodeó con un brazo para que no pudiera levantarse.

-Dormirás aquí. .

-No seas ridículo.

-Hablo en serio, Sam. Compartirás mi bolsa de dormir. Es más blanda que el suelo.

-No me importa lo blanda que sea -replicó, en tono airado-. Preferiría dormir en un lecho de cactos antes que estar cerca de ti.

-Me importa un bledo lo que prefieras –suspiró Hank-. Quiero que estés cerca de mí, y no lo discutiremos más. No quiero que te escabullas mientras duermo.

Hank se abrochó la ropa y luego se inclinó para hacer lo mismo con la de ella. Samantha intentó detenerlo, pero él le apartó las manos.

-¡Eres imposible! -dijo, y le volvió la espalda en cuanto terminó.

Hank cubrió a ambos con las cobijas y se acomodó tras ella, curvando su cuerpo contra el de la muchacha y rodeándola con un brazo.

-Cuando te enfadas, eres como una joya. Brillas y reluces. . . para mí. Eres mi alhaja.

-Dices eso para fastidiarme, ¿verdad?

-Sí. -Rió entre dientes. -Me encanta avivar tu temperamento. Pero ¿sabes qué me gusta más?

-¡No quiero saberlo! -replicó fríamente, y luego preguntó: -¿Qué? .

Al responder los dedos de Hank le rozaron un pezón.

-Me encanta ver la pasión ardiendo en tus ojos cuando.. .

-¡Oh, cállate, maldición!

Samantha se tapó los oídos, pero continuó oyendo la voz de Hank acicateándola.

-La próxima vez que te desee, no opondrás tanta resistencia, ¿eh?

La muchacha no respondió. No dejaría que Hank la irritara. Al día siguiente, ella estaría un día más cerca de su padre y del. momento en que viera a Hank Chávez por última vez.

CAPITULO 29

Habían dejado las montañas seis días antes. Habían pasado por la hacienda Kingsley... si aún lo era. Por lo que sabía Samantha, su padre ya la había vendido. Esa idea la deprimía mientras rodeaban la hacienda hacia el este y luego seguían cabalgando hacia la frontera.

Aparentemente, Hank no tenía prisa. Parecía caminar arrastrando los pies, tardaba en levantarse por las mañanas y acampaba temprano por la noche. Debido a esa marcha lenta habían perdido casi dos días. Hank tampoco parecía preocuparse porque alguien estuviese buscando a Samantha.

Estaban a apenas un día de viaje del hogar de Samantha cuando llegaron a un pueblito. Hacía ya tiempo que Samantha había abandonado su postura rígida en la montura, pero aun así estaba fatigada. No conocía a nadie en ese pueblo, pero había una iglesia, de modo que tal vez fuera gente decente. Se le ocurrió la posibilidad de encontrar ayuda allí. Sería cuestión de hablar con alguien sin que Hank lo supiera. Por eso, cuando Hank se detuvo frente a una cantina y desmontó para entrar, Samantha sintió renacer sus esperanzas. Permaneció afuera, esperando junto a los demás, que aún no habían desmontado. Esa noche, la calle estaba oscura, aunque se veían algunas luces dispersas en algunas casas y había una antorcha

encendida frente a la iglesia. Era un pueblito de trabajadores y la mayoría de sus habitantes ya se habría retirado a dormir.

Pasaron veinte minutos hasta que Hank regresó y ayudó a desmontar a Samantha. Lorenzo y Diego los siguieron hacia el interior de la cantina, mientras Iñigo llevaba los caballos a un establo.

La cantina era pequeña y tenía poca iluminación. Una vela titilaba en un extremo del mostrador, cerca de una escalera, hacia la puerta, mientras que al otro lado de la habitación había un fuego encendido bajo una gran olla. Había una mujer de edad incierta inclinada sobre el fuego, agregando combustible. Las mesas eran muy pocas. En una de ellas dormía un hombre de cabello cano, que no advirtió la llegada de los viajeros.

Cuando entraron, la mexicana que estaba junto al fuego se volvió y les sonrió. Les señaló una mesa y dijo que la comida pronto estaría lista. Diego y Lorenzo se sentaron, se quitaron los sombreros y colocaron a un lado las alforjas y los rifles. Hank, en cambio, llevó a Samantha hacia la escalera y tomó la vela que estaba sobre el mostrador para iluminar el camino. Mientras subían la escalera, sostenía a la muchacha del codo con firmeza.

-¿Pasaremos la noche aquí? -preguntó Samantha, antes de llegar al primer piso.

-Sí. Hay sólo dos habitaciones, pero la señora Mejía ha tenido la amabilidad de cedemos la suya.

-¿La mujer que estaba abajo?

-Sí. Ella misma dirige este lugar. Es viuda.

Entonces Samantha tendría que hablar con la señora Mejía. ¿Cómo podría hacerlo si Hank la encerraba en una habitación?

-¿Ni siquiera podré cenar antes de que me encierres?

Hank rió entre dientes por el tono agresivo de la muchacha.

-Pensé que te gustaría tomar un baño. Luego podrás bajar a comer.

Habían llegado al primer piso. Las dos habitaciones estaban allí mismo y de una de ellas salió un muchacho con dos cubos vacíos.

-Tu baño está listo -dijo Hank, y agradeció al muchacho antes de conducir a Samantha al interior del cuarto.

Había bastante luz de una vieja lámpara. La tina que la esperaba era pequeña pero echaba vapor y tenía una fragancia de rosas. Samantha sonrió. Habían agregado al baño su perfume favorito. También había ropa limpia tendida sobre la angosta cama.

-¿Es para mí? -preguntó Samantha, señalando la falda y la blusa blancas con bordes de delicado encaje y la hermosa mantilla que estaba junto a ellas.

-Sí.

-¿Son de la señora?

-No, una amiga suya tiene una hija de tu talle. Es ropa nueva. Para que la conserves.

-¿La compraste tú?

Hank asintió.

-¿Y el agua de rosas también fue idea tuya? ¡Vaya! Estuviste bastante ocupado mientras te esperábamos en la calle. ¿Quieres buscar alguien que me ayude con el baño?

-Yo te ayudaré con gusto.

-No importa -replicó, irritada.

Hank sonrió.

-Entonces te veré abajo cuando termines.

Cerró la puerta y la dejó sola. Samantha corrió hacia la ventana para ver si ofrecía una vía de escape, pero no tenía cornisa. No había nada que hacer excepto tomar su baño y esperar que aún pudiera arreglárselas para hablar con la señora Mejía.

Menos de una hora más tarde, Samantha bajó la escalera. Se sentía mucho mejor después del baño. También se había lavado el cabello. La falda y la blusa de encaje le quedaban bien. Eran de confección fina, tal vez como regalo especial para la señorita que debía recibir las originalmente.

Deseó que esa muchacha recibiera algo tan bonito como eso con el dinero de Hank. Pero ¿por qué se había tomado tantas molestias?

También le había traído sandalias, y la mantilla que llevaba sobre el cabello húmedo estaba hecha del mismo encaje delicado que adornaba la falda y la blusa. Samantha se sentía como una jovencita que iba a encontrarse con un caballero preferido. Sólo que el hombre con quien se encontraría era Hank.

Hank estaba en la cantina con la señora Mejía. Los otros se habían retirado. Estaban hablando junto al fuego como viejos amigos. El también se había cambiado de ropa. Tenía puesto el traje negro que había llevado la vez que la había llevado a cenar, hacía tanto tiempo ya, la primera vez que la había besado. Había sido entonces cuando Samantha comprendió que debía dejar de utilizarlo para poner celoso a Adrien. ¡Qué imbecilidad la suya al poner en práctica ese plan! ¡Y qué la había conducido!

Hank se adelantó y tomó la mano de Samantha. La condujo a una mesa donde ardía una vela alta. Había dos platos, una botella de vino y una cesta de frutas. La señora les trajo bistec guisado, arroz y pan.

-Hank, ¿dónde están los demás? -preguntó Samantha.

-Ya comieron.

Eso fue todo lo que dijo. Sirvió vino para ambos. Samantha frunció el ceño. Eso no le agradaba en absoluto. ¿Por qué Hank se comportaba con tanta formalidad? ¿Y por qué aquella cena íntima para dos?

Hank advirtió el ceño fruncido.

-¿Sucede algo, Sam?

Las preguntas que la muchacha deseaba formularle sólo lo habrían divertido, de modo que se rehusó a hacerlo.

-No. Sólo me preguntaba por qué te sientes tan seguro en este pueblo. Lo único que necesitaría sería decir a alguien que me has raptado.

-Nadie de aquí habla inglés -replicó, sonriendo.

-¿Cómo lo sabes?

-Conozco a toda esta gente, Sam -respondió-. Vivían en la Hacienda de las Flores.

Samantha ahogó una exclamación.

-¿La gente de tu primo?

-Sí. Los viejos y los niños vinieron a vivir aquí después de que mataron al padre de Antonio, y a todos los jóvenes se los llevaron de la hacienda. Los hombres que sobrevivieron a la revolución regresaron aquí más tarde, con sus familias. Ya no había nada para ellos en la hacienda. Tu padre ya estaba allí; tenía sus propios peones e incluso Sus propios sirvientes. Hasta el sacerdote de aquí sirvió a la familia Chávez.

Samantha había quedado sin habla. ¡ Y ella esperaba encontrar ayuda allí! No era de extrañarse que Hank se sintiera seguro. Toda esa gente la odiaría si supiera que era la hija del hombre que no quería devolver las tierras a su patrón. Se ruborizó al comprender lo que habría ocurrido si hubiese pedido ayuda a la señora Mejía.

-¿Por qué no me lo advertiste? -preguntó Samantha con amargura.

-¿Para qué? -dijo Hank fingiendo perplejidad-. No era algo que necesitaras saber.

Samantha lo miró con furia pero quedó en silencio. Atacó la comida, pero pronto su ira se disipó. Después del tercer vaso de vino, se resignó a pasar otra semana con Hank hasta que llegaran a la frontera. No podía hacer que lo capturaran allí, pero llegaría un día en que le haría pagar por todo.

-Ven, Sam. Iremos a caminar un poco.

Hank se puso de pie y le tendió la mano, pero Samantha meneó la cabeza.

-Prefiero quedarme aquí y embriagarme.

Extendió la mano para tomar la botella de vino, pero Hank la apartó.

-No, primero caminaremos. Luego podrás volver y beber cuanto quieras.

-Pero no quiero ir a ninguna parte contigo -replicó, con malhumor.

-Pues yo insisto. Y ésa es razón suficiente, ¿no crees? -dijo, sonriendo.

-¡Oh!

Samantha salió de la cantina sin permitirle tomarla del brazo, pero se detuvo al encontrarse con una oscuridad absoluta. No había luna ni estrellas. El aire estaba fresco y quieto, como antes de una tormenta. Tal vez habría una antes de que terminara la noche.

-Por aquí, Sam.

Hank la tomó del codo y la condujo hacia la calle. Pasaron por el almacén de ramos generales que estaba junto a la cantina, por la herrería y por algunas casas. Estas arrojaban un poco de luz hacia la noche y, más adelante, había más luz al final de la calle, donde sobresalía la iglesia. Había dos hombres de pie frente a ésta, conversando. La puerta estaba abierta y adentro había velas encendidas.

Samantha dejó que Hank la condujera. Estaba un poco mareada por el vino. Era una sensación agradable. Hank caminaba lentamente y la muchacha le seguía el paso. Hank no hablaba.

-¿Me llevas a algún lugar en particular, Hank?

-Sí, a casarte.

Samantha se detuvo en seco, sin aliento.

-¿Casarme? ¡Casarme! ¿Contigo?

-Habla un poco más bajo -dijo, en castellano.

-¡No pienso bajar la voz! -gritó, forcejeando para soltarse-. ¡Estás loco!

-Y tú entiendes el español muy bien -replicó Hank con calma; la más leve de las sonrisas curvaba sus labios.

Samantha contuvo el aliento.

-¿Estabas bromeando? ¡Qué truco tan sucio! -exclamó, furiosa-. ¡Decir algo así sólo para hacerme admitir que hablo castellano! ¡Sí, lo hablo! Y tú lo supiste todo el tiempo, ¿verdad?

-Sí.

-¿Y bien? ¿Cuál es la diferencia?

-Ninguna.

-Entonces, ¿por qué me engañaste así?

-No te engañé, Sam. Lo que dije era verdad. Nos casaremos. Esta noche. De hecho, ahora mismo.

La muchacha sólo atinó a mirarlo fijamente. La seriedad del tono de Hank le demostró que no bromeaba.

-No... no puedes hablar en serio, Hank.

-Así es, gatita. -Se encogió de hombros.-Lo exigen las circunstancias.

-¿Qué circunstancias lo exigen?

-Las que tú has creado. A mí no me agrada la idea más que a ti, pero tú me obligas a tomar medidas drásticas con tus intentos de arruinar mis planes.

-¿Es ésta tu otra alternativa?

-Lo era. Yo estaba en contra de hacer esto. ¿Realmente crees que quiero casarme con una zorra como tú? No, Sam, tú y yo jamás podríamos tener un verdadero matrimonio. No podríamos vivir juntos como las personas normales. Uno de nosotros mataría al otro.

-Entonces, ¿por qué? -exclamó. Entonces halló la respuesta-. Tomaste esta decisión en el campamento de las montañas, ¿no es así? ¿Cuando Lorenzo te atacó? Fue eso lo que lo tranquilizó, ¿verdad? i Le dijiste que te casarías conmigo!

-Sí. Tú me obligaste. Me agrada Lorenzo. No quería lastimarlo. Aunque había pensado en casarme contigo y había descartado la idea, volví a considerarla. En verdad, resuelve los problemas que me has puesto en el camino. Tal vez no me guste, pero me ayuda a vencer.

Samantha se puso tensa.

-¿No olvidas algo... amante? -dijo, con desprecio-. Para que te cases conmigo, yo tengo que aceptar.

-Lo harás.

-¡Jamás! ¡Ni por tu vida!

-No, Sam, por la vida de tu padre. Si no nos casamos esta noche, Diego irá hacia la frontera. Buscará a tu padre y lo matará.

-¡Eres... eres...!

-Decidido.

-¡...despreciable! ¡Culebra! ¡Tiránico! ~

-Sam..

¡Villano! ¡Sucio!

¡Basta ya! -la interrumpió Hank-. Ambos nos odiamos por igual, pero aun así nos casaremos.

-¡Pero es una locura! -protestó, con frenesí-. Crees que podrás controlarme si eres mi esposo. ¡Pues no lo harás! ¡No viviré contigo!

-No espero que lo hagas ni lo deseo -replicó Hank-. Te devolveré a tu padre.

Samantha se tranquilizó.

-Me divorciaré de ti. No habrás logrado nada.

-Te sugiero que esperes un mes o dos... Podría gustarte el título de "señora".

Samantha se ruborizó.

-¿En caso de que quede embarazada? No me importa, me divorciaría de todos modos.

Hank se encogió de hombros.

-Entonces no importará.

-¿Por qué?

-Ven. -Ignoró la pregunta y la tomó de la muñeca.-Nos esperan.

Samantha vio quiénes los esperaban. Los dos hombres que estaban frente a la iglesia eran Lorenzo e Iñigo.

Llegaron a los escalones de la iglesia demasiado pronto, Samantha se sentía como si la llevaran al matadero. Lorenzo evitó su mirada execrante. La muchacha supuso que, para él, la violación carecía de importancia siempre y cuando Hank se casara con ella. i Se suponía que eso lo compensaba todo!

-Todo está arreglado -dijo Lorenzo a Hank.

-Bien -respondió-. Entonces, terminemos con esto.

¿Terminar? Sí, se dijo Samantha. Termina con eso y olvidarlo pronto. El hecho de casarse con Hank Chávez no haría ninguna diferencia verdadera en su vida. Lo hacía obligada. No se consideraría realmente casada. En cuanto estuviera de regreso con su padre, a salvo lejos de Hank, obtendría el divorcio. Sería así de simple. Ahora no pelearía con él.

No tardaron mucho. En unos instantes, el viejo sacerdote comenzó a pronunciar palabras sagradas sobre ella, uniéndola ante los ojos de Dios a Enrique Antonio de Vega y Chávez. La muchacha ni siquiera escuchaba. Las palabras carecían de significado para ella. Tuvieron que llamarle la atención cuando llegó su turno de hablar. Lo hizo. Aceptó. Cuando todo quedó en silencio, supo que había terminado.

-Dios los bendiga -dijo el sacerdote, y Hank la besó.

Fue un breve roce de sus labios que no albergaba calidez alguna. Luego, salieron de la iglesia y el sacerdote observó que formaban una hermosa pareja. La respuesta de Lorenzo fue: "Se detestan mutuamente".

Samantha imaginó la cara del sacerdote al oír eso. El anciano no entendería. Ni siquiera ella misma lo entendía ya. Estaba fatigada. Pero estaba casada.

CAPITULO 30

-Samantha Chávez. -La muchacha pronunció el nombre experimentalmente.-Señora de Chávez. –Frunció el ceño.-No me agrada ese nombre. Es odioso y pertenece aun hombre odioso.

-Estás ebria, Sam.

-Así es.

Samantha rió y volvió a caer sobre la cama, con los brazos extendidos. Un poco del vino de la botella que tenía en la mano cayó al piso, pero ella no lo advirtió. Hank la miraba, meneando la cabeza, con ojos oscuros e indescifrables. Al verlo, la muchacha volvió a reír.

Hank la había traído de regreso a esa habitación directamente desde la iglesia. Samantha había esperado lo peor, pero la había dejado allí. Había colocado dos botellas de vino en el cuarto y, pronto, Samantha terminó una con la esperanza de ahogar las confusiones de esa noche, ahogar lo que aún podría pasar. Acababa de empezar la segunda botella cuando Hank regresó.

Samantha cerró los ojos e intentó hacer que su cabeza dejara de dar vueltas. Cuando volvió a abrirlos, habían pasado varios minutos y Hank estaba inclinado sobre ella. Primero advirtió que tenía el torso desnudo. Luego comenzó a bajar la vista, pero se ruborizó y se apresuró a mirarlo a los ojos. Hank le sonreía, y Samantha cerró los ojos ante aquella sonrisa.

-Adelante, Hank -dijo, farfullando-. De todos modos, no recordaré nada.

-¿No recordarás qué?

-Que vuelvas a violarme.

-¿Violarte? -La reprendió con un chasquido de la lengua.-Ahora estamos casados.

-¡Ja, ja! -rió Samantha-. Esa ceremonia en la que me obligaste a participar no cambió nada. No tengo más deseos que antes de que me toques.

-Entonces, cálmate, chica. Sólo quería quitarte la ropa para que puedas dormir cómoda.

-¿De veras?

Hank la levantó hasta una posición sentada y la cabeza de Samantha enloqueció: comenzó a palpitar y a dar vueltas vertiginosamente. No podía fijar la mirada en Hank. Lo veía borroso, meciéndose de un lado al otro, lo cual empeoraba su mareo.

-¿Quieres quedarte quieto? -dijo, malhumorada.

Hank sonrió pero no dijo nada. Cuando Samantha cerró los ojos, sus pensamientos se volvieron más coherentes. Supo lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, no se engañó. Sabía que estaba ebria. Sabía que Hank estaba desvistiéndola. Sintió el aire fresco en el cuerpo cuando volvió a tenderse en la cama. Ya no tenía siquiera la ropa interior. Luego sintió unos tirones cuando Hank quitó las cobijas de debajo de ella y una tibieza al ser cubierta.

Sin embargo, Samantha no podía creer que Hank realmente fuese a dejarla. Después de todo, había bebido tanto vino para prepararse. Deseaba estar ebria para no recordar nada de su noche de bodas. ¿Había sido inútil? La cama estaba demasiado quieta.

-¿Hank? Hank, ¿dónde estás? -preguntó Samantha farfullando.

-Aquí, querida.

Oyó la voz de Hank junto a su oído y, al volverse, halló su rostro junto al suyo en la almohada. Hank pasó un brazo por debajo del cuello de la muchacha y la hizo apoyar la cabeza en su hombro. ¡Muy bien! Samantha sabía que él había estado mintiendo. No dejaría pasar la oportunidad. Ella estaba demasiado vulnerable.

-Sólo hazlo... rápidamente -masculló.

Hank rió.

-Ahora que eres mi esposa mereces mi consideración.

Parecía estar hablando consigo mismo más que con Samantha, que tardó un momento en comprenderlo.

-¿No me forzarás?

Hank rió suavemente.

-Al contrario, joyita. No será nada bueno sellar nuestro matrimonio si más tarde puedes decir con toda sinceridad que no se hizo porque tú no lo recuerdas. Esperare hasta estar seguro de que lo recordarás.

-No quiero esperar. Por favor, Hank.

-¿Al fin suplicas mi amor, Samina?

El tono de Hank hizo que la muchacha se pusiera tensa, pues advirtió que realmente estaba suplicándole. Clavó sus uñas en el tierno costado del pecho de Hank.

-¿Te parece considerado esperar hasta que yo pueda recordarlo?

Hank no respondió. Las uñas de Samantha lo soltaron lentamente y le dejaron diminutas marcas. Luego, su mano quedó floja contra él y su respiración se volvió pareja, aunque un poco agitada.

Hank suspiró. Los suaves senos de Samantha presionando contra su costado izquierdo le ardían tanto como las marcas de las uñas. Ansiaba amarla. Ese absurdo matrimonio, las razones por las cuales había insistido en contraerlo... en ese momento no pensaba en esas cosas. El tibio cuerpo de Samantha acurrucado junto a él bloqueaba todo pensamiento ajeno a ella y creaba un fuego que no se apagaría hasta que pudiera marcarla con él.

Sin embargo, no lo haría ahora que ella estaba atontada por el vino. No era así como él deseaba aquella unión, Hank se maldijo. La había dejado sola después de la ceremonia a fin de que aumentara el temor de Samantha, para hacerla esperar y preguntarse qué le esperaba. Pero lo único que había logrado era perjudicarse. No sabía que la señora Mejía les dejaría vino en la habitación para su celebración privada. No sabía que su temperamento se calmaría, que cambiaría de idea y que querría que esa noche fuese especial.

Había regresado a la habitación con la intención de lograr que Samantha lo deseara... por las razones apropiadas. Quería que lo deseara tanto como él la deseaba.

Samantha se movió y pasó una pierna por encima de la de Hank. Él gimió y, luego de desembarazar rápidamente sus piernas, se levantó de un salto. Volvió a mirada. Samantha no había despertado: no tenía conciencia de la agitación de Hank.

Tenía el cabello extendido sobre la almohada y Hank se maravilló ante el intenso color castaño matizado de rojo, sedoso y suave. Había un mechón suelto que caía sobre sus senos y se levantaba suavemente con su respiración. Nunca la había visto así, tan hermosa, con tanta paz. Tuvo que apretar los puños para no tocarla.

-¡Me está volviendo loco! -dijo, y luego tomó sus pantalones antes de abandonar la habitación.

Sería una noche larga de tormento... similar a muchas otras noches que había pasado desde que había conocido a Samantha.

CAPITULO 31

-Esta no es la noche de bodas, Hank -protestó Samantha, adormecida-. Perdiste tu oportunidad.

-¿Qué importa la luz del día entre enamorados?

-¿Enamorados? ¡Dios mío! -exclamó Samantha, e intentó en vano apartar las manos de Hank.

Hank rió. La había despertado con sus manos. La muchacha había regresado de su sueño profundo y descubierto que aquellas manos acariciaban todo su cuerpo. Había creído estar soñando, pues las sensaciones eran deliciosas. Se había asombrado al advertir que las manos eran reales.

-Adelante, entonces -dijo, con el mayor aburrimiento que pudo fingir-. Sé que no hay manera de detenerte cuando te pones así. Me cansé de intentarlo.

-¿Esperas herir me con la indiferencia? –preguntó Hank suavemente.

Samantha lo miró a los ojos y frunció el ceño.

" -¿Eso te lastimaría? ¿Realmente habría alguna diferencia?

Hank sonrió y la miró con perspicacia.

-Te gustaría pensar eso, ¿eh? Pero es inútil especular, querida. Tu indiferencia no puede durar mucho. Tú lo sabes tan bien como yo.

Sus labios la acariciaron suavemente. Instantes después, Samantha pensó que el ardor de aquel beso la devoraba. Cuando terminó, deseó más. Hank se tendió sobre ella, la tomó de los hombros, su pecho presionó el de la muchacha y sus labios comenzaron a moverse por su cuello en forma enloquecedora.

Samantha no podía luchar contra el poder de Hank. ¿De qué serviría? De alguna manera, él siempre se las-había ingeniado para que ella respondiera. Siempre había logrado ganar. Dejó que la razón se hiciera cargo de sus actos. Después de todo, era su esposo. Estaban casados.

Su esposo... su esposo... Lo repitió una y otra vez en su mente hasta que Hank la penetró y Samantha gimió. Encerró la cadera de él con sus piernas y respondió a los movimientos de Hank con ardor.

-Mi marido... -decía en voz alta, casi sin darse cuenta.

Luego tomó la cabeza de Hank y le mordió la oreja, no con mucha fuerza pero sí la suficiente para que él lo notara.

-Querías que lo recordara -susurró antes de introducir la lengua en aquella oreja, lo cual hizo que Hank se estremeciera-. ¡Tú también lo recordarás, querido!

Lo besó con abandonada pasión y la de él aumentó con creces. Era una bestia viril, y a ella le encantaba. Ambos llegaron juntos a la culminación y juntos descendieron, saboreándolo todo.

Sin embargo, Hank no había terminado. Volvió a tomarla, con el mismo salvajismo que antes y con la misma ternura. Samantha respondió; esta vez, sus uñas lo acariciaban. Sus manos eran tan suaves como las de él porque, al fin, quería dar placer además de recibirlo. Y

así lo hizo. No era momento para pensar. Eso vendría más tarde. Ahora Samantha sólo sentía, sentía y respondía a la ternura de Hank.

Era un hombre asombroso, aquel bandido apuesto... su esposo. Samantha se durmió con ese pensamiento, lánguida, saciada, con Hank a medias sobre ella y a su lado, que apoyaba la cabeza en su pecho.

-Es hora de que partamos, Sam -dijo Hank, mientras la despertaba con una suave sacudida.

Estaba vestido y se apartó para juntar la ropa de la muchacha. Samantha agradeció en silencio que no la mirase, pues se ruborizó al recordar y no quería que él viese su turbación. Vaya, él actuaba como si nada hubiese ocurrido. ¿Podía ser verdad que no significara nada para él?

Samantha se sentía muy distinta. No sabía que Hank pudiera ser un hombre tan tierno. Eso la hacía verlo a una nueva luz y la ponía incómoda con respecto a su antigua animosidad. Era muy peligroso. Tenía que olvidar su unión, olvidar aquella maravillosa unión. Era obvio que él ya lo había hecho.

-Ahora te llevaré con tu padre -dijo, finalmente.

Le entregó la ropa que ella había usado para cabalgar y que algún alma buena había lavado. La falda y la blusa de encaje ya no estaban. No quiso preguntar por ellas. Samantha bajó las piernas de la cama y dio la espalda a Hank.

-Conque te casas conmigo y ahora me devuelves a mi padre, ¿eh?

-Al menos nunca serás una solterona -dijo Hank, riendo.

-¡Solterona! -exclamó, indignada, y lo miró con furia por encima de su hombro-. ¡De ninguna manera!

-¿Crees que tu Ramón se habría casado contigo al ver crecer tu vientre con el bastardo de otro? No hay muchos hombres que acepten productos corruptos.

-i Eres despreciable! -Sus ojos le lanzaron llamas verdes.-¡ Y estás dando por sentado algo que no ocurrirá! No necesitaba que salvaras mi reputación. Y de ninguna manera te lo agradeceré.

Hank sonrió y sus ojos grises danzaron. Ese rostro, esos ojos, la manera en que la miraba... Samantha retrocedió. Dios, ¿qué le estaba haciendo Hank?

-Aún no me has dicho por qué te casaste conmigo -dijo Samantha, con mucha más calma-. y no pienso creer esas tonterías de que me salvaste del escándalo. ¿Por qué, Hank?

-¿De veras no lo adivinas?

-Si así fuera, ¿crees que te lo preguntaría?

Ya estaba vestida y se volvió hacia él a tiempo para verlo encogerse de hombros.

-Tal vez algún día lo veas con claridad.

-¿Por qué no lo aclaras ahora? No había ningún motivo. No puedes dominarme. Me entregarás a mi padre y yo me divorciaré. ¿Entonces? ¿Qué habrás logrado? Nada de esto ayudará a tu primo a conservar mis tierras.

-No quieras saberlo, Samina -respondió, en tono misterioso-. De veras, te arruinaría el día.

-¡Ya me lo has arruinado! -gritó, mientras Hank se marchaba.

Samantha estaba enfurecida.

-¡Dios mío, qué bastardo exasperante! -dijo a las paredes.

Los demás esperaban frente a la cantina, bajo el brillante sol de la mañana. Mucha gente se había reunido allí para despedir a Hank. Lo llamaban "Don Enrique". El nombre parecía conocido a Samantha, pero no lograba recordar dónde lo había oído. Toda esa gente que se mostraba tan feliz por él la había sorprendido.

Samantha esperó en tensión hasta que Hank le tendió la mano y la ayudó a montar a Rey. La gente le decía adiós con las manos. Sabían que era la esposa de Hank... su esposa legítima.

Dios, no podría soportar eso mucho más tiempo, y aquellos rostros sonrientes la hacían sentir peor de lo que se había sentido en bastante tiempo.

CAPITULO 32

El viaje a El Paso fue corto pero agotador. Si bien Hank había arrastrado el paso antes de que se casaran, ahora los llevaba a paso abrumador, como si ansiara llegar a la frontera y librarse de Samantha.

Nunca le daba oportunidad de hablarle. Mientras cabalgaban, se negaba rotundamente a responder las preguntas que ella le lanzaba por encima del hombro y, cuando acampaban, la muchacha ya no tenía deseos de hablarle.

Hank no exigió sus derechos hasta la última. noche, cuando acamparon a un kilómetro de los ríos Grande y El Paso, donde Hank suponía que estaría esperando Hamilton Kingsley.

Esa noche, una vez más, Hank se mostró muy tierno. Al saber que sería su última vez, Samantha demostró una ternura que casi igualaba a la de él.

Al despertar la mañana siguiente, Hank se había marchado. Los otros tres hombres aún estaban con ella, holgazaneando por el campamento como si no pensaran ir a ninguna parte por el momento. Samantha estaba perpleja. Hank ni siquiera se había despedido.

Cuando Lorenzo le trajo café y un poco de comida seca, lo invitó a sentarse, sonriente, con la esperanza de sonsacarle alguna información.

-¿Adónde ha ido tan temprano?

-A El Paso.

-¿Solo? ¿Antonio está allá? ¿Va a encontrarse con su primo?

-¿Antonio?

Samantha suspiró.

-¿Ni siquiera conoces a Antonio? Dios, ¿no sabes por qué me secuestraron?

-Y o sigo órdenes y por eso me pagan. No hago preguntas.

La furia de Samantha afloró, pero no quería provocar la hostilidad de Lorenzo.

-¿Qué te dijo Hank al marcharse? ¿Dejó algún mensaje para mí?

-Sí, me pidió que te dijera que lo buscaras en seis o siete meses.

Samantha frunció el ceño.

-¿Y eso qué significa?

Lorenzo se encogió de hombros.

-Dijo que tú entenderías.

Luego de un momento, lo entendió y se ruborizó. En seis o siete meses, si estaba embarazada, sería muy evidente. ¡Aun al marcharse tenía que acicatearla!

-Entonces ¿no volverá aquí? Quiero decir, si dejó ese mensaje, es que no piensa volver a verme pronto.

-No.

-Pero, ¿cuándo me llevarán con mi padre? ¿Cómo sabrás si todo está arreglado?

-Debemos esperar aquí, Sam. Tu padre vendrá a buscarte aquí.

-¿Cuándo?

Lorenzo volvió a encogerse de hombros.

. -Tal vez hoy... o mañana. Ten paciencia, pequeña. Pronto volverás a estar con tu padre.

Mientras cabalgaba hacia El Paso, Hank comenzaba a preocuparse. ¿Podría encontrarse con Kingsley como por casualidad? Tenía que parecer una casualidad. Diría que había ido a El Paso a visitar a un primo. Se mostraría muy sorprendido al toparse con Kingsley.

Era algo muy arriesgado. Si tan sólo no hubiese tenido que cambiar sus planes... El segundo encuentro con Kingsley después del secuestro era peligroso. El hombre podría comenzar a sospechar o, al menos, sentir curiosidad por la relación de Hank con el hecho. Había pensado esperar más tiempo, correr el riesgo de que Kingsley vendiera las tierras a otra persona antes de que Hank llegara, en lugar de aparecer demasiado pronto luego de la entrega del último mensaje. Sin embargo, allí estaba. Había cambiado sus planes... por Samantha.

Había demasiadas dudas con respecto a ella. Era una mujer demasiado astuta. Aún no estaba completamente seguro de que su matrimonio con ella hubiese cubierto todas las posibilidades.

Como su esposo, Hank tenía pleno control de todo lo que le pertenecía. El divorcio no cambiaría eso. Samantha podía disolver el matrimonio, pero no podría recuperar lo que había pasado a ser legalmente de Hank desde el momento de la boda... por ejemplo, la Hacienda de las Flores.

Sin embargo, Hank quería tener el título de la propiedad en sus manos para que todo fuese absolutamente legal. En efecto, pagaría por aquello que ya era suyo, pero no quería tener las tierras por nada. Esa nunca había sido su intención. Insistía en pagar por ellas.

Eso provocaba otra consideración. Su oferta se basaba en las promesas de Pat y, si no daban resultado, no podría pagar por las tierras. Sin embargo, siendo Samantha su esposa, ya no tenía que preocuparse por eso.

Entonces, ¿por qué no pensaba en sus muchos beneficios? ¿Por qué sentía aquel arrepentimiento, un loco deseo de regresar y llevar a Samantha otra vez a las montañas, de compensar todo el daño que le había hecho, de olvidar a su padre y sus tierras, de hacer que Samantha lo amara, de alguna manera?

Dios, estaba loco tan sólo al pensar esas cosas. ¡Ella lo estaba volviendo loco!

CAPÍTULO 33

De haber alguna pared, Samantha habría comenzado a treparla. Habían pasado cuatro días y nadie había llegado. El calor de mayo era sofocante. El agua que acarreaban en rápidas incursiones al río estaba tibia y sabía a óxido. Las provisiones de comida comenzaban a menguar y los hombres sentían su propia impaciencia además de la de la muchacha.

En esa cuarta tarde, Samantha estaba harta de esperar, sucia y transpirada y, si bien irritaba su orgullo admitirlo, olía tan mal como los hombres. Estaba bronceada por el sol y, si su padre llegase en ese momento, era probable que no la reconociera. Pero no llegaba. ¿Por qué?

-Algo ha salido mal, Lorenzo -dijo Samantha, después de apartado de los demás para que pudieran hablar a solas-. Tú hablaste de un día o dos. ¿Por qué no ha venido mi padre?

Sin embargo, Lorenzo sabía tan poco como ella.

-Tal vez no estaba en El Paso.

-Si así fuera, Hank habría regresado. Además, mi padre tiene una hacienda a sólo unas horas de viaje de la ciudad. Estaría en uno de los dos lugares. Cualquiera que lo buscara ya lo habría encontrado.

-Sólo podemos esperar.

-¿Sin comida? No, exijo que me lleves al pueblo. Nosotros mismos veremos qué ocurre.

-Me ordenaron esperar.

-¿Para siempre? Maldición, ve tú entonces. Nadie te conocerá. Averigua dónde está mi padre.

Cuando Lorenzo meneó la cabeza, Samantha sintió deseos de golpearlo.

¿Por qué? -exclamó-. ¿Y, si algo le ha sucedido a Hank? ¿Y si no pudo avisar a mi padre que estoy aquí? Podríamos estar esperando en vano.

Al ver que Lorenzo fruncía el ceño, insistió.-Sería fácil averiguar si mi padre vendió sus tierras. Debía venderlas a Antonio Chávez, el primo de Rufino. Sólo necesitas hacer algunas preguntas. Por favor, Lorenzo, no podemos seguir esperando.

Lorenzo cedió. Necesitaban comida y utilizó esa excusa con Diego e Iñigo.

Después de la partida de Lorenzo, Samantha era un manojo de nervios, sofocada por la espera y el temor de recibir malas noticias. Algo había salido mal, estaba segura.

Como si eso no bastara, tenía que soportar a Diego y a las sonrisas socarronas que le dirigían en toda oportunidad. Era la primera vez que él quedaba a su cargo. El hecho de que Iñigo estuviera allí no disminuía el nerviosismo de Samantha. Aún lo consideraba un cobarde. Si Diego decidiera atacarla, no la ayudaría.

Por lo tanto, su alivio no pudo ser mayor cuando Lorenzo regresó antes del anochecer, a la puesta del sol. Parecía cansado y preocupado. Samantha contuvo el aliento, esperando que hablara.

Lorenzo la miró fijamente un largo rato, como si meditara qué debía decirle exactamente. Finalmente, sólo dijo:

-Nos iremos ahora.

-¿Irnos? ¿Así como así?

La confusión y la ansiedad hacían que aflorara la furia de la joven.

-¡Por Dios! -exclamó Lorenzo con impaciencia-.¿No es eso lo que querías oír?

-¡Quiero oír por qué mi padre no ha venido a buscarme! ¿Qué le ocurrió?

-Nada... que yo sepa. Estuvo en el pueblo, pero ahora está en su hacienda.

Samantha sintió deseos de llorar.

-Entonces ¿no vendió las tierras? ¿Tendré que seguir prisionera?

-Sí las vendió, hace dos días. El nuevo título está registrado en el juzgado.

-¿Cómo lo sabes?

-Localicé al empleado. Recuerda al señor Kingsley... y al nuevo dueño. También se anunció la venta públicamente. Supongo que tu padre creyó que alguno de nosotros estaría allí, observándolo y esperando enterarse de la venta.

-Pero Rufino estuvo allí -le recordó Samantha-. ¿Por qué no dijo a mi padre dónde encontrarme? Mi padre cumplió su parte. Lorenzo, no lo entiendo.

-Yo tampoco -suspiró.

-¿No encontraste a Rufino?

-No -respondió, a regañadientes.

-Entonces... -De pronto, los ojos de Samantha se dilataron.-¿No habrá vendido las tierras a otra persona, o sí? Quiero decir... Oh, Dios mío, Hank se habría puesto furioso si otro hubiese comprado en lugar de su primo. Eso explicaría...

-No. -Lorenzo interrumpió sus cavilaciones.-El empleado a quien interrogué recuerda que el comprador fue Antonio Chávez.

-Yo... -Comenzó una vez más a expresar su confusión pero, de pronto, ya no estaba confundida.-¡Ese bastardo! ¡Lo hizo a propósito!

-¿Quién?

. -¡Hank! ¡Rufino! -gritó-. Nunca tuvo intenciones de decir a mi padre dónde encontrarme. ¿No te das cuenta? Lo hizo por despecho. Tal vez se marchó hace mucho tiempo, junto con su primo, riendo por haber dejado a mi padre y a mí esperando.

Lorenzo meneó la cabeza y frunció el ceño.

-No puedo creer que él hiciera eso.

-¿Por qué no? -preguntó furiosa-. ¡Tú no lo conoces como yo!

-Pero tú eres su esposa.

-¿Qué tiene que ver eso? Ni él ni yo queríamos casarnos. Tuvo que ob1igarme a aceptarlo.

-No puedo creerlo -replicó Lorenzo, con obstinación.

Samantha perdió la paciencia.

-Lorenzo, él no es el hombre que tú crees. Tal vez te haya salvado la vida, pero eso no lo hace honorable. Amenazó con matar a mi padre si no me casaba con él. ¿Realmente crees que yo quería hacerlo? ¿Crees que el matrimonio compensó todo lo que me hizo? Él consigue lo que quiere de cualquier manera posible. Esa es la clase de hombre que es.

-¡Basta ya! -gritó Lorenzo, furioso.

-¡No, no basta! Aún no me crees, ¿verdad? Pero Hank consiguió lo que quería y ahora se marchó. No puedes negar eso. Debí quedar en libertad hace dos días. Pero aún estoy aquí... tú estás aquí. Te ha dejado plantado igual que a mí... ¡Por lo que le importa!

Lorenzo la miró con ira.

-i Recoge tus cosas! i Ahora nos vamos!

-¿Adónde?

. --Te llevaré con tu padre -respondió, bruscamente.

-¿Y los demás?

-Se irán por su lado. Todo terminó.

Realmente había terminado. Samantha regresaría con su padre. En pocas horas más, estaría con él...

El agua que le arrojaron a la cara devolvió la conciencia. a Hank. Le habían arrojado un cubo entero. No era la primera vez, pero lo olvidó e intentó sacudir el agua de sus ojos. Lo detuvo el dolor que llenó su cabeza como la explosión de mil lucecitas. Eso lo hizo recordar todo.

Tenía un ojo cerrado; el otro estaba nublado por el agua y le ardía cuando su sudor entraba en él. Odiaba pensar cómo estaría el resto de su cara. Apenas podía abrir la boca. Era probable que ambos lados de su mandíbula tuvieran una hinchazón grotesca por los golpes repetidos. Tenía sangre adherida a los labios. ..

Sin embargo, había cosas por las que podía estar agradecido... al menos, hasta ahora. Su nariz había sangrado pero no estaba rota. Aún tenía todos los dientes, aunque éstos le habían desgarrado el interior de la boca. No estaba seguro con respecto al resto de su cuerpo. Con certeza, tenía dos costillas rotas, pero el dolor en esa área era engañoso. Se sentía como si tuviera toda la caja torácica aplastada.. Sentía todo su cuerpo destrozado, excepto sus manos. Ya no tenía ninguna sensación en ellas, ni siquiera en los primeros dos dedos de la mano derecha, que habían sido empujados hacia atrás hasta que los huesos se desarticularon.

¿Cuánto tiempo había estado colgado allí, con el cuero cortándole las muñecas y provocando la insensibilidad de sus manos? ¿Un día? ¿Dos? Era de noche. Podía verlo a través del empañamiento de su único ojo abierto. Había faroles encendidos en el interior del viejo establo y por la puerta abierta se veía la oscuridad exterior. Estaba abierta debido al hedor... su hedor. No le habían dado de comer ni lo habían soltado para aliviarlo. Pero la vergüenza por eso era lo que menos preocupaba a Hank. Lo peor era que no veía ninguna manera de salvarse.

¿Cómo era posible que las cosas hubiesen dado un vuelco tan malo y súbito? Se había encontrado con Hamilton Kingsley tal como lo había esperado, al segundo día en el pueblo. Aparentemente, el hombre no había sospechado nada y había aceptado los motivos de Hank para estar allí. Hank ni siquiera se había ofrecido a comprar las tierras, sino que había esperado que Kingsley abordara el tema. Pronto lo hizo; el negocio se concretó y los papeles se firmaron esa misma tarde. Hank tenía el título, lo tenía en el bolsillo de su chaqueta. Las tierras le pertenecían, legalmente... pero eso no le servía de mucho en ese momento.

Se había preguntado una y otra vez si valía la pena y, poco a poco, comenzaba a decidir que no la valía. Quedaba poca paciencia. Sus torturadores comenzaban a cansarse de su continua resistencia y sólo Dios sabía lo que vendría después.

¿Y Kingsley? ¿Aún estaría allí? ¡Cómo lo había engañado ese hombre, hasta que tuvo el título en sus manos!

Al ver al hacendado hablar con dos de los hombres que había contratado, Hank había sentido los primeros indicios de incertidumbre. Poco después, esos dos hombres habían entrado a su habitación del hotel. Lo habían invitado a reunirse con Kingsley en la hacienda. Ante su negativa, insistieron a punta de revólver.

Caía la noche. Nadie los había visto salir del pueblo. Ni siquiera había tenido oportunidad de enviar el mensaje a Kingsley para avisarle dónde podría encontrar a Samantha.

Sin embargo, no era eso lo que interesaba a Kingsley. Daba por sentado que su hija estaba en camino ahora que había cumplido con las instrucciones. No, Kingsley quería al Carnicero... o al bandido que él creía era El Carnicero.

Buscaba la venganza con todas sus fuerzas, y estaba convencido -o había permitido que sus hombres lo convencieran-de que Hank podía conducirlos al Carnicero.

El único consuelo de Hank era que nadie había sugerido que pudiese ser él. Todos sabían que el famoso bandido era un mexicano bajo y gordo. No obstante, suponían que Hank era parte de la banda.

En realidad, no podía culpar a Kingsley por eso. En esa situación, él también haría cualquier cosa por conservar lo que le pertenecía. Además, el viejo ni siquiera estaba al tanto de los extremos a los que habían llegado sus matones a sueldo. Kingsley había demostrado repugnancia al ver el estado de Hank, pero Nate Fiske, el cabecilla de los hombres, había defendido el tratamiento.

-Quiere una confesión, ¿no es cierto? ¿Pruebas que le devuelvan sus tierras? -lo había oído Hank preguntar a Kingsley-. ¿Y El Carnicero? Si no lo atrapamos, volverá a hacer cosas como ésta. Este mexicano es uno de ellos.

-Pero... ¿y si no lo es? -Kingsley había revelado las dudas que aún abrigaba.-¿Y si dice la verdad?

Nate Fiske rió.

-No pensaba así ayer, señor Kingsley, cuando le vendió sus tierras. Entonces estaba seguro de que él estaba implicado.

-Dejé que ustedes me convencieran, pero...

-Creo que tendré que volver a señalar1e ciertos hechos -dijo Nate con impaciencia-. Sus problemas no comenzaron hasta que este tipo vino a verlo porque quería comprar sus tierras. Usted se negó y, de pronto, los bandidos empezaron a perseguirlo y a exigir1e que abandonara México. Al ver que eso no daba resultado, se llevaron a su hija y él volvió a aparecer. ¿Por casualidad? Puede ser. Sólo que usted cometió el error de contar1e sus planes. Entonces los bandidos exigieron otra cosa: o vendía las tierras o se despedía de su hija. ¿Y quién apareció en ese momento en El Paso, aún ansioso de comprar?

Convénzase, señor Kings1ey. O Chávez contrató a esos bandidos o él mismo es uno de ellos. De cualquier manera, él me dirá dónde encontrar al Carnicero. Es por eso que usted me

paga. Recuperar sus tierras con una confesión le costará más, pero usted estará dispuesto a pagar por eso, ¿verdad?

Hamilton Kings1ey había asentido de mala gana. No había dicho nada más y había otorgado a Nate Fiske mudo consentimiento para hacer lo que fuese necesario. Lo único que podía ayudar a Hank era soportar los golpes, insistir en su inocencia y rogar que, finalmente, uno de esos hombres duros le creyera. O, tal vez, Kings1ey cediera y los detuviera, aunque no había muchas probabilidades de que eso ocurriera. Kings1ey había demostrado su insensibilidad. Probablemente se mantendría al margen hasta que todo terminara.

Escapar era imposible. Eran siete hombres de la peor calaña. Hank conocía esa clase de hombres: buscaban dinero fácil y eran capaces de todo, incluso de matar. Había llegado a odiarlos a todos: a Nate, que había adivinado los planes de Hank, y a Ross, el enorme tejano que le había quebrado las costillas con un solo golpe de puño. Luego estaba el hombre llamado Sankey, que había reído mientras le quebraba los dedos y que insistía en que la única manera de obtener una confesión era con más tortura.

Hank no conocía los nombres de todos. Tres de ellos se mantenían atrás, montando guardia mientras los demás dormían, sin participar en las torturas y en los interrogatorios..

Había un hombre a quien Hank había llegado a odiar más que a ninguno: era Camacho, el mexicano de rostro chato. Era un bastardo bajo, falso y soplón. Era el peor de todos. Susurraba palabras en castellano, fingía preocupación por él, y su voz le hablaba suavemente mientras Hank sufría los peores dolores.

Ahora, su rostro barbado estaba frente a Hank.

-¿Está despierto, amigo? Los gringos empiezan a perder la paciencia. No puedo ayudarlo a menos que les diga lo que quieren saber.

Hank intentó cerrar sus oídos a aquella voz engatusadora, pero no lo logró. Ahora podía ver con más claridad, Algunos de los hombres dormían, pero Sankey no se contaba entre ellos. Estaba sentado junto a un fuego que ardía en el centro del establo y sostenía un cuchillo de mango largo sobre las llamas. La curiosidad acerca de qué haría con ese cuchillo era, en sí, una tortura.

-¿Confiesa usted su culpa?

-¿Qué... culpa? -logró decir Hank, obstinado, con los dientes apretados.

-¡Estúpido! -exclamó Camacho, disgustado-. Nate se está enfadando. Pronto dejará que Sankey se salga con la suya. ¿Por qué no confiesa ahora? Si el viejo Kingsley puede recuperar sus tierras con una confesión, eso significa más dinero para estos malhechores. ¿Comprende? Ellos quieren más dinero. ¿Y bien?

Hank, no respondió, y Sankey gritó:

-¿Ya tuvo bastante, Camacho?

-No lo creo, amigo. -El mexicano meneó la cabeza con fatiga.-Es muy tonto.

. -Entonces apártate de él. -Sankey se puso de pie.-Ahora es mi turno.

-Espera, Sankey. -Nate se interpuso.-Te dije que no haríamos eso. No podría sobrevivir.

-Diablos, en los países orientales lo hacen todo el tiempo. Los hombres sobreviven... sólo que ya no son hombres. -Sankey rió entre dientes.-Vamos, Nate, ni siquiera tendría que llegar a hacerlo. Te garantizo que largará hasta las tripas en el segundo en que esta hoja caliente le toque la piel.

-Hay otras maneras. El viejo no lo quiere muerto y, si queremos que nos pague, lo haremos a su manera. ¿Entendido?

-Entonces ¿qué te parece esto?

Sankey extrajo su pistola y disparó antes de que Nate pudiera detenerlo. Hank se sacudió cuando la bala le atravesó el muslo. Pero no gritó. Momentos después, el dolor se redujo a un leve ardor y su cuerpo se relajó, se volvió más y más pesado; su mente comenzó a desvariar.

Vio al minero de Denver frente a él, acribillado a balazos, arrastrándose para alejarse pero sobreviviendo. Vio a Samantha con un revólver en la mano, lista para dispararle más balas, con una sonrisa triunfante. Hank no sobreviviría como el minero, no a merced de Samantha. Ese fue su último pensamiento antes de que ambas visiones se esfumaran en la oscuridad.

CAPITULO34

Samantha desmontó del caballo de Lorenzo antes de que éste lo detuviera por completo. Tropezó mientras subía a la carrera los escalones del porche y luego dio media vuelta. Casi había olvidado a Lorenzo.

-Esperarás, ¿verdad?

-Creo que no, Sam. Toma. Rufino me pidió que te diera esto antes de dejarte.

Samantha atrapó el paquete que le arrojó Lorenzo. Aun a la tenue luz, reconoció la falda y la blusa de encaje. Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Por qué habría querido Hank que ella tuviera esa ropa? ¿Cómo recordatorio? Maldición, aún continuaba fastidiándola.

Bien, no dejaría que eso la afectara. Esa ropa no tenía ningún significado sentimental para ella. Se la colocó bajo el brazo y volvió al borde de la escalera. La pálida luz de la luna caía sobre ella.

. -No puedes irte sin más ni más, Lorenzo. Dame tiempo para ver a mi padre; luego volveré a despedirme de ti. Hemos vivido muchas cosas juntos.

El caballo de Lorenzo se movió con nerviosismo, pues sentía la tensión de su jinete.

-No estaré a salvo si me quedo.

-Tonterías. No creerás que yo permitiría que te pasara algo, ¿o sí? Tú me trajiste con mi padre. El te lo agradecerá.

-No, Sam.

-Muy bien, Lorenzo. -Suspiró, y luego agregó impulsivamente: -¿Sabes? Me hayas ayudado o no, a veces tu presencia me daba ánimos. Te lo agradezco.

-Adiós, amiga.

Su despedida llegó hasta la muchacha en un susurro.

-Hasta la vista, Lorenzo.

Durante varios segundos, Samantha permaneció allí, observándolo alejarse. Lorenzo era el último eslabón que la unía a su cautiverio. Sentía una opresión en el pecho. Pero ya no quería pensar en ello por el momento. Su padre la esperaba.

Se volvió y entró rápidamente a la vieja casa. Hacía años que no iba allí, pero recordaba muy bien el lugar. La casa estaba vacía y a oscuras. No esperaba que así fuera, pero hacía muy poco tiempo que su padre estaba allí. Tal vez los muebles aún no hubiesen llegado. Se preguntó, distraída, si su padre tendría una cama donde dormir. Se acercó a la antigua habitación de su padre. Sus botas resonaban sobre el piso de madera. No era así como había imaginado el reencuentro. Pero no importaba. Cuando estuviera despierto...

La puerta de la habitación estaba entreabierta.

-¿Padre?

Samantha entró. En ese cuarto había más claridad, pues la luz de la luna entraba por las ventanas traseras, a pesar de su suciedad. Hamilton Kingsley no estaba allí. Había una manta, una vela y un viejo baúl en un rincón: eran las únicas cosas en la habitación. Samantha frunció el ceño y volvió a llamarlo, mientras se dirigía rápidamente a la otra habitación y abría la puerta. Esta también estaba vacía.

Los latidos de su corazón comenzaron a acelerarse mientras se dirigía a la sala. La casa entera estaba vacía. y Lorenzo se había marchado. Aparentemente, estaba varada allí.

El disparo hizo que Samantha se llevara la mano a la boca para ahogar su grito. El paquete de ropa cayó al suelo. Contuvo el aliento, con los ojos muy abiertos. ¿Lorenzo? Oh, Dios, ¿sería eso una trampa? ¿Acaso su padre había matado a Lorenzo?

Tomó el revólver que Lorenzo le había devuelto al cruzar el río. Corrió hacia la puerta y la abrió. Se esforzó en vano por ver en la oscuridad. No había nada. Ahora la luna estaba cubierta de nubes y no se veía más allá del patio del frente.

Iba a gritar, pero se detuvo. No había podido distinguir el origen del disparo. Su primera suposición se desvaneció. Su padre no habría dispuesto una trampa para sus secuestradores; al menos, no allí. y si estaba allí afuera, ¿no habría regresado ya a la casa? ¿No había oído el caballo de Lorenzo?

N o sabía qué hacer. La hacienda estaba desierta, pero alguien había disparado un arma. ¿Lorenzo? Pero ¿por qué?

Entonces oyó que un caballo galopaba hacia la casa y, a medida que se acercaba, aminoraba la marcha, como si vacilara. Pronto el sonido se detuvo. Al ver que nadie aparecía, Samantha tuvo deseos de gritar.

-¿Estás bien, chiquita?

Samantha dio un salto.

-¡Maldición, Lorenzo, casi me matas del susto!

-Lo siento, Sam, pero cuando te vi sola en el porche no estaba seguro si debía acercarme o no.

-Pero estoy sola, de veras, Lorenzo -dijo-. Mi padre no está aquí.

-¿Por eso disparaste el revólver?

-yo no fui. ¿No lo hiciste tú?

-Venía de aquí, Sam. Creí que me hacías una señal para que volviera.

-No. Yo. .. creo que debemos registrar el resto del lugar. Si mal no recuerdo, hay un establo y un depósito en el fondo, y algunas casas más allá.

Entonces tuvo una idea.

-Tal vez a mi padre le pareció que una de las viejas casas de los peones estaba más habitable que ésta. Tal vez esté allí. Tú dijiste que hoy no estaba en el pueblo.

-Podría haber regresado allá, Sam.

-¡Pues aquí hay alguien! -replicó, irritada, pero luego cambió el tono-. ¿Quieres... quieres venir conmigo a averiguar quién es?

Lorenzo asintió de mala gana.

-Supongo que tendré que hacerlo. Pero te diré algo, Sam: no tengo ningún deseo de encontrarme con un padre furioso.

-Siempre puedes desaparecer con disimulo si lo encuentro -sugirió, muy aliviada.

-Créeme, lo haré.

Samantha inició la marcha alrededor de la casa; se sentía mejor con Lorenzo a su lado.

El patio estaba arruinado y cubierto de malezas, y tuvieron que dar un rodeo por un grupo de árboles y arbustos espesos que Samantha no recordaba. Aun antes de que el establo estuviera a la vista, oyeron voces que discutían.

Luego vieron la luz que salía del establo; no habían podido verla desde la casa debido a los arbustos. Lorenzo colocó una mano en el hombro de Samantha para detenerla, pero ella se soltó. Su padre tenía que estar en ese establo. Sin embargo, algo andaba mal. ¿Quién discutía?

Llegó a la puerta abierta y se detuvo en seco, con una creciente indignación. Se apartó de la luz con rapidez e hizo señas a Lorenzo.

Su padre no estaba allí. ¡No podía estarlo! Aquel pobre hombre colgado... Hamilton Kingsley no podía haber formado parte de eso. ¡Nunca!

-¿Tu padre está allí, Sam? -susurró Lorenzo.

-No, no.

-Entonces. . .

Samantha se estremeció cuando las voces llegaron hasta ellos con claridad.

-Amigos, están peleando por nada. No está muerto.

Sólo se ha desmayado.

-¿Estás seguro, Camacho?

. -Sí. Respira.

-¿Lo ves, Nate? Te dije que no estaba muerto. Pero ahora sabe lo que puede esperar.

-¡Cállate, Sankey! -gruñó Nate-. ¡Estoy harto de ti! Si vuelves a hacer algo así quedarás afuera.

-No llegaremos a ninguna parte si no le metemos un poco de miedo a ese bastardo -se defendió Sankey.

-Basta -ordenó Nate en tono áspero-. Considérate afortunado de que el viejo haya regresado al pueblo esta noche y no haya oído el disparo. Si no. . .

-¿Y qué? No lo maté.

-¡Maldición! -Nate se apartó de él. -Camacho, véndale esa herida antes que muera desangrado.

-Y o digo que volvamos a despertado –intervino Sankey-. Ya es hora de que le demostremos que no estamos para bromas.

-¿Alguien está de acuerdo con Sankey?

Hubo un momento de silencio y luego el mexicano habló.

-Creo que sería más de lo que puede soportar. Sería mejor dejar que se recuperara un poco. Un muerto no nos dirá nada.

Otra voz habló.

-Estoy de. acuerdo con él, Nate. Dejémoslo descansar hasta mañana.

-¿Ross?

-Creo que yo también quisiera dormir un poco.

-Entonces, está decidido.

-¿ Y si mañana no nos dice lo que queremos saber?

-Sankey no quería dejar la cuestión en suspenso. -¿Cuánto tiempo vamos a perder aquí?

-El que sea necesario -respondió Nate en un tono áspero que puso fin a la discusión.

Fuera del establo, Lorenzo dio un suave codazo a Samantha.

-Esto no me gusta nada -susurró-. ¿Qué viste?

-Parece. .. una especie de interrogatorio. Vi a seis tal vez siete hombres y. . . el hombre de quien hablan está atado entre dos postes, colgado. Nunca vi a nadie tan golpeado. .. hinchado, magullado, con la pierna sangrando por un disparo. Debe de estar sufriendo terribles dolores.

-¿Y los hombres? ¿Trabajan para tu padre?

Samantha se volvió hacia Lorenzo con súbita furia.

-i No te atrevas a pensar que esos malhechores trabajan para mi padre! i El nunca permitiría tanta brutalidad!

-Pero mencionaron que el viejo había regresado al pueblo -señaló Lorenzo suavemente.

-Hablaban de otra persona, no de mi padre.

-Sin embargo, están en su hacienda -insistió Lorenzo.

-¡No! -susurró, furiosa-. ¡Te lo demostraré!

Lorenzo no pudo detenerla. Samantha avanzó hacia la puerta abierta y se detuvo a la vista de cualquiera que mirase en esa dirección. Pero nadie lo hizo. Dio un paso vacilante hacia el interior, sólo uno. Lorenzo, con prudencia, se mantuvo fuera de vista.

La mayoría de los hombres se habían acostado, pero dos estaban sentados junto al fuego. Uno de ellos levantó la vista y vio a Samantha.

Al principio, no dijo nada. Sus rasgos de mestizo reflejaron sorpresa. Continuó mirando a Samantha, observando su aspecto desaliñado y sucio y el revólver que tenía en la mano.

-Camacho, monta guardia primero -dijo el hombre que estaba junto al mexicano mientras se ponía de pie-. Despiértame en unas horas.

Camacho sonrió, dejando al descubierto dientes picados y otros ausentes.

-Creo que tu descanso tendrá que esperar, Nate :'-respondió, sin apartar los ojos de Samantha-. Tenemos compañía.

-¿Qué de...? -Nate calló y siguió la mirada de Camacho. Miró a la muchacha con suspicacia. -¿Quién diablos eres?

-Sería más apropiado que yo se lo preguntara a usted -respondió Samantha con calma.

El sonido de una voz de mujer llamó la atención de los otros que no se habían dormido. Sus caras soñolientas esbozaron sonrisas. Sin embargo, Nate seguía mirándola con furia.

-¿Estás sola, muchacha? -preguntó alguien.

-¿Qué hace ella aquí?

-j El Señor ha respondido a mis plegarias!

Hubo risas, y Samantha se puso tensa.

-Ustedes han invadido propiedad privada -dijo fríamente-. Y lo que han hecho es despreciable.

Los ojos de Samantha cayeron sobre el hombre plegado, cuya cabeza caía a un lado contra el brazo levantado. ¡Qué barbaridad! Apartó la mirada; observó a todos y su expresión reflejó disgusto y repulsión.

-¿Tienes algún interés en ese hombre?

La pregunta la tomó por sorpresa, y miró a Nate con desprecio.

-Sólo un interés humano. Nadie merece ser tratado así.

-Tal vez sea amiga de ese sujeto, Nate -observó un hombre muy gordo-. Quizá pueda decimos lo que queremos saber. Sólo dame unos minutos con ella. . .

-¡Mantente al margen de esto, Sankey! -rugió Nate, incómodo ante la mirada condenatoria de Samantha-. Y tú, muchacha, explícanos qué haces aquí ahora mismo.

-Esta es la hacienda de mi padre, y les ordeno que se marchen de inmediato.

-~ ¿Su padre? ¿Usted es Samantha Kingsley?

Samantha ahogó una exclamación.

-¿Conoce a mi padre?

Nate se calmó un poco.

-Trabajamos para él. Está enfadada por nada, señorita. No hemos invadido nada. Estamos haciendo un trabajo.

-¡Miente!

Nate se puso tenso y sus ojos se ensombrecieron.

-y o podría decir lo mismo de usted. Tal vez Sankey estaba en lo cierto y usted es una de los secuestradores que ha venido a ayudar a escapar a éste.

Samantha sintió náuseas al comprender la implicación.

-¿Secuestradores? Dios mío, ¿de qué se trata todo esto? Ustedes. . . ustedes. . .

-Nos contrataron para encontrar a los bandidos que se llevaron a la hija de Kingsley y lo obligaron a vender sus tierras a ese tipo que está allí.

Samantha sintió un escalofrío.

-Pero ¿quién es ese hombre?

-Se llama En. . . En. . . oh, diablos, uno de esos nombres largos españoles; su apellido es Chávez.

-¡Antonio! -exclamó Samantha.

-¿Lo ves, Nate? Lo conoce.

-No, no lo conozco. -Meneó la cabeza lentamente. No volvería a mirar a Antonio... no podía hacerla. ¡El primo de Hank! -¿Por qué le han hecho eso? ¡No puedo creer que mi padre les haya ordenado torturar a un hombre!

--Kingsley quiere a El Carnicero. No le importa lo que hagamos para encontrarlo. Y Chávez nos llevará hasta él.

-No, no lo hará -dijo Samantha con calma, aunque su furia aumentaba a cada instante-. Y ustedes lo soltarán o haré que los despidan a todos. Conozco a mi padre, y les digo que no tolerará lo que ustedes han hecho aquí.

-Espere un. . .

-No le hagas caso, Nate. Ella no es la hija de Kingsley. Mírala. ¿Crees que su hija tendría ese aspecto? Es una de ellos, igual que Chávez.

-Me importa un bledo quién sea ella -dijo un hombre enorme-. Yo no pienso recibir órdenes de una mujer.

-Mira, muchacha -dijo Nate-. Será mejor que te vayas a El Paso y nos dejes hacer nuestro trabajo. Si realmente eres Samantha Kingsley, encontrarás a tu padre esperándote allá.

-No me iré hasta que suelten a ese hombre –dijo Samantha con firmeza. Sabía que adoptaba una posición de la cual podría arrepentirse, pero se sentía obligada a hacerla. -,Necesita un médico. Yola llevaré.

-i Ni lo sueñes! -gritó Sankey, y dio un paso hacia ella.

Sin pensarlo dos veces, Samantha le disparó. Con rapidez, volvió a apuntar a Nate. Estaba pálido, como los demás. Pero la muchacha aún conservaba la calma y el control de la situación. Como siempre, los hombres la habían subestimado.

--Ahora ¿quiere soltarlo? -preguntó a Nate.

-Hay demasiado dinero en juego aquí. No puedes dispararnos a todos, muchacha.

-¿No?

A esa altura, era una baladronada. El disparo había despertado a los dos hombres que dormían. Ahora había seis hombres contra ella. No podía dispararles a todos juntos. Ellos lo sabían. ¿Y Lorenzo? ¿Aún estaría afuera?

Samantha pensaba con rapidez; no sabía qué hacer. Hombres como ésos no pensarían dos veces para matar a una mujer. Pero ahora no podía echarse atrás.

-¡Dios mío!

Samantha se sobresaltó al oír la exclamación de Lorenzo.

-Jamás me alegré tanto de ver a alguien, amigo –dijo Samantha cuando éste entró y se ubicó tras ella-. Temía que te hubieses marchado.

Lorenzo la miró con expresión severa y dijo, furioso:

-¿Cómo puedes quedarte tan tranquila mientras él sufre colgado allí? ¿No lo reconoces?

El ataque inesperado sorprendió a Samantha.

-Jamás he visto a Antonio Chávez. ¿Cómo quieres que lo reconozca? Y no creas que estoy tranquila.

-Por Dios, míralo bien, pequeña. -Lorenzo comprendió su error e insistió en tono más suave. -Es Rufino.

Los ojos de Samantha volaron hacia el hombre.

-¡No! -exclamó. El cabello negro, el rostro irreconocible. -¡No!

Corrió hacia él y olvidó a todos los demás. Aún sostenía el revólver, pero ya no con firmeza.

-No es él.

La ropa negra, ensangrentada, era la que Hank había usado al casarse con ella. Llegó hasta él sin importarle el olor, su propio corazón acelerado ni el revuelo que sentía en el estómago. No es él. No es él.

Las palabras repicaban en su mente mientras, con lentitud y temor, abría la camisa' del hombre en busca de prueba. Sí, tenía las cicatrices en el pecho. El rostro de Samantha perdió todo color y un grito le desgarró la garganta. Apenas se podía distinguir las cicatrices junto a la piel amoratada del pecho y el vientre. La muchacha se desplomó; sentía náuseas. La visión la atormentaba aun con los ojos firmemente cerrados. ¡Hank! ¡Oh, Dios, no!

Samantha gemía, indiferente a lo que la rodeaba. Lorenzo no había abandonado su puesto junto a la puerta. Nadie miraba a la joven. Sólo Lorenzo mantenía a raya a los hombres. Dos armas de seis disparos en las manos de un hombre listo para apretar el gatillo era otra historia.

-¿Qué diablos le pasa a esa mujer? -gruñó Ross.

-Habla con éste, Camacho -ordenó Nate, ignorando a Ross-. Tú conoces su idioma. Explícale que tenemos un trabajo que hacer aquí.

~No habrá nada de charla -dijo Lorenzo bruscamente antes de que Camacho pudiera abrir la boca-. Esperaremos hasta que la niña se recupere. Ella decidirá qué hacer aquí.

-Pues yo no pienso quedarme para obedecer a una mujer -replicó Ross en tono pendenciero.

-No lo presiones, Ross -le advirtió Nate-. ¿Quieres terminar como Sankey?

-Demonios, ahora no se trata de una loca. Él sabe que no puede enfrentamos a todos.

-¿Eso cree, señor? -dijo Lorenzo en tono peligroso-. ¿Le gustaría averiguar lo que yo pienso?

Camacho aferró a Ross.

-Cálmate, amigo. Este es como yo. No se retirará de una pelea.

-¿Crees que le tengo miedo a este escuálido... ?

-Claro que no -respondió Camacho para tranquilizarlo-. Pero sus armas no son tan escuálidas, ¿eh?

-¿Cuál es su interés aquí? ~preguntó Nate.

-Me encargaré de que suelten a ese hombre -respondió Lorenzo.

-¿Y después?

Lorenzo comprendió la ansiedad del hombre y sonrió con aire de misterio.

-No tiene por qué temerme, señor. Chávez es mi amigo, pero yo no soy hombre vengativo.

-¿Y ella?

-Esa es otra cuestión.

-Pero ella dijo que no lo conocía -señaló Camacho, echando un vistazo con inquietud a Samantha.

La muchacha estaba sentada en el suelo, temblando. Camacho podía enfrentarse a un hombre en cualquier ocasión. Pero no sabía nada de las mujeres, en especial de las que llevaban armas. Esa mujer lo asustaba. Ya le había disparado a su amigo sin pestañear.

¿Está loca? -preguntó.

-No. Y no me extraña que no lo haya reconocido. Ustedes le han cambiado el aspecto -respondió Lorenzo fríamente--. A propósito, señor, ella es quien afirma ser. Y sí conoce a este hombre. . . muy bien. En cuanto a sus sentimientos por él. . . -Lorenzo se encogió de hombros. –No puedo. . .

-¡Cállate, Lorenzo! Hablas demasiado.

Lorenzo sonrió y vio que Samantha lo miraba con la misma furia que antes. Su sonrisa se hizo más amplia. Había temido tener que encargarse solo de los hombres, que la muchacha hubiese perdido por completo el dominio de sí. Sabía que sería mejor mantenerla irritada. De esa manera, ella no volvería a perder el control. Y él sabía cómo mantenerla irritada.

-Sólo estaba especulando, Sam -dijo, con aire inocente-. ¿Sabes? Estoy confundido. Dices odiarlo y sin embargo. . .

-¡Cállate, maldito seas! -gritó Samantha, poniéndose de pie. Tenía el rostro pálido y los ojos vidriosos al volverse hacia los hombres, que estaban junto al fuego. -¡Bastardos! -gritó. Luego pareció volver a derrumbarse. –Quería que le ocurriera esto. Se lo deseé hace mucho tiempo.

-Sam, ¿estás bien? -preguntó Lorenzo, levantando la voz.

Samantha se volvió hacia él con furia en los ojos. Había alivio en su ira, y dejó que fluyera en su interior. Eso hacía que su culpa la atormentara menos.

-Sólo mantenlos apartados de mí. Voy a cortarle las ligaduras. Si alguno intenta detenerme, dispárale.

-¿ Vas a dejar que se salga con la suya, Nate? -preguntó Ross.

Samantha se volvió y apuntó el revólver al robusto tejano. Los ojos de éste se dilataron y alguien silbó de sorpresa por la acción lenta y deliberada de la muchacha. Sin embargo, Ross aceptó el desafío y extrajo su arma. Samantha dejó que desenfundara el Colt de caño largo y luego, de un disparo, se lo quitó de la mano.

-Si vuelve a abrir la boca, señor, serán sus últimas palabras -le dijo fríamente-. Lo mismo va para el resto de ustedes. Y usted, señor... -Señaló a Camacho con el revólver. -Usted me ayudará. -Cuando el hombre quedó mirándola, Samantha dijo en tono cortante: -¿Comprende?

El mexicano avanzó con cautela. Era lo último que quería hacer: acercarse a una mujer demente. Samantha retrocedió e indicó a Camacho que cortara las ataduras de Hank. Seguía apuntándolo con el revólver, lista para cualquier cosa que él intentara hacer con el cuchillo que extraería del cinturón. Sin embargo, Camacho simplemente cortó el cuero, detuvo la caída de Hank con su cuerpo y luego lo bajó suavemente al suelo.

-Su caballo. ¿Dónde está? -preguntó Samantha.

-Al fondo. Lo traeré.

-No. Quédese aquí, donde mi amigo pueda vigilarlo.

Samantha se dirigió al fondo del establo. Las piernas le temblaban. Encontró a Rey aún ensillado y lo condujo hasta donde Hank yacía. Lo miró, como hipnotizada por una cara que no reconocía.

-¿Cómo lo llevaremos al pueblo, Sam?

La muchacha levantó la vista hacia el rostro moreno e interrogante que estaba ante ella y, lentamente, dejó que la pregunta le devolviera la claridad de pensamiento.

-No lo sé. No hay ninguna carreta ni tenemos tiempo de hacer una camilla. Tendrá que ir contigo, Lorenzo. El Rey puede llevarlos a ambos. . . si puedes sostener a Hank.

-Podré hacerlo.

-Tendrás que mantenerlo erguido -le advirtió-. Creo que tiene costillas rotas. Todos. . . todos esos golpes. No quiero que se apoye sobre sus heridas.

-Me encargaré de que la cabalgata sea suave.

-Lo sé. Sólo. . . míralo, Lorenzo.

Comenzaba a perder el control una vez más. Se atragantó con un sollozo, pero Lorenzo la tomó del brazo y la sacudió.

-Ahora no, pequeña. No te rindas ahora. Primero saquémoslo de aquí. Luego podrás llorar.

-¿Llorar? ¡No voy a llorar!

Se soltó, tomó aliento y se volvió hacia Camacho.

-Ayúdenos a subirlo al caballo. Y tenga cuidado. No quiero que despierte hasta que lo lleve a un médico. Se hizo a un lado para vigilar a los hombres mientras Lorenzo se apartaba. Lorenzo y Camacho lograron colocar a Hank sobre la montura. Hubo un gemido y los ojos de Samantha se encendieron. Sus dedos se cerraron con más fuerza sobre el revólver.

-Vámonos ahora, Sam.

-Espera un momento.

-Sam.. .

-Tengo algo que decir a estos caballeros -dijo, en tono cuidadosamente controlado-. ¡Vete! Yo te alcanzaré.

A regañadientes, Lorenzo acicateó a Rey. Mientras se alejaba, Samantha seguía apuntando a los hombres. Una vez que el caballo se alejó lo suficiente como para oír apenas el sonido de sus cascos, la muchacha habló.

-Han perdido su tiempo aquí, pero yo me encargaré de que se les pague. -Miró a Nate a los ojos. -Sólo que no habrá recompensa por El Carnicero. También me encargaré de eso. Desde ahora, pueden considerarse despedidos.

-Mire, señorita. . .

-Será mejor que me deje terminar, señor -lo interrumpió-. Porque esta noche tuve muchas ganas de matarlo. La noche no ha terminado y yo aún estoy aquí, de modo que, en su lugar, yo estaría conteniendo el aliento. –Cuando Nate cerró la boca, añadió: -No les pido que me crean. Pronto sabrán que todo lo que les dije es verdad. Soy Samantha Blackstone Kingsley y, cuando termine con mi padre, deseará no haber tenido jamás una hija. Pero eso no es asunto de ustedes.

Esperó para ver cómo tomaban sus palabras. Ninguno se movió, pero la muchacha no bajó la guardia. Parecía que los dos pendencieros estaban fuera de combate: Sankey, tendido en el suelo, quizá muerto, y Ross sosteniéndose la mano con ojos asesinos. Samantha conocía a los de su calaña: no intentaría hacer nada más. Volvió a mirar a Nate.

-Iré a El Paso. Pueden seguirme si lo desean, sólo que se mantendrán lejos de mi padre hasta mañana. No confío en verlo esta noche. Si no hacen lo que les digo, es probable que contrate hombres como ustedes para que los busquen y les hagan lo que ustedes hicieron a mi. . . amigo. Pueden dudarlo, pero no se lo aconsejo.

Salió del establo y rodeó a la carrera los matorrales hasta llegar al frente de la casa. Allí la esperaba Lorenzo con su caballo. Hank estaba delante de él en la montura de Rey. Lorenzo los había engañado y había regresado en silencio para proteger a Samantha.

Sin decir palabra, la muchacha montó y se pusieron en marcha hacia El Paso. Samantha no se molestó en mirar atrás para ver si los seguían.

CAPITULO 35

La llama vacilante de una vela que estaba sobre la mesa redonda iluminaba el angosto corredor. Contra la pared había dos bancos de madera destinados a los pacientes que esperasen ver al médico. Samantha se sentó en uno de ellos y Lorenzo en el otro, frente a ella. La muchacha había rechazado el ofrecimiento de usar el cómodo salón del frente.

Pronto, el cielo se iluminaría con las primeras luces del alba. Hacía horas que esperaban.Finalmente, el médico salió de su consultorio y se detuvo junto a Samantha. Comenzó a enumerar las heridas de Hank con sumo detalle. Samantha se aferró al banco.

Había rogado encontrar un buen médico, no uno de esos matasanos veterinarios que atendían gente como actividad secundaria. Ese hombre parecía saber mucho. Lo escuchó hasta que no pudo soportar tantos detalles.

-Doctor, ¿se curará?

-No hay manera de saberlo, señorita. Nunca se sabe si los huesos quedarán bien o no.

Hablaba en tono de reprobación, como si la muchacha pusiera en tela de juicio su capacidad. Estaba cansado. Lo habían despertado para que atendiera a Hank, y eso le había llevado horas.

-Pero ¿se pondrá bien, doctor? ¿No puede decirme siquiera eso?

-Es demasiado pronto para saberlo.

-Creo que la señora desea saber si sobrevivirá -intervino Lorenzo.

El médico frunció el ceño.

-Claro que vivirá. Recibió muchos golpes, pero he visto casos peores.

-Pero ¿y su pierna? Sangró mucho por el camino.

-No tanto para que sea grave.

-¿Esta seguro?

-Mire, señorita, en este momento lo peor que le podría pasar a ese joven es que una infección le envenenara la sangre. Si eso sucediera, podría verme obligado a amputarle la pierna.

-¡No!

-Dije que eso era lo peor. y aunque fuera necesario, él parece bastante sano. Sobreviría. Pero no es probable que eso suceda. La herida estaba limpia. No creo que haya problemas en ese aspecto. Sus dedos están peor. Habría sido conveniente atenderlos antes.

-En primer lugar, eso no debería haber ocurrido –dijo Samantha, con fatiga.

-Bueno, esas cosas pasan. Fíjese que apenas la semana pasada. . .

-Doctor, ¿podemos verlo?

-y o no lo aconsejaría por ahora. No recobró la conciencia mientras lo atendía, lo cual fue una bendición. Ahora está descansando. Su respiración es normal. En este momento, el descanso es el mejor remedio. Mañana podrán ver lo. Le sugiero que usted también vaya a descansar, señorita, o terminaré atendiéndo1a también.

Samantha suspiró y asintió. Estaba exhausta. Sería maravilloso dormir. Tal vez el sueño borrara esa pesadilla, aunque fuese por poco tiempo.

Lorenzo la acompañó al hotel donde una vez se había hospedado Hamilton Kingsley. Unas palabras con el encargado confirmaron que él estaba allí. Sin embargo, el hombre no se mostró en absoluto servicial. Cuando Samantha pidió una habitación, le echó un rápido vistazo y luego insistió en que pagara por adelantado. Pero ella no tenía dinero ni estaba dispuesta a aceptarlo de Lorenzo.

-Mi padre está registrado aquí. Él pagará mi habitación

-Tendré que verificarlo -insistió el encargado-. Si espera hasta una hora decente" con gusto preguntaré al señor Kingsley. . .

-¡No pienso esperar! -lo interrumpió Samantha.

-Esto no es necesario, Sam -dijo Lorenzo con calma, mientras colocaba algunos billetes sobre el mostrador. Sin embargo, Samantha le arrebató el dinero y volvió a ponérselo en la mano.

-No. Ya han dudado demasiado de mi identidad esta noche. Yo misma pagaré esa habitación, o dormiré en la calle. Además, quiero que te quedes. . . por favor. . . para acompañar a Hank hasta que esté mejor. Quiero que seas mi invitado mientras estés aquí.

-Me quedaré. Sam, porque él es mi amigo. No aceptaré ninguna paga por eso.

Una sonrisa fatigada se formó lentamente en el rostro de Samantha.

-Como quieras, amigo. Pero con un orgullo así, nunca serás rico.

-Miren quién habla de orgullo -bromeó Lorenzo, señalando el dinero que la muchacha había rechazado.

Samantha se volvió nuevamente hacia el encargado y desenfundó el revólver.

-En cuando a usted, quiero una habitación y la quiero ahora mismo.

El joven retrocedió con tanta rapidez que dio contra el tablero de llaves que estaba atrás.

-¡Tome la que quiera! -exclamó, y se apresuró a tomar una de las llaves.

-No, imbécil -dijo Samantha-. Le estoy entregando mi arma. Tome. -La empujó sobre el mostrador. –Vale mucho más que la estadía de una noche. Si no la reclamo mañana o, mejor dicho, más tarde hoy, puede echarme y conservarla. Ahora deme 1a llave.

El encargado tomó el arma antes de arrojar la llave sobre el mostrador, y luego volvió a adoptar su actitud insolente. Esta vez, Samantha lo ignoró. ¿Qué le importaba lo que pensara de ella?

Lorenzo se despidió. No dormiría en el hotel.

-Hay lugares más baratos -señaló, cuando la muchacha comenzó a protestar-. Como tú dijiste, tal vez nunca me haga rico, pero tampoco gastaré más de lo que tengo.

Samantha estaba demasiado cansada para discutir y lo dejó ir, con la promesa de reunirse con él por la tarde en casa del médico.

Estaba amaneciendo. Una luz rosada se futraba por las ventanas de la habitación que había tomado Samantha, en el segundo piso. En alguna parte de ese hotel estaba su padre, durmiendo. Ya no estaba ansiosa por verlo. Se sentía traicionada. Claro que eso era ilógico y parcial. Lo que su padre había hecho era por ella. Estaba reaccionando con sentimientos confusos.

¿Dónde estaba la Samantha Kingsley que había jurado hacer que torturasen a Hank, que lo buscasen y lo mataran? Debía sentir júbilo de vedo golpeado y, en cambio, se había derrumbado como una mujer patética y sin fuerzas.

¿Por qué él verlo así la había desgarrado tanto? ¿Qué podría decir a su padre, sabiendo lo que él había permitido que sucediera?

Samantha cayó sobre la cama, presionando sus sienes con las manos. Pronto encontraría respuesta. Sí, pronto lo haría.

CAPITULO 3ó

Samantha apenas se había dormido cuando hubo unos golpes persistentes y cada vez más fuertes. Se cubrió los oídos, pero los golpes continuaron. Una voz la llamaba. Conocía esa voz.

-¡Pasa! -gritó, para que su padre pudiera oírla por encima del ruido que estaba haciendo.

La puerta se abrió de golpe y allí estaba Hamilton Kingsley, con un traje gris de confección impecable. Se veía espléndido a pesar de las líneas de fatiga que había bajo sus ojos. Su rostro

reflejó sorpresa, luego alegría y, finalmente, una sonrisa que hizo desaparecer las líneas de sus ojos.

-¡No podía creer que fueras tú, Sam! La manera en que te describieron.. . ¿Estás bien? Quiero decir. . .

-¡Sí, claro que sí! ¿No me veo bien?

Su tono sarcástico detuvo en seco a Hamilton, que, después de un momento, retrocedió para examinarla.

-En realidad, te ves terrible. ¿Qué te hicieron, Sam? Quiero la verdad.

-¡No te atrevas a cambiar de tema!

Kingsley estaba desconcertado!

-¿Qué?

-¿Cómo pudiste hacerlo, papá? ¿Cómo pudiste permitir que esos hombres lo torturaran?

Hamilton no se movió y frunció el ceño. Aparentemente, lo que acababa de narrarle Nate Fiske era verdad. El no lo había creído.

-Conque sí conoces a Chávez. -No era una pregunta, sino una prolongación de sus pensamientos. -Entonces, él era uno de los hombres del Carnicero. i Estaba en lo cierto con respecto a él!

-¿ y si yo te dijera que te equivocaste?

-Me sentiría muy culpable. De hecho, ya me sentía así con la posibilidad de que fuera inocente. ¡Pero, por Dios, ya no.

Samantha miraba a su padre con incredulidad.

-Creo que será mejor que salgas de mi habitación, padre.

-¿Qué?

-¡Dije que te fueras! No quiero hablar contigo ahora. Estoy cansada y podría decir cosas de las cuales tendría que arrepentirme.

-Oh, no, Samantha. -Hamilton meneó la cabeza con severidad. -No evitarás esto. Vas a decirme por qué ayudaste a ese hombre. Por el momento, he suspendido el trabajo de mis hombres, pero. . .

-¿Tus hombres? -gritó Samantha. Sus ojos brillaban con la furia que había intentado contener desde el momento en que había reconocido a Hank en el establo. -¡Tus asesinos a sueldo, querrás decir! ¿No comprendes que anoche corrí más peligro al enfrentar a esos hombres que en todo el tiempo que duró mi secuestro? Les dije quién era, pero no les importó. Tuve que disparar a dos de ellos.

-¿Qué?

-Oh, ¿acaso el bueno de Nate olvidó mencionar eso, padre? -preguntó, en tono cortante-. Tal vez también haya olvidado mencionar el estado en que dejaron al hombre que tú les permitiste torturar. ¿Cómo pudiste dejar que hicieran una cosa así. . .?

El rencor que reflejaba su voz asombró a Hamilton.

-Vamos, Sam, no se torturó a nadie.

-Entonces, ¿qué es disparar a alguien que está atado e indefenso? ¿Qué es quebrarle los dedos y las costillas? i Por Dios, ni siquiera lo reconocí! -gritó, con lágrimas en los ojos-. Lo miré de cerca y no sabía quién era.

-Maldición, Samantha, yo no sabía que irían tan lejos -protestó Hamilton.

-¡Eso no es excusa! -gritó-. Jamás debiste entregarlo a ellos. Debiste saber lo que eran.

-Está bien -admitió Hamilton, incómodo-. Cometí un error. Pero Nate me aseguró que podía hacer hablar a Chávez. ¿No comprendes, Sam? Tenía que encontrar a El Carnicero. Tenía que cerciorarme de que esto no volviera a suceder.

-Podrías haber esperado. Yo podría haberte dicho que El Carnicero jamás volvería a molestarnos.

-¿Cómo puedes estar segura?

-Porque no hay tal Carnicero.

-Espera un minuto. . .

Samantha interrumpió con impaciencia la protesta de su padre.

-Bueno, existe un bandido que lleva ese apodo, pero el verdadero Carnicero ni siquiera ha oído hablar de nosotros. Hank sólo usó su nombre.

-¿Quién diablos es Hank?

-Chávez.

-¿Antonio?

-No, su primo, Enrique.

-Pero ése es Antonio, Enrique Antonio de Vega y Chávez, el hombre a quién vendí las tierras.

-No, papá. . .

Samantha se interrumpió. Antes había oído ese nombre, pero ¿dónde? Entonces, lo recordó de pronto, demasiado pronto, y palideció. i El sacerdote! Ese era el nombre que había mencionado al casarla con Hank.

Súbitamente, las piezas del rompecabezas comenzaron a tomar sus lugares, abrumándola. No había tal primo. ¡Era Hank quien quería las tierras! ¿Por qué no le había dicho la verdad? Al recordar, halló la respuesta.

-Me alegra que él tenga las tierras, padre.

-¿Te alegras? ¡No puedes hablar en serio!

-Temo que sí. Claro que amo esas tierras y extrañaré la vida allí, pero significan más para Hank. Pertenecieron a su familia. En realidad, eran suyas.

¿Quieres decir que el sujeto a quien vendí las tierras es el mismo que te secuestro? ¿El líder de los bandidos? Sí

-Entonces, ¿por qué diablos lo ayudaste?

-No lo sé -respondió, en voz baja.

Hamilton esperó que continuara pero, al ver que no lo hacía, levantó los brazos en gesto de disgusto.

-Bien, eso arregla todo. Ahora no hay manera de que él conserve esas tierras, puesto que tú podrás identificarlo.

-Pero yo quiero que las conserve.

Hamilton meneó la cabeza.

-Yo pagué buen dinero por. . .

-El te pagó, ¿no es así? -lo interrumpió.

-¡Lo único que me dio es un pagaré! -gritó Hamilton.

-Entonces respétalo y dale tiempo para pagarte. No tenía por qué hacerlo. No tenía por qué arriesgarse a venir aquí. Las tierras ya eran suyas.

-Hace mucho tiempo, tal vez. . .

-Ahora, padre. Son suyas ahora. Las obtuvo por mí.

-Samantha vio la confusión de su padre y se explicó de mala gana. -Es mi esposo.

Se miraron durante un largo rato hasta que Hamilton giró sobre sus talones. Estaba tan disgustado que tenía que abandonar la habitación para no golpear a Samantha. Todas esas

semanas de preocupación, de enloquecer de temor, mientras ella iba y se casaba, j nada menos que con el hombre que la había raptado!

Sin embargo, al llegar a la puerta, se volvió. Al verla sentada en la cama, con los hombros caídos y la cabeza inclinada con desaliento, su furia se apaciguó.

-¿Por qué, Sam? Dime por qué.

Samantha levantó la cabeza.

-Él me obligó a casarme.

-¡Lo mataré! -gruñó Hamilton.

-No, padre, déjalo. Pienso divorciarme. Ya no importa.

-Pero las tierras seguirán siendo suyas.

-Maldición, ya te dije que no quiero que hagas nada al respecto.

-¿Qué puedo hacer? Aunque te divorcies, él seguirá controlando todo lo que obtuvo con el matrimonio.

De pronto, Samantha echó a reír. Por supuesto. Por eso Hank se había casado con ella. y por eso había dicho que no importaría si ella se divorciaba.

-No me parece divertido, Sam. Habría que azotarlo.

-Bueno, yo pensé lo mismo varias veces -admitió.

-i Se merecía lo que le hicieron Nate y sus muchachos! -prosiguió Hamilton, cada vez más enfurecido.

Samantha recuperó la seriedad.

-No, no se lo merecía. Lo siento, padre. Estoy descargando sobre ti mis propios remordimientos.

-¿Qué se supone que significa eso?

-Yo lo odiaba, lo odiaba tanto que pensaba pagar para que lo golpearan y lo mataran. Lo habría hecho, sólo que; . .

-Entonces, ¿todo esto es porque yo me anticipé?

-¡No! -gritó, dolorida-. ¿No lo entiendes? Me desgarró ver así a Hank. No sé por qué. No puedo explicarlo.

-¿Qué tratas de decir, Sam?

-No sabía que me sentiría así. Yo podría haber sido responsable de sus sufrimientos. Eso es lo que me apena, padre. Y el hecho de que no haya sido así no facilita las cosas. Es casi lo mismo, porque fuiste tú. Él seguirá culpándome.

-Entonces, ¿crees que querrá vengarse?

-No. Tiene lo que quería. Tuvo que pagar un poco más caro, pero el médico dijo que se pondría bien. Será mejor que así sea -dijo, levantando la voz en tono de advertencia.

-¿ y a ti qué te importa, Sam? ¿Qué ha ocurrido entre ustedes dos?

. Samantha suspiró.

-Muchas peleas, padre.

-Dijiste que lo odiabas. ¿Por qué? ¿Por el secuestro?

-Había muchas razones.

-Maldición, Sam, ¿me lo dirás o no?

-Sí, está bien. Él me. . . sedujo -gritó-. Pero también se casó conmigo. Sólo que ésa es una de las razones. Lo conocí antes de venir a casa. Entonces yo amaba a Adrien, o eso creía. Pero Hank me reveló algunas verdades desagradables sobre Adrien y por eso lo odiaba. Él me sedujo porque yo lo había usado para dar celos a Adrien. Él me quería, y yo lo usé. Entonces él también me usó. Pero yo le disparé. Y lo odiaba. -Se detuvo al comprender que sus palabras

se derramaban en un torrente confuso. -¿Qué importa? Ya no quiero la venganza. Sólo quiero olvidarlo todo. Olvida este asunto, padre. Y deja en paz a Hank. Ya ha sufrido bastante. . . y yo también.

Samantha se acurrucó en la cama y volvió la espalda a su padre. Estaba exhausta. Ya no podía dar más explicaciones. Se volvería loca si tuviera que explicar más o siquiera pensar en Hank y en la razón por la cual sus sentimientos habían cambiado tan súbitamente. ¿Por qué, maldición, por qué?

CAPITULO 37

Hank arrojó las cartas sobre la mesa y se reclinó en la silla.

-Basta por esta noche, amigos, y tal vez por algún tiempo más. No puedo permitirme estos pequeños placeres.

Lo dijo con una sonrisa. Sin embargo, el joven Carlos, que había llegado con los demás vaqueros y sus familias, se sintió incómodo al oír a su patrón admitir que estaba en una situación difícil. Ya no era un secreto que las cosas estaban mal, pero oír a Don Enrique hablar de ello... Carlos terminó su tequila y abandonó la habitación.

Hank tomó la botella que estaba sobre la mesa y volvió a llenar su vaso.

-¿Crees que tendría que haber mantenido la boca cerrada?

Lorenzo se encogió de hombros.

-No soy quién para juzgarlo.

-Entonces deja de fruncir el ceño.

Estaban solos. Sólo en tales momentos Hank se sentía en libertad de dejar de fingir. Lorenzo sonrió. Comenzaba a acostumbrarse a aquellos estados de ánimo de su amigo.

-Creo que me retiraré, amigo -dijo Lorenzo-. No se puede hablar contigo cuando te pones así.

-¿Cómo? No me pasa nada.

-¿Lo ves? Ni siquiera puedes admitir una simple verdad.

Hank suspiró.

-¿Qué preferirías que hiciera? ¿Que me quejara constantemente de que las cosas no van como yo esperaba? ¿O que sonriera y fingiera que no he fracasado?

-Podrías dejar de considerarte un fracasado. No lo eres. Has ganado, amigo. Tienes tu hacienda. Tienes otra vez a tu gente.

-¡Sí, pero lo que no tengo son medios para pagarles! –respondió Hank, irritado.

-¿Acaso alguno se ha quejado? No. Están felices de servirte, de volver a formar parte de una hacienda, de ésta, donde muchos de ellos nacieron, donde la mayoría de ellos sirvió a tu padre. Ahora las cosas no son tan fáciles como lo fueron en los tiempos de tu padre, pero hace apenas dos meses que viniste. Dos meses no bastan para considerar que tus esfuerzos han fracasado.

-Bastan para saber que no estoy llegando a nada, Lorenzo. El viejo no dejó nada, ni un mueble, ni una cabeza de ganado, ni siquiera un saco de sal. Gasté todo lo que tenía para comprar provisiones básicas. Tengo mis tierras, sí, pero no pensé en lo que vendría después.

-Las minas están produciendo -le recordó Lorenzo-. Y los huertos proporcionan comida. Nadie se muere de hambre.

-No es suficiente. ¿Durante cuanto tiempo puedo pedir a esta gente que acepte menos cuando están acostumbrados a más? Las minas están produciendo, sí, pero en cantidad muy escasa y con muchos esfuerzos, pues Kingsley también se llevó el equipo de excavación. Las pocas ganancias se destinan a pagar los animales y las carretas para transportar a los hombres

a las minas. Pasará mucho tiempo hasta que pueda comprar equipos adecuados, y más aun hasta que pueda conseguir ganado. Mientras tanto...

-Mientras tanto habrá tiempos duros, como sucede a cualquiera que comience desde cero. Nadie pensó que sería diferente, Hank. Tú eres el único insatisfecho con los progresos que has hecho.

Hank terminó su vaso y una sonrisa curvó lentamente sus labios.

-¿Por qué me soportas, amigo?

Lorenzo también sonrió.

-No tengo nada mejor que hacer.

-Pero trabajas por nada. y además de eso, tienes que oírme llorar por mis problemas. Te agradezco tu ayuda. Es sólo que no entiendo por qué me la brindas. Has saldado tu deuda. Ya no me debes nada.

-Ah, pero aquí hay una muchacha muy bonita, la hermana de Carlos... -Ante la mirada dubitativa de Hank, Lorenzo se dio por vencido.-Está bien. -Se encogió de hombros.-Prometí que me quedaría contigo hasta que ya no me necesitaras.

Hank aferró el vaso vacío.

-A mí no me lo prometiste, de modo que te debes de referir a ella.

Lorenzo asintió.

-No te creo, Lorenzo, como tampoco creí las otras cosas que me dijiste de ella -dijo Hank fríamente-. Ahora bien, si me hubieras dicho que te pagó para que me espiaras, te creería.

-Es a mí a quien insultas con esas palabras, no a la mujer -replicó Lorenzo en voz baja.

-No quise insultarte. Es sólo que no puedo creer lo que dices de ella.

-¿No puedes o no quieres creerlo?

-¡Yo la conozco! ¡Esa mujer me odia a muerte!

-Tal vez, pero a mí no me lo pareció.

-Entonces, ¿qué te parece el hecho de que me haya disparado? -preguntó Hank, furioso.

-¿Cuándo? ¿Aquella noche?

-¡Sí, aquella noche!

Lorenzo meneó la cabeza.

-Amigo" ella no estaba en el establo cuando te dispararon. Yo acababa de llevarla a la hacienda.

-Pero yo vi...

Hank se detuvo y, una vez más, intentó recordar. Había visto a Samantha con el revólver en la mano y ni un asomo de piedad en sus ardientes ojos verdes. Conservaba recuerdos de la última visión que había tenido antes de despertar en casa del médico. ¿Había sido sólo una visión? También había visto al minero, y eso, estaba seguro, lo había sido.

-Está bien, tal vez haya imaginado que me disparó -admitió, a regañadientes-. Pero no hay manera de que crea que te ayudó a sacarme de allí.

-Fui yo quien la ayudó. Yo no habría tenido el coraje de entrar solo al establo.

-Hablas con demasiada modestia -insistió Hank-.

¿Por qué no quieres admitir que lo hiciste tú solo?

-¡Dios mío, porque no fue así! -respondió Lorenzo, exasperado-. Si Sam no se hubiera enfrentado a esos hombres, tú podrías estar muerto. No sabíamos que eras tú. Yo no tenía motivos para interferir.

-Pero lo hiciste.

-Porque ella le disparó a uno de los hombres y yo entré para ayudarla, para ver si podía sacarla de allí antes de que la atacaran. Entonces te vi y se lo dije a Sam. Verás, ella no sabía que el hombre a quien intentaba ayudar eras tú.

-Si me hubieras dicho eso antes, tal vez te hubiera creído -dijo Hank-. Puedo imaginarla ayudando a algún pobre tonto, pero no a mí. Supongo que le habrá encantado verme colgado allí.

-Cuando comprendió que eras tú -explicó Lorenzo con rapidez, pues Hank nunca le había dejado llegar hasta ese punto-, ni-siquiera yo esperaba una reacción así. Se desplomó a tus pies y se descompuso.

-Maldición, Lorenzo...

-No. Esta vez lo oirás todo. No tengo por qué mentirte, Hank. No tengo por qué contarte las cosas sino como realmente sucedieron. Admito que cuando Sam se derrumbó me asusté tanto como cuando estuvieron a punto de colgarme. Perdió el control por completo y me dejó solo para controlar a los hombres. Yo sabía que no podía hacerlo solo. Mi coraje había venido de ella. Pero enseguida vi que ellos le tenían más miedo aun al verla a tus pies, murmurando y gimiendo. Eso demostraba que significabas mucho para ella.

-Tonterías.

-Sólo estoy diciendo lo que creo que pasó por la mente de esos hombres, pues es lo mismo que pensé yo. Era una mujer con un revólver en la mano, una mujer peligrosa que tenía motivos para matarlos a todos. Ella acicateó a uno de los hombres. Él desenfundó y Sam le quitó el revólver con un disparo limpio. Después de eso, ya no hubo protestas. Sam estaba en completo control de la situación, dando órdenes, encargándose de que te soltaran. Incluso me ordenó que me marchara contigo, que me adelantara, pero por supuesto que volví por ella.

-Está bien, Lorenzo. ¿Por qué? ¿Por qué haría eso?

Lorenzo se encogió de hombros.

-No se lo pregunté. Es tu esposa. Me pareció natural. No es asunto mío.

-El hecho de casarme con ella no cambió sus sentimientos por mí -replicó Hank, pero su amigo cambió de tema.

-Esa noche, esperó conmigo durante horas mientras el médico te atendía, hasta que supo que vivirías. Al día siguiente, fue a verte, pero tú aún estabas inconsciente. Se marchó cuando comenzaste a murmurar en sueños.

-¿Qué dije?

-Un nombre -respondió Lorenzo, sonriendo-. El nombre de otra mujer.

Hank frunció el ceño.

-¿Hablaste con ella después de eso?

-No mucho.

-¿Te dijo por qué no me mandó arrestar?

-No.

-Maldición, ¿qué te dijo?

-Sólo que nadie disputaría tus derechos sobre las tierras. Y me hizo prometer que me quedaría contigo.

-¿Sabía que fui yo quien compró las tierras?

-Sí.

-Dios, ahora todo tiene sentido -dijo Hank, comenzando a enfurecerse una vez más-. Lo hizo por lástima.

Lorenzo guardó silencio.

-Ella sabía que esas tierras fueron robadas hace mucho tiempo. Sintió pena por mi "primo", y ahora la siente por mí. ¡Perdición! -exclamó-. No quiero su lástima. ¡Prefiero devolver estas tierras antes que permitir que esa mujer me tenga lástima!

Lorenzo estaba asombrado.

-¿Qué importa eso? Ella se ha ido por su lado y tú por el tuyo. Tienes lo que querías.

-Esto es más importante.

-¿Por qué?

-¡Porque sí!

Lorenzo observó a Hank abandonar la habitación como un torbellino. Conocía la causa del descontento de su amigo. No se debía a los tiempos duros que estaban atravesando, sino a Samantha Kingsley Chávez, su esposa.

CAPITULO 38

-¿Quién demonios lo dejó entrar? -preguntó Hamilton Kingsley. Se puso de pie detrás de su escritorio, con el rostro enrojecido-. No importa. Sólo márchese, Chávez. ¡Fuera!

Hank ignoró la orden y se acercó al escritorio de Kingsley.

-Vengo con un propósito, señor.

-¿Venganza? Debí adivinarlo.

-No. No por venganza. He decidido olvidar el tiempo que pasé aquí.

-¿Por qué? -preguntó Hamilton, con suspicacia.

-Como puede ver, me he recuperado –respondió Hank, con tono sereno-. Y soy un hombre justo. Admita que lo que usted hizo era justificable.

-Más que justificable, teniendo en cuenta la magnitud de sus delitos. Si entonces hubiera sabido lo que sé ahora...

-Eso no tiene nada que ver, señor. El hecho es que usted tuvo la oportunidad de hacerme arrestar, pero no la aprovechó. Sólo puedo inferir que usted también ha decidido olvidar todo ese asunto.

-No por decisión propia, señor -replicó Hamilton fríamente-. i Si fuera por mí, usted estaría pudriéndose en prisión por el resto de su miserable vida!

-Entonces ¿por qué?

-Porque es así como lo quiso Sam.

-¿Por qué?

-¿Quién diablos sabe? ¿Y a usted qué le importa? Está en libertad. Consiguió lo que quería.

Hank frunció el ceño. Tanto este hombre como su amigo Lorenzo pensaban que debía sentirse satisfecho. Ninguno de ellos sabía lo importante que era para él averiguar por qué Samantha se había puesto de su lado.

-¿ Usted dice, señor, que dejó que su hija se saliera con la suya sin darle una explicación? Me cuesta creer eso.

-Oh, bueno... -Hamilton hizo un gesto de disgusto.-Ella afirmó que las tierras significaban más para usted que para ella. Le pareció que usted ya... había sufrido bastante.

Hank lo miró con suspicacia.

-Ajá. Tal como lo sospechaba, lo hizo por lástima.

-¿Lástima? -Hamilton rió.-Usted no conoce a mi hija.

-Es la única explicación que tiene sentido.

-Piense lo que quiera. Yo no pienso quedarme aquí discutiendo con usted.

-Entonces veré a Samantha.

-No, no lo hará -dijo Hamilton en tono frío e irrevocable.

Hank lo miró con aplomo.

-¿Se ha divorciado de mí?

Hamilton se sentó con aire fatigado.

-No, y siento decirlo. No lo ha hecho.

-Entonces tengo derecho a verla.

-No en mi casa. Por si no está claro, señor Chávez, usted no es bienvenido aquí. Diga por qué vino y lárguese.

Un músculo se movió en la mandíbula de Hank. Se enfrentaba a una pared sólida y lo sabía muy bien. Había venido solo, pues no quería causar más hostilidad con una demostración de fuerza. En realidad, no sabía qué había esperado.

-Vine a levantar mi pagaré -dijo, mientras depositaba un giro bancario sobre el escritorio.

Hamilton tomó el cheque con mucha sorpresa.

-Vaya, creía que nunca vería esto. ¿Se ha vuelto rico de pronto?

-De hecho, así es.

Lo que Hamilton había dicho con sarcasmo se le atravesó en la garganta al resultar ser verdad.

-¿Con mis minas? ¡Dios mío! ¡Me está pagando con el producto de mis propias minas!

-Eso sería irónico... si fuera verdad -dijo Hank-. Pero no lo es, señor; las minas de cobre apenas alcanzan para mantenerse. Este dinero proviene de plata de Colorado.

-¿ Un gran hallazgo?

-Eso me dijo mi socio.

-Vaya, eso es el colmo -dijo Hamilton, disgustado-. Diablos, Chávez, usted podría caer en un pozo de estiércol y salir oliendo a rosas. Lo consiguió todo, ¿verdad? Todo lo que quería.

-No todo, señor.

-Ah, ¿no? ¿Quiere decir que aún queda un poco de justicia en este mundo?

Hank apenas lograba dominar su temperamento. La pared crecía.

-¿El pagaré?

-Claro. -Hamilton abrió un cajón, lo revisó rápidamente y luego arrojó el papel sobre el escritorio.-Ahora ya no tiene nada que hacer aquí, Chávez. Por el momento podrá estar casado con mi hija, pero no es un matrimonio que yo reconozca. No vuelva por aquí.

Hank miró con furia a su suegro, intentando decidir si debía insistir en el tema. Ansiaba ver a Samantha, pero estaba solo. Lo único que Kingsley tenía que hacer era llamar a un par de sus vaqueros.

-Me iré, señor. ¿Me haría el favor de decir a Samantha que estuve aquí? Dígale que quiero que se ponga en contacto conmigo.

-Se lo diré, pero eso no cambiará las cosas. Ella no quiere verlo. -Rió entre dientes.-La última vez que mencionó su nombre fue para maldecirlo. No, Chávez, ella no tiene ningún deseo de verlo.

Hank giró sobre sus talones y salió. Su furia crecía mientras se dirigía al fondo en busca de Rey. Samantha estaba allí, en algún lugar. Sin embargo, no podría verla. Sólo quería hablar con ella. ¿Acaso pensaban que volvería a raptarla? ¡Por Dios, era su esposa! No había pensado aprovechar eso, pero el hecho permanecía. Y Samantha no había hecho nada para cambiarlo; aún no.

-Mi caballo, por favor -dijo Hank al viejo vaquero que estaba en la entrada del establo.

No quería entrar allí. El solo mirar ese lugar le recordaba el dolor y el miedo que allí había sufrido. También le recordaba lo que le había contado Lorenzo acerca de aquella noche. Podía

imaginar a Samantha allí, magnífica en su furia. Pero ¿ayudarlo? ¿Salvarlo? Aún no podía imaginar eso, no sin conocer los motivos. Tenía que averiguarlos. Si seguía pensando en eso, se volvería loco.

-Su caballo, señor.

-Gracias.

Hank montó, pero no se alejó. Miró a su alrededor y, en particular, a la casa. ¿Samantha estaría adentro o cabalgando?

Habían limpiado el lugar hasta dar la impresión de que los Kingsley siempre hubiesen vivido allí. Su propia hacienda tenía tan buen aspecto desde que Patric McClure le había dejado una fortuna en el umbral. Como siempre decía Lorenzo, Hank debía estar satisfecho. Había logrado su objetivo. Había recuperado la propiedad de su familia y estaba prosperando. Había llegado a ser como antes. Pero había una carencia muy grande. Hank no disfrutaba su triunfo. Ni siquiera su nueva fortuna le importaba.

-Ella no va a aparecer de repente, señor. Ha perdido el tiempo al venir aquí.

Hank miró, sobresaltado, al viejo mexicano.

-¿A qué se refiere?

-¿No Vino a ver a Sam?

-Vine a saldar una deuda -respondió fríamente.

El vaquero sonrió, lo cual atizó la ira de Hank.

-Hay muchas maneras de saldar una deuda. No tenía por qué viajar tanto sólo para hacer eso.

-¿Quién es usted?

. -Manuel Ramírez. Trabajo para el patrón desde antes de. que su hija viniera a. vivir con él. En esta casa no pasa nada sin que yo me entere.

-Entonces, ¿sabe dónde está Samantha?

-Claro. Y también sé que usted es su esposo, señor Chávez.

~Entonces dígame, Manuel, ¿no está de acuerdo en que un hombre tiene derecho de ver a su esposa?

-Por supuesto -respondió, pero agregó en tono significativo-: siempre que esa esposa se haya casado con él por su propia voluntad.

Hank lo miró con furia.

-¡Maldición, sólo quiero hablar con ella!

-¿Por qué, señor? Usted ni siquiera quería casarse con ella. Le dijo que estaba en libertad de divorciarse.

-¡Qué diablos! -exclamó Hank-. ¿Cómo es que usted sabe todo eso?

-Sam confesó muchas cosas a mi esposa y mi hija mientras estaba aquí. cosas que ni siquiera dijo al patrón.

Hank miró al hombre, pensativo, y dijo en voz baja:

-.Entonces tal vez pueda decirme por qué ella me ayudó aquella noche.

-Sí. Sé por qué lo hizo. Pero no soy yo quien deba decírselo, señor. Es algo que no debe decirle nadie más que Sam.

-¡Por Dios! Pero si no puedo verla...

Manuel se encogió de hombros y no dijo más. Con furia, Hank agitó las riendas y comenzó a alejarse. Pero de pronto recordó algo que le había dicho Manuel. Se detuvo en seco e hizo dar media vuelta a Rey para regresar al trote al establo. "Mientras estaba aquí", había dicho.

-¡Ramírez! Sam no está aquí, ¿verdad?

Manuel sonrió.

-Ah, conque lo captó. Creí que lo había pasado por alto. .

-¿Está o no?

-No, señor. No era feliz aquí. Hace varios meses que se marchó. Si desea verla, tendrá que viajar mucho.

-¿ Adónde? -preguntó Hank, con impaciencia.

-Al país donde nació.

-¿Está en Inglaterra? -preguntó, asombrado.

-Sí, en Inglaterra, donde vive su hermano.

CAPITULO 39

-Sam, debes darte prisa o no estarás lista a tiempo.

-Oh, déjame en paz, Lana -rezongó Samantha, presionando sobre su frente el paño embebido en agua tibia-. Tengo una terrible jaqueca y creo que me estoy resfriando.

-Creo que sólo pones excusas porque no quieres salir de esa cama.

-Tonterías. ¿Qué tiene que haga un poco de frío aquí adentro? Estamos a mediados del invierno. Ya me estoy acostumbrando al frío.

-No estás más acostumbrada que yo, Sam -se burló Lana-. Y si te estás resfriando, es porque insistes en esas caminatas matutinas por el parque.

-Alguna vez tengo que salir de esta casa, ¿no crees?

-Con buen tiempo, sí. Pero hace ya un mes que no tenemos un tiempo muy decente. En cuanto a la jaqueca, has pasado toda la tarde en cama. Es imposible que te duela la cabeza.

-¡Pues si no la tenía antes, tú me estás dando una ahora! Francamente, eres peor que tu madre. Haz esto, haz aquello. Si hubiera sabido que serías tan mandona, te habría dejado en casa.

-¿Y quién te cuidaría sino yo?

-¡Maldición, Lana, no soy una criatura! -protestó.

-Entonces no te comportes como si lo fueras. Y sal de esa cama.

-¡No! No discutamos más. Sólo da algún pretexto a mi hermano para explicarle por qué no cenaré con él. -Suspiró y se recostó contra la almohada.-De veras, Lana, no soporto la idea de vestirme de gala para una simple cena. La formalidad de Shelly me vuelve loca. Si creyera que yo lo aceptaría, me haría usar un traje de baile para el desayuno.

-Olvidas que no será una simple cena, Sam. Esta noche viene su novia a conocerte.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó. Hizo a un lado las tibias cobijas y se sentó con fatiga-. Lo había olvidado. ¿Por qué no lo dijiste desde el principio? Tráeme un vestido... el de terciopelo amarillo... y los zapatos amarillos. y un chal... no olvides traer un grueso chal. No pienso quedarme sentada en esa habitación enorme y fría y congelarme sólo para complacer a mi hermano. ¡Oh, maldición! ¿Cómo pude olvidarlo?

-Tal vez tenías otras cosas en la mente.

Samantha miró con furia a su amiga, que se dirigía al armario.

-No estaba meditando, Lana, y quiero que dejes de insinuarlo. Casi he dejado de pensar en él.

El silencio de Froilana era elocuente, y Samantha no insistió. Estaba cansada de ese tema. De todos modos, sus argumentos siempre eran mentiras, y Froilana no se dejaba engañar. Pensaba en él todo el tiempo.

-Entonces, ¿se retrasó? -preguntó Samantha al entrar a la sala y encontrar a Sheldon solo.

-Es lo habitual en las mujeres, querida.

Samantha ignoró el comentario, aunque había pasado la última media hora corriendo frenéticamente por su habitación para no llegar tarde. Esa clase de comentarios era típica de Sheldon. A veces podía ser muy irritante, y era tan dado al esnobismo que la muchacha no estaba segura de que su hermano le agradara.

Por cierto, no había sido lo que ella esperaba. Su reencuentro había sido una sorpresa para ambos. Sheldon la consideraba demasiado animada, demasiado franca, demasiado norteamericana. Ella simplemente lo consideraba insulso.

Sheldon era todo lo que su abuela habría deseado: el perfecto aristócrata snob. Pero era su hermano, el único familiar que tenía además de su padre. Además, había que tener en cuenta que había vivido siempre con sus abuelos. Sus vidas habían tomado cursos completamente distintos. Hablaban y pensaban de maneras diferentes; no tenían absolutamente nada en común. No parecían tener parentesco alguno, salvo por su parecido físico.

De hecho, Samantha aún tenía que recordarse a sí misma que Sheldon era su hermano pues, aun después de todas las semanas que habían pasado juntos, seguía siendo un extraño para ella. No le hacía preguntas. Todo cuanto Sheldon sabía de ella, se lo había contado por iniciativa propia.

Samantha había estado dispuesta a desnudar su alma, pero cambió de idea cuando la falta de interés de su hermano se volvió demasiado evidente. No le preguntó por qué había viajado a Inglaterra, cuánto tiempo pensaba quedarse con él ni por qué su esposo no había ido con ella. Para Samantha había sido un alivio no hablar de Hank, pero la asombraba que Sheldon jamás le hubiera preguntado por su padre... ¡ni siquiera por su salud!

Suponía que eso se debía a su crianza. Incluso podía ser generosa y atribuir aquella falta de interés a la discreción. La idea de Sheldon de que la vida de cada uno incumbía solamente a uno mismo era recíproca: él tampoco mencionaba nunca nada de su pasado. Lo que Samantha sabía de él provenía de su propia observación.

De esa manera fue que se enteró de Teresa Palacio, la futura esposa de Sheldon. Una mañana, durante el desayuno, anunció que se casaría en la primavera. Antes de ese momento, no había mencionado siquiera una palabra acerca de la joven española en todo el mes que Samantha había pasado allí. La muchacha estaba ansiosa por conocerla. Quería dar una buena impresión por el bien de su hermano.

-¿Quieres un poco de vino antes de la cena? –ofreció Sheldon, en un tono insulso y sin vida.

Samantha meneó la cabeza, preguntándose cómo era posible que alguna mujer se enamorase de un hombre tan frío y tan poco emotivo. Claro que era apuesto. Muy apuesto, por cierto, y rico: sus abuelos le hablan dejado todos sus bienes. Pero era tan... tan aburrido. Insípido. Aunque era posible que Teresa fuese como él.

-¿Un poco de té?

-Esperaré hasta que llegue tu novia.

Samantha comenzó a pasearse por la habitación, inquieta. Lo cierto era que se sentía incómoda con She1don. Deseaba que no fuera así. No debía ser así, pero lo era. Intentó recordar su infancia juntos en Blackstone pero, cuanto más pensaba en ello, más comprendía que entonces casi no habían estado juntos, ella bajo el pulgar de su abuela y Sheldon virtualmente criado por una legión de preceptores, todos hombres. No habían tenido una infancia típica y, como adultos, tampoco podían tener una relación normal.

-Novia... ¡Qué palabra peculiar! -observó Sheldon, pues Samantha lo había dicho en castellano. La muchacha se sorprendió-. Teresa me llama su "novio". Quiere que aprenda español, pero no veo la necesidad de que ambos aprendamos un nuevo idioma.

-¿Ella no habla inglés?

-No muy bien aún.

Samantha sonrió.

-Entonces, ¿cómo es que llegaron a hablar de matrimonio?

En cuanto formuló la pregunta, comprendió que había cometido un error. La mirada que le dirigió Sheldon reflejaba a las claras su desaprobación, aunque nadie que no lo conociera lo habría advertido, pues el cambio fue muy sutil. Samantha había visto esa mirada muchas veces, y la enfurecía. No podía siquiera formular una pregunta simple y espontánea sin que él se pusiera de mal humor.

-No necesitas responder, hermano -dijo fríamente-. Supongo que eso, como todo lo demás, no me incumbe.

De pronto, la complexión blanca de Sheldon adquirió un tono bastante subido, lo cual llenó de gozo a Samantha. Lo que realmente quería era ver a su formal y frío hermano perder la cabeza alguna vez, tan sólo para probar que era humano. Suspiró. Tal vez eso fuese pedir mucho.

-En realidad, querida, cuando nos conocimos necesitábamos un intérprete. Jean Merimée resultó muy adecuado. ¿Recuerdas a Jean? Lo conociste en las carreras, cuando acababas de llegar, antes...

Samantha lanzó una carcajada al ver que el rostro de su hermano enrojecía más aun. Sheldon no pudo terminar.

-¿Antes de que yo decidiera no acompañarte más en tus rondas de diversión? Aún te avergüenza, ¿verdad?

-Vamos, Samantha, fue tu decisión.

-¡Mi decisión! Oh, no me molesta. Es perfectamente natural que me vea así. Pero yo sabía lo incómodo que te ponía, por eso rechacé tus invitaciones. ¡Mírate! ¡Ni siquiera puedes hablar de ello! Compadezco a tu futura esposa, Sheldon, de veras. Es probable que la encierres en su habitación cuando quede...

-¡Samantha! ¡Por favor!

La muchacha le sonrió con aire inocente.

-¿Acaso no piensas tener hijos?

-Sí, por supuesto -respondió, incómodo.

-Entonces debo advertir a Teresa sobre tu actitud. Será mejor que te oculte esa clase de noticias el mayor tiempo posible.

-Dios mío, no te atreverás a decir nada a Teresa, ¿verdad?

Lucecitas verdes brillaron en los ojos de Samantha.

-Teresa me lo agradecería, ¿no crees?

-No, no lo creo.

-¿Por qué te he molestado, Sheldon? Pareces muy enfadado.

-No estoy enfadado -suspiró, meneando la cabeza-. Es sólo que no te comprendo, Samantha.

-Nunca lo intentaste -replicó, ya seria-. Si lo hubieras hecho, si supieras algo de mí, sabrías que sólo estaba bromeando.

-Pero tu franqueza...

-es parte de mí. Desde que abandoné Inglaterra tuve la libertad de decir lo que pienso. No puedes imaginar la bendición que es esa libertad, Sheldon. Pero no incomodaré a tu novia con ella. Tengo tacto. Pero no esperes que me muerda la lengua contigo. Eres mi hermano, y si no puedo ser franca contigo... -Se detuvo y sonrió al oír que llamaban a la puerta.-Bien, tu novia te ha salvado de tu desvergonzada hermana. Iré a abrirle.

-Samantha, no.

Sin embargo, la muchacha se dirigió al vestíbulo y detuvo al mayordomo, que iba camino a la puerta.

-Wilkes, yo abriré.

-i Samantha! -Sheldon la siguió hasta el vestíbulo.-

Por Dios, no es correcto que tú...

-Tonterías -lo interrumpió-. Es mucho más agradable ser informal.

Sheldon no podía decir nada más sin levantar la voz, y eso era algo que jamás haría. Samantha echó un vistazo hacia atrás y lo vio de pie en la entrada de la sala, contemplando el techo como diciendo: "¿Y ahora, qué, Señor?" La muchacha sonrió, satisfecha consigo misma. No podía recordar cuándo había estado de ánimo tan bueno. Sheldon había estado a punto de perder los estribos... casi. Tendría que esforzarse un poco más para verlo enfadado, realmente furioso, al menos una vez antes de marcharse. Probaría a ambos que Sheldon podía ser humano.

Volvieron a llamar a la puerta justo en el instante en que Samantha llegaba allí. Cambió la expresión de su rostro; tendría que demostrar a la invitada que ella podía ser muy correcta y agradable.

-Bienvenida, señori... -La bienvenida se interrumpió cuando la luz del farol alumbró al hombre que estaba en la entrada.-¿Lorenzo? -dijo Samantha, boquiabierta.

-Sam -respondió, simplemente.

-Oh, Dios. -Rió.-En nombre del cielo, ¿qué haces aquí?

-Cuando me ofrecieron la oportunidad de conocer Europa, no pude negarme -respondió Lorenzo, mientras se quitaba el sombrero. Se veía muy extraño con el sombrero de copa. Sonrió al ver el vientre de Samantha-. Veo que has engordado un poco. Te sienta bien.

Sin embargo, la muchacha no lo oyó. Finalmente había visto el carruaje y al hombre que estaba en la acera, pagando al conductor. El pánico se apoderó de ella y Samantha cerró la puerta de un golpe. El sonido atrajo a Sheldon y a wilkes al vestíbulo.

-Samantha, ¿estás loca? -preguntó Sheldon, dirigiéndose a la puerta.

. -No... no es Teresa.

Antes de que Sheldon pudiera volver a hablar, el llamador resonó con fuerza en la puerta.

-Samantha...

-¡No! ¡No la abras, Sheldon! Ellos se irán.

-Esto es absurdo. Wilkes, haga el favor de ver quién es.

-¡Maldición, Sheldon! -exclamó Samantha, y se encaminó con la mayor prisa posible hacia la escalera-. Al menos dame tiempo para dejar la habitación -dijo, por encima del hombro-. No quiero verlo.

-¿A quién?

-¡A mi esposo!

-¡Dios mío! -exclamó Sheldon-. Le cerró la puerta en las narices, Wilkes. No quiero imaginar lo que el pobre hombre debe de pensar de nosotros.

-No, señor -respondió Wilkes secamente.

-Bueno, hágalo pasar, hombre. No podemos dejarlo allí afuera, en el frío.

CAPITULO 40

-No puedes esconderte aquí arriba para siempre, Sam.

-Sí puedo. Y lo haré.

Froilana meneó la cabeza.

-Tu hermano los ha invitado a quedarse. Alguna vez tendrás que enfrentarlo.

-No.

-Pero la novia ha llegado, y están retrasando la cena por ti.

-Diles que comiencen sin mí.

-Madre de Dios -dijo Froilana, exasperada, con las manos en las caderas-. ¿Quieres que tu esposo piense que eres cobarde? Te estás humillando y también a tu hermano. ¿Cómo va a explicar esto a su novia?

-Y a se le ocurrirá algo. -Aun mientras lo decía, Samantha suspiró con furia.-¡Oh, está bien! ¡Maldición! Prefiero enfrentarme a él y no escucharte toda la noche. Pero desearás no haberme obligado a bajar, Lana -le advirtió-. Mi ausencia no humillará a mi hermano tanto como mi presencia. No puedo estar en la misma habitación que Hank sin perder los estribos.

Froilana decidió guardar silencio en esa ocasión.

Samantha entró a la sala lista para una pelea, ansiosa por tenerla. Sin embargo, al ver a Hank, todas las palabras que había ensayado se borraron de su mente. Ni siquiera advertía todos los ojos que la miraban ni el alivio de su hermano. No vio la sorpresa de Teresa. Sheldon no le había hablado del estado de su hermana. Jean Merimée estaba allí también, pero ella sólo veía a Hank.

Estaba sumamente apuesto: tenía el cabello peinado hacia atrás, rizándose a la altura del cuello, estaba bien afeitado, sus hoyuelos se profundizaban al sonreír y sus ojos brillaban con su expresión tan especial. Estaba vestido con formal elegancia; su traje de etiqueta negro hacía resaltar el chaleco de color vino tinto y su camisa blanca de seda con botones incrustados de diamantes. La ropa fina sentaba bien a Hank.

Samantha tomó plena conciencia de su propio aspecto cuando los ojos de Hank abandonaron su rostro y se dirigieron a su vientre. Samantha dijo lo primero que se le ocurrió.

-¿ y bien, Sheldon? ¿Dónde está tu novia?

-Aquí.

Samantha se volvió hacia el sonido de su voz, arrancando sus ojos de los de Hank.

-Sí, claro.

Se dirigió hacia Sheldon y saludó a la joven española que estaba a su lado. Samantha se asombró ante su belleza: ojos oscuros y profundos, cabello negrísimo recogido bajo una mantilla corta. Tenía un rostro muy sensual, con labios carnosos, cejas felinas y pómulos salientes.

-Teresa -dijo Samantha, ruborizándose-, debes perdonarme. Hacía mucho tiempo que no veía a mi esposo.

-Eso fue... evidente -respondió Teresa con cierta dificultad. Luego se volvió hacia Jean y le habló en castellano-. Querido, explícale que aún no conozco bien su idioma. Dudo que alguna vez llegue a comprender su inglés tan vulgar.

-¿Quieres que le diga eso? -preguntó Jean, obviamente espantado.

-No, querido, sólo...

-Eso no será necesario -intervino Samantha en español-. Conmigo no necesitarás intérprete, como con mi hermano.

La boca de Teresa formó una pequeña O y su complexión aceitunada se encendió, pero se recuperó rápidamente.

-Lo siento, Samantha. No quise faltarte el respeto.

Samantha sonrió, pero sus ojos no abrigaban calidez alguna al mirar a Jean, a quien la prometida de su hermano había hablado con tanta intimidad. Teresa era muy bonita, pero Samantha estaba menos dispuesta a que le agradara.

Comenzó a preguntarse si, después de todo, Sheldon era tan afortunado como había creído.

-No debes pensarlo más, Teresa -dijo en tono amigable, esforzándose por mantener la sonrisa-. Mi hermano mencionó que estás estudiando inglés. Deberías estudiar más. Es bueno saber lo que dicen los demás... especialmente cuando hablan de uno.

Jean Merimée se movió, incómodo, y Teresa se acercó más a Sheldon, como respondiendo a la sugerencia.

-Es muy cierto.

-¿Sería demasiado pedirles un poco de inglés? -aventuró Sheldon.

-Por supuesto que no -respondió Samantha, con dulzura-. Sólo decía a tu novia que ella y yo debemos conocernos mejor. Después de todo, me has hablado muy poco de ella, Sheldon.

En ese momento, Wilkes anunció la cena y Sheldon casi suspiró de alivio.

-¿Vamos? Jean, si eres tan amable...

Entregó a Teresa al francés, que la acompañó a la otra habitación.

Samantha los miró alejarse, pensando que Jean Merimée era lo que se llamaba un mujeriego. Elegante, cortés; no era del todo apuesto, pero ejercía cierta atracción, tal vez debido a sus notables ojos azules. A Samantha no le había agradado cuando lo había conocido, y aún era así. Jean le había hecho un requerimiento y, después del rechazo de la muchacha, se alejó hacia otra mujer para hacer lo mismo. Y ahora lo había oído hablar con Teresa como si ellos fueran la pareja comprometida.

-¿Qué hace él aquí? -preguntó a Sheldon, indicando a Jean con un movimiento de cabeza.

-Tuvo la bondad de acompañar a Teresa.

-¿Confías en él?

-Claro que sí -exclamó Sheldon, indignado-. Es uno de mis asesores. Además, es un muy buen amigo, Samantha.

-¿Amigo de quién? -murmuró.

-Samantha -imploró Sheldon, sin oírla en realidad-. Debo pedirte que te comportes durante el resto de la velada.

Dios mío, ni siquiera has hablado con tu esposo.

-Ni pienso hacerlo -respondió, en tono tan casual que Sheldon no supo qué decir.

Deprisa, Sheldon se acercó a Hank y a Lorenzo, que estaban al otro lado de la habitación.

-Señor Chávez, señor Vallarta, ¿quieren acompañarnos?

Cuando Hank comenzó a caminar, Samantha le observó la pierna, pero no vio secuelas de la herida; ni siquiera cojeaba. Con la mente libre de esa preocupación, le dirigió una mirada helada antes de tomar a Lorenzo del brazo.

-Bien, amigo -dijo, sonriendo, decidida a olvidar a Hank por el momento-. Conque finalmente conozco tu apellido.

-Sí, y ahora me enorgullece decirlo.

-¿Eso quiere decir que has abandonado la vida fuera de la ley? -bromeó con un extraño ánimo.

Lorenzo sonrió y asintió..

-Ahora soy completamente respetable. Tu marido me paga bien, ahora que es rico.

-Te agradeceré que no lo menciones si deseas continuar esta conversación -dijo, molesta.

-Ah, Sam. -Rió entre dientes.-No has cambiado. En tu estado, la mayoría de las mujeres se serena. Pero tú sigues siendo la pequeña cascarrabias, ¿eh? ¿Quieres saber qué hizo él cuando le expliqué por qué nos cerraste la puerta en las narices?

-¿Cómo podías explicárselo? -replicó-. Tú no lo sabías.

-Ah, sí lo sé. No querías que te viera en tu estado actual.

-Tonterías -dijo, con bastante calma-. Es sólo que no quería verlo, nada más. -Esperó que Lorenzo prosiguiera y, al ver que no lo hacía, preguntó: -¿Y bien? ¿Qué hizo cuando le dijiste que yo estaba grande como una vaca?

-Yo no lo dije así.

-¡Lorenzo!

-Rió -dijo Lorenzo.

Samantha se puso tensa.

-¡Claro que sí! Estaba segura de que lo haría.

-Me malinterpretas, Sam -se apresuró a asegurarle Lorenzo-. Está encantado.

-¡Por supuesto! Él estaba seguro de que ocurriría esto. Ahora puede estar satisfecho.

-Te digo que está feliz de saber que va a ser padre -insistió Lorenzo-. Lo conozco bien, Sam, tal vez mejor que tú. En esto no me equivoco.

-No me importa lo que pienses, Lorenzo. Yo sé que no es así. ¿Acaso no dijo que lo buscara en seis o siete meses? Tú mismo me diste ese mensaje. Bien, ya han pasado siete meses. ¿Por qué crees que vine aquí? Para que no me encontrara. Pero vino de todos modos... Oye, ¿no te advertí que nó me hablaras de él?

En cuanto entraron al comedor, se apartó de Lorenzo.

Estaba furiosa. Conque Hank había reído. ¡Maldición! Samantha se sentó, irritada, y estuvo a punto de volver a levantarse cuando Hank se sentó a su derecha. La mesa era enorme y había seis lugares vacíos, ¡y él tenía que sentarse a su lado!

Por fortuna, la cena se sirvió en el momento en que Sheldon tomó su lugar en la cabecera. Samantha se concentró en su plato. Eso le dio la oportunidad de serenarse, de dejar la furia a un lado y pensar en lo que realmente significaba la presencia de Hank allí.

La conversación de los demás interrumpió sus pensamientos. Lorenzo, que estaba frente a ella, estaba describiendo México a Jean Merimée. Pero lo que llamó la atención de Samantha fueron las palabras de su hermano a Teresa.

-...y diez años pasaron con bastante rapidez. Esta es la primera visita que hizo en todo ese tiempo.

-Entonces ¿ella no estaba aquí cuando tu querida abuela murió? -preguntó Teresa.

-Oh, no, Samantha no estaba aquí.

-Qué pena. Era una mujer tan buena y distinguida.

Samantha estuvo a punto de atragantarse. Por el momento olvidó a Hank y miró, estupefacta, a Teresa Palacio. Luego, se volvió hacía su hermano.

-¿Se refiere a nuestra abuela, Sheldon?

-Sí. Teresa dice que la conoció hace varios años, antes de conocerme a mí.

-Era una mujer maravillosa -agregó Teresa, mirando a Samantha con sus grandes ojos castaños-. Fue un placer para mí conocerla antes de su muerte.

-¿Henrietta Blackstone?

-Sí.

Samantha estaba sorprendida, por no decir más, pero decidió dar a Teresa el beneficio de la duda.

-Sheldon, debiste escribirme para contarme que la abuela se había ablandado en sus últimos años. Entonces yo podría haber vuelto.

Sheldon se aclaró la garganta, incómodo.

-En realidad, querida, eso no sucedió; al menos, yo no lo noté. Ella tampoco... bueno, ella nunca...

-¿Nunca me perdonó por ir a América? –completó Samantha con una sonrisa.

-y o no lo habría dicho con tanta franqueza –dijo Sheldon, mirándola a modo de advertencia.

-Nunca lo haces.

-Entonces ¿es por eso que te desheredó? –preguntó Teresa.

Samantha sintió deseos de reír al ver que Sheldon había transferido la mirada de reprobación de ella a su franca prometida.

-¿Cómo lo supiste? -preguntó Samantha-. Me cuesta creer que mi hermano te haya hablado de eso.

-Tu abuela me habló de ti -explicó Teresa-. Sheldon no.

Samantha se recostó en la silla, observando a la mujer algo mayor que ella... Le costaba creer lo que decía Teresa.

¿Henrietta Blackstone, una mujer buena y maravillosa? Esa descripción era tan risible que resultaba ridícula. ¿Y que su abuela hablara de ella con una extraña después de jurar que jamás volvería a mencionar el nombre de Samantha? Pero ¿por qué mentiría Teresa?

-Sí, es verdad que me desheredaron -admitió Samantha sin ninguna inflexión en su tono de voz-. Mi abuela y yo nunca estábamos de acuerdo en nada. Me desheredó cuando decidí ir a vivir con mi padre en lugar de quedarme con ella. Es algo de lo que jamás me arrepentí.

-Entonces, ¿no lamentas la pérdida?

-No me importó. Mi padre no es pobre, Teresa. Tengo todo cuanto pudiera desear.

-También tiene un marido rico -intervino Jean de pronto.

Samantha se volvió hacia Hank y lo vio encogerse de hombros.

-La fortuna de mi marido es irrelevante, monsieur Merimée -dijo, mirándolo con frío desdén-. Y creo que este tema es de bastante mal gusto.

-Perdóname, Samantha -dijo Teresa, con aire arrepentido. Su sonrisa carecía del más mínimo remordimiento-. Me preocupa que puedas estar resentida por la herencia de tu hermano. No es bueno tener envidia en una familia.

Samantha quedó sin habla. ¡Y ella esperaba irritar a su hermano con su franqueza! Sheldon tenía la mirada clavada en Teresa; su boca era una línea tensa y sus ojos reflejaban furia. Debía de estar esforzándose por no demostrar sus emociones, pensó Samantha.

-Tu preocupación por los sentimientos de mi hermana es... conmovedora, Teresa -dijo Sheldon, después del incómodo silencio-. Pero no era necesaria. Su primogénito recibe la mitad de la fortuna Blackstone.

-¿Qué? -preguntó Teresa, con una ligera ansiedad en la voz.

Samantha la miró con severidad. lean Merimée también parecía perturbado.

-No entiendo, Sheldon -dijo lean-. Yo mismo me encargué del testamento de tu abuela. No había ninguna mención...

-No, es verdad -lo interrumpió Sheldon secamente-. Pero no había ninguna razón para que supieras del testamento de mi abuelo, del cual no te encargaste. El no era tan obstinado como su esposa. No quería que su única nieta quedara completamente desligada, de modo que le aseguró el porvenir a través de sus hijos. Mi abuela nunca se enteró de eso.

Samantha contuvo la risa; sentía deseos de aplaudir a su hermano. Sin alterarse, había encrespado algunas plumas y estaba satisfecho de desahogar así su furia. Ahora estaba tan tranquilo y compuesto como siempre. ¿Cómo lo hacía? Tal vez Samantha pudiera aprender de su hermano.

Debía sentirse furiosa por no haberse enterado de eso antes, pero, por alguna razón, no lo estaba. No obstante, no resistió la tentación de acicatear un poco a Sheldon.

-¿Es ésa una de las noticias que te gusta revelar a último momento, querido Sheldon? -preguntó dulcemente-. Me sorprende que me lo hayas dicho antes de la llegada de mi primogénito.

Surtió efecto. Recibió una mirada reprobatoria de Sheldon, pero la ignoró y volvió a concentrarse en su plato.

-¿ Por qué haces enfadar a tu hermano a propósito?

Había oído esa voz profunda tantas veces en sus sueños... Samantha no quería mirarlo.

-Eso no es asunto tuyo.

-Mírame, pequeña -le dijo Hank en castellano, tan cerca que la muchacha sintió su tibio aliento junto a la oreja.

No podía soportarlo. Se levantó, se excusó con gracia y abandonó la habitación. Su estado justificaba que se retirase temprano. No habría podido soportar una palabra más de aquella voz suave y persuasiva. No podía hablar con él, aún no. Quería golpearlo, gritarle... besarlo. ¡Maldito Hank!

CAPITULO41

Hank abrió la puerta del dormitorio sin llamar, pero al instante lamentó su impulso de irrumpir directamente. Samantha estaba desvistiéndose y la mirada que le dirigió era asesina. La muchacha que la ayudaba se apresuró a cubrirla con el vestido y luego retrocedió, con los ojos muy abiertos,

-Perdóname, Sam -dijo Hank débilmente.

Claro que Samantha no estaba dispuesta a aceptar sus excusas.

-¿Que te perdone? ¿Después de que entraste aquí sin ser invitado, sabiendo que no eres bienvenido? ¿Cómo te atreves?

-Podría decir que tengo todo el derecho del mundo a entrar al dormitorio de mi esposa -respondió Hank fríamente, y Samantha contuvo el aliento.

-¿Si empiezas a hablarme de tus derechos maritales, me divorciaré con tanta rapidez que ni siquiera sabrás qué ocurrió:

-¿Este es tu marido? -preguntó Froilana, boquiabierta.

-No finjas que no lo viste antes, Lana, cuando mi hermano lo invitó a entrar. Tú misma me dijiste lo que hacían.

-Pero no lo vi bien; estaba en la escalera. Sólo lo oí hablar. ¡Caramba! -exclamó Froilana, fascinada-. ¿Cómo puedes estar enfadada con alguien tan apuesto?

Hank rió entre dientes.

-Oh, Dios -dijo Samantha-. Si lo encuentras tan irresistible, Lana, puedes quedártelo. ¡Pero antes sácalo de mi habitación!

-Con gusto me lo quedaría -dijo la muchacha, con descaro-, pero creo que él te quiere a ti.

-¡Eres imposible! Salgan, los dos -gritó Samantha, exasperada-. ¡Déjenme!

-Vete, chica -dijo Hank en tono persuasivo a Froilana. Déjame unos minutos a solas con ella.

Librodot

-¡No te atrevas, Lana! -gritó Samantha.

Froilana la miró, luego a Hank. Sonrió, salió de la habitación y cerró la puerta.

Samantha sintió deseos de gritar, de arrojar algo, pero sabía que no debía fatigarse. Miró con tremenda furia a Hank y sus ojos grises sonrientes.

-Supongo que te causa gracia haberla ganado así.

-Si se tiene en cuenta que nunca tuve esa suerte contigo, sí, fue muy gracioso.

Los ojos esmeraldas de Samantha echaban chispas.

-Pues puedes dar media vuelta y seguirla.

-Primero hablaremos.

-¡No! Sé exactamente lo que tienes que decir, pero no tengo por qué escucharte. Antes gritaré. No estamos en las montañas, Hank. Alguien vendrá.

-¿Causarías una escena?

-Sí -respondió fríamente-. Ya he pasado bastante. Haré que te echen de aquí antes de quedarme escuchando tu satisfacción triunfal.

-¿Satisfacción?

-Ahórrate esa cara inocente -dijo con desdén-. Viniste a decirme que estabas en lo cierto. Bien, ya lo dije por ti. Ahora ¿quieres largarte de aquí?

Hank meneó la cabeza.

-Recuerdas demasiado del pasado, gatita. Deberías olvidar las cosas desagradables, tal como yo he intentado hacerla.

-¡Olvidar! -Los ojos de Samantha se dilataron por el asombro. -Yo recuerdo todo. ¡Todo, Hank!

-Ojalá no lo hicieras. -Suspiró. -Ah, Samina, esperaba que fuera diferente. No vine para lo que sugieres. Sólo vine a hacerte una pregunta.

Samantha conservaba el escepticismo, pero Hank parecía hablar con mucha sinceridad.

-¿Qué pregunta?

-Quiero saber por qué no buscaste la venganza que juraste tomar. Tuviste oportunidad de hacerlo.

Samantha quedó mirándolo, perpleja.

-¿Viajaste hasta aquí para preguntarme eso?

-Sí.

-No te creo.

-Pregúntale a Lorenzo. El te dirá cómo me ha inquietado eso. Tú no eres de las que se rinden. ¿Me tuviste lástima?

-¿Lástima? -Samantha rió, asombrada. -¿Cómo podía tenerte lástima? Conseguiste todo lo que querías, y ahora eres rico.

-Podrías haberme mandado arrestar –prosiguió Hank-. Podrías haberme dejado con los hombres de tu padre aquella noche. En cambio, me llevaste a un médico. Te pusiste de mi lado y contra tu padre. ¿Por qué?

Samantha le dio la espalda, incapaz de enfrentarse a las mismas preguntas que jamás había podido responderse.

-Estaba cansada, Hank, cansada de pelear... de la furia. Sentía que ambos habíamos sufrido bastante.

-¿De veras, querida?

La voz de Hank se había acercado. Samantha se volvió. La cercanía de Hank la debilitaba, le recordaba cosas que prefería olvidar.

-ya he respondido tu pregunta -dijo, con la mayor indiferencia posible-. Ahora puedes volver a México y dejarme en paz.

Los ojos de Hank le acariciaron el rostro y luego se dirigieron a su vientre.

-No. Me quedaré un poco más, al menos hasta que nazca el pequeño.

La expresión de Samantha se volvió fría.

-No eres bienvenido aquí.

-Ah, pero tu hermano me ha dado la bienvenida -replicó, sonriendo-. Es más generoso que tú.

-Sólo porque no sabe nada de nuestra verdadera relación. Eres mi esposo sólo por nombre. Si intentas cambiar eso.. .

-Basta, Sam. ¿Por qué peleas ahora? Dices que estás cansada de luchar y, sin embargo, descubres las garras en cuanto me ves.

Samantha no podía enfrentar aquella mirada inquisitiva.

-Por tus razones para venir.

-Pero ya te he dicho que no vine por eso -le recordó-. Quería respuestas. Sin embargo, no estoy seguro de haberlas conseguido por completo.

-Claro que sí.

-Entonces, ¿por qué, si ambos hemos sufrido bastante, haces tan difícil esta reunión?

Samantha estaba al borde del llanto. Hank tenía razón. Su comportamiento no era razonable y ella ni siquiera sabía por qué actuaba así. ¿Sería su estado lo que la ponía a la defensiva? ¡Oh, no había querido que Hank la viera así!

-No debió haber otro encuentro, Hank -dijo, intentando parecer tranquila-. Esperaba no volver a verte nunca. Por eso vine a Inglaterra.

Hank apartó la mirada. Su voz era apenas un susurro al preguntar:

-¿Todavía me odias tanto?

Samantha se sobresaltó. ¿Lo odiaba? En los últimos meses había pensado mucho en él. Sin embargo, y eso la extrañaba, nunca con odio.

-Yo. . . ya no estoy segura de lo que siento. Es sólo que no puedo estar contigo ahora que estoy... que me veo. . . oh, vete, Hank.

Samantha apartó la vista, pero Hank la obligó a mirarlo otra vez.

-¿Qué ocurre, Sam? -preguntó suavemente-. ¿Te avergüenza que te vea así?

-¡Claro que no!

Hank sonrió.

-Mientes, querida. Tienes vergüenza. Pero no hay motivos para eso. ¿No te das cuenta de lo hermosa que estás?

Samantha se puso tensa.

-¿Quieres. . . marcharte?

-Ah, siempre tan obstinada. . . y exasperante. -Suspiró. -Me iré, Sam. También dejaré esta casa, ya que mi presencia te molesta y eso no es bueno en este momento. Dejaré una dirección a tu hermano, por si me necesitas. Pero antes de marcharme haré lo que deseé hacer desde el momento en que te vi esta noche. .

Antes de que la muchacha comprendiera su intención, la tomó suavemente en sus brazos y la besó. Sus labios eran como el vino; tenían un sabor que por mucho tiempo le había sido negado. Aún conservaba el poder que siempre había ejercido sobre ella al abrazarla. Samantha olvidó todo excepto el beso y su magia.

Después de un largo rato, Hank se apartó de ella con un suspiro. La mirada que le dirigió reflejaba sólo anhelo. Sin embargo, cumplió con su palabra: dio media vuelta y se marchó.

Samantha miró, asombrada, la puerta cerrada. Hank aún podía dejarla sin aliento y temblorosa. ¿Por qué? ¿Por qué sólo él?

CAPITULO 42

Samantha sudaba copiosamente.

-¿ Ya viene el médico? -preguntó, intentando en vano dominar el creciente dolor, incapaz de evitar que aumentara.

-Sí, sí, está en camino -le aseguró Froilana mientras agregaba leña al fuego que ya ardía con fuerza.

Los dolores de parto habían comenzado esa tarde. Al principio, Samantha no les había dado importancia. En el último mes había sentido muchas pequeñas molestias. Aquel dolor sordo no parecía importante. Pero Froilana había notado cómo fruncía el ceño. Finalmente, había llegado el momento.

Tendida en la cama, Samantha quería llorar o maldecir. Jamás había pensado que sería tan malo. Le habían dicho que sería doloroso, pero que cada minuto de dolor valdría la pena. ¡Ja, ja! ¿Quién le había dicho esa tontería? ¿Lana? ¿Y qué sabía Lana? Ella nunca había pasado por eso. Era increíble. De allí en adelante, su misión en la vida sería advertir a otras mujeres que no tuvieran bebés.

-¿Tratas de asarme con ese fuego? -gritó Samantha.

-Cálmate, Sam.

-Me gustaría verte calmarte en mi lugar -replicó.

-¿Quieres que te oigan desde abajo?

-¿Quién?

-Tu hermano y.. .::

Samantha gimió. En cuanto el dolor disminuyó, miró a su amiga.

-¿Y?

-¿Dije "y?" Cielos, ¿en qué estoy pensando? –dijo Froilana, como respuesta evasiva.

Samantha lo dejó pasar. Estaba demasiado exhausta para que le importara quién más estuviera abajo. Teresa, tal vez. Había venido a menudo desde aquella noche, casi dos meses antes, cuando de pronto Hank había regresado a su vida.

Nunca había preguntado a Sheldon sobre la dirección que se suponía le había dado Hank. Sheldon tampoco lo mencionó, ni nada más respecto de la visita de Hank. Samantha imaginaba que él simplemente querría olvidar aquella noche.

Bien, allí estaba, a punto de tener el bebé de Hank. No era justo que la venganza llegase hasta ese extremo. Samantha se mordió los labios cuando el dolor volvió.

-¿Cuándo termina esto, Lana? -preguntó, desesperada-. Realmente, no puedo soportar mucho más.

-Estás luchando contra el dolor -la reprendió suavemente Froilana-. Debes relajarte.

-Oh, claro. Qué buen consejo. . . cuando no eres tú quien sufre. El médico ni siquiera ha llegado. Vendrá tarde.

-Te preocupas por nada. Hay tiempo de sobra. El médico vendrá mucho antes de que nazca el bebé.

-Oh, Dios -gimió Samantha-. ¡Es lo último que necesitaba oír! ¡Tiempo de sobra! Yo no duraré tanto tiempo. No hay manera de que dure. ¡Voy a morir!

-Sólo lo estás haciendo más difícil, Sam. No te resistas al dolor. Es tu primer hijo. Es natural que éste te cause más dolor. Pero lo olvidarás, y el próximo vendrá con más facilidad.

-¿El próximo? ¿Tener otro hijo? ¡Nunca!

Samantha volvió a caer sobre las almohadas. No sabía qué era peor: lo que sentía ahora o lo que había sentido la primera vez que fue a vivir con su padre en Texas. Lo primero que encontró fue su traje de novia, extendido sobre la cama de su nueva habitación. Lo que había sentido, ese día, aquel terrible vacío, era el comienzo de otros sentimientos que sobrevendrían.

Sí, todos los vaqueros habían venido con sus familias y habían traído todo de la hacienda de México. Habían arreglado el lugar; aún había llanuras para cabalgar y montañas a la distancia. Pero Samantha seguía odiando ese lugar debido a aquella noche, aunque era casi lo mismo que su antiguo hogar. El establo era un constante recordatorio de lo que allí había ocurrido. Samantha se sentía turbada, muy deprimida; los recuerdos la acosaban. No estaba segura de lo que quería de la vida. Sus antiguas diversiones ya no la satisfacían, y el futuro parecía sombrío. Se sentía mal sin saber por qué.

Sin embargo, cuando supo que estaba embarazada, volvió a la vida y a odiar a Hank. Él había deseado dejarla embarazada y lo había conseguido. Estaba furiosa. Sin embargo, por alguna razón, también estaba aliviada. Eso le daba una excusa para dejar el lugar que estaba enloqueciéndola de recuerdos. También podría abandonar el país para que Hank jamás se enterase del bebé.

Había pensado que se sentiría mejor al marcharse, pero no fue así. Comenzó a pensar en su hijo y en criarlo sola, y volvió a deprimirse. Lo que comenzaba a sentir por el bebé la ayudaba un poco. También Sheldon, pues intentaba comprender la furia que despertaba en ella. Luego había llegado Hank.

El dolor se volvió insoportable y Samantha gritó, justo en el momento en que el doctor entraba a la habitación. Ya no le importaba que el médico hubiese llegado. Era Hank quien debía estar allí. Él era el responsable. Pero no, no quería verlo allí, no quería que supiera cuánto estaba sufriendo.

Sheldon había prometido avisar a Hank cuando llegara el momento y, cuando llegó el mensaje, Hank se llenó de júbilo. Mientras atravesaba Londres, estaba en éxtasis. Lorenzo lo acompañó, pero Hank no oía ni una palabra de lo que decía. Samantha estaba dando a luz a su hijo. De ella. De los dos.

Instantes después de llegar, oyó los gritos que provenían de arriba. Con un vaso en la mano, se sentó en un rincón de la sala, lo más lejos posible de la puerta cerrada. Agitaba el hielo que tenía su bebida para amortiguar parte de los ruidos, pero cada tanto su cara perdía todo color.

Estaba allí sentado, con su tercer vaso, angustiado por lo que estaba ocurriendo arriba.

-No deberías estar aquí, Hank -observó Sheldon mientras otro grito se apagaba y dejaba un extraño silencio en la sala-. Y yo tampoco. -Era el único que se paseaba por la habitación, y lo hacía a paso vivo. -i Por Dios, éste no es lugar para hombres!

Hank fijó la vista en Sheldon. Pasaron varios segundos hasta que habló.

-¿No me echarás?

-Claro que no.

-Entonces me quedaré.

-Mi club está cerca de aquí. ¿Por qué no. . .?

-No.

Lorenzo meneó la cabeza, observando a los otros dos hombres.

-Él tiene razón, Hank. No deberías estar aquí. Salgamos un rato.

-Debo estar cerca de ella -replicó Hank.

-Ella no sabe que estás aquí -señaló Lorenzo-. No puedes ayudarla.

-Déjame en paz, Lorenzo. Aquí es donde quiero. . .

Desde la escalera se oyó un grito más fuerte que todos los anteriores. El vaso de Hank resbaló de sus manos.

-¡Dios mío! Está muriendo. La he matado.

-Tonterías -dijo Lorenzo.

Hank se volvió hacia él.

-¿Puedes jurarme que no morirá? ¿Puedes asegurarlo?

-Oh, Señor -interrumpió Sheldon-. Ya no soporto más. Es inapropiado y.. . me está volviendo loco. Quédense si quieren. Yo me voy.

Tomó su chaqueta y se encaminó a la puerta. Cuando llegó al vestíbulo, el llanto de un bebé se unió a la exclamación jubilosa de Froilana:

-¡Es un varón!

Sheldon regresó a la sala con la más ligera de las sonrisas en los labios.

-Tengo un sobrino.

Pero Hank ya había saltado de su silla. Pasó junto a Sheldon, subió la escalera a la carrera y abrió la puerta del dormitorio de Samantha.

Había un espeso vapor por el agua hirviente y el calor era terrible. Froilana comenzó a protestar por la presencia de Hank, pero el médico dio su aprobación con un movimiento de cabeza, de modo que la muchacha fue a limpiar al bebé.

-¿ Usted es el esposo?

Hank no oyó la pregunta. Miraba la gran cama, pero no lograba ver siquiera la cara de Samantha.

-¿Ella está bien?

-¿No quiere ver al niño? -le preguntó Froilana con orgullo.

Hank también la ignoró.

-¿Ella está bien? -insistió.

-¿Por qué no me lo preguntas a mí? -dijo Samantha suavemente.

Hank se acercó a la cama. Samantha apenas podía mantener los ojos abiertos, pero se las ingenió para mirarlo fijamente antes de cerrarlos. Nunca la había visto tan exhausta.

-¿Sam?

-¿Qué haces aquí? -preguntó con voz ronca.

-Hice que tu hermano me prometiera avisarme -explicó rápidamente-. Además, Sam, no puedes negar que tengo derecho a estar aquí.

-Sí puedo. Tú no me querías, ¿recuerdas? No te importaba si yo conseguía el divorcio. Entonces, ¿cuál es tu interés aquí?

Hank se puso tenso y respondió, a la defensiva:

-El niño, por supuesto.

-Claro.

-No quiero pelear contigo, Sam -suspiró~. ¡Dios, creí que estabas muriendo aquí arriba!

-Es absurdo -se burló, con fatiga-. Fue desagradable, pero les ocurre a todas las mujeres que tienen hijos. Ni siquiera. . . lo recuerdo.

Sus ojos volvieron a cerrarse y su voz se apagó. Hank permaneció allí, observándola, sin deseos de apartarse de su lado. Samantha Blackstone Kingsley Chávez, su esposa, la madre de su hijo, la mujer que lo volvía loco de deseo. Esa mujer siempre lo asombraba, con su orgullo, su osadía, su temperamento, su pasión. Si tan sólo lo hubiese odiado de verdad, en forma

consistente, tal vez él no estaría confundido. Pero en la pasión, ella le había mostrado cómo podían ser las cosas entre ellos. Habría sido mejor no saberlo. Entonces él jamás habría admitido que la amaba. Porque aun cuando la odiaba, la amaba.

CAPITULO 43

El carruaje atravesaba el parque a paso lento. Una fresca brisa nocturna que olía a primavera entraba por las ventanillas y hacía vacilar la luz de la lámpara y distorsionaba los rasgos de las personas que iban en el interior.

-¿Crees que Sheldon se haya enfadado porque te pedí que me acompañaras a casa, Jean? -preguntó Teresa, con voz tensa.

El francés se encogió de hombros.

-¿Quién sabe, chérie? ¿Quién sabe si ese inglés se habrá enfadado alguna vez en su vida? En verdad, no creo que tenga muchos sentimientos. Yo nunca dejaría a mi prometida al cuidado de otro hombre con tanta frecuencia, fuese amigo o no.

-¡No lo subestimes! -lo interrumpió Teresa-. Los hombres fríos pueden estallar con mucha violencia.

-Entonces debiste dejar que él te acompañara a casa.

-No podría soportar volver a viajar con esa mujer. Ahora la lleva a todas partes con nosotros. Si tuviera que escuchar uno más de sus comentarios maliciosos, gritaría. No has oído algunas de las cosas que me dijo. Cuando recuperó la silueta, trajo consigo una lengua afilada. Temo que sepa de lo nuestro, querido.

-Tonterías, ma chere -se burló Jean-. Samantha sólo puede suponer cosas. No deberías prestarle atención. Si es malintencionada, seguramente es por su esposo. No pueden estar en la misma habitación sin que comiencen a volar las chispas, y ahora Chávez se ha mudado a la casa Blackstone por su hijo. Samantha lo odia, pero no hay nada que pueda hacer. Sheldon ha tomado partido por, él en esa guerra matrimonial.

-Eso no me importa. Sus insinuaciones me ponen nerviosa. Hasta ahora las hace en castellano, de modo que Sheldon no entiende. Pero. . .

-Descarga su frustración sobre ti, Teresa, eso es todo.

-Pero ¿por qué tengo que soportarla? ¡Odio a esa mujer!

-Vamos, cálmate.

-¿Cómo te atreves a usar ese tono condescendiente conmigo? -lo interrumpió-. ¡Oh, te odio cuando me tratas como a una niña!

-¿Por qué tanto alboroto? -preguntó Jean, acostumbrado a aquellos arranques de temperamento-. Pronto te casarás y ya no tendremos por qué preocuparnos.

-Pero ¿me casaré, Jean? ¿Encontraste el otro testamento?

-No -admitió, en tono grave-. Pero temo que sí averigüé lo que queríamos saber. Mi socio mayoritario se encargó de los bienes del viejo.

-¿Temes?

-Es lo que temía, Teresa -dijo, con solemnidad-. Si Sheldon muere sin progenie, todo pasará al hijo de Samantha.

-¿Aunque yo sea su esposa?

-Sí. El viejo se cercioró de que los bienes pasaran al heredero de sangre.

-¡Maldita sea esa mujer y su hijo! Está arruinando todos mis planes. He trabajado en esto mucho tiempo, Jean. No puedo darme por vencida con Sheldon y buscar otro hombre. Ya he vendido las últimas joyas de mi familia. No me queda dinero con que atrapar un marido adecuado.

-Cálmate, chérie. Aún no hemos perdido.

Teresa lo miró con furia.

-Nuestro plan era matar a Sheldon después de unos meses de matrimonio. ¡Y ahora me dices que no obtendré nada si muere!

-Exacto. Pero fue mejor saberlo ahora, antes de deshacemos de Sheldon. Los términos del testamento son indefinidos. Aunque Samantha no hubiera tenido a su hijo ahora sino en cinco o diez años, los bienes pasarían igualmente a ese primogénito. Si matábamos a Sheldon antes, lo habríamos perdido todo. No habrá manera de recuperar los bienes una vez que pasen al muchacho.

Los ojos de Teresa se iluminaron.

-Dijiste "primogénito", querido. ¿Acaso has resuelto nuestro problema?

-Hay una sola solución. Samantha y el niño deben morir primero. Su mitad de los bienes no le será entregada hasta que cumpla un año. Si no llega a cumplirlo, tendremos todo cuando nos libremos de Sheldon. Sin Samantha, ya no habrá ningún Blackstone que reclame su herencia.

-Pero ella piensa regresar a América inmediatamente después de la boda. ¿Cómo podremos matarla en ese país? Allá tendrá la protección de su padre. Es demasiado riesgo.

-Nos encargaremos de eso antes de que se marche.

-Pero faltan dos semanas para la boda.

-Entonces, cuanto antes mejor. Tal vez se posponga tu boda con Sheldon por la tragedia, pero luego nuestros problemas habrán terminado y volveremos al plan original.

-¿Cómo?

Jean se encogió de hombros.

-Aún no lo he pensado mucho. ¿Tienes alguna idea?

-Suicidio. Después de todo, ella es muy temperamental. . . y está enemistada con su esposo.

-¿Te refieres a que mate al niño y después se suicide?

. -Jean rió. -No, no, chérie, el suicidio no servirá. Ella adora a ese niño. Nadie creería jamás que lo hubiese matado. Que se suicidara, tal vez, pero no al niño.

-Entonces se podría culpar al esposo. No es ningún secreto que ella piensa regresar con su padre, y Chávez no es bienvenido allá.

-Sí, pero el tampoco mataría al niño.

-¿Qué sugieres, entonces? -preguntó Teresa con petulancia-. El único momento en que está sola con el niño es en la casa, y hay que matarlos juntos.

-De acuerdo. Y como no podemos matarlos allí, debemos sacarlos de la casa juntos.

-Pero esa sirvienta mexicana siempre va con ellos cuando salen.

-No me refiero sólo a salir. De alguna manera los sacaremos de la casa, tal vez cuando los demás duerman. Sí, ya lo tengo! -exclamó, entusiasmado con la idea-. Parecerá que Samantha ha huido con la criatura. Puede dejar una nota a ese efecto. El motivo será el esposo. Ella teme que intente quitarle a su hijo, y entonces debe ir a donde él nunca pueda encontrarla... desaparecer.

-Pero Sheldon debe saber que están muertos. Debe declararse su muerte.

-Sí, es simple: un encuentro con asaltantes nocturnos. Los caminos campestres no son seguros por aquí. -Sonrió. -¿Acaso no oímos hablar de robos y asesinatos todo el tiempo? Claro que ella no lo sabe y cometerá la tontería de llevarse el mejor carruaje de Sheldon. ¿Qué asaltante puede resistir la tentación de un carruaje rico que viaja sin escolta?

-¡Oh, eres brillante, querido! -exclamó Teresa-. Por algo te amo tanto.

-y yo a ti, ma bien-aimée.

-Pero ¿lo harás tú mismo?

Los ojos azules de lean se estrecharon.

-No lo creo. Es demasiado bonita.

-¡Jean!

Jean rió entre dientes.

-No me culpes por apreciar la belleza, Teresa. Si no lo hiciera, no me habría enamorado de ti. Pero no te preocupes. Conozco un hombre que matará a cualquiera a cierto precio.

-Pero ¿podemos pagarlo?

-Oh, no costará nada. Cuando termine, me desharé de él. No me cuesta matar a la escoria.

-¿Cuándo?

-Mañana por la noche, creo. ¿Ella se reunirá contigo para el baile de caridad?

-Sí.

-Entonces después estará cansada y se dormirá profundamente. La única dificultad será sacarla a ella y al bebé sin ser vistos.

-Pero ¿cómo entrarás a la casa sin que te vean?

-No es problema. Sheldon cree que ignoro que él no vendrá a casa mañana por la noche. Pasaré por allí con algún pretexto después de que Sheldon y Samantha hayan ido al baile. wilkes me ofrecerá algún refresco aunque Sheldon no esté en casa. Cuando vaya a buscarlo, dejaré una nota que diga que no pude esperar y luego iré arriba a esconderme hasta que llegue el momento. Wilkes pensará que abandoné la casa y Sheldon no sospechará nada cuando Wilkes le diga que estuve allí.

-Tendrás cuidado, ¿verdad, querido?

-Claro que sí, chérie. Nuestro futuro y el de la fortuna Blackstone dependen de la cautela y de un buen plan.

CAPITULO 44

~Te vistes para seducir, ¿eh? -observó Froilana al traer el chal rosado que hacía juego con el vestido de Samantha.

-Claro que no.

-Pero este vestido es muy escotado. . .

-Está de moda, Lana, es todo -la interrumpió Samantha-. Y deja de fastidiarme. Este es un baile importante. Quieres que me vea bien, ¿verdad?

-¿Bien? Yo creo que te vistes para él.

-¡Y yo creo que supones demasiado! -replicó, apartándose del espejo. Había terminado de arreglarse y se veía espléndida-. Además, él no irá.

-Siempre se rehúsa a ir contigo y con tu hermano porque sabe que tú no quieres que vaya. Pero siempre aparece en las fiestas de todos modos porque no soporta estar lejos de ti.

-¡Qué tontería! A Hank no le importa lo que yo haga. Ha insistido en quedarse aquí sólo por Jaime.

-¡Cómo te engañas, Sam!

-¡Oh, basta! Estoy cansada de escuchar tus cuentos de hadas, Lana. Hank tiene un solo interés aquí, y es su hijo.

-Cuando entras a una habitación, no te quita los ojos de encima. ¿Qué es eso sino. . .?

-¡No sabes lo que dices!

-¡Y tú te niegas a ver lo que es obvio! –replicó Froilana.

-¡Oh!

Samantha salió de la habitación. Últimamente, ella y Froilana parecían discutir más que nunca, y siempre por Hank. Sin duda, él oía muchas de esas discusiones, pues sus habitaciones estaban enfrentadas. ¡Cómo debía de divertirse! Era frustrante que la propia criada de Samantha fuese la aliada más firme de Hank.

Froilana estaba subyugada por el aspecto físico de Hank, eso era todo. Pero Samantha lo conocía tal como era: un hombre que haría cualquier cosa para conseguir lo que quisiera. Y ahora quería a su hijo. ¿Por qué? Eso era lo que no comprendía. La había acicateado con esa criatura incluso antes de que supieran de su existencia. Hank había dicho que sería hijo de Samantha, que ella lo criaría, que loa maría, sin que él tomara parte en ello. Ahora, de pronto, todo había cambiado. Desde la noche del nacimiento de Jaime, Samantha había vivido con el temor de que Hank intentara quitarle al niño.

Era un temor constante que la hacía desconfiar de cada acción y cada palabra de Hank. Siempre estaba a la defensiva, siempre como antagonista. También era un escudo que ella utilizaba para bloquear sus sentimientos. Era más fácil odiar a Hank que aceptar sus otros sentimientos.

Estaban de pie en un extremo del salón, observando cómo las parejas de jóvenes y mayores pasaban girando sobre el piso de parquet. El gran salón estaba radiante de luces y por los colores deslumbrantes de los finos vestidos. Teresa guardaba un silencio inusual. Jean Merimée estaba ausente por una vez, y Samantha se preguntó si ésa sería la razón de su ánimo apagado, pues siempre se mostraba muy vivaz cuando estaba el francés. Era pasmoso ver la cantidad de atención que Teresa dedicaba a Jean. Sheldon no parecía advertirlo, saber que lo engañaban. Pero Samantha sí lo notaba. Había intentado poner excusas para el comportamiento de Teresa para con Jean, pero de nada había servido. Sus miradas, la intimidad de sentimientos que había entre ambos, eran demasiado obvias. ¿Por qué Sheldon no lo veía?

Sheldon se alejó en busca de refrescos y Samantha permaneció, muy tensa, junto a Teresa. No sentía deseos de discutir con la española. En primer lugar, estaba de mal humor y, si comenzaba a hablar, podía llegar a acusarla directamente de infidelidad. Eso no serviría. No tenía pruebas y ya había bastante animosidad entre ellas.

Varios de los conocidos de Sheldon invitaron a bailar a Samantha, pero los rechazó. Habría aceptado si Hank hubiese estado allí, pero no era así. Deseó no haber asistido. Quería estar en casa con Jaime. La única razón por la que asistía a esas fiestas y cenas con Sheldon era para fastidiar a Hank, para demostrarle que podía salir y divertirse sin pensar en él. Pero cuando Hank dejó de acompañarlos para presenciar toda su supuesta diversión, el juego perdió la gracia. Se volvió tedioso y aburrido, y a menudo Samantha desahogaba su descontento con Teresa. No era que la mujer no se lo mereciera, pero a Samantha no le agradaba comportarse así.

Todo era culpa de Hank. Si él se marchara, podría dejar de pensar en él. . .

Sheldon regresó con los refrescos, acompañado por unos amigos a quienes Samantha no conocía. No prestó demasiada atención a las presentaciones, pero no pudo evitar mirar al hombre alto y a su bella esposa. Hacían una hermosa pareja y, al notar lo unidos que estaban Samantha sintió envidia. Volvió a prestarles atención cuando alguien mencionó a Texas.

-. .. una de las propiedades de los Maitland era una hacienda allí, y Ángela y yo decidimos convertirla en nuestro hogar.

-¡Qué coincidencia! -observó Teresa-. Samantha también es de Texas. ¿No se conocen?

El hombre sonrió.

-Temo que no, señorita Palacio. Texas no es exactamente un estado pequeño.

-¿Qué te trae a Inglaterra, Bradford? –preguntó Sheldon-. ¿Sólo una visita?

-En realidad, una luna de miel retrasada. Quería que Ángela conociera Inglaterra en primavera, pero no pudimos venir el año pasado porque estábamos demasiado ocupados construyendo una nueva casa en la hacienda.

-No me dijiste que tenías amigos norteamericanos, Sheldon -no pudo evitar señalar Samantha. Conocía la aversión de su hermano por lo que él llamaba "sus hábitos americanos", y se sorprendió al verlo tan amigable con ese hombre. -No has estado en Texas, ¿o sí?

-No, querida. Conocí a Bradford aquí hace muchos años. Su familia posee una propiedad cerca de Blackstone.

-¿ y qué le parece Inglaterra... Ángela? –preguntó Samantha a la bella muchacha de cabello castaño y ojos violetas.

-Hace más frío que en América -respondió, sonriendo.

-Sé a qué te refieres. Yo pasé el invierno aquí por primera vez en once años y me congelé él. . .

-i Samantha! -exclamó Sheldon.

-Oh, cálmate, Shelly -dijo Samantha, y recibió una mirada peor por haber utilizado el apodo.

Bradford Maitland soltó una carcajada y sus ojos castaño-dorados se iluminaron.

¡ -Es de las mías, viejo. Debiste decirme que tenías una hermana así. La habría visitado a mi regreso a Norteamérica.

Ángela le dio un codazo en las costillas.

-Recuerda que ahora eres un hombre casado, Bradford Maitland -le dijo con severidad.

Él la atrajo más hacia sí y le susurró al oído algo que la hizo reír.

Samantha sonrió. Le agradaban esos dos. Eran abiertos, no temían demostrar su afecto en público. Debía de ser maravilloso ser tan feliz, pensó.

-Vaya, miren quién ha decidido acompañamos después de todo -dijo Teresa.

Samantha se volvió, esperando ver a Jean Merimée. Pero era Hank quien se dirigía hacia ellos. De pronto, su sangre se aceleró al pensar en el escote atrevido de su vestido. Claro que ignoraría a Hank. Ahora tendría que bailar con otros hombres.

Lo observó acercarse. No la miraba a ella, sino que tenía los ojos fijos en Bradford y Ángela Maitland, que lo observaban con atención; la joven sonreía con jubilosa sorpresa, y el hombre tenía expresión de enojo.

-¡No puedo creerlo! --exclamó Ángela, sin disimular su placer-. ¡Hank Chávez!

-Angelina. -Hank sonrió y le tomó ambas manos.-Tan bella como siempre. Y todavía con éste, ¿eh? -agregó, señalando a Bradford con la cabeza.

-¡Por supuesto que sí! -respondió Bradford, muy tenso-. Ahora es mi esposa.

-Bueno, no pensé otra cosa, amigo -dijo Hank suavemente, con los ojos brillantes-. Aunque nunca comprenderé qué ve en ti.

-Mantén la distancia -le advirtió Bradford, y Samantha se asombró al ver que hablaba en serio.

-Basta, ustedes dos -intervino Ángela, y ambos hombres la miraron-. ¿Es así como se comportan los viejos amigos?

-Sigue tan celoso como siempre, ¿eh? -susurró Hank a Ángela, y Bradford lo miró con furia. Hank rió entre dientes.-Cálmate, amigo. Ya conocen a mi esposa, ¿verdad? ¿Cómo puedes creer que tengo ojos para otra mujer cuando tengo una esposa tan encantadora como Samantha?

-¿Ella es tu esposa? Vaya -dijo Bradford, comenzando a calmarse-. Felicitaciones.

-Me alegro mucho por ti, Hank -agregó Ángela

-Yo también me alegraría si ella no me mirara con tanta furia -respondió Hank fingiendo seriedad-. Creo que ambos tenemos cónyuges celosos, ¿eh, pequeña? –Guiñó un ojo a Ángela.-Será mejor que ahora atienda a la mía antes de que crea que la ignoro demasiado.

Samantha estaba tan furiosa que realmente veía rojo. Ángela... Angelina... Esa mujer era el amor de Hank, de quien él había hablado tanto, la mujer a quien había llamado cuando estaba golpeado y delirante. y Samantha había estado conversando con ella e incluso le había agradado... ¡oh! ¡Y escucharlos a ellos y a Hank llamándola celosa! ¡Qué disparate! ¿Celosa?

-¿Bailas conmigo, querida?

-¡No! -respondió, pero Hank ignoró su rechazo y la condujo hacia la pista.

-Creo que nuestro amigo tiene un problema entre manos -comentó Bradford a Ángela, mientras la conducía también a la pista.

-No más que yo -replicó, en tono significativo.

Bradford gruñó ante la referencia a sus propios celos. Casi le habían costado la mujer a quien amaba.

-Pero tiene suerte. Es una belleza.

-Oh, yo creo que ella también tiene suerte.

-Ah, ¿sí?

-Pero no tanta como yo.

Bradford sonrió, orgulloso, y abrazó a su mujer.

-Cómo te amo, Ángel.

Samantha vio que Bradford y Ángela pasaban junto a ellos y sus ojos brillaron con un fuego verde.

-Suéltame, Hank, te lo advierto.

Una vez más, intentó soltarse pero no lo logró.

-No causarías una escena, ¿verdad, gatita? Tu hermano está mirando.

-¡No me importa!

-¿Por qué estás tan enfadada?

-¡ No estoy enfadada! -replicó con furia, y luego prosiguió-: ¿Cómo te atreves a humillarme así? ¿Cómo te atreves a acusarme de estar celosa?

Hank levantó una ceja, divertido.

-¿No lo estabas?

-¡No!

-Entonces ¿por qué me matas con los ojos?

-¡Me humillaste, maldito seas! -Su voz atrajo miradas sorprendidas, pero a Samantha no le importó; estaba ciega de furia.-¿Qué debe de pensar Teresa al verte hacer tantas fiestas a esa mujer con su esposo aliado?

-¿Desde cuándo te importa lo que piense Teresa? Ni siquiera eres amable con ella.

-Bueno... ¡mi hermano, entonces!

-Sólo saludé a una vieja amiga, Sam. Estás buscando más de lo que hay.

-¡Una vieja amiga, nada! ¿Crees que no sé quién es? ¡Es tu Angelina! ¡Tú la amabas!

-La deseaba.

-¡ Aún la deseas!

-No, Samina, te deseo a ti.

-¡Ja,ja!

-Ya es hora de que te lo demuestre. Esta noche, cuando todos duerman, iré contigo.

Samantha ahogó una exclamación.

-Hazlo y encontrarás la punta de mi revólver –dijo fríamente.

Hank se apartó un poco, sorprendido.

-¿Trajiste tu revólver a esta tierra civilizada?

-Lo llevo dondequiera que voy.

Hank suspiró.

-Me decepcionas, Sam. ¿Me dispararías como a aquel minero de Denver?

Samantha tropezó al comprender las palabras, y Hank la sostuvo.

-¿Cómo supiste eso?

-Estuve allí. Siempre quise saber por qué le disparaste tantas veces a ese hombre.

-Porque no quería dejarme en paz -respondió-. Igual que tú.

-¿Es una amenaza?

-Tómalo como quieras.

Hank se acercó más a ella y susurró:

-Creo que no me importarían algunas balas si con eso volviera a tenerte.

La suavidad de su voz la acobardaba. Su proximidad la había debilitado, como siempre. De pronto, Ángela cayó en el olvido.

-Hank...

-Ha pasado mucho tiempo, querida.

-Hank, no.

-¿Has olvidado cómo es?

-¡Basta! No creas que no sé lo que planeas. Sólo estás usándome para obtener a Jaime. Tú mismo dijiste que nosotros nunca podríamos tener un matrimonio normal.

-Cuando dije eso estaba furioso.

-Sí, furioso porque estabas a punto de casarte conmigo pero no querías hacerla. Nunca lo quisiste. Podrás desearme... pero me odias.

-Sam...

-¡Déjame en paz!

Le dio un puntapié en el tobillo y Hank la soltó. Deprisa, Samantha se dirigió junto a su hermano, ansiosa por partir. Pero era demasiado temprano. Hank la dejó tranquila el resto de la velada. Samantha se decía a sí misma que estaba aliviada. Después de todo, era lo que quería... ¿o no?

CAPITULO 45

Hank despertó sobresaltado y tomó el reloj que estaba sobre la mesa de noche. No podía ver la hora y buscó a tientas las cerillas, pero no pudo encontrarlas en la oscuridad. ¿Qué lo había despertado?

Se levantó y abrió la puerta con cautela, pero el corredor estaba a oscuras y en silencio. Volvió a cerrarla, bien despierto. Le sorprendía que hubiese dormido, perturbado como estaba. ¿Samantha dormiría?

Distraído, se acercó a la ventana y se recostó contra el borde. ¿Qué iba a hacer sin Samantha? Ella no quería escucharlo. No quería bajar la guardia siquiera un instante. Era tan obstinada, tan exasperante... Las cosas podían ser distintas entre ellos, si tan sólo ella lo permitiera.

El carruaje de los Blackstone que salía a la-calle llamó la atención de Hank. Frunció el ceño y lo observó alejarse con rapidez. ¿Adónde iría Sheldon a esas horas de la noche?

De pronto, Hank se incorporó. Si Sheldon no estaba, no podría acudir al rescate de su hermana cuando Hank entrara a su habitación. ¿Ella realmente le dispararía? No si estaba durmiendo y él entraba en silencio. ¿Qué le había dicho Bradford esa noche? "Si la amas, encontrarás una solución -le habla dicho Bradford-. Trágate el orgullo si es necesario, pero habla con el corazón."

Haría exactamente eso. Haría que Samantha lo escuchara. Admitiría que nunca la había odiado, que la furia y el dolor porque ella lo había usado lo habían hecho fingir. Sí, admitiría que lo que más le había dolido era el rechazo de Samantha.

No perdió tiempo para atravesar el corredor hasta la puerta de Samantha. Sin embargo, al abrirla, encontró la habitación vacía. ¿Acaso se habría mudado a otra habitación porque él le había advertido que podría ir? Pero eso no era típico de Samantha. Ella habría preferido echarlo a punta de revólver para conservar la ventaja.

Hank maldijo. ¿Qué esperaba lograr escondiéndose de él? ¿Estaría con Jaime?

Pero la habitación del niño también estaba vacía, y se le heló la sangre al ver la cuna vacía. Al recordar el carruaje que se había alejado de la casa, Hank corrió a la habitación de Sheldon.

No vaciló en entrar. Encontró a Sheldon dormido, pero eso no disminuyó su alarma. Deprisa, lo despertó.

-Tu hermana, ¿adónde ha ido?

-¿Qué?

-Samantha dejó la casa con Jaime y su criada. ¿Adónde irían en mitad de la noche?

-Por Dios, hombre, ¿cómo quieres que lo sepa?

-¿No te dijo que se marchaba?

-No. -Sheldon se levantó, y, deprisa, se puso los pantalones.-¿Estás seguro de que dejó la casa?

Hank asintió.

-Las habitaciones están vacías, y uno de tus carruajes salió hace un momento.

-¿Buscaste alguna nota? ¿Te fijaste si llevó algo de ropa?

-No.

Sheldon encendió una lámpara y la llevó mientras se dirigían a la habitación de Samantha. Había una nota sobre la mesa de noche.

-Dice que no regresará, que tiene que huir de ti -leyó Sheldon, con él rostro tenso de perplejidad.

-¡Perdición! ¡Huir en mitad de la noche! No lo creo. Es una cobardía, y Samantha no es cobarde.

-Admito que es una tontería, pero el hecho es que se ha ido. Tal vez ya esté en los muelles.

-El carruaje no salió en dirección a los muelles.

-¿Qué?

-Fue hacia el otro lado.

-Dios, ¿qué piensa hacer? -murmuró Sheldon-. Los caminos campestres no son seguros por la noche. Algunos ni siquiera lo son de día.

-¿Tienes alguna idea de adónde podría ir?

-No.

-¿Tal vez a la casa de campo de tu familia?

Sheldon meneó la cabeza.

-Odia a Blackstone. Siempre lo odió.

Hank se pasó las manos por el cabello, cada vez más frustrado. ¿Durante cuánto tiempo había planeado eso Samantha? ¿O no lo había hecho? El armario abierto le llamó la atención. Estaba lleno de vestidos. Pero, por supuesto, ella querría viajar con poca carga. Tal vez hubiese llevado sólo algunas cosas. Su tocador estaba atestado de polvos, peines, horquillas y frascos de perfume. También había un pequeño cofre, y Hank se dirigió hacia allí.

-¿Qué haces? -preguntó Sheldon.

Hank abrió el cofre y frunció el ceño.

-Ha dejado sus joyas.

-¿Todas?

-Este cofre está lleno.

Hank se dirigió a la cómoda y comenzó a abrir cajones con urgencia. Se detuvo al encontrar el revólver de Samantha. En su mente, resonaron las palabras: "Lo llevo donde quiera que voy... donde quiera que voy."

La oscuridad era total en el carruaje. La poca, luz que arrojaba la luna había desaparecido debido a la gran cantidad de árboles que se cernían sobre el camino. Samantha no lograba imaginar en qué camino se hallaban. Froilana estaba acurrucada en el asiento, junto a ella, con Jaime en sus brazos. Jean Merimée estaba sentado frente a las dos mujeres, que no tenían idea de quién era el conductor.

Samantha no había podido hacer nada cuando Froilana la despertó y vio a Jean Merimée apuntando con un revólver a la cabeza de Jaime, a quien sostenía con su brazo izquierdo. Le había ordenado juntar un poco de ropa. Debió dirigirse primero a la cómoda. Allí tenía un revólver. Pero en cuanto tomó algunos vestidos, Jean les ordenó que salieran de la habitación. Samantha no podía oponerse. Jean ya estaba extremadamente nervioso y enfadado porque Froilana lo había sorprendido al dormir en el cuarto del bebé. Se vio obligado a llevar también a la criada, lo cual no estaba en sus planes.

Habían atravesado la casa en silencio, sin despertar a nadie. Durante todo el tiempo, Samantha rogaba que alguien despertase. Pero nadie los había oído y pronto llegaron al carruaje, que ya estaba listo, y en él los esperaba un hombre alto de una delgadez patética.

Jean no quería responder preguntas. Era otro hombre: lacónico, tal vez asustado. No cesó de vigilar el camino que dejaban atrás hasta que salieron de Londres. Los caballos aminoraron la marcha debido a la oscuridad del camino. Cómo podía ver el conductor era un misterio para Samantha.

Se arrebujó más en su bata. Jean no le había permitido cambiarse de ropa. i Qué embarazoso sería cuando, por la mañana, llegasen a algún lugar y tanto ella como Froilana aún tuvieran puestos sus camisones! Pero ¿por qué diablos se preocupaba por su ropa si ni siquiera sabía por qué las habían raptado?

Otro secuestro. Pero esta vez no tenía que preocuparse sólo por ella. Intentó ver la cara de Froilana, pero no la vio. Por milagro, Jaime no se había despertado en ningún momento. Su angelito, tan parecido a Hank excepto por los vívidos ojos verdes. El bebé de los dos.

Deseó con desesperación que Jean no hubiese traído a Jaime. Podría haber exigido el rescate por ella sola, ya fuera a Sheldon o a su padre. Pero tal vez Jean quería un poco del dinero de Hank, también. Quizá Hank no lo pagara por ella, pero daría todo lo que tenía por Jaime. ¡Maldito Jean! ¿Cómo podía ser tan vil? ¿Y cuánto tiempo faltaba para que todo eso terminara y pudiera volver a casa?

Como respondiendo a su muda pregunta, Jean golpeó con su bastón el costado del carruaje y, poco a poco, se detuvieron.

-Salgan -ordenó.

-¿Dónde estamos?

-Sólo haz lo que te digo, Samantha.

Su tono no dejaba lugar a discusión. Fuera del. Carruaje había un poco más de luz, pero no mucha. Se hallaban en un bosque, y un rápido vistazo en todas direcciones reveló que no había nada más. Ninguna casa; sólo más árboles. ¿Dónde estaban?

-Sam, aquí no hay nada -le susurró Froilana, con nerviosismo. Estaba a su lado, sosteniendo al bebé.

El terror que reflejaba su voz era contagioso y Samantha intentó fortalecerse contra él.

-Lo sé, Lana. No te preocupes.

Intentó calmar a la otra joven, pero su propio corazón comenzaba a acelerarse. De pronto, les arrojaron la ropa.

-Pónganse algo -dijo Jean-. No deben ser encontradas con la ropa de dormir. ¿Encontradas? .

-¿Por qué nos detenemos aquí, Jean?

-No necesitamos ir más lejos.

-No entiendo.

-Claro que no. Pero pronto entenderás. -Luego gritó al conductor:-¡Peters! ¡Dése prisa antes de que venga alguien!

Peters estaba bajando del carruaje y Samantha comenzó a temblar cuando un temor más profundo se apoderó de ella.

-¡Jean, por Dios! ¿De qué se trata todo esto? -exclamó, acercándose más a Froilana y a Jaime.

-De veras es una pena, Samantha -suspiró Jean, en un tono genuino de tristeza-. No quiero hacer esto, pero tengo que hacerlo.

-¿Tienes que hacer qué? -gritó Samantha.

-No tienen por qué ponerse histéricas. Peters prometió hacerlo de manera rápida e indolora.

-¿Qué cosa?

-Matarlas, por supuesto.

-¡Madre de Dios! -chilló Froilana.

-No puedes hablar en serio, Jean -dijo Samantha, con repentina calma. Había pasado más allá del miedo-. ¿Por qué razón?

-Dinero -respondió, con serenidad.

-Pero yo no... -Se detuvo al comprender.-¿Te refieres al dinero que heredará Jaime? ¿Nos matarías sólo para conseguir a Teresa la mitad de la fortuna Blackstone?

. -La mitad no, querida, aunque supongo que podríamos haber vivido cómodamente con la mitad.

-¿Podríamos? ¿Quiénes?

-No finjas que no lo adivinaste, Samantha -dijo Jean con cierto grado de impaciencia-. Sheldon es demasiado ingenuo para sospechar, pero tú no.

-¿Tú y Teresa?

-Exacto.

-Pero ¿cuál es tu parte, Jean? Ella se casará con mi hermano. ¿Te conformarás con ser sólo su amante pago?

-Teresa tenía razón. Eres una intrigante. Pero no, tu querido hermano sufrirá un accidente más adelante. Ese fue siempre nuestro plan. Es una pena que tú y el niño se hayan interpuesto en nuestro camino. Esto no habría sido necesario de no ser por el testamento de tu abuelo. Si

hubiéramos sabido de él antes, nunca habríamos elegido a Sheldon para esposo de Teresa. Peters...

-¡No, espera! -lo interrumpió Samantha, frenética-. Jean, hay otra manera. Mi esposo es rico, y también mi padre. No hay necesidad de matar a nadie.

-Vamos, querida, sabes que ya es demasiado tarde. Ahora conoces nuestros planes. Además, la fortuna Blackstone vale mucho y Teresa es una mujer ambiciosa. Está acostumbrada a los lujos. Cuando su familia perdió su fortuna, se volvió desesperada.

Samantha comprendía muy bien la desesperación. Se hallaba al borde del pánico, pues Peters estaba allí de pie, esperando que Jean le diera la orden.

-Jean, por favor, Jaime no es más que un bebé. Entrégalo a otra familia. Nadie lo sabrá nunca. ¡No tienes por qué matarlo a él también!

-No dará resultado. No obtendremos el dinero hasta que se informe su muerte.

-i No puedes matar a mi bebé!

-¿Crees que me agrada esto? Ahora no tengo alternativa. He llegado demasiado lejos. Basta ya de...

Calló al oír el sonido de cascos. Jean maldijo.

-Hemos perdido tiempo, y ahora alguien viene. ¡Peters, ve hacia los caballos... deprisa! Si alguien pregunta algo, dile que uno de ellos se lastimó una pata. Yo llevaré a las mujeres al bosque hasta que el jinete se haya marchado.

Sin embargo, Peters no se movió.

-Déjeme matarlas ahora, jefe. Hay tiempo.

-¡No, imbécil! No podemos correr el riesgo de que haya testigos. Esto debe parecer un simple robo con asesinato.

-Pero soy rápido -protestó Peters, nervioso, mirando hacia el camino-. No quiero hablar con ningún sujeto que pueda ser asaltante. Podemos irnos antes de que llegue.

Samantha comenzó a retroceder, indicando a Froilana que hiciera lo mismo mientras los hombres discutían. Luego gritó:

-¡Corre, Lana!

Arrojó a los hombres la ropa que tenía en las manos y llevó a Froilana hacia el bosque. Las dos corrieron para salvar la vida mientras oían que Jean volvía a maldecir. Peters les gritó que se detuvieran.

-¡Ve a buscarlas, Peters! -ordenó Jean-. Yo me quedaré con el carruaje. i Encuéntralas, maldición, o no te pagaré ni un penique!

Samantha llegó a un claro, pero había demasiada luz allí, de modo que llevó a Froilana de regreso a la oscuridad del bosque. Corrieron varios metros hacia la izquierda y luego obligó a Lana a agazaparse detrás de un arbusto. El corazón le latía hasta ser doloroso y tenía la respiración agitada.

-No oigo que nos siga -susurró Samantha.

-Yo... tengo miedo, Sam.

-Lo sé. Calla, por favor, Lana, no dejes que Jaime llore. Si lo oyen... -Se oyó un disparo que sobresaltó a ambas.-¡Dios mío! ¡Jean mató a quien venía!

-Madre de Dios, ahora los dos nos buscarán –dijo Froilana, levantando la voz con temor.

-No te pongas histérica -susurró Samantha-. Conserva la calma. No nos encontrarán. Está demasiado oscuro.

-Pero, ¿no deberíamos huir de este bosque?

-No, nos oirían por más sigilo que pusiéramos.. Ahora nos han perdido. Deja de hablar ahora y quédate quieta.

Permanecieron agazapadas en el suelo húmedo, prestando atención, temerosas, a cada sonido. El follaje era espeso y constituía un buen escondite siempre que nadie se acercara. Los minutos pasaban lentamente. A la distancia, se oyó un grito. Llamaban a Samantha, pero las mujeres guardaron silencio. ¡Qué absurdo creer que ella respondería!

Jaime comenzó a sollozar suavemente. Froilana lo meció y Samantha rogó 'que no llorase.

De pronto, unas ramas crujieron cerca de ellas y Samantha contuvo el aliento. Se oyeron unos pasos que se acercaban cada vez más.

-Oh, Dios, se está acercando -susurró Samantha-. Lana, yo lo detendré mientras tú huyes con Jaime.

-¡No! -exclamó la joven, horrorizada.

-Haz lo que te digo.

-¡No!

-Maldición, Lana, yo puedo detenerlo mejor que tú. Ahora vete y salva a mi bebé. ¡Vete!

Dicho de esa manera, Froilana tuvo que acceder. Luego de un breve abrazo a Samantha, desapareció entre los arbustos hacia la izquierda. Lo hizo justo a tiempo pues, minutos después, un hombre apareció a la derecha. Samantha no sabía si sería Jean o Peters, pero eso no importaba. Se lanzó sobre las piernas del hombre como le habían enseñado a derribar un ternero. El hombre cayó de espaldas, maldiciendo, y la muchacha comenzó a golpeado hasta que se volvió y la arrastró consigo. Samantha intentó atacar sus ojos, pues su única esperanza era cegado, pero el hombre la tomó de las muñecas y sostuvo sus brazos contra el suelo.

-Ya te advertí antes sobre esas uñas, Sam.

-¿Hank? -exclamó, incrédula-. ¡Oh Dios mío... Hank!

Comenzó a sollozar. Suavemente, Hank la ayudó a ponerse de pie y la abrazó.

-Todo ha terminado, querida mía. Ah, mi amor, cálmate. Estás a salvo. Ya pasó todo.

CAPITULO 47

El viaje de regreso a la ciudad pareció muy largo. Jean había recibido un disparo, de Sheldon. Ese había sido el disparo que habían oído. Sólo estaba herido, y Sheldon lo había atado al caballo de Hank. Lo escoltaría personalmente hasta la cárcel, pues no quería perderlo de vista.

A la larga, Sheldon había mostrado su temperamento. Se había enfurecido cuando Samantha le explicó los planes de Jean y Teresa. Samantha había esperado mucho tiempo para verlo furioso. Se alegró de que no hubiese tomado mal la traición de Teresa. Lo enfurecía el hecho de haber sido embaucado, pero no sufría por ella.

Peters había huido. y habían tardado en alcanzar a Froilana y traerla de regreso. Ahora estaba dormida en el carruaje; Hank conducía y Samantha llevaba a Jaime. Había estado demasiado cerca de perderlo, y de perder también su propia vida. Rogó que nunca volviera a pasar una noche como ésa.

Comenzaba a amanecer cuando llegaron a la casa Blackstone. Sheldon continuó viaje hacia el centro con Jean. Samantha casi se compadecía de Teresa cuando Sheldon se encargara de ella.

Froilana llevó a Jaime a su habitación; Hank siguió a Samantha a la de ella y cerró la puerta. La muchacha se volvió y lo observó con atención. Estaba agradecida. Si él no hubiese encontrado el revólver y comprendido que algo andaba mal, probablemente estaría muerta. En efecto, se había declarado una tregua entre ellos. Pero sólo por algún tiempo, pensó Samantha.

-¿Qué quieres, Hank?

Hank no respondió. Samantha lo miró mejor y vio la expresión sombría de sus ojos. Estaba furioso. La muchacha se irguió en defensa propia.

-Respóndeme -dijo, en tono agresivo.

Hank estalló.

-¿Puedes imaginar lo asustado que estaba por ti? ¡Por Dios! ¡Casi te mataron!

Samantha levantó el mentón.

-¡No me hables con ese tono! ¡No fue mi culpa!

-¡Qué diablos! -gritó Hank-. Si me hubieras dejado venir a tu habitación ese francés jamás habría podido llevarte. ¡Habría tenido que matarme antes!

-¡Qué bien! ¡De mucho me habría servido que estuvieras muerto!

Se miraron con furia. De pronto, Samantha sonrió al comprender la estupidez de la discusión y Hank soltó una carcajada.

-¿ Viste a mi hermano? -dijo Samantha, riendo-. Juro que quería volver a disparar a Jean cuando intentó explicar lo que había hecho.

-¿ y qué me dices de ti? Me derribaste como a un ternero.

-Es una pena que no tuviera una cuerda.

-Eso te habría gustado, ¿eh? ¿Me habrías atado y hecho lo peor posible?

-No lo hice tan mal.

-Pero perdiste.

. -¿Sí? -Sonrió.-Recuerda que no me detuviste mucho tiempo, señor ganador. Por cierto, no como... acostumbras.

Samantha se puso seria. ¿Por qué había dicho eso? Al recordar el pasado había quebrado la frágil tregua. Hank también lo advirtió, pero no estaba listo para que terminara el hechizo. Esa noche había comprendido más que nunca cuánto la amaba. Había corrido en su busca, medio enloquecido por temor a llegar demasiado tarde. Tenía que decírselo.

-Samantha...

La muchacha se apartó, levantando sus defensas.

-No, Hank, creo que será mejor que...

Hank la tomó en sus brazos y silenció las protestas con un beso. Samantha levantó las manos para apartarlo pero, antes de tocarlo, su resistencia se había desvanecido. Sus manos rodearon el cuello de Hank. Tantos meses que habían pasado separados, meses de recordar aquella sensación, la ardiente magia, el increíble éxtasis... Samantha lo deseaba, lo necesitaba nuevamente, por esa última vez.

Ya no quedaba lugar a dudas, no cuando Hank la abrasaba con sus labios, la levantaba y la llevaba a la cama.

La despojó de su bata y luego del camisón. En ningún momento Hank interrumpió los besos que depositaba aquí y allí, desatando la pasión de Samantha. Cuando se apartó un momento para quitarse la ropa, la muchacha esperó, sin aliento, el contacto de su cuerpo con el de ella. Pronto, lo sintió. Sus miembros lo abrazaron y arqueó el cuerpo para recibir el impulso de la primera penetración. Fue casi más de lo que podía soportar, aquella explosión que sobrevino apenas instantes después. Llegó demasiado pronto, pero se prolongó mientras Hank continuó moviéndose en su interior hasta que, finalmente, él también alcanzó su cúspide.

Cuando Hank se desplomó sobre ella, exhausto y tan vulnerable, una repentina ternura invadió a Samantha. Su deseo por ella era real, aunque nada más lo fuera. Con esa comprensión, se durmió.

Hank despertó y vio a Samantha al pie de la cama, apuntando el revólver a su pecho. Sólo tenía puesto su camisón blanco de franela. El cabello le caía, oscuro y abundante, sobre los

hombros y la espalda. Parecía demasiado inocente para tener tanta furia en los ojos. La muchacha movió el revólver para indicarle que saliera de la cama.

Hank maldijo en silencio. Había tenido su oportunidad de hablar con ella, pero la había perdido cuando Samantha respondió a su beso. La conversación se olvidó en favor de la pasión. Había perdido su única oportunidad de hablar. Se vistió, furioso.

-No juegas limpio, Samantha.

-No me hables de juego limpio -replicó-. Te aprovechaste de mí.

-No. Yo sólo te besé. Todo lo demás lo hicimos los dos... juntos.

-No voy a discutirlo -respondió-. Vete, Hank.

Hank la miró con suspicacia por el tono duro en que había hablado.

-Maldición, Sam, tenemos que hablar.

-No.

-Pero no podemos seguir así y...

-No podemos vivir bajó el mismo techo; si lo hacemos, esto volverá a ocurrir.

-¿Yeso sería tan malo? -preguntó suavemente.

-Sí -respondió con calma.

Hank meneó la cabeza.

-El verdadero problema es que seguimos peleando cuando ya no hay motivos para hacerlo.

-Y o tengo motivos -replicó Samantha-. No confío en ti, Hank. Me voy a casa. Y no dudo que regresarás a la Hacienda de las Flores, que tanto luchaste por recuperar. Allí terminan nuestros problemas.

-Pero eres mi esposa.

-Sólo de nombre. Eso fue idea tuya, no lo olvides. Te casaste conmigo sólo para conseguir tus tierras. No tenías intenciones de volver a verme. Yo no te importaba. ¿Recuerdas, Hank?

-Entonces dije muchas cosas que no sentía, Sam. Tú también lo hiciste -le recordó-. Juraste que te divorciarías, pero no lo hiciste.

-Si te preocupa que te mantenga atado por tiempo indefinido con este matrimonio, no es necesario. A la larga, me divorciaré.

-Eso no es lo que quiero.

-Yo sé lo que quieres, Hank. -Volvió a levantar la voz.-Pero no te daré a Jaime.

-Sam...

-¡No! ¡Ahora vete de aquí!

-¿Temes oír lo que tengo que decir? -preguntó, en tono suave-. ¿Por eso me detienes antes de que siquiera comience?

-No soy tonta. Hank. Sé muy bien cuáles son tus planes. Me dirás que me amas. Que debemos salvar nuestro matrimonio por el bien de Jaime. Pero sólo serán mentiras, Hank.

-Sí te amo. Sam.

Samantha vaciló al oírlo decir esas palabras. Pero no se permitiría confiar en él.

-No, no es cierto. Te conozco, Hank. Dirás cualquier cosa para conseguir lo que quieres, y quieres a Jaime. No te culpo. Pero tú me lo diste. Es mío, no tuyo.

-¿Qué puedo decir para convencerte de que te amo?

-Nada -respondió, con obstinación-. Hace mucho tiempo me demostraste tus verdaderos sentimientos.

-Fue solamente por la furia y orgullo, Sam, te lo juro.

-¡Oh, Dios! -gritó-. ¡Vete! -Levantó el revólver-. ¡Fuera! ¡Ya no soporto más!

Hank la miró un momento; luego salió y cerró la puerta de un golpe. La fuerza de su salida señalaba su irrevocabilidad y Samantha sabía, en su interior, que jamás volvería a verlo. Hank abandonaría la casa en cuanto pudiera, y eso sería el fin.

Las lágrimas acudieron a sus ojos y las enjugó con furia.

CAPITULO 48

Samantha no salió de su habitación durante el resto del día. Froilana entró más tarde para decirle que Hank había empacado sus cosas y se había marchado. No le sorprendió que no se hubiera despedido. En verdad, ella estaba vacía, exhausta; no le quedaba nada, ni siquiera el arrepentimiento.

Al día siguiente, cuando se reunió con Sheldon para el desayuno, le dijo que en la semana partiría hacia su hogar. Como era característico, su hermano recibió la noticia sin siquiera levantar una ceja. Pero su respuesta la sorprendió.

-¿Por qué tanta prisa, querida? -dijo secamente-. Después de todo, tu esposo ya no está aquí para provocar ninguna queja.

Samantha se irguió.

-Me parece detectar cierto sarcasmo, Sheldon.

-Bueno, debes admitir que no fuiste muy justa con ese hombre.

Samantha no intentó disimular su furia.

-Siempre estuviste de su lado, y sin conocer los hechos. ¿Nunca se te ocurrió que yo podía tener motivos para rechazarlo? ¡Ese hombre me odia!

-Eso es ridículo. Era obvio que te amaba.

-¿Cómo puedes saberlo? –dijo ella airada, y agregó -: Ni siquiera podías ver lo que ocurría delante de tus propias narices entre Teresa y Jean. No me impresionan tus observaciones sobre Hank.

-Peleas sucio, ¿verdad, hermanita? -dijo Sheldon en voz baja.

Samantha se ruborizó.

-Lo siento -dijo, arrepentida-. No debí decir eso.

-No, no es nada, Samantha. El asunto ha terminado y no pienso lamentar mi pérdida.

-Pero, ¿no la amabas?

-Sí, supongo que sí.

-¿Lo supones? -dijo Samantha-. Si eso era lo único que sentías, ¿por qué le ofreciste matrimonio?

Sheldon se encogió de hombros.

-Habría sido una esposa adecuada. Ya era hora de que me casara.

-¿No te parece mejor casarte con alguien a quien ames? -preguntó, tratando de no levantar la voz-. ¿O no quieres amor?

-yo podría preguntarte lo mismo.

Los ojos de Samantha volvieron a brillar.

-Ni Hank ni yo queríamos casamos. Te lo dije, no conoces los hechos.

-Pero se aman.

-¡Dios! Eres tan exasperante como él, Sheldon. Estábamos hablando de ti, para variar. ¿Quieres hacer el favor de no cambiar de tema?

-Para que sepas, hace bastante tiempo que busco una esposa.

-¿y Teresa fue lo mejor que encontraste? No puedo creerlo, Sheldon. Seguramente hubo otras.

-Sí, de hecho hubo varias de las que podría haberme enamorado. Pero temo que yo no les agradé.

-Yo sé por qué.

Sheldon la miró con severidad.

-Preferiría que no lo dijeras. Eres demasiado franca para mi gusto.

-y tú deberías ser más franco.

-Hay ciertas normas que un caballero debe...

-Oh, tonterías -se bur1ó-. ¿Dónde se ha escrito que un hombre no pueda demostrar un poco de sentimiento? Ese es tu problema, Sheldon. Nunca te acaloras, ni siquiera un poco. Siempre eres frío, frío, frío, como si estuvieras hecho de piedra. ¿Sabes que la otra noche fue la primera vez que levantaste la voz desde que llegué? ¡Estuviste maravilloso!

-Estaba furioso, Samantha.

-¡Claro! Tenías toda la razón para estarlo. ¿No te sentiste mejor después? Uno tiene que sentir de vez en cuando, Sheldon. Si algo te divierte, demuéstralo. Si estás feliz, también demuéstralo.

-¿ y si estás enamorado? -preguntó Sheldon, en tono significativo-. Deberías seguir tus propios consejos, Samantha.

-No estamos hablando de mí -replicó fríamente, y ambos quedaron en silencio.

Sheldon tenía razón. Amaba a Hank, pero jamás se lo había hecho saber. ¿En qué momento había dejado de odiarlo y se había enamorado? Oh, ¿qué importaba eso? No podía echarse atrás y volver al principio. Había logrado que Hank la odiara, y no podría cambiar eso ahora ni nunca. Ya estaba hecho.

-¿Has visto a Teresa? -preguntó Samantha, con la esperanza de apartar a Hank de su mente.

-Sí. Fue realmente muy divertido la manera en que lloró para mostrar su inocencia. Trató de hacerme creer que Jean había actuado por iniciativa propia y que no había nada entre ellos.

-No le habrás creído, ¿verdad?

-Claro que no. Era obvio que ella esperaba que le dijera que ustedes estaban muertos, no que su amante estaba en la cárcel. Su sorpresa fue evidente. Y tienes razón, después me sentí mucho mejor.

Samantha sonrió con aire travieso.

-Deberías venir a casa conmigo, Sheldon. Papá podría enseñarte a perder los estribos.

-Tal vez lo haga.

Samantha quedó boquiabierta.

-¿Hablas en serio?

-Sí. ¿Por qué no?

-¡Oh, Shelly...!

-¡Por Dios, Samantha, no me llames así!

-¡Oh, cállate! -Rió.-Eso es maravilloso. Harás tan feliz a papá... ¡Se sorprenderá como nunca! Oh, Sheldon, podría besarte.

-No nos dejemos llevar, querida. Aún no he perdido toda mi flema británica.

-La perderás, Sheldon. Puedes estar seguro. Yo me encargaré de eso.

Sheldon miró hacia arriba, como implorando ayuda del cielo.

CAPITULO 49

Samantha nunca olvidaría la expresión de su padre al ver a su hijo ya crecido. Fue un encuentro muy conmovedor.

Un mes después, Sheldon ya parecía un hombre distinto: usaba ropa de vaquero, salía al campo todos los días y aprendía a trabajar en la hacienda. Lo tomaba bien. Hamilton siempre estaba cerca de él, observándolo, enseñándole cosas, orgulloso de haber recuperado al fin a su hijo.

Samantha se sentía un poco desplazada, pero estaba tan contenta por su padre que no podía quejarse. Ahora la familia estaba completa. Pero le faltaba algo: un hombre.

El pequeño Jaime significaba todo para ella, pero no alcanzaba a llenar el vacío en la vida de Samantha.

Durante el viaje a casa, había meditado mucho y comprendido que su vida no presentaba un cuadro muy agradable. Deseaba poder cambiar las cosas para que el futuro no pareciera tan sombrío y solitario. Lo menos que podía hacer era intentarlo. Tal vez Hank no la amase, y ella podría acabar matándolo si alguna vez miraba a otra mujer, especialmente a Ángela, pero sería más feliz con él que lejos. Esa era la verdad. Necesitaba a Hank. Necesitaba verlo cerca. Necesitaba sentir sus caricias. Maldición, haría que la amara.

La apatía de Samantha se disipó al tomar esa decisión. Sin embargo, camino a la Hacienda de las Flores, temía que Hank no quisiera verla. Tal vez lo hubiese enfadado demasiado en su último encuentro. Pero tenía que intentarlo.

Tampoco usaría a Jaime para influir sobre Hank. Lo había dejado con su padre. Hank tendría que aceptarla por ella misma. Después de todo, ella tenía su orgullo.

Estaba nerviosa como un gato cuando finalmente llegó a la hacienda, su antiguo hogar, el actual de Hank. Manuel y su hijo la habían acompañado en el viaje de una semana, y estaban acalorados y fatigados cuando Lorenzo se acercó a recibirlos. Su cálida recepción no apaciguó los temores de la muchacha. No les preguntó por qué habían ido, pero las dos alforjas cargadas con su ropa indicaban una visita prolongada. Al verlas, Lorenzo sonrió.

Hank estaba en la sala revisando sus cuentas cuando Lorenzo la hizo pasar. Samantha se detuvo, nerviosa, esperando que Hank levantara la vista. Se sentía terriblemente cohibida, pues sabía que no estaba en su mejor momento.

Su falda de seda verde estaba manchada de sudor y arrugada, y el conjunto de montar negro estaba casi marrón por el polvo del camino. Algunos mechones de su cabello escapaban de debajo de su sombrero de ala ancha. Había traído la falda y la blusa blancas de encaje de su boda, y al pensar en ellas se ruborizó. Hank no tendría más que verlas para saber el motivo de su viaje.

El anuncio de Lorenzo la hizo sentir peor aun.

-Amigo, mira lo que encontré en el campo.

Hank levantó la vista y, mudo, comenzó a levantarse. La tensión crecía mientras Lorenzo no dejaba de mirarla. Lorenzo sonrió.

-Bueno... creo que los dejaré solos para... lo que sea. Pero no se maten, ¿eh?

El silencio que siguió a la partida de Lorenzo era insoportable.

-Esta habitación -dijo Samantha, mirando a cualquier parte menos a Hank-, apenas parece la misma.

-Los muebles son distintos.

No podía juzgar el estado de ánimo de Hank por su voz.

-Claro -asintió deprisa-. Supongo que el resto de la casa también estará muy cambiado.

-¿Quieres verlo?

-No. Quizá más tarde.

Se preguntó por qué tenían esa conversación tan ridícula.

-Samantha, ¿qué haces aquí? -preguntó Hank finalmente.

Al fin había llegado la oportunidad, pero Samantha no podía resignarse a admitir por qué había ido. Había ensayado las palabras una y otra vez pero, enfrentada a Hank, no le salían.

-Sólo estaba en esta área -dijo rápidamente, y luego sintió deseos de darse un puntapié por la excusa tonta.

-¿Visitando a Ramón?

Detectó furia en la voz de Hank y se irguió.

-No, no visitaba a Ramón. Y, para que sepas, no necesito ninguna excusa para venir aquí. Esta también es mi casa. ¿O acaso has olvidado que soy tu esposa? Si yo decidiera vivir aquí, no podrías hacer nada al respecto.

-¡No puedes hablar en serio!

El asombro de Hank terminó de encender el temperamento de la joven.

-¡Sí, hablo en serio! De hecho, creo que sí me quedaré. Me gustaría verte tratar de evitarlo.

Hank la miró, confundido, y meneó la cabeza.

-Nunca te entenderé, Sam. Me recuerdas que eres mi esposa pero, si la memoria no me engaña, lo negaste la última vez que estuvimos juntos.

-Porque en ese momento me convenía hacerlo.

-¿Sí? ¿Y ahora te conviene volver a usar ese título para ganar acceso a mi casa?

-Nuestra casa.

Hank rodeó el escritorio y se detuvo frente a ella.

-Ah, nuestra casa. Sin embargo, dijiste que no podríamos vivir bajo el mismo techo. Lo dijiste, ¿recuerdas? Supongo que ahora quieres que me mude a otro lugar.

No podía cu1parlo por enfadarse. Todo estaba saliendo mal.

-No, yo...

-¿Tú qué? -la interrumpió bruscamente, con los ojos sombríos y tormentosos-. ¿Crees que podemos vivir aquí juntos? Tal vez a ti te agrade esta guerra constante, pero a mí no.

-¡A mí tampoco me agrada! -gritó.

-Entonces, ¿por qué viniste? ¿Por qué no te has divorciado de mí? ¿Por qué no has puesto fin a nuestro matrimonio, para que yo pueda perder las esperanzas?

-¡Porque te amo, maldición!

Hank quedó estupefacto, pero sólo un momento. La miró a los ojos y luego echó a reír.

-¡Ah, Samina, cuánto tiempo esperé que dijeras eso!

Se acercó a ella, pero la muchacha retrocedió.

-No me toques, Hank.

Hank ignoró la advertencia y se acercó más.

-No lo hagas. Hablo en serio. Primero hay cosas que debemos aclarar.

-Muy bien.

Hank retrocedió, sonriendo de puro deleite. Samantha apenas podía concentrarse. Pero tenía que obligarse a decir las cosas que era necesario aclarar.

-¿Estás dispuesto a intentar rehacer nuestro matrimonio?

-Querida, ¿cómo puedes dudarlo?

-Entonces lo haremos. Pero te advierto, Hank, que no toleraré infidelidades.

-Yo tampoco.

Samantha asintió y luego comenzó a pasearse por la habitación, temerosa de lo que podría llegar a saber.

-Tampoco quiero que pretendas quererme si no es verdad. Estoy dispuesta a vivir contigo... pero no quiero que finjas nada.

-¡Qué diablos! -exclamó Hank-. ¿Quieres decir que viniste con todas esas locas dudas en la mente?

-No son locas. Tú me odiabas, Hank, lo sé.

-Tú también me odiabas, pequeña -dijo suavemente-. Pero había una diferencia. Yo jamás te odié realmente. Estaba furioso, sí, y dolorido. Había encontrado una mujer a quien amaba y ella me había desdeñado. Pero tú sí me odiabas.

-Sí.

-Y ahora dices que me amas. ¿Debo dudar de tu palabra, Sam?

-No -respondió, incómoda.

-Entonces, ¿por qué dudas de la mía?

~Es distinto.

-¿Por qué?

-Tú no querías casarte conmigo -insistió-. Estabas furioso por tener que hacerlo.

-Sí, es verdad. Porque me casaba contigo por una razón que no era la correcta.

-¿Para obtener las tierras?

-Sí. No quería casarme contigo por esa razón. Quería hacerlo para tenerte y amarte. Pero tú no lo deseabas.

Samantha no estaba del todo convencida.

-Nunca me pediste que me casara contigo, Hank. Ni una vez. Aquella vez en Colorado me pediste que fuera tu mujer, no tu esposa.

-No me dejaste terminar.

-Dijiste que no tenías intenciones de casarte –le recordó.

-Ah, Samina, ¿no te diste cuenta que era mi orgullo quien hablaba? Claro que quería casarme contigo. Te amaba... y te amo ahora.

-¿Y Ángela? .

-¡Por Dios! ¿No puedes aceptar lo que digo?

-Pero la amaste.

-Ya te dije que es una mujer hermosa y yo la deseaba. La olvidé en cuanto te conocí.

-¿ De veras?

Hank suspiró.

-Sí, de veras. ¿Estás satisfecha?

Samantha asintió lentamente y Hank sonrió.

-Entonces ¿quieres acercarte y darme un beso? –dijo Hank.

Samantha corrió a sus brazos.

-¡Oh, Hank! Lo siento. Tenía que estar segura. Me comprendes, ¿verdad?

Cubría la cara de Hank con besos, sin darle oportunidad de responder. Finalmente él la tomó de la cabeza, la detuvo y la besó.

-Sí, mi amor, te comprendo. Con todo lo que pasó entre nosotros, ambos teníamos razones para dudar. Pero ya no, Samina. Basta de dudas, por favor. Viniste a mí, y ahora jamás te dejaré ir. Durante el resto de nuestras vidas, nunca volverás a dudar de mi amor.

Samantha lo abrazó, con una sonrisa beatífica.

-Durante el resto de nuestras vidas... Eso suena maravilloso. Querido, espero que sepas que te haré cumplir esa promesa. Y si volvemos a pelear... o, mejor dicho, cuando volvamos a pelear, creo que tú sabrás componer las cosas. Siempre lo has sabido.

-Sí -murmuró, y aquellas luces grises danzaron en sus ojos-. Así -dijo, y volvió a besarla.

EPILOGO ,

Samantha, vestida con calzones de cuero, se inclinó hacia adelante en la montura y apoyó los brazos en la perilla. Estaban en la zona norte de la hacienda, observando el ganado: un rebaño dos veces más numeroso que el de su padre. Miró de soslayo a Hank, pero él no la vio. Estaba mirando con orgullo sus tierras, las tierras de los dos. Sin embargo, ella observaba abiertamente a aquel esposo suyo.

Tendría que acostumbrarse a pensar en él así. Durante mucho tiempo no lo había hecho. Ahora sabía que en todo ese tiempo había estado engañándose, que había sido una tonta.

¿Cómo podía amarla Hank después de todo lo que lo había hecho pasar? Sin embargo, la amaba. Ya no dudaba de ello. Sonrió al recordar la noche anterior. Durante mucho tiempo se había preguntado cómo sería ser la pareja voluntaria de Hank, y ahora lo sabía. Era más maravilloso de lo que jamás hubiera imaginado.

-Allí viene Lorenzo; ya era hora -observó Hank, mientras su amigo se acercaba al galope.

-¿Lo esperabas?

-Sí.

-Pero yo creía que cabalgaríamos solos.

Samantha no pudo disimular su decepción, y Hank le sonrió. ".

-Era una sorpresa, querida. Si te hubiera dicho antes de salir de la casa que no regresaríamos, te habrías demorado y tal vez te habrías rehusado a venir.

-¿Adonde?

Lorenzo se acercó a ellos y, en silencio, les entregó dos alforjas bien cargadas.

-A las montañas. Estas provisiones nos durarán hasta que lleguemos. Anoche envié otros hombres con más provisiones para que se adelantaran -explicó Hank.

-¿Quieres decir que nosotros tres volveremos a ese campamento? -preguntó Samantha, sorprendida.

Lorenzo rió entre dientes. ;

-Me encantaría acompañarlos, Sam, pero no estoy invitado. Y éste -señaló a Hank con una sonrisa-me hace perder el tiempo viniendo a traerles las provisiones, sólo para poder demorar el momento de decírtelo.

Samantha se ruborizó al comprender.

-¿Iremos a las montañas, los dos solos?

-No es la primera vez que he pensado en ello, Sam. Quería llevarte antes, luego de casarnos.

-Ojalá lo hubieras hecho.

-¿No te importa?

-¿Si me importa?¡Me parece una idea estupenda!

-Bien, si ambos están decididos a ir, será mejor que se den prisa -les advirtió Lorenzo-. Parece que tenemos visitas. !

-¿Qué diablos...? -Hank frunció el ceño al ver al grupo de jinetes y la carreta que se acercaban desde el norte.

-¡Vaya... es mi padre! -exclamó Samantha.

-¡Perdición! -maldijo Hank-. ¿Qué hace aquí?

-Bueno, no hay por qué enfadarse, Hank.

-¿Olvidas lo que siente por mí? -preguntó Hank-. ¿O acaso ahora me acepta como yerno?

-Bueno, no -respondió Samantha, incómoda-. En realidad, él no quería que viniera. Pero vine, ¿no es así? No pudo detenerme.

-Entonces, supongo que ha venido a rescatarte. Si cree que puede apartarte de mí...

-Basta, Hank. -No levantó la voz, pero le costó.-Es mi padre.

-y yo soy tu esposo.

Lo dijo suavemente, y el fastidio de Samantha se disolvió ante su mirada.

-Sí, lo eres. -Sonrió.-y ya es hora de que mi padre lo acepte de una vez por todas.

Se alejó hacia el grupo antes de que Hank pudiera decir nada más. Hank meneó la cabeza, disgustado con aquella circunstancia imprevista. Cinco minutos más, sólo cinco minutos, y habrían estado en camino hacia las montañas.

-Anímate, amigo -dijo Lorenzo-. No es tan malo.

Hank lo miró, muy serio.

-¿ Qué no es tan malo? Pude tenerla para mí solo, Lorenzo. ¿Te gustaría que te quitaran ese tiempo con la mujer que amas?

Lorenzo rió entre dientes.

-Habrá otras oportunidades.. Tienen el resto de sus vidas.

-Supongo que sí -admitió Hank-. Pero en este momento, eso no ayuda mucho.

Los dos hombres siguieron a Samantha. Cuando alcanzaron al grupo, la muchacha estaba de pie junto a la carreta, abrazando a Jaime. Froilana estaba sentada en la carreta, mirando a Samantha. Hamilton Kingsley estaba junto a su hija con una severa expresión de desaprobación, porque la muchacha no prestaba atención a lo que le decía. Sheldon también estaba allí y causó gracia a Hank ver al inglés vestido de vaquero, con un revólver sujeto a la cadera.

Hank saludó a los hombres rápidamente mientras desmontaba. Como Samantha, concentró su atención en su hijo. Se acercó deprisa a ella y acarició la cabeza de Jaime. Samantha le sonrió, con los ojos brillantes de felicidad.

-Hace meses que no lo ves. Tómalo. -Le entregó a Jaime.-¿Ves cuánto ha crecido?

Hank rió cuando los deditos de Jaime se apoderaron del ala de su sombrero y se lo quitaron. Se llevó el ala a la boca, y Samantha lo reprendió suavemente mientras se lo quitaba. Hank sonrió. Su hijo. Su esposa. Le aterraba pensar cómo habría sido su vida si Samantha no hubiese regresado a él. Pero lo había hecho, y ahora serían una familia.

Sin embargo, había un miembro de la familia de ella que no estaba feliz.

-Señor Kingsley -dijo Hank, con un movimiento de cabeza a modo de saludo.

-Chávez -respondió Hamilton.

-Oh, vamos -suspiró Samantha-. Será mejor que ustedes empiecen a agradarse... ¡les guste o no!

-Samantha... -comenzó a decir Hamilton, pero su hija lo interrumpió.

-¿Qué haces aquí, papá? Te dije que te avisaría cuándo debían traer a Jaime.

-Extrañaba a su madre -respondió.

-Tonterías. Debiste salir de casa el mismo día que yo. Dime, ¿qué haces aquí?

-¡Vine para hacerte entrar en razones! Vine para llevarte a casa.

Samantha se puso tensa.

-Estoy en casa. -Dicho lo cual, se volvió hacia su hermano.-Maldición, Shelly, tú aprobabas que viniera. Tú me comprendías. ¿Por qué no lo disuadiste?

Sheldon parecía avergonzado.

-Lo intenté, querida. Supongo que aún no domino el arte de la discusión.

Lo dijo con tanta solemnidad que Samantha echó a reír. No podía enfadarse con él, ni tampoco con su padre. Estaba demasiado feliz para enfadarse con nadie.

-Está bien, Shelly. Va lo aprenderás -bromeó-. En cuanto a ti, padre... mírame. ¿Te parece que necesito ayuda?

-Lo abrazó.-Te agradezco que aún te preocupes tanto por mí, pero no es necesario. -Lo miró a los ojos seriamente, con la esperanza de hacerlo entender, de que se alegrara por ella.-Yo lo amo. Lo amo con todo el corazón. y él me ama.

-Pero...

-No. Por favor, no menciones el pasado. El pasado fue... un gran error. Lo que cuenta es el presente.

-¿Estás segura, Sammy?

-Muy segura.

-Bien, entonces. -Se dirigió a Hank y le tendió la mano.-Supongo que ya es hora de que reconozca este matrimonio. A veces, los viejos actuamos como tontos. Espero que perdone a este viejo tonto.

Hank sonrió y estrechó su mano.

-Será un placer. y no se arrepentirá de habernos dado su aprobación. Se lo prometo.

Samantha tomó a Jaime y se lo entregó a Froilana.

-El único problema, papá, es que han llegado en mal momento. -Tomó la mano de Hank y sonrió.-Ya nos marchábamos. .

Los ojos de Hank brillaron de alegría mientras conducía a Samantha a El Cid Y la ayudaba a montar.

-Todos son bienvenidos a la hacienda -dijo-, si no les importa esperar nuestro regreso.

-¿Adónde van? -preguntó Hamilton, con el ceño fruncido.

-Podría decirse que vamos de luna de miel –respondió Samantha, sonriendo a todos.

-¿Ahora? Pero hace un año que están casados.

-Mucha gente tiene lunas de miel demoradas. -Samantha rió. Vio la expresión divertida de Hank y supo que él también estaba pensando en Bradford y Ángela Maitland.-La nuestra se demoró mucho.

-Pero, ¿por cuánto tiempo?

-Dos semanas, tal vez.

-O quizás un mes -dijo Hank, mientras montaba a Rey.

-No pongas esa cara, papá -rió Samantha-. Necesitas un poco de descanso. Disfruta de la casa, visita a tus viejos amigos de la zona. Volveremos antes de que te des cuenta.

-Supongo que no tengo otra alternativa -gruñó.

-No, no la tienes. Adiós. -Luego miró a Hank y sus ojos adquirieron un brillo travieso.-Te juego una carrera.

-¡Oh, Dios! -suspiró su padre.

Hank sonrió y sus ojos rieron con el desafío.

-No podrás ganarme, gatita -le advirtió.

-¿No?

Cabalgando lado a lado, se alejaron de los demás a toda carrera, con más y más velocidad, hasta que Samantha se llevó los dedos a la boca y emitió un agudo silbido. Rey se detuvo de inmediato. Samantha siguió cabalgando, y el viento llevaba su risa hasta Hank, que meneaba la cabeza y no podía evitar reír. Con ella, nunca ganaría. No lo había hecho en el pasado. No ganaría en el futuro. Pero eso no importaba: había ganado su amor.